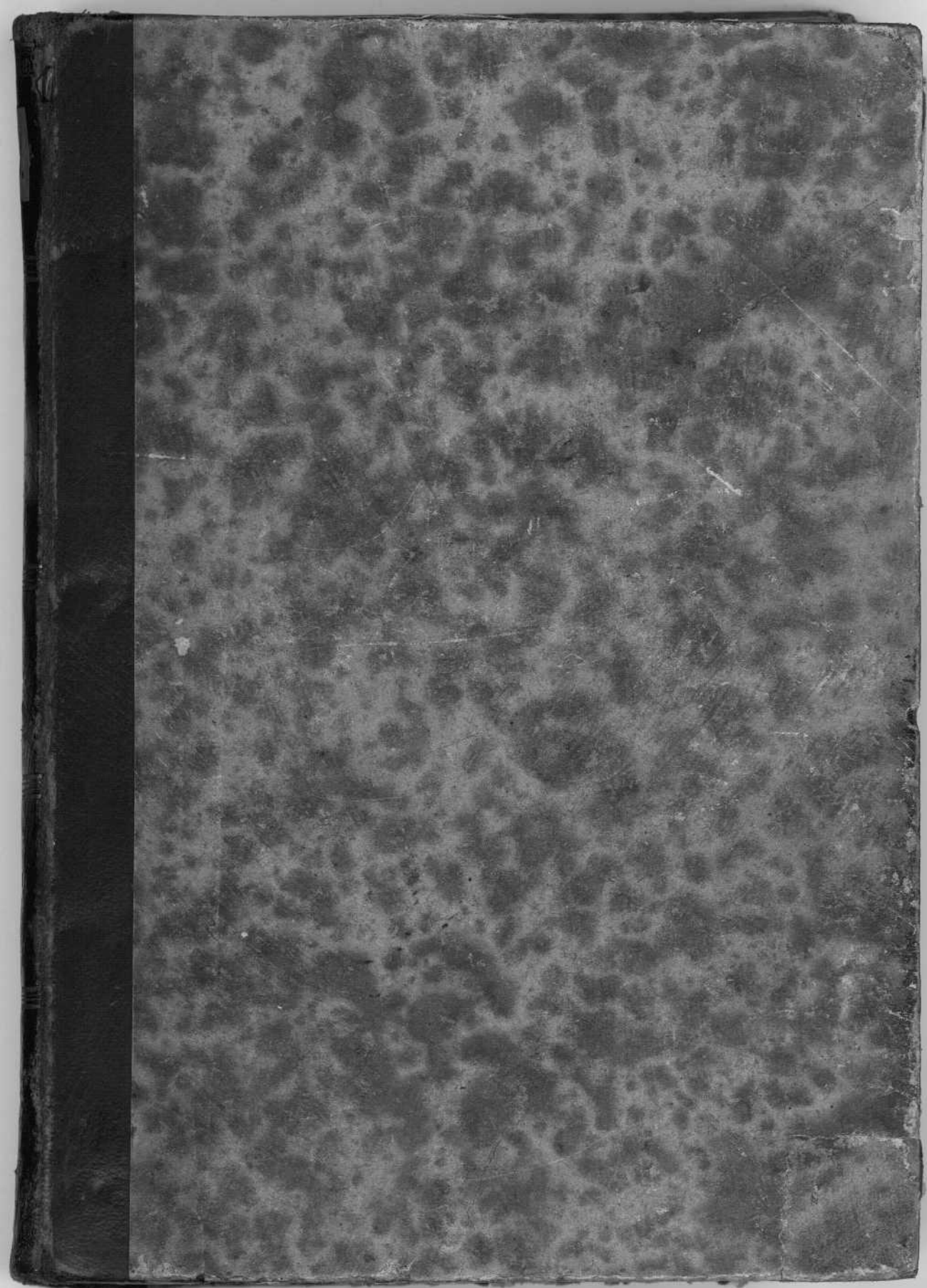








EL CIB CAMPADOR



EL CID CAMPEADOR.

EL CID CAMPEADOR,

NOVELA HISTÓRICA ORIGINAL

por

D. ANTONIO DE TRUEBA Y LA QUINTANA.

Los que dicen mal del Cid
ninguno con verdad habla,
que el Cid fue buen caballero,
de los mejores de España.

ROMANCERO.

PRATS, EDITOR.

MADRID:

IMPRENTA DE D. JOSÉ MARIA MARÉS,
calle de Relatores núm 47.

1851.

EL

CID-CAMPEADOR

DE LA REVISTA DE LA QUINTANA

D. ANTONIO DE TRUHA Y LA QUINTANA

En el mes de mayo de 1901
se publican en esta revista
los artículos de los señores
D. ANTONIO DE TRUHA Y LA QUINTANA
y D. JUAN DE LA CRUZ.

REVISTA DE LA QUINTANA

MADRID

Imprenta de D. JUAN DE LA CRUZ
Calle de la Quintana 17

1901

A D. JOSÉ DE GOIRI Y MARURI.

Al escribir la última página de este libro, busqué el nombre de un amigo, y el primero que recordé fue el tuyo.

A de T. y la Q.

PROLOGO.

LA novela histórica es la epopeya del siglo XIX, y creemos que sería la de todos los siglos si siempre hubiera gozado del grado de perfección á que ha llegado en nuestros días. Si en los tiempos de Homero, de Virgilio y del Tasso hubieran sido ya conocidas las novelas de Dumas, LA ODOSIEA, LA HENEIDA y la JERUSALEN LIBERTADA serian tres magníficas novelas en vez de ser tres magníficos poemas. Hé aqui porque acudimos á la novela para cantar las glorias del Cid, de uno de los héroes mas grandes de que nos hablan la tradicion y la historia.

La novela ofrece un campo tan vasto al escritor, que asi caben en él los acontecimientos mas vulgares, como los mas sublimes; las abstracciones del filósofo grave y profundo, como la lijereza del vulgo superficial. El Cid solo cabe en la novela y apenas se le ha visto en ella. Hásele colocado no pocas veces en el teatro, pero ha sido, digámoslo asi, en pedazos, porque de otro modo no cabia en él. El Cid es demasiado grande para la escena: solo el cielo puede servirle de dosel, porque le ahogan las bambalinas del teatro.

Magnífico es el asunto que ha elegido nuestra pluma; mucho partido sacaríamos de él si nuestro talento no fuera tan mezquino. Para cada capitulo de la novela que vamos á escribir, tenemos un hecho histórico, de suyo tan grande, que basta por sí solo para escitar el interés del lector mas frio é indiferente. Vamos á recorrer la vida del Cid guiados por la tradicion ó por la historia, y si algo nos apartamos de esta, será para ir á recojer flores con qué engalanarla. Hé aqui cómo pueden representarse trabajos semejantes al que vamos á emprender: la historia es un árbol que se eleva majestuoso, y la fábula es la enredadera florida que le rodea y viste de hojas y flores su áspero tronco, sin que por eso pierda el árbol su sabroso fruto.

Las hazañas del Cid habrán ido aumentando en magnitud, rodando de siglo en siglo, á manera que se aumenta la bola de nieve segun rueda por la falda de la montaña; pero es preciso creer que desde luego fueron grandes cuando el pueblo las distinguió entre tantas y tantas como se ofrecian á su vista en la edad media, guerrera cual ninguna otra, y encargó á sus hijos que las legaran á la posteridad de generacion en generacion.

El Cid es el mas popular de los héroes castellanos, y no sin razon, porque en él están personificadas todas las virtudes del ciudadano y del soldado. Buen hijo, venga las injurias de su padre lidiando valerosamente con el conde de Gormaz; buen caballero y amante constante, entrega su mano y su corazon á la hija del mismo á quien á buena ley habia matado; buen monárquico, arrostra las iras de Alfonso haciéndole jurar que no pesa sobre él un crimen que mancharia el trono de Fernando el Grande; buen soldado y buen vasallo, conquista con su invencible espada reinos enemigos y reyes moros y pone á los pies de su rey que acaba de desterrarle injustamente el botin que ha ganado y las tierras de que se ha hecho dueño; buen patricio, amante de la gloria y la preponderancia de su patria, pasa á Roma, entra en la iglesia de San Pedro, ve en el lugar preferente la silla que representa á la Francia, y lleno de indignacion la hace pedazos y coloca en su lugar la que representa á España; y por último, buen cristiano, buen esposo y buen padre, al entrar en los combates, al embrazar su *fardida* lanza ó su esterminadora Tizona mezcla con el nombre de su Dios el de su Jimena y el de su Sol y su Elvira, y al dejar á estas bajo el amparo del buen abad de Cardeña, llora *de los sus ojos*.... él que en los combates mostraba bajo su armadura un corazon mas duro que la armadura misma.

Para ser el Cid grande y singular en todo, su vida tiene un epílogo que no tiene la de ningun otro héroe. El Cid Campeador paga á la muerte su tributo; su cadáver aterra á la morisma y la cruz se obstenta triunfante una vez mas sobre la media-luna.

Dios preste á nuestro espíritu la luz que ha menester para penetrar en los oscuros tiempos á que vamos á trasladarnos.



CAPITULO I.

En el que se trata de unos amores que comenzaron casi por donde otros acaban.



LEGRES fiestas se celebraban en la corte de Leon en la primavera de 1053. D. Fernando I, rey de Castilla y Leon, habia pasado á Nájera á ver á su hermano D. Garcia, rey de Navarra, que se hallaba enfermo en aquella ciudad; mas, sabiendo que D. Garcia le queria prender por ciertas cuestiones que mediaban entre ambos sobre la reparticion del reino de su padre, se puso en salvo con presteza. Habiendo pasado D. Garcia á su vez á ver á su hermano, éste le encerró en el castillo de Cea; pero como lograse huir de allí, llamó en su ayuda á los moros y entró por Castilla resuelto á tomar venganza, haciendo horribles estragos. Salióle D. Fernando al encuentro, trabóse la

pelea en Atapuerca, no lejos de Burgos, y el ejército invasor fué completamente derrotado, muriendo el mismo D. Garcia de una lanzada que le dió un soldado llamado Sancho Fortun que se habia pasado á D. Fernando.

Hé aquí, pues, el motivo de las fiestas á que nos referimos, fiestas que habian atraído á la corte crecido número de damas y caballeros, no solo de Castilla y Leon, sino tambien de todos los demas reinos en que á la sazón estaba dividida España. Habíanse jugado bohordos y cañas y sortijas á la usanza mora, y celebrádose un magnífico torneo en el que el mismo D. Fernando habia roto lanzas con los caballeros mas apuestos y gentiles de aquella época, tan fecunda en diestros justadores y valerosos guerreros.

Llegada la noche, cesaron los bailes, los juegos y las justas y se encendieron grandes hogueras en las plazas de la ciudad y en los campos circunvecinos, donde el pueblo continuó los regocijos del dia hasta acercarse la mañana, mezclando sus cantares y sus aclamaciones con el continuo repique de las campanas y el sonido de los rústicos instrumentos músicos usados en aquellos tiempos, en tanto que las damas y los caballeros henchian los salones del real alcázar, donde iba á tener lugar un sarao que fuese digno complemento de las fiestas celebradas durante aquel memorable dia, cuyo recuerdo conservaron luengos años castellanos y leoneses por las mercedes que su rey les otorgó.

Si pintásemos con ricos y subidos colores los salones en que se hallaba reunida la corte de D. Fernando, complaceríamos al lector, comunmente apasionado á lo maravilloso y magnífico, es decir, el cuadro seria de mucho efecto; pero faltaríamos á la verdad y á nuestro propósito de sacrificarlo todo á ella en el largo periodo que vamos á recorrer. El espíritu de independencia que reinaba á la sazón en Castilla, habia rechazado el lujo oriental que desplegaban los mahometanos hacia cuatro siglos en la parte meridional de España. Eran los contemporáneos del Cid esforzados y varoniles como los héroes de Covadonga; pero tambien rudos y sencillos como aquellos primeros mantenedores de la cruzada santa que terminó por lanzar la impía media-luna á los desiertos africanos. Luz y flores eran las riquezas que abundaban en los salones del alcázar de Leon;

luz y flores que son la riqueza del campo, el lujo de la naturaleza; pero si algun descontentadizo encontraba demasiado mezquinos estos adornos, debian parecerle cumplida compensacion las hermosas damas y los apuestos caballeros que circulaban por todas partes departiendo con indecible animacion y contento. Todos esperaban impacientes la presencia del rey, que debia ser el preludio del baile, y otras diversiones propias del sitio y de la época, cuando la voz de un paje dominó la de la multitud anunciando la aproximacion de D. Fernando y su familia. Un profundo silencio reinó en los salones, y todas las miradas se clavaron en la puerta que conducia á las habitaciones reales. Y en efecto, un instante despues apareció D. Fernando acompañado de su esposa la reina Doña Sancha, de sus hijas Elvira y Urraca, de sus hijos Sancho, Alfonso y García, y de algunos ricos-homes que durante el dia habian tenido la honra de acompañarle y á quienes el rey habia convidado á su mesa. Entre estos últimos llamaba la atencion general un anciano de noble fisonomía, á quien D. Fernando dirigia la palabra con suma bondad y frecuencia. Aquel anciano era el noble Diego Lainez, señor de Vivar.

Hemos dicho que todas las miradas se fijaron en la familia real, y tenemos que hacer una salvedad á fuer de verídicos y exactos narradores. En uno de los extremos del salon principal hablaban sin curarse de aquel incidente una gentil doncella que contaria veinte primaveras, y un gallardo mancebo de no mucha mas edad, sin que bastaran á interrumpir su plática, al parecer amorosa, las instancias de una dueña bien entrada en años que parecia hallarse sobresaltada y temerosa de que alguien los viera, segun la frecuencia con que miraba á todos lados estremeciéndose cuantas veces sonaban pasos cercanos. Eran los primeros Jimena, hija del conde de Gormaz, y Rodrigo, hijo de Diego Lainez, y la quintañona que asi se inquietaba, Lambra, aya de la primera.

En efecto, plática amorosa debia ser la suya, porque Rodrigo y Jimena se amaban desde niños, y el amor fue siempre el tema de las pláticas de los enamorados. Digamos cómo llegaron á serlo el hijo de Diego Lainez y la hija de D. Gome de Gormaz. Vínculos de amistad y parentesco, bien que lejano este último,

unian desde muy antiguo á las dos familias. En ocasion de celebrarse unas famosas justas en Vivar, acudió á ellas D. Gome con su familia y se hospedó en casa de Diego Lainez. Rodrigo tenia á la sazón cuatro años, y pocomenos edad contaba Jimena, á quien sus padres llevaron en su compañía á Vivar. Diego Lainez obsequió á sus huéspedes con un banquete asaz espléndido y abundante para la frugalidad tradicional en su casa, durante el cual ambos señores se hicieron nuevas protestas de amistad.

Teresa Nuña, la noble esposa de Diego, amaba á su hijo con una ternura comparable solo á la ternura con que amaba á su hija la esposa del de Gormaz. Ambos niños rivalizaban en hermosura y gracias, y ambas madres entablaron sobre este punto una amistosa y laudable disputa, terminada la comida. Y decimos laudable, porque noble y santo es el orgullo maternal, siquiera parezca infundado al que le juzga desapasionadamente. Aquella controversia terminó por convenir todos los circunstantes, incluso los padres de los niños, en que estos eran iguales en hermosura y en gracias como iguales casi en edad.

—Parecen formados el uno para el otro, dijo Teresa Nuña.

Y de esta opinion surgió un pensamiento que fue acogido con entusiasmo por ambas familias, á saber: el de enlazar mas y mas los intereses y la amistad de estas por medio de la union de Rodrigo y Jimena. La realizacion de este proyecto se aplazó para cuando los dos hermosos vástagos de aquellas nobles familias hubiesen cumplido veinte años, porque en aquella edad de hierro se huia, con razon, de agostar la lozanía de la mujer con los peligrosos accidentes de la maternidad prematura.

El amor, y sobre todo el amor de madre, es la fuente de los pensamientos mas bellos y mas poéticos; así fue que el suyo inspiró á Teresa una idea eminentemente bella: la de que ambos niños sancionaran el convenio de su futura union con un beso que á la vez debia ser la prenda de un amor que empezaba aquel dia. En efecto, Teresa Nuña tomó á Rodrigo de la mano y acercándole á Jimena, el niño selló con su puro labio la sonrosada mejilla de la niña que á su vez besó la de Rodrigo.

Este convenio fué un lazo que estrechó el trato de las dos

familias, y aquellos dos niños crecieron como dos flores en un mismo tallo; hermanos en la educacion, lo fueron tambien en el alma.

Pasaron muchos años sin que nada turbara la cordial amistad de las dos nobles familias; pero algunas preferencias obtenidas por Diego Lainez en la corte del rey Fernando, con quien los dos ricos-homes gozaban mucho favor, disgustaron al de Gormaz cuyo corazon, á juzgar por algunos hechos anteriores y los que tuvieron lugar despues, distaba mucho de la nobleza y la generosidad del de Diego; y sin embargo, merced á la prudencia de este último, hasta poco antes de la fecha que hemos consignado al principio de esta historia, no se habia verificado un rompimiento completo, para el cual tomó la iniciativa D. Gome prohibiendo á su hija toda comunicacion con Rodrigo, amenazando á Lambra con arrojarla de su casa si lo consentia.

El dia á que nos referimos llegaban al colmo la exasperacion y la cólera del de Gormaz por la benevolencia con que Diego habia sido acogido por el rey, por la frialdad con que él habia sido recibido, y sobre todo por el desaire que pretendia habérsele hecho no convidándole á la mesa de D. Fernando como al de Vivar, á quien atribuia su desgracia para con el rey. Ciertamente se hallaba Diego Lainez bien distante de merecer semejante acusacion de su antiguo amigo, porque aquel mismo dia habia procurado rehabilitarle á los ojos de D. Fernando; pero este tenia justos motivos de queja del conde, y habian sido inútiles los buenos oficios del de Vivar.

En el instante en que se anunció la presencia de la familia real en los salones del alcázar, paseaba por ellos D. Gome acompañando á su hija. Resentido se hallaba de la frialdad del rey, pero no tanto que renunciase á recobrar su favor provocando nuevamente el enojo de D. Fernando, absteniéndose de acudir á su lado entonces como acudian otros caballeros que como él paseaban por aquellos salones. Así es que, encargando á Lambra el cuidado de Jimena, se dirigió al encuentro de la familia real. Rodrigo que espiaba la ocasion de hablar á la doncella, vió el cielo abierto cuando vió á ésta libre de la presencia del conde, y voló á su lado á pesar de la inquietud que sabia iba á causar á la dueña.

Muchos dias hacia que Jimena no le habia visto, y es fácil calcular cual fué su placer teniendo en cuenta el tierno y antiguo amor que los unia.

—Jimena! murmuró Rodrigo en voz baja y temblorosa por la emocion.

—Rodrigo!... balbuceó la doncella sin acertar tampoco á articular otra palabra.

—Por todos los santos de la corte celestial, dijo la dueña asustada dirigiéndose en ademan de súplica á Rodrigo, idos de aquí, que si os vé el conde, mi señora y yo somos muertas... Vos sin duda no sabeis que me ha amenazado con cortarme las haldas por vergonzoso lugar si dejo á mi señora comunicar con vos. Pues para mercedes está hoy mi señor!

—Nada temais, honrada dueña, contestó Rodrigo, que si el conde os corta las haldas, daréos yo otras de rico paño.

—Bien se conoce que sois ya caballero, que de caballeros es el ser generosos. Hablad con mi señora; pero despachad pronto, que yo estaré entre tanto á la mira y rezaré un rosario para que se esté por allá mi señor.

Rodrigo y Jimena hablaban ya sin hacer caso de las palabras de Lambra.

—Rodrigo, decia Jimena, ¿qué se hicieron aquellos tiempos en que la casa de Vivar y la de Gormaz eran un tronco con dos ramas; en que ninguna nube oscurecia el cielo de nuestros dulces amores; en que veíamos sonrosado y hermoso el lejano horizonte; en que en mis padres hallabas el amor que yo hallaba en los tuyos? Vanos han sido tus esfuerzos, vanos los mios, vanos los de vuestros parciales, vanos los de los nuestros para vencer la enemiga que separa al noble señor de Vivar y al no menos noble conde de Gormaz.

—Aquel tiempo, Jimena, quizá no ha pasado para no volver jamás. Mi padre, el hijo de Lain Calvo, aunque viejo, conserva lozana y jóven la noble altivez de sus mayores, y por Dios que no cumpliera con su hidalguia si tolerase aun con paciencia las injusticias con que tu padre ha correspondido á su amistad. Harto tiempo las ha tolerado, Jimena... Pero yo me humillaré á tu padre sin

que la humillacion me mancille, porque lo haré por tí, y no hay baldon en quien se humilla por una dama. Qué ambiciona tu padre? ¿honores? ¿riquezas? ¿un reino? ¿un trono para su hija? Todo lo tendrá, Jimena, yo te lo juro por mi amor y por la honra de mis mayores. Robusto es mi brazo y animoso mi corazon. Mañana mismo partiré á las fronteras enemigas, mis deudos y parciales me seguirán, entraré en tierra de moros, lidiaré como Bernardo en Roncesvalles, y venceré, porque invencible me hará este amor que há tantos años te tengo; y todo lo pondré á los pies de tu padre demandándole en cambio tu mano, y la amistad con que un tiempo correspondia á la nuestra...

—Jesus, decia Doña Lambra, mi señor va á venir, y aquí va á haber la del Guadalete, vos D. Rodrigo vais á ser víctima de su enojo, y si me corta las haldas, adios las de rico paño!

Pero los dos amantes curaban muy poco de la inquietud y las impertinentes palabras de la dueña.

—Bien sé, Jimena, continuaba Rodrigo, que tu padre no perdonará medio para vengar sus resentimientos con el mio, y quizá yo, el ídolo de Diego Lainez, seré la primera víctima de sus tiros, porque para herir el corazon del padre herirá el del hijo arrebatándome la esperanza de recobrar el único objeto de mi ambicion que eres tú, Jimena. Pero si el amor que tantas veces me has jurado es cierto, si tienes en algo la dicha, la esperanza, la vida del compañero de tu infancia, del que tanta felicidad ha soñado contigo, sabrás resistir á sus violencias hasta que llegue el dia en que Rodrigo torne á Castilla digno de la hija de un rey, y entonces el orgullo le obligue á concederme lo que ahora me niega su ambicion, defrauda en sus esperanzas.

—Yo te juro, respondió Jimena en uno de esos arranques de entusiasmo en que sin contar para nada con la razon, todo nos parece posible, yo te juro que nadie en este mundo podrá vencer mi resolucion de ser de Rodrigo ó de nadie. Mi padre podrá ahogar el aliento de mi pecho, pero nunca el amor de mi corazon.

—¡Ah, bendito el dia en que mis ojos te vieron la primera vez! Quizá sin el amor de Jimena, Rodrigo Diaz sería una de esas plantas que nacen, viven y mueren sin haber dado ningun fruto,

uno de esos hombres que pasan por el mundo sin dejar una huella que indique su paso á los que vienen detrás; pero tu amor inmortalizará su nombre; por él se teñirán de sangre musulmana los campos de Castilla, por él, Jimena, será alfombra del pueblo cristiano el estandarte de Mahoma; por él tendrán los débiles y los oprimidos un brazo que los sostenga y los defienda, y por él la estirpe de los condes de Castilla vestirá la púrpura real.

Y al hablar así Rodrigo, olvidaba el sitio donde se hallaban, colorábanse sus mejillas y se encendía su frente espaciosa y noble, y brillaban sus ojos como si todo el fuego que animaba su corazón afluyese á su cabeza. Los ojos de Jimena brillaban también de alegría, y su corazón latía con violencia ajitado por el amor y el orgullo... por el orgullo, sí, porque la hija de un rey le hubiera tenido al considerarse amada de aquel generoso y gallardo mancebo á quien quería transmitir envuelto en su ardiente mirada todo el tesoro de amor que encerraba su alma.

La inquietud de Lambra crecía por instantes; y no sin razón, porque la multitud que se había reconcentrado hacía el lado donde aparecieran el rey y su familia, satisfecha ya su curiosidad, empezaba á volver esparciéndose por los salones, y la honrada dueña temía la vuelta de su señor ó que alguien echase de ver su condescendencia y se lo dijese á D. Gome.

—Ay haldas mias! dijo interponiéndose entre Jimena y Rodrigo; va á venir mi señor y me las corta sin remedio!

Un grupo de caballeros venía de hacía el extremo opuesto del salón, y á Rodrigo le pareció distinguir entre ellos á D. Gome.

—Adios, Jimena, se apresuró á decir el mancebo; ó todo ó nada, ó muerto, ó de Jimena!

—O de Rodrigo ó de nadie, contestó la doncella siguiendo con la vista á su amante que abandonó en seguida los salones del alcázar, en el instante en que el conde volvía al lado de su hija.

Una alegría inusitada se notaba en el semblante de D. Gome momentos antes taciturno y contraído frecuentemente por la cólera. Era que el conde de Gormaz lejos de recibir, como temía, un nuevo desaire del rey, había hallado una benévola acogida que por lo mismo que no la esperaba, le era doblemente grata. ¿A qué

se debia este súbito cambio en el ánimo del monarca? Debiase á los esfuerzos que durante aquel día y aprovechando la buena disposicion en que D. Fernando se hallaba para conceder mercedes, habia hecho Diego Lainez con objeto de tornar á su antiguo amigo á la gracia del monarca, que al fin habia accedido á sus deseos, prometiéndole manifestar su aprecio al rico-home de Gormaz en presencia de toda la córte. Y en efecto, asi lo habia hecho el rey al presentársele D. Gome en los salones del alcázar; D. Fernando habia procurado ahogar sus resentimientos para acoger al de Gormaz con la benevolencia que dispensaba al mismo Diego Lainez,

—Jimena, hija mia, dijo el conde á su hija estrechándola en sus brazos, porque necesitaba su contento aquel desahogo; el rey, á pesar de mis calumniadores, ha recordado mis merecimientos y tornádome á su gracia. D. Fernando, que sabe cuánto te amo, que tú eres la prenda mas cara de tu padre y que honrándote me honra, desea verte y me ha mandado conducirte á su presencia.

La alegría brilló á su vez en el rostro de Jimena, pero no era la alegría que radiaba en el de su padre, no era esa alegría que procede de la vanidad satisfecha; era que Jimena amaba á su padre aunque conociese sus defectos, y deseaba su felicidad cualquiera que fuese el punto de apoyo en que esta estrivase; era que alumbraba su mente un rayo de esperanza.... la esperanza de ver reanudada la amistad de su familia y la de Rodrigo, cuya consecuencia debia ser la vuelta de aquel tiempo feliz en que ningun obstáculo se interponia entre su amor y el del noble vástago de la rama de Vivar. Las almas puras y enamoradas son tan propensas á la esperanza como á la desesperacion; por eso la de Jimena, que se hallaba en este caso, recorrió en un breve espacio aquellos sentimientos estremos, pasó de la oscuridad á la luz, de la muerte á la vida.

En efecto, condújola su padre á la presencia del rey, de quien mereció la mas favorable acogida, como tambien de la reina y los infantes. La alternativa de sentimientos que habia experimentado aquel día, no habia despojado á su rostro de su hermo-

sura habitual; un murmullo de admiracion se alzó entre las damas y caballeros que acompañaban á la familia real cuando Jimena se acerca; el de Gormaz sonrió de satisfaccion y de orgullo, y Diego Lainez, al contemplar por la milésima vez tanta hermosura y discrecion, no pudo menos de pensar: «Mi Rodrigo será un héroe si ella se lo manda, conquistará un trono si ella se le pide!» Y este mismo pensamiento debió ocurrir á cuantos alli estaban, pues nadie ignoraba en la córte el antiguo amor que unia á Jimena y Rodrigo, ni el predominio que la doncella ejercia sobre el alma del gallardo mancebo, orgullo de la casa de Vivar y esperanza de los buenos castellanos y leoneses.





CAPITULO II.

Donde se trata de unas fiestas que terminaron con un bofetón.



A numerosa concurrencia que poblaba los salones del alcázar, se entregaba alegre y bulliciosa á las distintas diversiones que aquel magnífico sarao ofrecia, en tanto que el rey y los infantes conversaban familiarmente, mezclados en un grupo de caballeros, y la reina y las infantas separadas en otro grupo compuesto de hermosas damas, se solazaban á su vez hablando con estas ; pero si es cierto que Jimena era la dama preferida por la reina, su padre no obtenia en aquel instante idéntico favor del rey, á pesar de la benevolencia con que habia sido acogido pocos momentos antes. El amor que no procede del corazon, sostiene poco tiempo sus mentidas apariencias, pues en un momento de descuido, deja caer la máscara con que se cubria y

aparece entonces el frío rostro de la indiferencia. Tal acababa de suceder con el que D. Fernando había mostrado á D. Gome, y por el contrario sucedia con el que aquel sincero y sabio monarca profesaba al rico-home de Vivar.

—Señores, dijo el rey dirigiéndose á los caballeros que le rodeaban: como hermano, he llorado la muerte de D. García, mas como rey, obligado á sacrificar los efectos mas tiernos de mi corazón en pró del reino que Dios me encargó reir y gobernar, debo regocijarme por el triunfo alcanzado en Atapuerca por las armas castellanas y leonesas. En celebridad de ese glorioso triunfo, he dado pruebas de mi munificencia á los pecheros mis vasallos. No es bien que los caballeros que asisten á mi corte, dejen de participar de mis mercedes con arreglo á sus merecimientos. A vos, noble y leal Peranzures hago mayordomo de mi alcázar, que si bien habeis servido mis Estados con la espada en el campo, y con vuestra sabiduria en las cortes y en el consejo, bien servireis tambien mi casa. A vos, honrado Arias Gonzalo, encargo mi tesoro, que fio ha de acrecer encargado vos de su guarda. A vos, noble y prudente Diego Lainez, confio el cuidado y la enseñanza de mis hijos, que habiendo criado tan bien el vuestro, bien criareis los míos. Bien sabeis cuanto amo á los infantes; poniéndolos á vuestro cuidado, os doy la mayor prueba de amistad y confianza que rey puede dar á vasallo, y sabed que si otra mayor pudiera daros, diéraisla de buen grado. Vos, el mas cumplido caballero del mundo, el mas honrado y prudente de los ricos-homes de Castilla, amoldareis la cabeza de mis hijos, para que siente bien en ella la corona que un día han de ceñir todos ellos, pues ya que Dios me dió tres reinos, uno he de dejar á cada uno de mis tres hijos. Vos, esforzado conde de Gormaz, habeis de ser de hoy mas el que conduzca al campo las huestes leonesas y castellanas, en vez de Diego Lainez y Peranzures, cuyo brazo han debilitado los años y el mucho blandir la espada y la lanza. Pruebas me habeis dado de vuestro valor, luchando con la morisma, y no dudo que vos y los caballeros que me rodean, me habeis de servir como buenos, unos en el campo y otros en mi corte, unos con su valor y otros con su lealtad y su sabiduria.

Peranzures, Arias Gonzalo y Diego Lainez, doblaron la rodilla y besaron la mano al rey, para darle gracias por las señaladas mercedes que les hacia, como buenos y agradecidos vasallos que todos eran; pero el de Gormaz, cuando llegó su vez, dió rienda suelta al enojo que se habia ido apoderando de su pecho, en tanto que el rey hablaba á los demas caballeros, y particularmente al de Vivar, á quien creia injustamente favorecido por el rey, cuya frialdad para con él atribuia á malquistacion del honrado anciano, que tan distante se hallaba de merecer aquella acusacion.

—Señor, dijo al rey dirijiendo de tiempo en tiempo una mirada al de Vivar, el conde de Gormaz seria un lisonjero cortesano y no un honrado caballero, si diera gracias á su rey por mercedes que no recibe. Si os placen solamente aduladores, no espereis hallar uno en mí.

Otro monarca menos prudente que D. Fernando hubiera castigado la audacia y la ingratitud de D. Gome, y hubiera puesto una mordaza en la lengua que de tal modo se le atrevia; pero Don Fernando reprimió su enojo y dejó al de Gormaz esponer sus resentimientos, por mas que fuesen injustos y lo hiciese en términos indignos de un vasallo en presencia de su rey.

—Encargais, señor, continuó D. Gome, la crianza de vuestros hijos á un viejo caduco, como si los criárais para monjes ó como si los quisiérais afeminados como las hembras, y por favorecer á un menguado adulador, olvidais, señor, mis servicios y el valor con que os he servido siempre!... Si quereis que los infantes sean buenos caballeros, diestros en romper una lanza en una justa, y osados y entendidos al cerrar con un escuadron de moros, ¿á quién debias fiar su crianza, á un viejo cuya mano apenas puede sustentar el báculo en que se apoya, ó á mí que tengo valor en el corazon y fuerza en el brazo para blandir la espada, no solo contra el infiel, sino tambien contra todo el que ose ponerlo en duda como á probarlo estoy dispuesto?

Y al hablar así, D. Gome se dirijia á Diego Lainez provocándole, no solo con la palabra sino tambien con el semblante.

—Señor, dijo el anciano dirijiéndose al rey y reprimiendo su justa indignacion, que á no estar contenida por la presencia del

rey hubiera estallado, ya que no con ayuda de la espada que en efecto no podía sustentar su temblorosa mano, con la de la palabra que hubiera sido enérgica y terrible al defender una honra que nadie mas que el conde se habia atrevido á mancillar; señor, perdonadme si al defender mi honra traspaso los límites de la moderacion que debo respetar delante de mi rey y señor. Y continuó dirigiéndose al de Gormaz: — D. Gome, sois injusto en demasía al suponerme lisonjero y calumniador. Diego Lainez agradece las mercedes que recibe de su rey, pero nunca las solicita y mucho menos con la lisonja y la calumnia. Si las razones que habeis alegado para probar que el rey debió encargarnos la crianza de los infantes en vez de confiármela á mí, han convencido á quien me ha honrado con esta confianza, renunciaré en vos tanta honra, por mas que la tenga por la mayor que he recibido durante mi larga vida, consagrada casi toda ella al servicio de la patria. Pero no; esas razones no deben pesar tanto como eso en el ánimo del rey. Esta debilidad que notais en mi mano, estas canas que veis en mi cabeza y estas cicatrices de mi rostro, prueban que he vivido mas que vos, y que no siempre he frecuentado los salones de la corte. Si no puedo romper una lanza en una justa ni cerrar con un escuadron enemigo, puedo enseñar uno y otro; vos que lo aprendisteis de mí debiérais certificar de ello, y ya que no por anciano, respetarme por maestro.

El rey conocia la sinrazon del conde y la prudencia y la moderacion del de Vivar, pero no queria decidirse ostensiblemente por ninguno de los dos, porque conocia los males que al Estado debia traer un rompimiento completo entre aquellas dos nobles familias, ambas poderosas por sus riquezas y parciales; ademas enemistándose con el conde de Gormaz, se captaba un enemigo cuyo poder debian temer los monarcas mismos. Así fué, que se propuso interponer su influencia para reconciliar á ambos contendientes, quedando en buen lugar con uno y otro.

—Dejad, les dijo, esas funestas querellas, y pensad solamente en consolidar la amistad que un tiempo no lejano os unió, y en servir unidos á vuestra patria y la fé de vuestros mayores, continuamente amenazadas por los moros, que no de otro modo dán

pruebas de tales los buenos caballeros cristianos. Ambos sois fortísimas columnas de la fé y de mi trono, y nunca fué mi ánimo favorecer á uno con perjuicio del otro, antes bien, al recompensar vuestros merecimientos he querido colocar á cada uno de vosotros en el puesto que sus circunstancias reclaman. Cuando el rico-homme de Vivar era bastante robusto y fuerte para manejar una lanza, acaudillaba las huestes cristianas, y hoy que solo puede servirme con la sabiduría que dá la experiencia, le confío un empleo que solo es dado desempeñar con ella. Vos, D. Gome, sois el mas idóneo para acaudillar mis soldados, y por eso os nombro su caudillo. Un dia sereis viejo como Lainez, y entonces utilizará el rey vuestra sabiduría y vuestra lealtad en su casa. Conociéndoos valiente y aficionado á los hazares de la guerra, creí agraviaros confiándoos en mi alcázar un destino que solo deben desempeñar los ancianos como Arias, Peranzures y Lainez, ó aquellos caballeros que por apocados de ánimo no sirven para los campos de batalla. Lainez, alargad la mano á D. Gome, que él la estrechará de buen grado.

El anciano alargó en efecto su temblorosa mano como para buscar la del conde, deseoso de complacer al rey, y de sacrificar sus justos resentimientos á trueque de una reconciliacion que evitase muchos males al Estado y tornase la tranquilidad á su casa. Quizá se acordó tambien en aquel instante de Rodrigo, cuya felicidad estaba en la renovacion de su amistad con el de Gormaz; pero júzguese de su sorpresa y de su justa indignacion cuando vió que el conde retiraba la suya diciendo con soberano desdén:

—La mano del conde de Gormaz nunca ha estrechado ni ha de estrechar mano de calumniadores.

—D. Gome!... exclamó el honrado viejo, revistiéndose de la altivez propia de todo caballero injustamente ultrajado: antes de alargaros mi mano debí cortarla. Vos... vos sois el calumniador, cuya mano hubiera manchado la mia.

—Si mi mano no ha manchado la vuestra, contestó el conde, tomad, viejo fementido, manchará para siempre vuestro rostro.

Y ensangrentó con una bofetada el venerable rostro del anciano, de Diego Lainez, del que un dia fué terror de la

morisma, del caballero mas cumplido de Castilla, del hijo de Lain Calvo!!...

—Justicia de Dios!..... gritó el desventurado anciano luchando con su impotencia para devolver al cobarde felon la injuria que de él habia recibido; pero la ira ahogó su voz, anubló su vista, trastornó su cabeza y le derribó al suelo.

—Traidor, mal caballero y mal vasallo, esclamó el rey, en mi presencia osais alzar la mano contra un caballero inerme, que viejo y todo, vale mas que toda vuestra casta? Vive Dios que mi verdugo ha de cortar mañana mismo en la plaza de Leon la mano que tamaña alevosía ha cometido. Ah de mi guarda! ha de mi guarda!...

Pero la voz de D. Fernando se perdió entre el ruido y la vocería que acababa de levantarse en el salon. Las damas gritaban aterradas, y huian sin tino hácia las habitaciones interiores del alcázar, creyendo hallar en ellas un sagrado que las librase del tumulto, y los caballeros divididos en dos bandos, el uno por el de Gormaz, y el otro por el de Vivar, ponian mano á las espadas, y prorumpian en sañudas imprecaciones y amenazas, sin que la presencia y la voz, y la autoridad del rey y los infantes bastasen á contenerlos. Al fin, D. Fernando pudo dominar el tumulto al tiempo que alzaba del suelo al anciano y le estrechaba en sus brazos, y hasta imprimia el labio en su mejilla como para lavar la mancha que acababa de estamparse en ella: calmado un tanto su enojo, pudo al fin reflexionar: el prudente monarca consideró que si insistia en prender al de Gormaz, iban á correr arroyos de sangre en su alcázar, y á encenderse odios inextinguibles entre la flor de los caballeros de Leon y Castilla; recordó que el rico-home de Vivar, tenia sobrados campeones á quienes encomendar la venganza de aquella afrenta, y tuvo por mas prudente castigar al conde en la tela que en la picota. La voz de Diego Lainez vino en apoyo de esta decision.

—A Vivar, á mi castillo!... esclamó el anciano mesándose los cabellos y derramando las primeras lágrimas que habia derramado desde que ciñó espada y calzó espuela de caballero. A Vivar, á mi castillo!..... continuaba dirigiéndose á sus criados y

parciales que le rodeaban ruiendo de furor. Era que la afrenta que habia recibido no habia turbado su razon hasta el punto de desconocer lo que se debia á la casa del rey, en cuya presencia ningun honrado vasallo debia sacar la espada para vengar ofensas particulares.

Diego Lainez fué obedecido : pocos instantes despues iba en una litera camino de Vivar acompañado de muchos peones y caballeros , y los salones del alcázar se hallaban desiertos.

El conde de Gormaz tenia muchos parciales en Leon , como lo probaba el crecido número de caballeros que se habian puesto de su lado cuando los del rico-home de Vivar pusieron mano á las espadas indignados por la villana ofensa inferida al anciano; mas, cuando se hubo aquietado el tumulto, cuando la reflexion hizo conocer por parte de quien estaba la razon, apenas hubiera hallado D. Gome un caballero que desnudara la espada en su defensa. Hubiérase dicho al dia siguiente que el conde habia perdido en pocas horas todos sus amigos , pues los que hasta entonces le habian sido mas adictos, se contentaban con mostrarse neutrales en aquella cuestion que era objeto de todas las conversaciones.





CAPITULO III.

Donde el lector verá lo que sucedió á Rodrigo y su escudero desde Leon á Vivar.



IMOS á Rodrigo abandonar el alcázar precisamente cuando los placeres del sarao y la circunstancia de hallarse reunidas allí las damas mas hermosas de Leon y Castilla hacian mas grata la permanencia en sus salones. ¿A dónde se dirigia? ¿Cuál era su objeto al alejarse del centro de la alegría y los placeres? Las crónicas no nos prestan luz muy clara, lo mismo en esta ocasion que en otras, para no perder de vista al héroe de nuestra historia.

Eranle insoportables el bullicio y el tumulto de la corte: su alma intranquila necesitaba la calma de la soledad; Rodrigo queria reconcentrar su pensamiento en un solo objeto, en el amor que

cuanto mas contrariado, mas lozano y ardiente se señoreaba de su corazon. ¿Qué le importaban á él todas aquellas hermosas damas, todos aquellos apuestos y nobles caballeros, todas aquellas acor-dadas músicas, todos aquellos juegos y danzas, toda aquella ani-macion, aquella vida, aquel movimiento, aquella alegría de la cór-te, si no podia entregarse á sus dulces pláticas con Jimena, á sus sueños de amor y felicidad de otro tiempo? Consideró que si iba á despedirse de su padre, no podia hacerlo sin despedirse al mismo tiempo del rey y los demas caballeros que le acompañaban, en cuyo caso unos y otros se opondrian á que abandonase los place-res del sarao, distantes como se hallaban de comprender sus de-seos y su necesidad de estar solo.

Dirigióse á su posada, y montando en un brioso corcel, salió de Leon seguido de Fernan Cardaña, un escudero que lo habia sido de su padre y á la sazón lo era suyo, porque el prudente Diego se le habia destinado la víspera de la batalla de Atapuerca, donde lidió por primera vez Rodrigo, pues sabia que Fernan por su valor, por su carácter decidior y alegre, por su esperiencia y sobre todo por su lealtad, era entre sus servidores el mas apropósito para acompañar y servir al mancebo. Hablando con propiedad, no podria darse el nombre de escudero á Fernan, atendidas las fun-ciones que cerca de Rodrigo desempeñaba, y las que por lo co-mun eran propias de los que llevaban tal nombre. Fernan era un compañero de Rodrigo; mas bien tenia carácter de ayo que de escudero, y hasta las armas así ofensivas como defensivas que llevaba, daban lugar á que se le confundiese con los caba-lleros.

Era la noche apacible y hermosa, y una clarísima luna ilumi-naba las cercanías de Leon, animadas aun por la algazara de los villanos que continuaban entregados á sus bailes, á sus cantares y aclamaciones, quienes alumbrados por la luz de las hogueras, quienes por la luna, quienes en fin, por el abundante zumo de uba que habian trasegado á su estómago, brindando por el rey D. Fernando que tan liberal se habia mostrado con todos aquel memorable dia.

—Voto á Judas Iscariote, decia para sí Fernan, que no parece

sino que alguna de las brujas que celebran su sábado en torno de esas hogueras ha embrujado á mi amo y señor!... El que siempre está de buen talante y gusta de conversar conmigo y que le hable de asaltos y batallas y de perros moros ensartados en mi lanza, esta noche está cabizbajo y triste, no se le dá un ardite de cuanto ve y oye, y camina callado como un muerto!... Pero tengo para mí, que quien le ha embrujado es esa Jimena con quien pensaba casar antes de enemistarse el de Gormaz que Dios confunda y el de Vivar que Dios bendiga. Cierto que la doncella es bocado, no digo de hidalgo, sino de emperador, pero por el alma de Belcebú que mi amo yerra en darse malos ratos por hembras, siquier sean nobles, siquier villanas. Tengo para mí que mas hembras hay que varones, pues mientras nosotros vamos á la guerra y por allá quedamos la mitad, ellas las his de tales se están muy regaladas en casa esperando que las mate Dios que las crió, y es plaga la que de ellas hay en todas partes. Pues si á cada varon tocan dos hembras, que de dos no bajarán, ¿no es boberia y desatino de marca apenarse por perder una? ¡Oh qué poco se apenará el hijo de su madre si perdiera las dos que le han tocado, que no hay una de ellas que me deje gozar en paz de su amor con sus celos y camorras! Mañana llegaremos á Vivar, si con este paso no rebientan nuestras cabalgaduras, y jurára por el nombre que tengo, que me muele y me asendereará con sus celos Mayorica la doncella de mi señora Doña Teresa... Pero, señor, si á cada varon tocan dos mujeres, ¿por qué cada una de por sí ha de llevar á mal que uno quiera á la otra? Por el alma de Belcebú que me pudre la sangre y me desespera esta sinrazon de las hembras!... Mas, dame mucha pena el ensimismamiento de mi señor, y es cargo de conciencia no distraerle un poco, que bien es menester distraer el ánimo para hacer llevaderos esta larga jornada, estos caminos mas ásperos que el de la gloria, y este trote de los caballos que no deja asentadera sana.

Y así diciendo, Fernan aplicó el acicate á su troton hasta emparejarle con el de su amo.

—Buena noche tenemos, señor, dijo á este que continuaba pensativo y espoleando sin tregua su caballo; pero Rodrigo no contestó.

—Aun no hemos oído cantar los gallos de las ventas que vamos dejando atrás, y estamos á mitad de camino, continuó el escudero; me parece que pudiéramos acortar algo el paso para que vos, señor, no os lastimárais las asentaderas que debéis llevar desolladas; porque sin mataros vos ni las cabalgaduras, podemos llegar á Vivar antes de mediodía.

Rodrigo no se dió por entendido, y Fernan continuó:

—Recuérdame esta noche una en que estando yo al servicio de vuestro señor padre, dimos buena cuenta de un escuadron de moros que iban á poner fuego á las mieses en tierra de cristianos.

Rodrigo siguió abismado en sus meditaciones: pero Fernan no se dió por vencido: acababa de tocar inútilmente una de las cuerdas que con mas facilidad bibraban en el corazon de su señor, la de la guerra, y quiso probar si daba mejores resultados otra, la del amor.

—Menos tiempo, dijo, empleamos esta noche en la jornada de Leon á Vivar, que cuando vos, vuestro padre y yo, hicimos la de Vivar á Leon acompañando á Doña Jimena...

Rodrigo se estremeció al oír el nombre de su amada, y Fernan á quien no se escapó aquel movimiento, dijo para sí:

—Cierto que es Jimena quien le ha embrujado con aquellos dos ojos que parecen dos luceros de la mañana. Sáqueme los míos Mayórica en cuanto lleguemos á Vivar, si no va pensando en ella.

No se equivocaba el bueno del escudero: el enamorado manco iba pensando en su amada, iba recordando la felicidad que habia gozado á su lado y calculando las probabilidades que tenia de renovarla y asegurarla para el porvenir.

—Qué días tan felices, pensaba, aquellos que pasábamos juntos, ya en mi solar de Vivar, ó ya en el suyo de Gormaz! Cuando los dos éramos niños, fiábamos que un lazo indisoluble nos habia de unir, pero ignorábamos el nombre de aquel lazo: solo sabíamos que nos amábamos y que no podíamos dejar de amarnos; crecimos, y con nosotros creció nuestro amor, y entonces fuimos conociendo el nombre que nos habíamos de dar un día. ¡Quién nos hubiera dicho entonces que habia de llegar un tiempo en que fue-

ra poco menos que irrealizable la union en que se cifraban nuestras mas dulces esperanzas y las de nuestros padres! Asistiamos á un torneo, y cuando un caballero rompía las lanzas que era preciso romper para ser proclamado vencedor, me decia Jimena:—Rodrigo! cuando ciñas la espada de caballero lidiarás así, así vencerás, y así recibirás el premio, y tu gloria será la mia!»—Y cuando la reina del torneo, sentada en un trono dorado y adornado de guirnaldas de flores, entregaba el premio al vencedor arrodillado á sus pies, y era aplaudida por la multitud y codiciada su hermosura por los caballeros mas nobles y mas apuestos, yo decia á mi Jimena:—Un dia serás tú tambien reina del torneo y yo el vencedor á quien otorgues el premio; todos te aplaudirán y admirarán tu hermosura, y tu gloria aumentará la que me quepa por el vencimiento.»—Otras veces recorriendo, fugaces como las mariposas y alegres como los pájaros, los jardines que rodean el castillo de sus padres ó los que rodean el de los míos, ó sentados á la sombra de los árboles de la pradera, arrojando puñados de flores al arroyo que las arrebatava en su rápida corriente, ó juntos en la plataforma del castillo, contemplando el azul de los cielos y respirando el aroma de los campos que traian hasta nosotros las frescas auras de la noche, soñábamos una vida de amor, de gloria, de felicidades celestes.

A este punto de sus reflexiones llegaba Rodrigo Diaz, cuando Fernan le interrumpió pronunciando el nombre de Jimena. Hablaron algunos instantes de la jornada á que el escudero se referia; pero como el mancebo no tuviese por conveniente dar á aquel satisfacciones de sus amores y no pudiese ocuparse de lo que con ellos tenia alguna relacion sin venir á parar á ellos, mudó de conversacion. Obligado á emprender alguna, pues el escudero era tan aficionado é ella que no habia medio de resistirle, acudió á la que mas la agradaba, es decir, habló de la guerra.

Fernan que de los treinta y seis años que contaba habia pasado veinte en los campos de batalla, distrajo completamente de sus cavilaciones amorosas á su señor, contándole hazañas cuya mayor parte califica de patrañas del escudero el cronista á quien debemos estas noticias, pero que Rodrigo creyó de muy buena fé,

entusiasmandose á veces hasta el extremo de prorumpir en—Ah perros moros! Por Santiago que esa lanzada valia un tesoro de rey!... Ira de Dios, qué villano era el caballero... Oh quién hubiera estado allí para cortar la cabeza al felon!... y otras exclamaciones por el estilo.

En esto empezaba á alborear, y los pajarillos cantaban en los árboles que sombreaban el camino. Nuestros viajeros llegaban cerca de una venta llamada del Moro. Fernan manifestó á su señor la conveniencia de descabalgar en ella para reforzar un poco el estómago de ginetes y caballos, á lo que Rodrigo accedió considerando que si á él le quitaba el amor el apetito, no así á su escudero y á las cabalgaduras.

Disponíanse á echar pie á tierra, cuando oyeron un ruido como de caballos en una oscura arboleda que habia frente á la venta, y casi al mismo tiempo oyeron una voz que les decia:

—Ténganse los caballeros!

—Ténganse los villanos, que son ellos, gritó Rodrigo poniendo mano á la espada para acometer á los desconocidos.

—Por el alma de Belcebú, le gritó Fernan, no hagais tal, señor, que vuestra espada de caballero no debe estrenarse en ese atajo de bandidos, que bandidos deben ser, y por remate villanos de estos contornos. Vereis, voto á Judas Iscariote que cuenta dá de ellos mi lanza.

Y al decir esto, Fernan embistió á los emboscados, no acompañándole su señor, á quien en efecto pareció que no debia estrenar en unos miserables salteadores la espada que dias antes le habia ceñido el rey de Castilla y Leon.

En tanto que Fernan lidiaba en la arboleda con los que él suponía bandidos, derribando uno de cada bote de su descomunal lanza, uno de aquellos se separó de sus compañeros y se encaminó precipitadamente hácia la venta, y echando pie á tierra, dió una terrible patada á la puerta que saltó hecha astillas, y entró, saliendo de allí un instante despues con otra persona que parecia una mujer, con la que saltó á su caballo, al que arrimó un fuerte espolazo en ocasion que Rodrigo que habia estado observando aquella escena, oyó una voz que decia:

—Por Dios, señor caballero, amparad á una doncella robada á sus padres por estos malvados felones.

Rodrigo creyó llegada la ocasion de cumplir uno de los deberes que habia jurado al ser armado caballero, cual era el de defender á los débiles oprimidos, y poniendo mano á la espada, cerró con el raptor que á su vez empuñó su acero, sujetando con la mano izquierda las bridas de su cabalgadura y á la doncella. El combate era obstinado y fiero; las desventajas del embarazo que al desconocido causaba su presa, estaban equilibradas con las que daba á Rodrigo su temor de herir á la que trataba de salvar, tanto mas, cuanto que la espesura de los árboles robaba los escasos albores de la mañana; pero como se oyera el galope de un caballo que se dirigia hácia los dos combatientes, el ladron de doncellas volvió la cara por un movimiento instintivo, sin duda para ver si llegaba en su socorro alguno de sus compañeros, y entonces el valeroso mancebo le metió la espada por la gorguera y le hizo caer al suelo derramando un torrente de sangre, arrastrando tras sí la doncella que acababa de desmayarse.

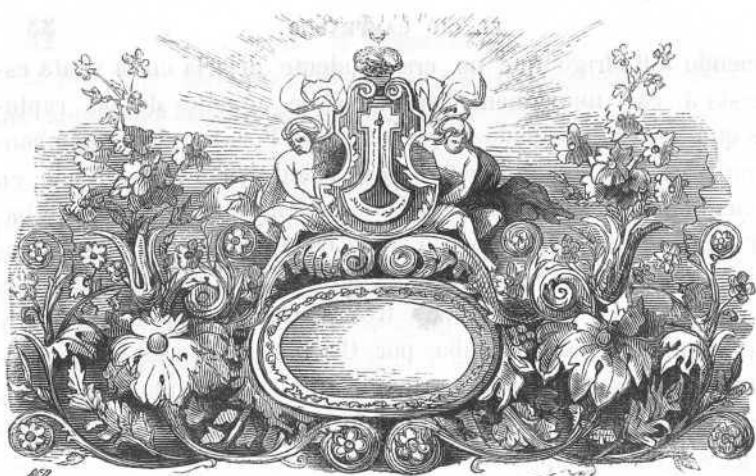
En aquel instante llegó Fernán blandiendo su ponderosa lanza.

—Bien, señor, bien, voto al alma de Belcebú! exclamó el valiente escudero al ver á su amo triunfante de su adversario. Sois digno de vuestro padre, y habeis dado buen estreno á vuestra espada, que á lo que veo estos traidores eran ladrones de doncellas. Anda al infierno, villano, continuó dirigiéndose al vencido, que allá en el robledal quedan mordiendo tierra dos de tus compañeros; y podreis hacer la jornada en amor y compañía.

Así diciendo, caballero y escudero descabalgaron para socorrer á la doncella. Villana era esta á juzgar por su trage, pero tan gentil que el escudero sintió que en vez de dos hembras, no tocasen tres á cada varon. Lleváronla á la venta cuyos dueños se alegraron mucho de verla libre de sus raptos, pues si bien no se habian atrevido á defenderla, habian conocido que iba robada, y merced á los auxilios que venteros, caballero y escudero la prestaron, tornó á corto rato en su acuerdo arrojándose de hinojos á los pies del valeroso mancebo que la habia salvado, dándole las gracias, llorando como una Magdalena. Consoláronla todos á porfia, y pa-

reciendo á Rodrigo que no era prudente dejarla en la venta espuesta á caer nuevamente en manos de aquellos de sus raptos que habian escapado de los botes de Fernan, determinó conducirla á Vivar, donde recobraría su salud harto quebrantada en pocas horas. De buen grado asintió la doncella, y despues de haber tomado un corto refrigerio asi el escudero como las cabalgaduras, ayudáronla á subir en la del que yacia, al parecer muerto, á la puerta de la venta, y todos tres siguieron camino de Vivar á tiempo que el sol despuntaba por Oriente y labradores y trajineros cruzaban por todas partes comunicando vida y alegría á aquellos campos, poco antes solitarios, con sus cantares y sus alegres y cordiales pláticas.





CAPITULO IV.

Donde la doncella, amen de su historia, cuenta sucesos que da ira el oírlos ó leerlos.



OLGARASE mi señor, gentil doncella, de saber cómo ha sido el hallaros á merced de esos traidores, dijo Fernan á la villana, así que se apartaron algunos pasos de la venta, no pudiendo contener su curiosidad que también agujoneaba á Rodrigo, aunque no se apartase un instante de su pensamiento la imagen de Jimena.

—Eso haré con mucho gusto, cortés escudero, contestó la doncella, que si el saber que violentaban mi alvedrío ha bastado á este señor caballero para socorrerme, muy satisfecho ha de estar de su generosidad cuando sepa mas pormenor mi desgracia.

—Contádnosla, contádnosla, dijo Rodrigo impaciente por saber las aventuras de su protegida, cuya discrecion y hermosura admiraba.

Y la doncella se apresuró á complacerle, diciendo:

—Díome Dios padres muy honrados, aunque villanos de condicion, y siempre moré con ellos en Carrion ese condado. Eran vasallos de D. Suero, y aunque siempre abrumados por la tiranía del conde y los tributos en que invertian la mayor parte del fruto de sus trabajos del campo, vivian contentos porque el amor que mis padres se tenian, hacia llevaderas, y aun dulces, todas sus penas. Nací yo, único fruto de su union, y me amaron con ternura tal, que si me hubieran arrebatado de su lado, hubiéraseles arrebatado conmigo la vida. Contaros todos los cuidados de que me ví rodeada hasta cumplir los catorce años, fuera cuento de nunca acabar: tengo para mí que los pobres aman mas que los ricos, porque como el amor es uno de los placeres, y quizá el único, que no les está vedado, se entregan á él con toda la fuerza de su alma. Pobres y todo, mis padres procuraron educarme mejor que suelen serlo las doncellas de mi condicion, y fuese por esto, ó fuese por el esmero con que mi madre me ataviaba, es lo cierto que yo era siempre preferida entre todas mis compañeras por los mancebos cuando bailábamos en las heras las tardes de disanto, cuando de noche nos festejaban con músicas ó cantares al pie de las ventanas, ó cuando tornaban de la arboleda con mayos que plantaban junto á las puertas de las casas. Cerca de la nuestra vivia un mancebo, por nombre Martin, que entre todos los de su edad se distinguia por la aficion que me mostraba y por sus buenas prendas, no menos que por su gentileza y valor. A mi vez, aficionéme á él, y aficionáronse tambien mis padres tanto, que habiéndoles pedido mi mano seguro de que era suyo mi corazon, prometiéronsele gustosos, y estaba cercano el dia de nuestra union. No sé si sabreis cuán aborrecido es D. Suero en su condado, tanto de hidalgos como de villanos por su tiranía y sus desafueros que mas de una vez han llegado á oídos del rey, sin que á D. Fernando haya sido dado ponerles coto, porque D. Suero es tan poderoso como artero y audaz. No lejos de Carrion, en un valle poblado de som-

brias arboledas, hay un santuario á donde todos los años van en romería los habitantes de veinte leguas en contorno, y donde todos se entregan á los bailes, comidas y otros solaces propios de tales fiestas. La romería de que os hablo, se celebra en lo mas lozano de la primavera, y las galas del campo hacen mas agradable la concurrencia á ella: con los primeros albores salimos de Carrion mis padres, Martin, el suyo y yo, y llegados al santuario, despues de visitarle devotamente, nos retiramos á comer y descansar bajo los árboles, sentados todos sobre la yerba tachonada de florecillas que nos deleitaban con su hermosura y su olor. Terminada nuestra frugal, pero sabrosa comida, acercóse á nosotros un cuitado ciego tocando un laud; ofrecímosle lo que restaba de nuestras viandas que él aceptó agradecido, como tambien algunos tragos de buen vino que tornaron placentero su humor, y le rogamos que tañese su instrumento para bailar á su compás Martin y yo. Hízolo el ciego de buen grado, y nosotros bailábamos con mucho contento nuestro y embeleso de nuestros padres que nos aplaudian con ardor. Ibanse acercando muchas gentes formando corro en torno de nosotros; mas de repente, oyéronse pisadas de caballos, y todos volvimos la vista hácia el lado de donde venia el ruido y todos temblamos al ver al conde D. Suero que cabalgaba no lejos de nosotros con un lucido cortejo de pages y escuderos y que tenia fija la vista en mí con una atencion que me hizo estremecer. El ciego dejó caer al suelo su instrumento al oir el nombre de Don Suero, y empezó á temblar de tal modo, que ponía lástima á los circunstantes, entre los que procuraba ocultarse como si los ojos del conde fueran de basilisco y temiera que le viesén. Dispersóse la muchedumbre habiendo cesado la música y el baile que la atrajera; siguieron su camino D. Suero y sus servidores, y poco despues se habia calmado nuestra inquietud. Mas no asi la del ciego que continuaba lleno de terror y prestando oido al menor ruido que sonase en las cercanías. Preguntámosle la causa de su inquietud, y ved aqui la lamentable historia que nos contó deshaciéndose en lágrimas algunas veces: «Dios al privarme de una esposa, me habia dado una hija y conservado los ojos para recrearme en su hermosura, porque no sabeis cuán hermosa era mi Sancha! Po-

bres y ricos envidiaban mi tesoro, que el oro y la plata y los palacios no valian tanto como mi hija. «Padre, me habia dicho, vos sereis mis amores en la tierra.» Hija, le habia dicho yo, tú serás mi gloria en este mundo! Y tal era yo para ella, y tal era ella para mí. Un día vimos desde nuestra ventana un caballero que atravesando los campos que cultivábamos se dirigia á nuestra feliz morada. Llamó á mi puerta, y pidiendo agua porque era en el mes de julio y el sol era tan ardiente, que Sancha y yo habíamos tenido que abandonar el campo para esquivarle, dióselo mi hija con la mejor voluntad, y le convidamos á reposar bajo nuestro techo. Diónos las gracias el caballero, mas no quiso aceptar nuestra oferta.—Hospitalarios sois, nos dijo, y yo quisiera mostraros que soy agradecido; en vez del favor que me ofreceis os demando otro, es á saber, que si alguna vez vais á Carrion donde son mis estados, vayais al palacio que alli tengo, que me holgara de veros y hospedaros en mi casa; si asi no lo haceis, desplaceréisme mucho, por que prueba será de que no fiais de mi buena voluntad como fio de la vuestra.» Prometimosle hacer su gusto en cuanto llegase ocasion, y el caballero tornó por el mismo camino dejándonos prendados de su cortesía, y resueltos á satisfacer sus deseos el dia que fuésemos á su condado de Carrion. Llegó este dia y pareciéndonos descortesía tornar sin ver al conde, pues mas hace quien ofrece que quien agradece, fuimos á su castillo donde el mismo Don Suero nos recibió y agasajó, no como á villanos que nosotros éramos, sino como á reyes. Mostrónos magníficos aposentos, muebles ricamente labrados, brocados y tapices dignos de un emperador, vajillas de oro y plata, y lechos cubiertos de seda y oro; alli vió mi Sancha doncellas vestidas como reinas; de suyo no eran tan hermosas como ella, mas parecíanlo por la riqueza de los trages y por la blancura de su tez no curtida como la suya por los ardores del sol y los cierzos del invierno. Y cuando tantas riquezas y tantas delicias nos hubieron hecho lamentar interiormente la miseria en que siempre habíamos vivido sin conocerlo hasta entonces, dijonos el conde si queríamos quedarnos en su palacio, donde nos esperaba una vida llena de ventura comparada con la que habíamos arrastrado é íbamos á arrastrar en el campo. Faltónos poco para ac-

ceder á sus instancias, pero mi Sancha y yo habíamos oído decir que la ambicion y la lisonja y la calumnia que matan el cuerpo y el alma suelen morar en los palacios, y resistimos la tentacion y las instancias que redoblaba D. Suero. Despedímonos de él con señales de agradecimiento; mas al llegar á la puerta del castillo hallámosla cerrada, y cuando íbamos á llamar que se nos abriese, dos criados del conde se apoderaron de mí y otros dos de mi hija y nos separaron, llevándonos violentamente, á Sancha no sé á donde, y á mí á un oscuro encierro. En vano supliqué, en vano grité apellidando traidor al conde, en vano interrogué á mis carceleros, que permanecí muchos meses en mi encierro como apartado del mundo sin que un rayo de luz hiriera mis ojos. De tiempo en tiempo sonaban los cerrojos de mi calabozo y una persona, no sé si hombre ó muger, porque la oscuridad era siempre completa y jamás resonaba allí mas voz que la mia, me llevaba la escasa vianda que prolongaba mi triste vida. Una vez tomé el vaso en que me dejaban el agua y le llevé á mis lábios; en lugar de agua, hallé en él un suave licor que bebí sin desconfianza, y á poco rato sentí una gran pesadez en todo mi cuerpo, mis sentidos se entorpecieron, mis párpados se cerraban y un sueño invencible me rindió á pocos instantes. Muy largo debió ser aquel sueño ó al menos largo me pareció por los tormentos que en él sufrí; al principio fué una espantosa pesadilla que me representaba ora á mi hija llamándome desolada para que la librase de la liviandad del conde, ora llorando sin consuelo la pérdida de su honra, y despues sentí agudos dolores en mi cabeza como si me arrancasen los ojos, y me pareció oír pasos en torno de mí. Por último, sacudí aquel sueño infernal, recobraron su actividad mis sentidos, y ya no sentí mas que un gran cansancio en todo mi cuerpo y un escozor, una sensacion dolorosa en mis ojos. Llevé la mano á ellos y hallé mi rostro bañado de un líquido que tuve por sudor. Una terrible sospecha me asaltó en aquel instante: temí que me hubiesen privado para siempre de la luz, y el dolor que sentí en los ojos durante algunos dias, me afirmó mas y mas en aquella idea. Desde entonces codicié mas que nunca la salida de mi encierro para saber si mis sospechas eran ciertas, si estaba condenado á vivir

eternamente en las tinieblas, y se la demandé incesantemente á mi carcelero, el que, hablándome por primera vez, me dijo un dia que venia á darme la libertad. Tomóme de la mano y guiándome por unos ánditos tortuosos me dejó en un sitio que me pareció ser el campo, porque circulaba libremente el aire, rodaban las hojas por el suelo, hollaban mis pies una alfombra que parecia de yerva, y llegaba á mi oído el murmullo de las fuentes y los arroyos. Entonces... ay! entonces un grito doloroso se escapó de mis labios: ya no me quedaba duda, el conde de Carrion me habia condenado á perpetua oscuridad, nunca volverian á ver mis ojos el sol, el cielo, las flores, la verdura de los campos y sobre todo la peregrina hermosura que Dios habia derramado en el rostro de mi hija...! Mi hija, mi Sancha! Qué es de ella, Dios mio! esclamé; dónde podré hallarla, dónde está...! dónde está que no viene á guiar á su padre, al pobre ciego, en las tinieblas que perdurablemente le rodearán!! Y desde entonces busco á mi hija por todas partes, en las aldeas y en las ciudades, en los palacios y en las cabañas, y en ninguna parte la encuentro... Cien veces he ido á pedirselo á D. Suero, y siempre ha mandado á sus criados que me echen á palos de su palacio, y ya no me atrevo á ponerme en su presencia, porque me matará y yo no quiero morir sin haber vuelto á estrechar en mis brazos á mi hija y sin haber hallado un caballero que vengue las inícuas injurias que lamento.»

—Ira de Dios, qué villano es ese conde, exclamó Rodrigo al llegar aqui la doncella, á quien habia escuchado con visible emocion. Diera la vida, continuó, por probar en él el temple de mi espada, y plegue á Dios depararme ocasion de habérmelas con él.

—Como vos exclamó Martin, continuó la doncella, cuando el ciego terminó su lamentable historia. Viéraisle, señor caballero, apretar sus robustos puños, blandir el leño que le servia de báculo, y seguir con la vista el camino por donde momentos antes habia desaparecido el conde como buscando aquel mal caballero para abrasarle con el fuego de su generosa cólera.

—Voto á Judas Iscariote, exclamó Fernán, no menos indignado que su señor, que si mi lanza topa á ese conde felon, le ha de ensartar como cuenta de rosario, aunque sea, no digo ante el rey de

Leon y Castilla, si no ante el mismo rey de los cielos... Mas, seguid vuestro cuento, discreta doncella, que tengo para mí ha de estar mi señor gozoso de saber en lo que fina.

La doncella volvió á tomar el hilo de su narracion, y caballero y escudero acercaron sus cabalgaduras á la suya cuanto pudieron á fin de no perder palabra.

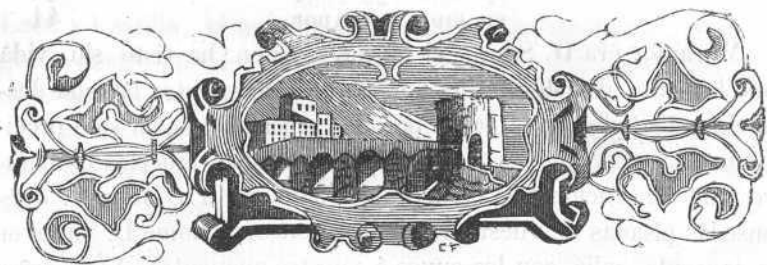
—El sol iba á esconderse tras una colina lejana, y los pájaros le daban la despedida cantando tristemente en los árboles que nos cobijaban, y los romeros comenzaban á alejarse del santuario, pues sus cantares y sus gritos de alegría iban estendiéndose á lo lejos por los caminos que partian de la ermita en todas direcciones. Tomamos nosotros la de Carrion, y el ciego del laud fué á hospedarse en casa del ermitaño; su historia nos habia quitado la alegría, y caminábamos silenciosos é inquietos como si presintiéramos alguna desventura. La noche habia cerrado, y la luna ora alumbraba, ora se escondia entre los negros nubarrones que vagaban en el cielo: al entrar en una cañada poblada de árboles divisamos en la sombra unos bultos que nos parecieron hombres á caballo y no nos equivocamos, que al punto salieron á nuestro encuentro dándonos la voz de: «Ténganse los villanos ó lo que sean.» Martin conoció en aquella voz la de un criado de D. Suero y me lo dijo poniéndose delante de mí como para guarecerme del peligro que creyó me amenazaba. Descabalgaron dos de los caballeros y se dirigieron á mí con los aceros desnudos; entonces la luna se ocultó tras una espesa nube, y se trabó una lucha terrible y porfiada entre los salteadores y Martin á quien acorrian mi padre y el suyo si bien estaban aun mas inermes que él; pero al fin cesó la lucha sin que la oscuridad me dejase ver qué era de Martin y nuestros padres, y uno de aquellos traidores me tomó en sus robustos brazos sin que yo opusiese la menor resistencia, pues el terror habia anulado todas mis fuerzas, y me puso en los de uno de los que no habian descabalgado, quien, colocándome en ancas de su bridon, metió espuela y partió seguido de sus compañeros, segun en el camino pude entender, no á Carrion, sino á un castillo situado en los confines del condado, y que desde tiempos atrás guarnecen los condes.

Mi raptor era D. Suero, el mismo á quien he visto sin vida cabe la venta del Moro. Una hora antes de vuestra llegada descabalgamos todos en la venta porque la jornada habia sido precipitada y larga, y jinetes y cabalgaduras estaban muertos de hambre y de cansancio; mas cuando la jornada iba á continuar, oyéronse las pisadas de vuestros caballos y encerrándome D. Suero en un aposento, salió con los suyos á vuestro encuentro. Ved, señor caballero, si debo estar agradecida al servicio que me habeis prestado, y si salvada y todo de mi raptor, no debo llorar sin consuelo por mis padres y el mancebo con quien pensaba unirme cuya suerte ignoro como ellos, si es que viven, ignoran la mia.

Y así diciendo, la doncella soltó los diques á su llanto que no bastaban á calmar todas las cariñosas palabras de Rodrigo y su escudero.

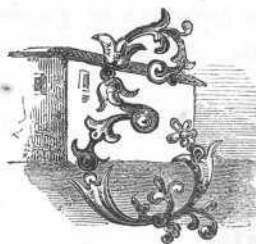
En estas y las otras, divisaron las almenas del castillo de Vivar, y cuando el sol tocaba la mitad de su carrera, tocaban nuestros viajeros el término de la suya.





CAPITULO V.

De como fueron recibidos en Vivar Rodrigo y su escudero.



El primer cuidado de Rodrigo al entrar en la casa paterna, fue encomendar la doncella á las de su madre, las que conociendo cuán necesario le era el descanso, la prepararon un blando lecho, donde la dejaremos reposar para informarnos del recibimiento que al novel caballero hizo su madre, y al escudero su amada *in-partibus*, como llama á Mayor la Crónica de donde tomamos lo que atañe á los amores del honrado Fernan.

Muchos meses hacia que Rodrigo estaba separado de su madre, pues como ignorase los usos y costumbres de la corte á causa de no haber salido casi nunca de Vivar, á no ser para ir á los

estados de D. Gome ó á algun torneo que aquí ó allá se celebraba, su padre le llevó consigo á ella para que los aprendiese de modo que supiese cuanto debia saber un cumplido caballero el dia, no lejano ya, en que ciñera espada y calzara espuela de tal.

Era Teresa Nuña una dama en quien resplandecian todas las virtudes y las buenas prendas que se pueden desear en muger. La nobleza de su cuna, su discrecion y su hermosura, le daban derecho á brillar en los alcázares reales; mas otra fué su ambicion desde muy niña : para ella toda la gloria y todos los deleites de este mundo estaban en el hogar doméstico; amar á su familia, ser amada de ella, y ser el ángel tutelar de los débiles y menesterosos, ved aquí su mayor gloria, ved aquí su mayor deleite, ved aquí su mayor elogio. Ya en los tiempos en que vino al mundo era comun sepultarse en un claustro las doncellas que como Teresa miraban con desdén los oropeles mundanos y los livianos galanteos; pero aunque su fé fuese tan pura y tan santa como la que cinco siglos mas tarde inflamó el corazon de otra Teresa, de la cantora del amor divino, si bien no participaba de los éstasis y los deliquios de esta última, Teresa Nuña pensaba de otra manera: pensaba que el claustro debia ser el asilo del infortunio, el refugio de los corazones que solo esperan del cielo, la mansion de los que nada pueden hacer en favor de la humanidad. Hacer la felicidad de un esposo honrado, dar á la pátria hijos que la honren y la defiendan, y cubrir con el manto de la caridad y la misericordia la desnudez y la miseria del infortunio, este era en su concepto el destino mas santo de la muger. Para algo mas que para elevar al cielo los cánticos del rey poeta tras las celosias del coro, ha puesto Dios al lado del hombre la muger, ese ser débil, hermoso, dulce, persuasivo, lleno de caridad, todo espiritu, todo poesia. Dios que en medio de la hedionda laguna hace brotar olorosas florecillas, y sobre la ápera roca hace nacer el suave césped para que el olor de las flores neutralice el hedor de la laguna, y la suavidad del césped la aspereza de la roca; Dios, repetimos, ha puesto la muger al lado del hombre para que la dulzura de la una neutralice la amargura del otro. Cuando la muger vé destrozado su corazon por el hombre, ó cuando este le niega un escudo que proteja su debili-

dad, busque en Dios lo que le han arrebatado ó le niegan los hombres, y malhaya quien tal refugio la niegue; pero cuando ninguna de estas dos razones pueda alegar para sepultarse en un claustro, cumpla en el siglo su glorioso destino. Así pensaba Teresa Nuña cuando el honrado Diego Lainez demandó su mano; dióselo ella con alegría, porque así se acrecentaba la honra de su casa, y sobre todo, porque así se iban cumpliendo sus nobles aspiraciones. Desde entonces fué mas que nunca la madre de los desvalidos, y cuando la naturaleza le dió un nuevo título á este dulce nombre, cuando fué apellidado con él por los rosados labios de un infante, creyóse la muger mas venturosa de este mundo. Júzguese cuánto amaba á Rodrigo, á aquel hermoso pedazo de sus entrañas, ella cuyo corazon era un tesoro de amor y ternura para todos, y júzguese con cuánto placer tornaria á abrazar á su hijo, ya hermoso y gentil mancebo, tras algunos meses de ausencia. No bien supo que acababa de descabalgár en el patio del castillo, corrió á su encuentro y ambos se unieron en un estrecho abrazo.

—Cómo, hijo mio, preguntó Teresa al mancebo, cómo no viene tu padre contigo, que así fuera mi ventura completa?

—No hayais pena, madre y señora mia, contestó Rodrigo, que bueno y muy honrado del rey le dejé anoche en Leon á donde acaba de tornar D. Fernando.

—Huélgame mucho, hijo del alma, de la aficion que D. Fernando tiene al rico-home de Vivar, y de las continuas mercedes con que le honra; pero holgárame mas de verle siempre á mi lado, que si el amor que siempre le he tenido me hacia llorar su ausencia cuando era fuerte y casi mozo, llórola ahora con doble motivo, porque siendo débil y anciano, temo que las inquietudes de la córte dañen su salud, ó caiga en las celadas que le armen sus émulo.

—Cuanto á eso último, no temais, madre: nuestros émulo saben que si á Diego Lainez tiembla la mano para vengar agravios, no así á su hijo. ¿Quién osará ofender á Diego, hoy que Rodrigo ciñe espada de caballero?...

—¡Oh hijo mio! exclamó Teresa volviendo á estrechar en sus brazos al mancebo, llena de gozo, tanto por el generoso aliento

que mostraban sus palabras cuanto por la nueva de que habia entrado ya en la órden de caballería. ¿Cómo los ojos de tu madre no habian reparado en el cinto de que pende tu espada?... Cuando, hijo mio, has sido armado caballero?

—Ayer lo fui, madre mia, y fuilo muy honradamente, que el rey me ciñó la espada, dióme la reina el caballo y calzóme espuela de oro la infanta Doña Urraca,

—¡Oh cuánto has de honrar la órden que has recibido!

—Eso haré muy pronto, madre mia, que vengo á despedirme de vos antes de partir á las fronteras, donde pueda lidiar con la morisma; porque ¡oh madre mia! yo necesito riquezas, necesito un trono...

—Bien dicen esos nobles intentos que arde en tus venas la sangre de los condes de Castilla! Corre en buen hora al combate, aunque al partir laceres el corazon de tu madre, que quisiera tenerte siempre á su lado; pero no te ciegue mas ambicion que la de servir á tu pátria y la fé de tus mayores. Dices que ambicionas riquezas, que ambicionas un trono... ¿para qué quieres un trono, hijo mio?

—Quiérole, ¡oh madre! para deslumbrar con él á ese ambicioso conde que me considera demasiado pobre y humilde para merecer la mano de su hija...

—¿Aun, hijo mio, no has dominado ese amor que desde que empezó á ser un imposible, tantas inquietudes ha causado á tu alma y á la de tus padres? Aun no has olvidado á Jimena...?

—Olvidarla! olvidarla!... Nunca, madre mia!... En vano lo he intentado; en vano he querido borrar su imagen de mi alma; en vano he considerado que mi amor á Jimena era casi una humillacion á su padre, una humillacion indigna del linage de Vivar; que este amor, madre mia, cuanto mas contrariado, mas lozano y vigoroso me domina. Olvidarla! olvidarla!... Hubiérala amado un dia, un mes, un año y no casi toda la vida, fuéramos Jimena y yo la doncella y el mancebo cuya union aplaza la violencia y la ambicion paterna y no el amor, fuera ella menos hermosa, menos discreta, menos honrada, y yo la olvidára para siempre. Vos, mejor que nadie, sabeis cuán acendrado es el amor que nos une, porque

vos, fijos siempre en nosotros vuestros ojos, le habeis visto nacer y crecer, y hasta le habeis alentado procurando tenernos siempre uno al lado del otro, y mostrándonos el contento y el orgullo que os causaba. Cierto que cuando me aparté de vuestros brazos para ir á la corte, os prometí esforzarme por olvidar á Jimena, y aun os dije que tenia esperanzas de conseguirlo; pero me equivoqué, madre mia. Muchos dias pasé sin verla, pero ninguno sin recordarla, y aquel en que su padre la llevó consigo á la corte fué el mas feliz de mi vida, y me mostró que la ausencia habia acrecido nuestro amor. Hubiéraisla visto eclipsando con su hermosura la de las damas mas hermosas de Leon, y enamorando á los caballeros mas gentiles y galanes, y no me preguntárais, madre, si la he olvidado.

Teresa se convenció, si ya de antemano no lo estaba, de que el amor de su hijo era superior á todas las razones, y no trató de combatirle con las suyas, antes bien creyó conveniente templar aquel ardiente corazon con algunas gotas del bálsamo de la esperanza.

—Ni hagas por olvidarla, hijo mio, dijo al exaltado mancebo, acariciándole con su mano y su mirada llena de efusion y de ternura. Ese amor enaltecerá tu alma y fortificará tu corazon. Convoa nuestros parciales y deudos, y vé á luchar con los infieles, que la gloria y el poder que adquieras deslumbrarán, como dices, al ambicioso D. Gome, y Jimena será tu esposa. Las querellas que dividen á su familia y la nuestra, no son de aquellas que entre rivales honrados no pueden tener término sin que el honor se mancille. Vé, mi Rodrigo, vé á reposar, que bien lo has menester tras una jornada tan larga, y mañana harás lo que á tu dicha cumple, que tu madre mas experimentada que tú en las cosas de este mundo, te ayudará con su amor y su consejo.

Teresa y su hijo tornaron á abrazarse con efusion, y el mancebo se retiró á despojarse de su arnés para entregarse al descanso, no sin haber referido á aquella la aventura de la venta del Moro y recomendándole la doncella hospedada en el castillo.

Hemos manifestado el recibimiento que Rodrigo tuvo en Vivar, y tócanos ahora manifestar el que tuvo Fernan, que no por

tratarse de un escudero y una doncella, que ahora decimos de labor, es menos digno de ser contado para escarmiento de los mancebos, ora nobles, ora villanos, que sin tener en cuenta que las guerras modernas no consumen tanta gente como las antiguas, calculan que tocan á cada varon dos ó mas hembras y aman con arreglo á este cálculo.

Casi al mismo tiempo que nuestros viajeros entraron en el patio del castillo, en pos de ellos entraron multitud de doncellas y mancebos vasallos del rico-home de Vivar, que habiendo visto llegar á Rodrigo y conocido en su arnés que tornaba caballero el que habia partido sin serlo aun, iban á darle la bienvenida, y á felicitarle por las órdenes que habia recibido, tañiendo rústicos instrumentos y entonando alegres cantares. Así que descabalgó Rodrigo, fué á las habitaciones altas llevando consigo la doncella su huéspeda que encomendó, como arriba dijimos, á las de su madre que topó al paso, y Fernan entró en la caballeriza para acomodar las cabalgaduras. Cuando tornó al patio comenzaban á entrar los villanos y villanas, y entre estas vió una tan garrida y tan gentil que se hubiera enamorado de ella á no estarlo de antemano. Como hacia mucho tiempo que no la habia visto, olvidóse del lugar en que se hallaba, y corriendo á ella la dió un apretado abrazo que la doncella, ó lo que fuera, no esquivó porque amaba mucho al fornido escudero y el mucho amor en particular entre gente villana suele saltar la valla del recato. A este mismo tiempo, como Mayor oyéa la música y la algarazara que sonaba en el patio, corrió á una ventana que á él daba, y se asomó justamente cuando Fernan estaba abrazando con mas ahinco á la villana.—¡Ah traidor! exclamó, y como el escudero oyera aquel grito, soltó á la moza, que repitiéndole á su vez, abandonó súbitamente á sus compañeras y aun el castillo, no sin jurárselas con la mirada y hasta con el puño al malaventurado Fernan, que no reparó en ello á causa de su aturdimiento.

El bueno del escudero quedó por algunos instantes como diz estan los santos de Francia; mas, pronto recobró su serenidad habitual, y se puso á considerar, segun subia los escalones, lo que debia hacer para librarse de los denuestos y aun de las uñas de Mayor.

—Necio de mí, decia, que no sé refrenar estos mis ímpetus amorosos cuando la prudencia lo aconseja!... Y se mesaba los cabellos de enojo contra sí mismo. Necio, y cien veces necio, continuaba, que no tuve presente la sinrazon de las hembras! ¡Oh hembras de mis pecados! no teneis vosotras la culpa de estos quebrantos, sino yo, jumento de mí, que no os echo á todas normala ó me hago moro para tener tres, sin que ninguna se me suba á las barbas porque enamore á las otras. Cristiano viejo soy y la ley de Mahoma he combatido luengos años y he de combatir; mas no por eso he de negar que Mahoma fue muy sabio en esto de permitir tres hembras á cada varon. No tres sino trescientas permitiera yo de buen grado, y asi ninguna de ellas exigiria á uno mas que tres centésimas partes de su amor... Viene un hombre molido y asendereado del camino, y en vez de hallar muger que con los brazos abiertos le reciba, halla una furia que le recibe con denuestos, y aun arañazos capaces de cegar... Voto á Judas Iscariote, que si esto es de ley, renegara yo de la madre que me parió...

En este sándio discurso subió Fernan las escaleras, y entrando al aposento de Mayor vióla hecha un mar de lágrimas, desplomada en un asiento, que daba compasion el mirala. Túvola de ella el escudero, y como suelen andar poco apartados la compasion y el amor, acudióle al punto el suyo que andaba á la sazón algo rezagado por las anteriores consideraciones.

—Quién te me ha ofendido, Mayorica de mi alma? exclamó Fernan, dirigiéndose con los brazos abiertos á la doncella; mas esta se alzó súbito y asiendo del cuello con furia descomunal al escudero,

—¡Ah traidor y mas que traidor! gritó, he de ahogarte entre mis manos para que no vuelvas á engañar doncellas honradas que valen mas que toda tu casta.

—Voto á Judas Iscariote!... por el alma de Belcebú!... murmuraba Fernan con voz ahogada, pugnando por desasirse de aquella sierpe... Suelta... suelta, hi de tal, ó he de molerte los huesos á coces y á puñadas.

Y haciendo un gran esfuerzo, se vió libre de la moza, á quien

arrojó de un embite sobre el pavimento, no sin recibir antes unos hondos arañazos en el rostro.

Mayor, conociendo que sus uñas eran armas insuficientes para luchar con su forzado amante, acudió á las ordinarias de la muger, esto es, á la lengua, y Fernan otro que tal, pues consideró que no era de cortesés y honrados lidiar con armas ventajosas, mucho mas teniendo á una hembra por rival.

—Cuitada de mí, que siendo requerida de amores hasta por hidalgos, hélos despreciado por guardar entera mi honestidad á este mal nacido de escudero, mas traidor que el mismo Judas!... dijo Mayor prorumpiendo otra vez en sollozos y lágrimas que ablandáran las duras piedras.

Fernan depuso su enojo y trató de vencer con mansas razones el de su amada, pues su corazon era de cera ante las mugeres si bien de pedernal ante el enemigo en los campos de batalla. Y ademas ¿qué hace un hombre sino humillarse ante la muger que á los treinta años (porque de treinta no bajaria Mayor) anda con su honestidad acuestas para que él llegue con sus manos lavadas y la tome?

—Calla, calla, Mayorica de mis ojos, que para tí guardo yo la mia y siempre te he querido y he de querer, la interrumpió con acento cariñoso y halagüeño ademan.

—Ah villano! replicó la moza, no te bastaba ser traidor, que tambien con mentiras me vienes? Tambien quieres negar lo que estos mis ojos han visto?

—Eso no te apene, Mayorica, no con los brazos di el corazon á esa villana de Aldonza; antes bien le guardo entero para tí.

—Sándia de mí si te creyera y tus disculpas no me airasen lejos de aquietarme! Anda, traidor, anda de aquí, y en tu vida tornes á mirarme á los ojos de la cara.

Parecióle á Fernan que el enojo de Mayor se prolongaba demasiado; asi fue que, faltándole ya la paciencia, determinó echar mano de su argumento aritmético, y si aun con él no lograba convencerla, renunciar aquella empresa, y aun á su amor si preciso era.

—Cierto, dijo, que enamoro á Aldonza, pero te juro en Dios

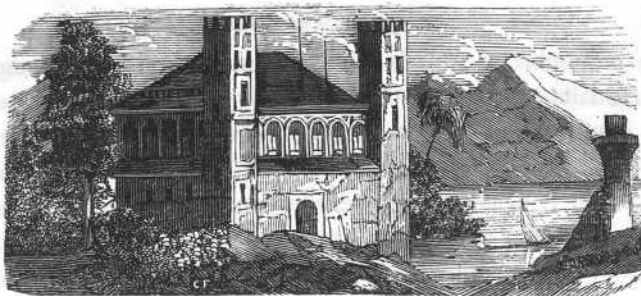
y en mi ánima que á ninguna mas. Héte dicho mil veces que, segun mis cálculos, dos hembras tocan á cada varon: ¿pues no es sandez llevar á mal que yo tenga las que me tocan, en no pasando de ellas?

—Id noramala, desvergonzado bellaco! exclamó Mayor en el colmo de la exasperacion.

—Eso haré yo incontinentemente, dijo Fernan, que Aldonza me espera para pagarme con creces el abrazo que enantes la dí.

Y en esto abandonó la estancia de Mayor, dirigiéndose á la suya, murmurando conforme caminaba: Por el alma de Belcebú, que me pudre la sangre esta sinrazon, esta terquedad, esta sandez de las hembras!... Descansaré esta noche, que bien lo he menester, y mañana me desquitaré con Aldonza de la ingratitud de Mayor... Aquella, aquella sí que es halagüeña, y no áspera y pendenciera como esta hi de tal!





CAPITULO VI.

De como Fernan desesperó de hacer entrar en razon á las mugeres, y Diego Lainez esperó que su honra seria vengada.



OMENZABA á despuntar el alba, cuando un ballestero que velaba en las almenas del castillo de Vivar, oyó pisadas de caballos á seis tiros de ballesta de la fortaleza, y un instante despues vió que avanzaban hácia ésta porcion de caballeros y peones, que al parecer escoltaban una litera. Tocó la bocina que pendia de su cuello, dando la voz de «Quién vá!» á la que los desconocidos contestaron con una seña que él debió entender, é inmediatamente rechinaron los puentes y rastrillos y el cortejo penetró en la plaza de armas.

Poco antes habia salido Fernan del castillo por una ferrada poterna que correspondia á la caballeriza y la que servia para dar salida á la servidumbre de los señores de Vivar, particular-

mente de noche en que la salida principal estaba defendida por doble rastrillo y puerta asaz pesados para alzarlos con frecuencia.

¿A dónde iba el escudero tan de mañana? Fácil es adivinarlo si se recuerdan sus últimas palabras al retirarse á descansar algunas horas antes. A pesar de su querella con Mayor, aquella noche habia dormido como un muerto hasta poco antes de amanecer, á cuya hora despertó como tenia por costumbre, y se apresuró á salir para casa de Aldonza, pues ésta vivia lejos, y á él le importaba tornar al castillo antes que su señor despertase y pudiera necesitar de su servicio. Mas digamos quién era la moza á quien iba á visitar Fernan, como tambien la viejecilla con quien vivia, para lo cual nos bastará copiar literalmente las palabras del cronista que dicen así : « La moza habie por nomme Aldonza, é era bien apostada é bien falagüeña, de guisa que non habie otra que tal en aquellos logares, é por ende requestábanla muchos galanes, magüer ella no lis facie buen talante, ca estaba enamorada de un gentil escudero nommado Fernan, el cual escudero fincaba en cas del hondrado Diego Laines. E y moraba otrosi una vieja gran hechicera, por nomme Mari-Perez, la cual vieja iban consultar las doncellas y los garzones que habien amor. »

Lejos de nosotros el comentar el testó que acabamos de transcribir : el lector puede hacerlo á su modo, y si hallase poco honrado el oficio de Mari-Perez, no echaremos toda la culpa á su malicia, que alguna tiene el cronista por la manera con que se expresa. Lo que sí añadiremos, es, que Aldonza llamaba madre á la anciana con quien vivia, mas tenemos por cierto que no lo era, porque de serlo no lo callaria la crónica que tan prolija se muestra en cuanto atañe á los personajes que en ella figuran.

Moraban Aldonza y la que ella llamaba su madre en una casita escondida entre los árboles de una solitaria cañada, por la que se despeñaba un torrente cuyo mujido contribuia no poco á aumentar el supersticioso temor con que los habitantes del señorío de Vivar se acercaban á la morada de la hechicera, que por este nombre era conocida vulgarmente Mari-Perez. Pero Fernan que no curaba de hechicerías, llamó á la puerta de Aldonza, solazándose con la idea de la buena acogida que esperaba de su amada

en desquite de los arañazos que habia recibido de Mayor. Asomóse la moza á la ventanilla que habia sobre la puerta y preguntó quien llamaba.

—Soy yo, respondió el escudero, abre que me hiela esta neblina que sube del arroyo.

—Espera, dijo Aldonza, y tomando un cántaro lleno de agua le desplomó sobre el malaventurado Fernan exclamando:

—Aquí morirás, traidor, felon, ruin, bellaco! pensabas engañarme mas tiempo? Por tu vida que fuiste tú el engañado!

Y no contenta con haberle calado de agua hasta los huesos y descalabrado con el cántaro, comenzó á menudear sobre él tal muchedumbre de tejas, piedras y otros proyectiles, que si no corriera á guarecerse tras el tronco de un roble que por ventura estaba allí cerca, hubiera acabado con él segun la furia y el tino con que tiraba,

—Ah villana! hi de tal! exclamó Fernan sintiéndose todo bañado no solo de agua, sino tambien de sangre; por el alma de Belcebú que te lleve, que te he de desollar á puros azotes en cuanto mis manos te cojan. Así se trata, puerca de muladar, á tan buen amador? Necio de mí que puse los ojos en una vil ramera que tú eres!... Ahogárame el corage si ahora mismo no os moliera á puñadas y á azotes á tí y á la bruja que te acompaña!

Y así diciendo, el escudero embistió á la puerta y la dió una fuerte patada para derribarla; mas faltó poco para que le derribaran á él otro cántaro que cayó de la ventana y otra nube de tejas y piedras que le hicieron tornar al árbol mas lijero que quisiera.

—Qué te hice, decia, qué te hice para que con furia tan descomunal te desates contra mí?

—Anda traidor, respondió la moza, torna al castillo y dí á la que allí te espera que de hoy mas ha de gozarte sola.

El enamorado Fernan cayó entonces en la circunstancia que habia descubierto á Aldonza sus amores con Mayor, y estuvo tentado de hacer valer su eterno argumento aritmético; pero recordando lo poco que habia aprovechado para con Mayor, y conociendo que Aldonza no estaba para atender á razones, creyó lo mas acertado tornar al castillo, como lo hizo, renegando de la sinrazon

de las hembras, y jurando por todos los santos del cielo y por el alma de Belcebú no tener en su vida trato con ninguna, aunque hubiese una guerra en que fuese tal la mortandad de hombres que le tocasen cien mugeres.

Tornemos con él al castillo de Vivar, y averigüemos quienes eran los que vimos entrar en él, y qué es lo que allí pasa, aunque ya habrá adivinado el lector que los recién llegados eran Diego Lainez y sus parciales y servidores, á quienes vió partir de Leon poco despues que á Rodrigo.

Causaba lástima el estado de afliccion en que Teresa encontró á su marido cuando corrió llena de amor y de alegría á estrecharle en sus brazos. El honrado Diego Lainez, por mas que sintiese apenar á su esposa, no le ocultó la afrenta que deploraba, porque tenia necesidad de encontrar un ser amado con quien desahogar su pena. Teresa Nuña, aunque era la mas tierna y sensible de las mugeres, estaba dotada de una gran fortaleza para soportar las tribulaciones: era de esos séres cuya presencia y cuyo acento fortifican al mas débil é infunden aliento y esperanza al que los ha perdido; así fué que logró consolar no poco á Diego particularmente repitiéndole las palabras con que Rodrigo habia manifestado no dejar impunes los agravios que pudieran hacerse á su casa. En aquel instante concibió Diego la idea de experimentar por sí mismo lo que podia esperar de su hijo.

A penas dejó éste el lecho, supo que su padre estaba en el castillo y se apresuró á ir á verle, y entró en la habitación de Diego un instante despues de salir de ella Teresa.

—Padre y señor, dadme los brazos, dijo sin notar la afliccion que aun denotaba el semblante del anciano. Este le estrechó contra su seno, y tomándole la mano se la apretó entre la suya con tal fuerza, que faltó poco para que le descoyuntara los dedos, pues parecia que Diego, con un esfuerzo de su voluntad, habia reconcentrado en la mano con que apretaba la de su hijo cuanta fuerza conservaban todos los músculos de su cuerpo.

El mancebo dió un salto hácia atrás pugnando por desasirse de su padre, y la ira coloró sus mejillas é inyectó sus ojos de sangre.

—Soltad, padre, exclamó, soltad enhoramala... Ira de Dios! si no fuérais mi padre, os sacára las entrañas con la mano que me apretais.

El viejo soltó la mano del jóven, y volviéndole á estrechar contra su pecho, le dijo llorando, no ya de desesperacion sino de gozo:

—Hijo del alma! esa indignacion era el consuelo que buscaba tu padre. Emplea esos brios en la demanda de mi honor que está perdido si no le salva tu brazo.

—Justicia de Dios! gritó Rodrigo irguiéndose como la vívora hollada por el caminante. Quién es el traidor que ha osado atentar á vuestro honor que es el mio? Decídmelo, padre, que ni vos ni yo podemos vivir muerto el honor que nadie hasta aquí ha osado mancillar. Quién, quién es el cobarde que os á ofendido?

—Hijo mio, el conde de Gormaz ha puesto en mi faz su mano, ha ensangrentado mi mejilla ante el rey y los ricos-homes de Leon.....

Y los sollozos ahogaron la voz de Diego.

—Ira de Dios!... exclamó el gallardo doncel convulso de cólera, aun mas que su padre lo estaba por el dolor y la vejez. No lloreis, padre, que yo os juro cortar la mano que ha manchado vuestro rostro, aunque el cobarde felon se esconda en las entrañas de la tierra.

—Vé, mi Rodrigo, vé á llamarle á singular combate que el rey te dará campo, y Dios que no puede consentir que así se ultrage á un pobre anciano, y así se mancille la honra ganada combatiendo cuatro siglos en defensa de la fé, infundirá valor á tu corazon y fuerza á tu brazo. Pública fué la ofensa y pública debe ser la venganza.

Y al decir esto, Diego Lainez se dirigió á un armario que estaba en la misma estancia y contenia armas de todas clases. Descolgó de él una espada y añadió dándosela á Rodrigo:

—Toma, hijo mio, ciñe la espada de Mudarra, vuela al campo y venga con ella á tu padre.

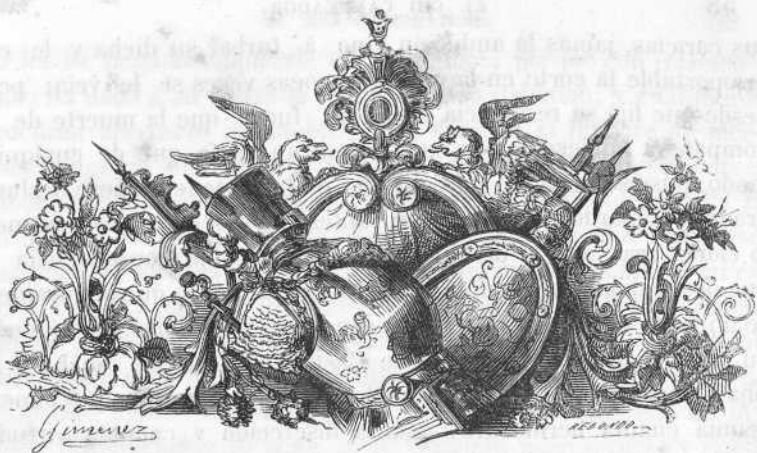
Rodrigo tomó la espada, besó la cruz y exclamó:

—Gloriosa espada cuyo filo templó la sangre de Ruiz Velazquez,

téplete nuevamente la del cobarde conde de Gormaz, y ojalá te honre el brazo del hijo de Diego Lainez como te honró el hijo de Gonzalo Gustios...!

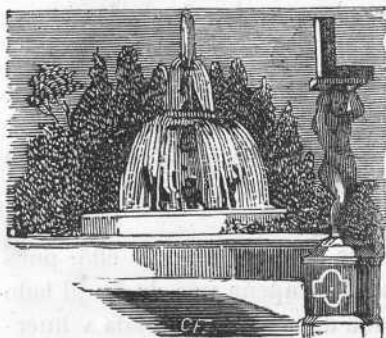
El alto precio en que tenia su honra y la magnitud del agravio recibido, habian hecho al rico-home de Vivar exajerar su impotencia para tomar venganza del conde; verdad era que apenas habia tenido ocasion de probar el valor de su hijo, pero no así el de otros muchos caballeros de su familia y de su bando. Así fué que el mismo dia en que adquirió la seguridad de que su hijo volvería por la honra de su casa, se le presentaron gran número de sus amigos y deudos, ofreciéndole la ayuda de su brazo, la de sus riquezas y la de su gente de armas para lavar la mancha que deploraba, y cuando Rodrigo tomó la via de Leon despues de recibir la bendicion de sus padres, hízolo acompañado de los votos de todos los castellanos y de multitud de caballeros que deseaban presenciar la reparacion de la honra del de Vivar, y aun defenderla con su brazo si el mancebo sucumbia en la demanda.





CAPITULO VII

De como Rodrigo lidió con el conde de Gormaz.



A puerta principal del alcázar de Leon daba á una ancha plaza cercada por todos sus costados de soberbios edificios habitados por las familias mas nobles de la ciudad. Entre estas se contaba la del conde de Gormaz, quien á pesar de poseer en su condado un fuertísimo castillo

con aposentos dignos de un rey, moraba ordinariamente en la córte, desde que la muerte le habia robado á su esposa en Gormaz.

D. Gome amaba á su esposa como Diego Lainez á la suya, porque como ésta era digna de ser amada, y mientras gozó de

sus caricias, jamás la ambicion vino á turbar su dicha y le era insoportable la corte en la que muy pocas veces se le veia; pero desde que fijó su residencia en Leon, fuese que la muerte de su compañera hubiese dejado en su alma un vacío que de cualquier modo quisiese llenar, ó que el brillo de la corte le hubiese deslumbrado y bastardeado su corazon, antes exento de malas pasiones, lo cierto era, que le dominaba la envidia como consecuencia de una desmedida ambicion de honores y riquezas de que seguramente no tenia necesidad, porque el conde era de nobilísimo origen, y su casa una de las mas ricas de Castilla. Ciertó que amaba á su hija, cierto que de ella era amado, y cierto tambien que Jimena reunia cuanta hermosura, cuanta discrecion y cuantas [virtudes puede reunir una hija para ser el orgullo y la gloria de su padre, pero esto no bastaba á D. Gome: su hija llenaba una pequeña parte del vacío que en su corazon habia dejado la muerte de su esposa. Hay en el hombre ciertos fenómenos fisiológicos que no admiten satisfactoria explicacion, y en el conde de Gormaz abundaban mas que en ningun otro.

Pero dejemos estas digresiones, y veamos lo que pasa en el palacio del conde. En uno de los aposentos con vistas á la plaza del alcázar, estaba la dulce, la hermosa, la enamorada Jimena desplomada en un dorado sitial enjugando con el pañuelo las abundantes lágrimas que se desprendian de sus bellos ojos. Meditaba profundamente, y aquella meditacion debia torturar su alma segun el dolor que denotaba su semblante. No lejos de ella se ocupaba Lambra, mas bien que en bordar el paño que tenia sobre la falda, en enjugar las lágrimas que tambien derramaba viendo la afliccion de su señora.

Bien merece la honrada dueña que digamos algo de ella; pues no es tan insignificante el papel que desempeña una dueña al lado de una doncella, y sobre todo de una doncella enamorada y huérfana de madre. Lambra era una de esas mugeres á quienes se podría conceder el derecho de maldecir á la naturaleza si la naturaleza no fuese obra de Dios.... de Dios que tiene un cielo para compensar las privaciones de la tierra: era una de esas mugeres á quienes la naturaleza ha dado un tesoro de amor y al mismo tiem-

po les ha negado emplearle en el hombre, porque con relacion á este, ha dado á su rostro la virtud inversa del iman, y cuanto mas procuran acercarse al hombre, mas se aleja el hombre de ellas. Esas mugeres sin ventura, á quienes la maldicion divina parece haber vedado hasta los dulces goces de la maternidad, á falta de un hombre en quien emplear su amor, le emplean en el primer sér que encuentran á su paso, porque de otro modo estallaríá su corazon con el amor que le hinche. En este caso se hallaba Lambra: Jimena era el sér que habia encontrado á su paso y á quien habia consagrado todo su amor: habíala visto nacer y habia seguido su desarrollo físico y moral dia por dia, sin perderla de vista un instante, infundiéndole su alma, si así podemos espresarnos, y puede decirse que la doncella constituia una parte de su sér: así era que lloraba con Jimena, con Jimena reia, y hasta con Jimena aborrecia ó amaba.

—Señora, no lloreis, dijo á la jóven afectando serenidad, no penseis en esos malaventurados amores, que si seguis acuitándoos de ese modo, antes de cuatro dias vais á la sepultura, y tengo para mí que eso no ha de ser grato ni cristiano. Mátenos Dios que nos crió, y no nosotras mismas.

—Y de qué me sirve la vida? contestó Jimena saliendo de sus meditaciones.

—Avermaría, qué desatinada pregunta! para qué os sirve la vida? para ser dichosa. Pensais que siempre han de estar hechos rios esos luceros, que Dios bendiga?

—Ay Lambra! harto sabeis que mi dicha es ya un imposible en este mundo. Puedo ser dichosa sin Rodrigo?

—Habeísle perdido acaso?

—Perdido le cuento, Lambra! Si dudaba de lograrle cuando ninguna ofensa grave justificaba la enemistad de mi padre y el suyo, cuánto no dudaré hoy que el conde de Gormaz ha estampado en el rostro del rico-home de Vivar una mancha que solo se lava con sangre, hoy que entre la casa de Gormaz y la de Vivar ha abierto un abismo la mano de mi padre?

Lambra conoció que Jimena tenia sobrada razon, y estuvo á punto de desmayar en su difícil tarea de animar y consolar á la

doncella; sin embargo, hizo un esfuerzo por dominar su turbación y preguntó:

—Fiais que Rodrigo os ama?

—Nunca lo he dudado.

—Y no habeis oido decir que el amor todo lo vence?

—Si, Lambra.

—Pues entonces, aquietaos y confiad que el amor de Rodrigo ponga una puente sobre el abismo que decís, para que vuestra casa y la suya tornen á comunicarse y á encerrar una sola familia.

Esta reflexion, por mas que fuese un sofisma, derramó una gota de bálsamo consolador en la herida que atormentaba el alma de Jimena, en cuya mente brilló en aquel instante un rayo de luz: «Me echaré de hinojos á los pies de mi padre, pensó la hija de D. Gome, le rogaré que repare la ofensa que ha hecho al de Rodrigo y hará mi gusto si es cierto como dicen que el amor todo lo consigue.»

Cuando Jimena estaba formulando este propósito, apareció su padre en la habitacion. En el semblante de su hija, aun húmedo por las lágrimas, conoció D. Gome lo que la joven sentia. Y era tal la huella que el dolor habia impreso en dos dias en el rostro de Jimena, que el conde no pudo menos de conmoverse profundamente, porque amaba mucho á su hija por mas que las malas pasiones que se habian apoderado de su corazon, le hiciesen labrar la desventura de la enamorada doncella.

—Hija, exclamó estrechándola en sus brazos con ternura, ¿llóras y no acudes á buscar en mí el consuelo y el alivio de tus penas? ¿Dudas acaso del amor de tu padre?

—Ah! no, padre mio!... respondió Jimena anegada en llanto.

—No sabes, continuó el conde con cariñoso acento, no sabes hija, que desde que perdí á tu madre eres tú el único sér á quien amo en este mundo? ¿Piensas que no curo de tu dicha porque he jurado que nunca serás del hijo del de Vivar?

—Sin embargo, padre mio, dijo la joven con timidez, ya sabeis que ese juramento destruye mi dicha para siempre...

—La destruirá, hija mia, hasta que olvides á Rodrigo.

—Y creéis que puedo olvidarle? ¿Creeis que se olvida un amor

que casi ha nacido con nosotros? ¿Qué es posible á una muger olvidar á quien posee las prendas de Rodrigo?

—Nada resiste al tiempo y los agravios. Los que Diego Lainez ha hecho á tu padre, son tales, que tu union con su hijo seria una bajeza indigna, poco es del linaje de Gormaz, si no hasta del villano mas ruin y mal nacido. El que tan villanamente me ha calumniado en la córte, el que para alcanzar su propio engrandecimiento tan bajo me ha presentado á los ojos del rey, el que me ha robado el favor de D. Fernando, el que tal traicion ha hecho á su mas leal amigo, bien merecia que tu padre le negára tu mano para su hijo y aun que la mia hiriera su rostro ante los mismos con quienes se ha complacido en malquistarme.

—Ved, padre mio, que puede cegaros un funesto error. Si quereis no incurrir en una injusticia, si quereis no empeñaros en una lucha en que podemos morir los dos, vos al bote de una lanza ó al filo de una espada, y yo á los embates del dolor de haberos perdido, reparad la ofensa que en los salones del alcázar hicisteis á Diego Lainez, y olvidad para siempre las que podais haber recibido de él...

—Jimena! exclamó el conde con severidad, ¿qué osas aconsejarme? Fuera otra la que tal consejo me dá, y ya mi mano le hubiera arrancado la lengua. Tan en poco tienes la honra de tu padre y tan cobarde le juzgas, que piensas pudiera ir á pedir perdon á aquel á quien debe escupir á la faz?

El enojo que al decir estas palabras mostraba el conde, enmudeció á Jimena y le arrebató su última esperanza. La hija de Don Gome, solo con nuevas lágrimas respondió á su padre. Compadecido este de su dolor, se arrepintió de su arranque de indignacion, y la estrechó contra su corazon, sellando con sus labios la pálida frente de la doncella. Conoció sin duda que su altivez flaqueaba en presencia del dolor de su hija, y para no desistir de su propósito de responder con nuevas ofensas á la reparacion que no dudaba le exigiria muy pronto el de Vivar, se alejó de Jimena, la que le siguió con la vista hasta la puerta del aposento tan tristemente como si fuese aquella vez la última que le veia.

El rey que deseaba avenir al conde y á Diego Lainez, temeroso

de la sangrienta guerra que de otro modo se iba á encender entre los parciales de uno y otro, llamó á D. Gome al alcázar. En el momento en que el conde salia de su casa para acudir al llamamiento de D. Fernando, desembocaron en la plaza porcion de caballeros que al parecer se dirigian tambien al alcázar. Entre ellos venia Rodrigo Diaz de Vivar, el que, no bien vió al conde, se separó de sus compañeros, y se dirigió á él precipitadamente.

—Oid, conde traidor, mal caballero, le dijo, yo D. Rodrigo Diaz de Vivar, hijo de Diego Lainez, á quien heristeis en la faz porque era viejo y no podia lavar con vuestra sangre la mancha que estampárais en su honra, os reto á singular batalla donde lidiareis conmigo, y aun sostendrán mi demanda cinco caballeros de mi bando contra cinco del vuestro, si vos y yo caemos en el combate. Voy á pedir campo al rey.

—Id noramala, respondió el conde con soberano desdén volviendo la espalda al mancebo; el conde de Gormaz lidia con gigantes, mas no con rapaces como vos.

—Ved, infame conde, que rapaces vencen gigantes, repuso Rodrigo reprimiendo con mucha dificultad su ira; recordad que David era mozo cuando venció á Goliat. Si soy rapaz por los pocos años, gigante soy por el valor que me dan mi honra y vuestra cobardia.

El conde le miró con desprecio y dió algunos pasos para seguir su camino; pero el jóven le atajó poniéndosele delante cada vez mas irritado.

—Apartad, exclamó al fin D. Gome, montando á su vez con ira, apartad, que si á vuestro padre herí la faz de un bofetón, castigaré vuestra insolencia á puntapiés.

Estas palabras, y el tono con que fueron pronunciadas, acabaron de exasperar á Rodrigo, que exclamó poniendo mano á su espada:

—Defendeos, villano, defendeos ú os mataré por la espalda como á traidor y cobarde que sois.

—No hareis tal, que pagareis bien cara vuestra audacia, contestó el conde desnudando su acero y acometiendo á Rodrigo con tal ímpetu, que apenas tuvo lugar el mancebo para ponerse en guardia.

Era el conde robusto y de fuerzas colosales, tanto que á esta cualidad debia el sobrenombre de *Lozano* con que se le conocia vulgarmente, y el cual le han conservado la tradicion y la historia. Rodrigo era de elevada estatura, pero delgado en demasia, y sus fuerzas no estaban aun desarrolladas. Asi es, que no hallándose equilibradas las fuerzas físicas por medio de las armas defensivas y ofensivas como se hacia en los combates solemnes cuando habia gran desproporcion en la robustez de los combatientes, daban por seguro el triunfo del conde cuantos presenciaban aquella lucha, que por cierto no eran solamente los que dijimos que acompañaban á Rodrigo, si no tambien muchas gentes que al ruido de las espadas se habian asomado á las ventanas y balcones de los edificios que rodeaban la plaza, ó afluído á esta por las calles que en ella desembocaban, entre cuyos espectadores se contaban el mismo rey D. Fernando que apareció en un balcon del alcázar en el instante de decidirse la suerte de los combatientes. Luchaban estos con furor pocas veces visto; los golpes del conde eran temibles por la fuerza con que eran descargados; pero Rodrigo los esquivaba con agilidad y destreza no esperada de su escasa práctica en las armas, pues casi consistia en haber quebrado lanzas en algunos torneos, y no perdía un instante la serenidad que tan necesaria es en el combate. Al fin D. Gome descargó sobre su adversario un terrible golpe que no bastó á rechazar enteramente la espada de Rodrigo, y éste sintió correr la sangre por su rostro; aquella ventaja de su enemigo, lejos de amilanarle, le encendió mas y mas en ira, y esta comunicó nuevo vigor á su brazo, nuevo aliento á su pecho y nueva agilidad á sus miembros.

En aquel instante se oye un doloroso grito hácia el palacio del conde, grito que felizmente no deja oír á Rodrigo el choque de los aceros cada vez mas recio, cada vez mas precipitado, cada vez mas seguro; y decimos felizmente, porque de oírle quizá habria desmayado su corazon, quizá se le hubiera caído de la mano el immaculado acero que habia saludado con un ósculo reverente al recibirle de las de su padre el dia anterior. Sí; tal hubiera sucedido á Rodrigo, porque aquel ¡ay! lastimero le habia lanzado Jimena cuando al asomarse á la ventana de su aposento, vió á su padre y á su amado lu-

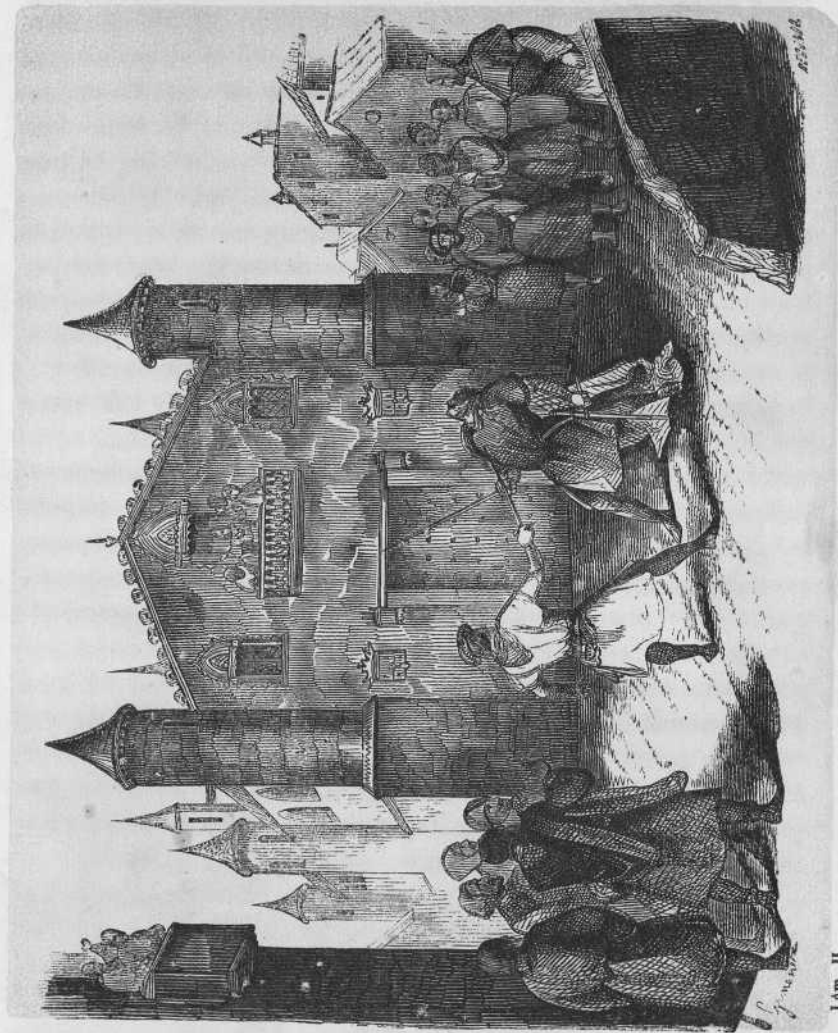
chando encarnizadamente, vió el rostro de Rodrigo bañado en sangre, y vió con los ojos del alma desvanecidas para siempre sus esperanzas de felicidad, porque su desventura era cierta, ya sucumbiese su padre ó ya Rodrigo. ¿De qué le servia la vida sin éste? Y si su padre sucumbia en la lucha, ¿podia unirse al matador de su padre? No en vano habia dicho poco antes que un abismo imposible de salvar estaba abierto entre su casa y la de Diego Lainez! El combate continuaba cada vez mas fiero, cada vez mas obstinado, y su decision era inminente, porque los combatientes, cubiertos ya de sangre y jadeantes, mas bien que de defender su propio pecho, procuraban herir el del contrario y á veces sentian á un mismo tiempo rasgar sus carnes el acero enemigo; pero D. Gome desnuda de repente su puñal y con él en una mano y la espada en la otra, acomete á Rodrigo ciego de cólera y desesperacion, quitando con la espada los golpes de su adversario á quien al mismo tiempo trata de herir con el puñal.

—Atrás, felon! traidor, atrás! esclama Rodrigo indignado por la alevosía del conde. Pero éste, ni oye sus palabras ni escucha la voz del honor que anatematiza á todo caballero que acude á un vil artificio para vencer á su enemigo; Rodrigo da un paso atrás y recibe en la punta de su espada á D. Gome que cae traspasado exhalando un grito de rabia y de dolor.

Ruidosos aplausos resuenan por todas partes; caballeros y villanos cercan á Rodrigo y le llevan en triunfo á donde puedan ser curadas sus heridas, de las que derrama abundante sangre. Las flores que adornaban las ventanas coronadas de macetas, caen al paso del valeroso mancebo, y forman la corona del vencedor.



EL CID CAMPEADOR.





CAPITULO VIII.

De como Jimena pidió al rey justicia contra Rodrigo Diaz.



AN transcurrido algunos dias desde que Rodrigo vengó á su padre, dando muerte á D. Gome de Gormaz.

Aquel valeroso mancebo se halla ya casi restablecido de las heridas que recibió en el combate; pero tiene en el alma otra herida que la ciencia no puede curar. Su mano arrancó la vida al padre de su amada; ¿aceptará ésta la mano que hiirió de muerte á su padre? ¿El matador

del conde de Gormaz puede esperar el amor de Jimena Gomez? Nada basta á consolar á Rodrigo, ninguna esperanza de felicidad le queda. Una tristeza invencible le abrumba, sin que hayan bastado á abuyentarla la alegría de sus padres por ver lavada la man-

cha que en su honra estampára el conde, ni las caricias y los cuidados que le prodigan, pues Diego y Teresa, no bien supieron el estado de su hijo, se trasladaron á Leon para asistirle por sí mismos durante la curacion de sus heridas.

Una mañana estaba el rey D. Fernando solazándose con su familia, á la que amaba entrañablemente. ¡Qué espectáculo tan tierno el de un rey poderoso, tan hábil como sábio y valeroso guerrero, rodeado de sus hijos y su esposa, olvidando los triunfos de sus armas y los negocios del Estado para entregarse por completo á los goces del hogar doméstico, con el abandono y la efusion con que lo hace el ciudadano mas humilde! A su lado se hallaba su esposa, noble y honrada matrona, para quien todos los placeres de este mundo estaban allí donde estaban sus hijos y su marido; veíala D. Fernando en el colmo de la satisfaccion y del orgullo maternal, compartiendo con él las caricias de sus hijos y sus hijas, gallardos mancebos los unos y hermosas doncellas las otras, y su corazon participaba de su satisfaccion y su orgullo, y el venturoso monarca consideraba mezquinos los placeres que gozaba rodeado de sus cortesanos comparados con los que gustaba rodeado de su familia. Hay en la crónica del Cid unas palabras que hacen por sí solas el mayor elogio de D. Fernando como padre de familia. Hélas aquí: «E á los hijos metiólos á leer porque fuesen mas entendidos, é fizoles tomar armas, é mostrarlos á lidiar é á combatir, é á ser cazadores. E á las fijas mandóles estar en los estudios de las dueñas porque fuesen bien acostumbradas é enseñadas en todo bien.» Si la historia no nos dijera terminantemente que D. Fernando el I era tan tierno y cariñoso padre como amante y fiel esposo, nos lo demostraría la circunstancia de no haber tenido ningun hijo bastardo, como era muy comun en los príncipes y aun en los señores de aquella época.

—Padre mio, decia D. Sancho que era el mayor de los infantes, harto tiempo habeis pasado en los campamentos, hartas veces habeis espuesto vuestra vida al acero enemigo; vivid de hoy mas para vuestra familia, no volvais á apartaros de mi madre y de mis hermanos. Yo, aunque indigno de tanta honra, os reemplazaré en la guerra: si es preciso cerrar con infieles ó con otros

enemigos de Castilla y Leon, no temais, padre mio, que el miedo me haga vacilar ni retroceder, que no en vano corre vuestra sangre por mis venas.

—Oh hijo! exclamó D. Fernando sintiendo brotar de sus ojos una lágrima de alegría y estrechando en sus brazos al infante; no temo ya la muerte, porque Leon y Castilla tendrán en tí el mejor de los reyes!... Seguro de dejar tan buen sucesor como tú eres, despreciaré la vida en los combates.

—Despreciar vuestra vida!... exclamaron á un tiempo la reina y los infantes.

—Qué seria de nosotros si vos muriérais, padre mio? dijo Uraca, la mayor de las infantas. El dolor nos mataria tambien! Tristes de las hijas que aman mucho á su padre y le pierden!...

—En áquel instante se anunció á D. Fernando que Jimena Gomez solicitaba su audiencia. El rey que nunca se negaba á oír á sus vasallos, sentia entonces mas que nunca el deseo de consolar á los aflijidos, y considerando cuánto debia estarlo la hija del difunto conde de Gormaz, mandó que pasase á su presencia.

—Justicia, señor, justicia! exclamó Jimena, arrojándose á los pies del rey sin poder articular mas palabras, porque los sollozos la ahogaban.

La noble doncella estaba enteramente demudada, una horrible palidez cubria su rostro demacrado y húmedo por las lágrimas, y hasta el desórden de sus vestidos y su cabello demostraba su dolor.

—Justicia, señor, justicia!... repetia como si hubiera perdido el juicio, y la idea que encerraban aquellas palabras fuese el último destello de su razon.

El rey, la reina y las infantas procuraron calmar el desórden de sus sentidos con palabras cariñosas, y no fueron vanos sus esfuerzos, pues al fin le fué dado espresar el sentimiento que la dominaba, y el deseo que la conducia allí.

—Señor, un atrevido mancebo, el hijo de Diego Lainez, dió muerte hace pocos dias á mi padre el conde de Gormaz, como ya habrá llegado á vuestros oidos... El dolor me ha tenido postrada en el lecho hasta hoy que vengo á pedir os justicia... Hacedmela,

señor, castigando al matador de mi padre, «que si los buenos reyes representan el cargo de Dios para con los humanos,» vos señor, estais obligado á castigar al homicida, sopena de incurrir en el enojo de Dios y en el de los hombres... Durante la fiebre que ha abrasado mi cabeza desde el dia en que me condenó á la horfandad la mano de Rodrigo, he visto la sombra de mi padre alzarse del sepulcro para pedirme venganza, y yo se la he prometido contando con vuestra justicia. Sino me la haceis, señor, no faltarán en mi linaje caballeros que apoyen mi demanda; recorreré vuestros Estados de Leon y Castilla demandando la ayuda de todos los buenos, y me acudirán propios y estraños, y los horrores de la guerra vengarán vuestra injusticia y el aleve del de Vivar.

—Calmad vuestro dolor y vuestro enojo, Jimena, respondió el rey con benevolencia, que yo prometo haceros justicia. Si Rodrigo Diaz mató alevosamente á vuestro padre, mi justicia descargará su inexorable espada sobre su cabeza como si ese mancebo fuese el último de mis vasallos.

—Señor, fio en vuestra promesa. Preguntad á las infantas, cuál es el dolor de la hija que pierde á su padre, y cuál su rencor al que se le arrebató : ellas que os aman como yo amaba á mi padre, comprenderán lo que padezco, y harán que vos, señor, lo comprendais tambien.

—Hánme dicho que Rodrigo mató á buena ley á vuestro padre, y yo por mí puedo aseguraros que al recibir la herida mortal, vuestro padre tenia su acero y aun su puñal desnudos. Pruebas son de que no fué acometido inerme las graves heridas que á Rodrigo hizo.

—Ah! herido gravemente! exclamó Jimena, tornándose pálido su rostro que habia ido colorando el fuego de sus lágrimas mientras hablaba con el rey, y entonces conoció su impotencia para sobreponer el sentimiento de la venganza al del amor. ¡Cuánto hubiera dado en aquel instante por poder arrancar de su corazon aquel amor invencible que en su concepto era un crimen ante el cadáver de su padre, cuyas heridas manaban aun sangre y pedian venganza!...

Aquella exclamacion fué tambien una revelacion para el rey, que no ignorando el amor que en otro tiempo habia unido á Rodrigo y á Jimena, dudaba que realmente se hubiera estinguido en ésta por completo, trocándose en ódio como parecia atestiguarlo su demanda. Pero D. Fernando conocia demasiado el corazon humano, y sobre todo, el corazon de la muger, para combatir abiertamente sus sentimientos, cuando conocia que eran pasajeros; sabia muy bien que cuando en el fondo del corazon hay un sentimiento arraigado, él por sí solo va creciendo hasta lanzar fuera los que se le han sobrepuesto, á la manera que el sol va lanzando de su dominio las nubes que se habian amontonado sobre él, ostentándose luego con el brillo del vencedor. Tambien sabia aquel sábio monarca, que los caprichos mas fútiles y superficiales cuando se los contraria con empeño, se tornan en aspiraciones profundas, y por eso se propuso contemporizar con Jimena fiando al tiempo el hacerla desistir de sus querellas. Harto conocia él al conde de Gormaz y á Rodrigo, para saber de parte de quien estaba la razon, y no habia olvidado la grave ofensa con que el primero habia dado derecho al segundo para herirle, poco es lidiando con armas iguales, sino tambien con alevosia, porque aleve habia sido D. Gome al herir en el rostro al honrado y débil anciano que le alargaba la mano generosamente.

—Jimena, dijo á la doncella, repítoos que tendreis de mí justicia, que si Rodrigo fué aleve, será castigado como tal, pues ya sabeis que en mis reinos hay justicia para todos y nadie logra esquivarla por poderoso que sea.

Jimena se retiró á su casa. A pesar de la promesa que el rey le hiciera de castigar á Rodrigo si era culpable, su inquietud, su dolor, su desesperacion era mayor lejos de haber disminuido. Aquella noche su sueño fué un delirio de esos que compéndian una eternidad de tormentos: una pesadilla horrible la abrumó durante largas horas: veia un hombre cubierto de heridas, exhalando su postrer suspiro acompañado de su nombre, del nombre de Jimena.

Y aquel hombre no era el que habia visto durante sus pesadillas de las noches anteriores, aquel hombre no era su padre...

Era Rodrigo Diaz!!

Cuando despertó, cuando logró sacudir aquella infernal pesadilla en el instante en que pugnaba por acercarse al moribundo para infundirle la vida con su aliento, prodigándole los dulces nombres que otras veces le habia prodigado allá en los campos de Gormaz ó en los de Vivar, corriendo los dos fugaces como las mariposas y alegres como los pájaros, entonces... ay! entonces se indignó contra sí misma, se mesó los cabellos con inmensa desesperacion, y corrió al balcon de su aposento para lanzarse por él, y lo hubiera hecho si Lambra que velaba constantemente á su lado, desconsolada como ella, como ella desesperada, no la hubiera sugetado, gracias al anonadamiento de sus fuerzas gastadas por el dolor y la fiebre.

Y cuando conoció su impotencia, no solo para sofocar su amor, sino para buscar en la muerte el término de sus dolores, dobló la rodilla alzando sus ojos y sus manos al cielo y exclamando:

—Padre mio, perdon, perdon!... Madre mia, ¿por qué no me ahogaste en tus brazos al echarme al mundo!...

Y entonces cayó al suelo como una masa inerte, y la voz de Lambra atronó el palacio llamando en auxilio de su señora á cuantos en él habitaban.

A la mañana siguiente, Jimena abandonó el lecho muy temprano, á pesar de que sus fuerzas apenas la permitian dar un paso sin vacilar, y se puso á hacer los preparativos de un viaje.

Pero, señora, decia Lambra, no estaríais mejor en Gormaz, donde todos os quieren, y donde teneis vuestra casa y los recuerdos de vuestra niñez?

—Justamente quiero huir de esos recuerdos, porque ya sabes que Rodrigo y yo pasamos la niñez indistintamente en Gormaz y en Vivar.

—Teneis razon, yo no habia caido en ello; pero en lo que sí caigo, es en que debe ser muy triste la vida en un desierto como el de.....

—Mi vida ha de ser tan triste en un sitio como en otro; y como

solo espero del Cielo, quiero hacerme digna de él mientras exista en la tierra. Si el rey no me hiciera justicia, hiciéranmela los parciales de mi padre; pero no tengo valor para perseguir al que derramó la sangre del que me dió el sér..... No le perseguiré, pero le olvidaré para siempre.

Jimena y Lambra seguian preparando los objetos necesarios en un largo viaje.

—Y vais á llevar estas baratijas? preguntó la dueña enseñando á su señora una caja que con otros efectos acababa de sacar del cajon de una mesa.

—Sí, respondió Jimena, que esa caja encierra muchos recuerdos de mi madre..... Pero ay! añadió, tambien los encierra de Rodrigo..... Dámela, dámela. Vivan siempre conmigo los de mi madre y consuma el fuego los del aleve.

Y tomando la caja empezó á revolver los efectos que contenia. Eran estos en su mayor parte cintas, flores, anillos y juguetes de la infancia. Lô primero que sacó, fué una corona de flores... Ay! dijo, con esta corona adornó mi frente Rodrigo el dia en que cumplí quince años!...

Iba á deshacerla entre sus manos, pero temió oprimir las flores como si estuvieran herizadas de espinas. En seguida sacó un rizo negro sugeto con una cinta verde y añadió:—Hé aquí un rizo de su cabello que me dió la última vez que nos vimos en Gormaz, en prenda de un amor que él mismo ha destruido!... Y alzó la mano para arrojarle lejos de sí, pero se detuvo pensativa y luchando al parecer con sentimientos opuestos; mas de repente brotaron dos lágrimas de sus ojos, y exclamó volviendo á la caja la corona y el rizo:

—Dejadlos, Lambra, dejadlos, y sean esa corona y ese rizo el cilicio que me atormente en la soledad!

La doncella quedó inmóvil algunos instantes, durante los cuales recorrió su imaginacion la historia de sus amores, la historia de su vida que era lo mismo, porque el amor purísimo, ardiente, cercado de ilusiones celestes, de dorados sueños, de luz, de flores, cuya hermosura solo pueden comprender ciertas almas enamoradas, habia absorbido por completo la vida de Jimena. Y al ver destruidas

sus esperanzas, al ver agostada para no retoñar jamás aquella flor del paraíso que perfumaba su alma y la embriagaba, sintió su corazón henchido de una profunda tristeza, de un inmenso desconsuelo, de un dolor que no se puede describir... El mancebo ó la doncella que haya consagrado años enteros á un amor de esos que reinan en nuestros sueños como en nuestras vigiliass, siempre dulces, siempre hermosos, siempre rodeados de un encanto superior á los demás encantos de este mundo, y en un día, en pocas horas, pierde sin esperanza de recobrarle el objeto de su amor, solo ese mancebo ó esa doncella puede comprender el dolor de Jimena. En esos instantes de inmenso desconsuelo, la única felicidad que puede hallarse es tener una madre, un padre, un hermano, un amigo, un ser cualquiera bastante bueno, bastante sensible para que no se ria de nuestras lágrimas, y arrojarse en sus brazos y llorar en su seno y decirle:—«Mi corazón está traspasado; dame por Dios un poco de amor que calme mis dolores; llena en lo posible este profundo vacío que ha quedado en mi alma, haz menos violento el tránsito de la esperanza á la desesperacion!»

Y como á Jimena le era dado gozar esta felicidad porque á su lado tenia á Lambra, ruda sí, pero cariñosa y buena, se arrojó en brazos de la anciana y lloró así y así le dijo.

Aquel mismo día tomó la desconsolada doncella el camino de Castilla acompañada de la dueña y algunos de sus criados. Y es fama que tras ella salió de Leon un mancebo, el cual se detuvo en una eminencia cercana á la ciudad, y siguió con la vista á la hija de D. Gome, hasta que la vió desaparecer allá á lo lejos en una revuelta del camino de Castilla.





CAPITULO IX.

De como una mora se convirtió y una solitaria dejó de serlo.



RA rey de Toledo el moro Almenon con quien D. Fernando el Grande, rey de Castilla y Leon, mantenía cordial amistad. Este rey moro tenía una hija muy hermosa y compasiva, llamada Casilda.

En los confines de los jardines que se estendian cabe el alcázar de Almenon, había unas lóbregas mazmorras, donde gemían hambrientos y cargados de cadenas muchos cautivos cristianos.

Acaeció que un día fué Casilda á pasear por los jardines de su padre, y como oyera los ayes lastimeros que daban los cautivos, lloró compadecida de su desgracia, porque tenía afición á los cris-

tianos desde que una esclava castellana le contó, allá en su niñez, que los cristianos amaban á Dios, al rey, á sus padres, á sus hermanos y á sus esposas; que entre ellos eran amparados los débiles y oprimidos, premiados los buenos y castigados los malos.

Y entonces la princesa tornó al palacio lleno su corazon de tristeza y se echó á los pies de su padre esclamando:

—Padre mio! en las mazmorras de allende los jardines, gimen muchedumbre de cautivos... Quitadles sus cadenas, abridles las puertas de sus prisiones, y dejadles tornar á su pátria donde los esperan llorando sus padres, sus hermanos, sus esposas, ó sus amadas...

Almenon bendijo á su hija allá en el fondo de su corazon, porque su corazon era bueno, y como Casilda era hermosa, y él no tenia mas hijas que ella, la amaba como á las niñas de sus ojos. ¿Qué padre amante de sus hijos no se regocija cuando vé que sus hijos son buenos?

Pero el rey de Toledo, lejos de complacer á Casilda, creyóse obligado á castigar su audácia, porque compadecer á los cautivos cristianos y pedir su libertad, era un crimen segun la creencia tradicional de los de su raza y religion.

Por eso ocultó la complacencia de su alma, por eso dijo á Casilda con airado semblante y voz amenazadora:

—Aparta, falsa creyente! calla indigna princesa! Tu lengua será cortada y tu cuerpo arrojado á las llamas, pues tal es el castigo que merece el musulman que aboga por los nazarenos.

E iba á llamar á sus verdugos para entregarles su hija.

Pero Casilda cayó de nuevo á sus pies demandándole perdon en memoria de su madre la reina, cuya muerte lloraba Almenon hacia un año.

Y Almenon sintió sus ojos arrasados de lágrimas, y la estrechó contra su pecho y la dió su perdon acompañado de un ósculo; pero la dijo:

—Guárdate, hija mia, de pedir otra vez por los cristianos y aun de compadecerlos, porque entonces no habrá perdon ni compasion para tí.

Pero la doncella tornó á los jardines y tornó á oir las quejas

de los cautivos, y la caridad fortaleció su corazón é iluminó su alma.

La princesa sedujo con oro á uno de los guardianes de las mazmorras, y todos los días fué desde entonces á llevar alimentos y consuelos á los pobres cautivos.

Un día llevaba la vianda en la halda de su vestido, y de repente tropezó con su padre en una tortuosa calle de rosales.

Era una mañana de primavera, y las rosas se abrían en todas partes y trinaban los pajaritos en las ramas de los árboles, y el sol comenzaba á reflejarse en los lípidos surtidores de las fuentes, y el aire estaba impregnado de suavísimos aromas.

—Qué haces aquí tan temprano? preguntó Almenon á la doncella.

—Padre mío, respondió la princesa poniéndose colorada como las rosas que mecía á su lado el aura de la mañana; he venido á contemplar estas flores, á oír trinar estos pájaritos, á ver como refleja el sol en estas fuentes y á respirar este ambiente perfumado.

—Qué llevas envuelto en la halda de tu vestido? dijo el rey con voz severa.

—Rosas que he cojido en estos rosales, contestó Casilda impe-trando en el fondo de su corazón el amparo de una santa deidad llamada María, de quien cuando niña oyó hablar á la esclava cristiana.

Y Almenon, dudando de su respuesta, tiró del halda de su vestido, y una lluvia de rosas se derramó por el suelo.

Desde aquel día redobló la princesa sus socorros y sus consuelos á los cautivos; desde aquel día fué mas amada de su padre; desde aquel día adoró en el altar de su corazón á la deidad nazarena, y tuvo ardientes deseos de adorarla en los templos cristianos.

Dios, que á veces suele conducir al bien á sus criaturas por las vías mas ignoradas, destruyó la salud corporal de Casilda con un copioso flujo de sangre que marchitó las rosas de sus megillas, y llenó de desconsuelo á Almenon y su corte.

Fueron llamados á Toledo los médicos mas famosos de Sevi-

villa y Córdoba ; pero en vano agotaron su ciencia para dar la salud á la princesa.

Entonces escribió Almenon al rey de Leon y Castilla para que le enviase el mejor médico de su corte, y D. Fernando se apresuró á complacerle, porque D. Fernando tenia tambien hijas á quienes amaba como Almenon á la suya.

El médico leonés opinó que el único medio de salvar á la princesa era mandarla á Castilla, donde habia un lago cuyas aguas poseian la virtud de contener y curar los flujos de sangre.

Y la princesa vino á Castilla recomendada por su padre á Don Fernando, y habiéndose bañado en el lago de San Vicente, que es en tierra de Briviesca, recobró la salud y retoñaron las rosas de sus mejillas.

Pero despues que las aguas del lago de San Vicente sanaron su cuerpo, quiso Casilda que sanaran su alma las aguas del Jordan, y recibió el bautismo, siendo sus padrinos los reyes de Castilla y Leon.

Su padre supo que habia abrazado la ley del Nazareno y la mandó á decir que sus ojos no querian volverla á ver. Casilda lloró considerando que su padre lloraba ; pero Jesus, el que dió la salud á la hija de Jairo que padecia el mal de que ella habia sido curada, habia dicho : « Cualquiera que dejase casa, ó hermanos, ó hermanas, ó padre, ó madre, ó muger, ó hijos, ó tierras por mi nombre, recibirá ciento por uno y poseerá la vida eterna. » Y Casilda quiso seguir al Nazareno.

Entonces, determinó consagrar su vida á la penitencia, donde el tumulto de las pasiones mundanas no fuera á interrumpir su santa tarea, y donde al mismo tiempo pudiera practicar la caridad á que tanta aficion tenia.

Estaba el lago de San Vicente en una áspera soledad, y así las pobres enfermas que iban á buscar salud en sus aguas no tenian á quien pedir hospitalidad, y muchas morian por el rigor de los frios ó los calores que son estremados en aquella tierra.

Casilda edificó allí una ermita, y en ella pasó su vida dedicándose á servir á Dios y á la humanidad doliente y desesperada.

Un día vió que se dirijian hácia su humilde vivienda costeando el lago, una porcion de personas, quiénes á pié, quiénes á caballo, quiénes en fin, en una litera, en la que le pareció distinguir dos mugeres. Creyó que allí vendría alguna enferma que buscaba la salud, como acontecia frecuentemente, en las benéficas aguas del lago, y se apresuró á salir á su encuentro para ofrecerle sus caritativos cuidados y la hospitalidad en su albergue. En efecto, enferma parecia una de las dos mugeres que ocupaban la litera, porque su semblante se hallaba pálido como el de las que faltas de sangre acudian todos los dias á aquel desierto. Acercóse á la litera lo suficiente para ser oida, y viendo que los conductores vacilaban acerca del camino que habian de seguir porque el terreno era áspero y cubierto de malezas, entre las que se perdian las diferentes sendas que partian del lago en direccion á la ermita de la solitaria, dijo á los desconocidos:

—Si os dirijís á mi albergue que os ofrezco de buena voluntad, seguidme, que yo os guiaré por el camino mas corto y menos penoso.

—Sí, respondió la descolorida de la litera, á vuestra morada nos encaminamos, y Dios recompense vuestra hospitalidad y el cuidado que de nosotros teneis.

En efecto, Casilda tornó hácia la ermita, y los de la litera siguieron en pos de ella.

Cuando todos hubieron llegado á la puerta del albergue de la solitaria, salieron del vehículo dos mugeres, y Casilda y la mas jóven de aquellas se abrazaron con muestras de regocijo:

—Jimena! exclamó la hija de Almenon, vos en estas soledades! ¿Cómo á pesar de hallarse tan demudada vuestra faz no conocí que ofrecia mi morada á la que ha mucho la tiene en mi corazon?

—Vedme aquí, Casilda, dijo Jimena, vedme aquí buscando no la salud del cuerpo en las aguas de ese lago, sino la del alma en la soledad, en la mortificacion, en la oracion y en las obras de caridad en que quiero acompañaros en este santo y pacifico retiro.

—Bien venida seais, ¡oh amiga del alma! que así abandonais

los placeres de la corte para venir á servir á Dios y á la humanidad en este desierto. Entrad en mi vivienda que es vuestra, para que reposeis un rato, que bien lo habeis menester segun el cansancio que advierto en vos y en esta honrada dueña.

En efecto, Jimena y Lambra, pues ya hemos visto que eran ellas, estaban muertas de cansancio, porque habian tenido que atravesar á pie una parte del valle porque las cuestras y la fragosidad del terreno no permitian continuar en la litera sin es-ponerse á graves peligros.

Un instante despues despedia Jimena á los deudos y criados que las habian acompañado, y departia con Casilda mostrándola su corazon como se le hubiera mostrado á su madre si Dios la hubiera conservado á su lado para amparar su alma en la deshecha tempestad que corria.

Ya hemos visto que aquellas dos nobles doncellas se conocian hacia tiempo. En efecto, Jimena habia tenido ocasion de tratar á Casilda durante los pocos dias que esta permaneciera en la corte de D. Fernando cuando recibió en ella el bautismo. Las almas generosas y buenas necesitan poco tiempo para comprenderse, y las suyas se habian comprendido y amado en pocos dias.

Dejémoslas confundirse mas y mas en una, en aquella soledad que no turba el tumulto mundano, pues otras almas doloridas como la de Jimena nos llaman para que revelemos al mundo sus dolores.





CAPITULO X.

De como Martin se puso en camino de vengar á su padre.



o lejos del rio Cea habitaba un labrador anciano llamado Ivan, el cual habia sido balletero en tiempo del último conde de Castilla, luego paje de lanza, y finalmente escudero. Cansado de la vida azarosa y agitada, que los de tal profesion suelen tener, y poseedor de algunos marcos, que á fuerza de economias habia ahorrado durante algunos años, compró una pobre casa y algunas tierras, y se retiró á ellas con su muger y sus hijos, y vivia allí hacia algun tiempo bien ignorante en verdad de lo que pasaba en el mundo, pues su morada estaba aislada en un valle solitario, cuya quietud unicamente era turbada una vez al año por los romeros que pasaban cerca de él yendo á un santuario vecino.

La noche que sucedió al día en que en este se había celebrado la fiesta, dormía tranquilamente Ivan, pues había estado de romería, cuando á los primeros cantos del gallo llamaron precipitadamente á su puerta. Despertó el labrador, y asomándose á la ventana preguntó mal humorado:

—¿Quién es el borracho que tales golpes da? Por el apóstol Santiago que la hora es buena para venir á turbar el sueño de los que al rayar el alba tienen que ir á destripar terrones!... Si es algun colambre de romero que viene á pedir luz para proseguir su camino, vaya noramala que no ha menester luz quien va alumbrado...

—Ira de Dios, qué charlatan estais, señor Ivan! contestó el desconocido, que por lo visto no estaba de mejor humor que el labriego. Abrid con cien legiones de diablos y dejad bachillerías, que aqui no hay borracho ni cosa que tal parezca. No me conoceis por ventura?

—Mala me la da de Dios sino es ese loco de Martin!

—El mismo soy, pésia vos; abrid pronto, si no quereis que eche abajo la puerta.

El labriego se apresuró á encender un candil y á franquear la entrada al forastero. Al ver á éste, dió un paso atrás horrorizado: todo manifestaba que el recién llegado había sostenido hacia pocos instantes una encarnizada lucha; sus manos, su rostro y aun su vestido, estaban cubiertos de sangre.

—Glorioso San Isidoro! exclamó Ivan. Qué es eso, Martin? Estás herido...

—En el alma! contestó el mancebo. Las heridas del cuerpo importan poco, que son rasguños de fácil curacion.

—Deja, hijo, que te las cure...

—Es inútil, señor Ivan. Las que me importa curar son las heridas del alma: la medicina que me habeis de traer es una lanza, una ballesta, una espada... una arma cualquiera, que no otra cosa vengo á pedirlos.

—Daréosla de buen grado, que armas no faltan en mi casa, merced á mi antiguo oficio y á la necesidad que de ellas tengo en este desierto, donde he menester defenderme de los bandidos con harta frecuencia.

Ivan acercó la luz á la pared inmediata, donde estaban colgadas diferentes armas, y añadió:

—Toma las que mas te plazcan, que no las gasta mejor templadas el mejor caballero de Leon ó Castilla.

El mancebo tomó una lanza y una espada que ciñó enseguida con la destreza del mas experimentado caballero, y dijo:

—Gracias, señor Ivan. Quedad con Dios y que nadie sepa que me habeis visto esta noche.

—Pero Martin, no me dirás cuáles son tus proyectos, qué es lo que te ha sucedido?...

—Algun dia lo sabreis, señor Ivan.

—Pero, á dónde vas, hijo?

—A vengar á mi padre que queda muerto en el robledal, y á Beatriz que á estas horas habrá sido deshonrada por D. Suero á quien Dios maldiga y esta lanza traspase.

—Asi sea, hijo! contestó el labriego dando un abrazo al mancebo que echó la lanza al hombro, salió de la casa y desapareció en la oscuridad.

Martin caminó largo rato por los sombríos robledales hasta que llegó á otro caserío situado en medio de unos estensos y fértiles prados.

Aquel caserío era de D. Suero y estaba destinado á una hermosa yeguada del conde, la que se recogia en él y pastaba en aquellos prados al cuidado de un solo yegüero.

Martin pegó una fuerte patada á la puerta de la caballeriza.

—Quién va? preguntó el yegüero.

—Abrid sino quereis darme la molestia de echar abajo la puerta y á vos la cabeza.

El yegüero se creyó demasiado débil para resistir á quien tales humos gastaba; abrió temblando como un azogado, y dijo:

—Perdonad, señor caballero...

—No soy caballero, le interrumpió Martin, mas quiero serlo, me entendeis? Desarrendad el mejor caballo de la caballeriza.

—Holgárame complacer á vuestra merced; pero...

—Ira de Dios! con peros me viene el soez villano? exclamó Martin poniendo mano á la espada.

—Perdone vuestra merced, señor caballero, se apresuró á decir el mozo yendo hácia los pesebres y desarrendando uno de los mejores caballos; solo queria decir á vuestra señoría, que de seguro me muele á palos mi amo el conde en cuanto sepa que he dejado ro... digo llevar uno de sus caballos. Place este á vuestra señoría?

—Pláceme, contestó Martin: ensilladle con aquella silla que veo allí colgada.

—Señor caballero, es la que sirve en la prueba cuando mi amo viene á escoger algun caballo, y si os la llevais, qué va á ser de mí!

—Despachad, voto á mil diablos, que todo será algunos palos mas, dijo Martin con tono amenazador.

El yegüero ensilló el caballo sin otra réplica; Martin calzó entre tanto unas espuelas que pidiera á aquel, y persuadido de que el jayan no le conocia, no creyó prudente intimarle secreto de ningun género. Cabalgó de un salto, y aplicando un fuerte espolazo á su excelente cabalgadura, desapareció por los prados vecinos.

No lejos de la calzada que conducia de Búrgos á Leon, habia un montecillo sobremanera espeso que dominaba largo trecho de aquella, y que era constantemente la guarida de una banda de salteadores que á la sazón tenia aterrorizados á los tragineros que frecuentaban aquel camino. Martin se encaminó á aquel sitio, á donde llegó poco despues de amanecer. Internóse un poco en la espesura, y gritó haciendo de la mano una especie de bocina:

—Ah de los bandoleros!

El vijía que estos tenian no lejos de donde Martin se hallaba, le habia visto hacia ya rato, y como viera que venia solo, no se habia creído en el caso de dar la señal de alarma á sus compañeros.

—A dónde va el caballero? gritó á su vez.

—A pediros que me admitais en vuestra honrada compañía.

Martin sabia muy bien que la honradez es tan hermosa, que hasta los bandidos gustan de que se les atribuya.

—Si tal es vuestro intento, dijo el vijía, seguid adelante por esa senda que ahí veís, y al fin de ella encontrareis toda nuestra banda, cuyo gefe os concederá ó no la honra que solicitais.

El mancebo siguió en efecto adelante, y á corto trecho descu-

brió á los bandidos que serian hasta veinte, y estaban tendidos bajo los árboles á cuyos troncos tenian arrendadas las cabalgaduras. Martin no pudo menos de estremecerse y experimentar un sentimiento de repugnancia al contemplar la ferocidad de sus rostros y su asqueroso lenguaje. Al verle, se levantó uno de ellos que se distinguia de los demas por su trage y las grandes cicatrices que se veian en sus manos y su rostro. Martin comenzó á manifestarle el objeto que alli le llevaba; però el capitan de los bandidos, que no era otro aquel hombre, le interrumpió diciéndole:

—Hermano, piensas que somos sordos? Te hemos oido y sabemos por lo tanto á que vienes; pero ¿con qué títulos cuentas para ser admitido en la banda del Raposo, que así se llama el hijo de mi madre?

—Ira de Dios, D. Raposo, que si no fuérais vos quien tal pregunta me dirige, ya hubiérais ido á hacer una visita al señor Lucifer que os lleve. No veis, pesia vos, la sangre que tengo en vestido y manos y los rasguños que campean en mi faz? Pues esta sangre no es de haber degollado reses, ni una querida celosa me ha dado estos arañazos. Id á donde yo os diré, y encontrareis el cuerpo del caballero á quien he quitado la vida para quitarle estas armas y este caballo, y al paso traedme mi puñal que dejé olvidado en su seno.

—Poco respeto gastas con quien ha de ser tu capitan, dijo el Raposo; mas, quiero ser indulgente contigo en gracia de la buena obra que has hecho. Creo ha de ser cierto lo que dices, que no de otro modo te podrias haber hecho con esas lucientes armas y esa soberbia cabalgadura, porque tu piel y tu trage revelan que así eres tú caballero como yo obispo. Ahora si quieres quedar para siempre jamás en nuestra honrada hermandad, has de prestar el juramento de costumbre.

—Prestaré cien si os place, contestó Martin descabalgando.

El capitan de bandidos se acercó á un árbol á cuyo pié estaban amontonadas gran número de alhajas que aquella misma noche habian robado de la iglesia de un lugar cercano, y tomando una cruz de valor inestimable la puso delante del mancebo, y dijo:

—Juras fidelidad á tus hermanos? Juras forzar doncellas, entrar

á saco mancebias y templos, palacios y cabañas? Juras robar y matar asi clérigos como seglares, asi pobres como ricos, asi hembras como varones, asi niños como grandes?

—Sí juro! contestó Martin, aunque con el firme propósito de no cumplir aquel sacrilego juramento, porque no creia quedar obligado haciéndole con el labio y no con el alma.

—Saludad al nuevo hermano! dijo el Raposo dirigiéndose á sus compañeros. Estos se acercaron á Martin, y le fueron abrazando sucesivamente.

—Hermano, continuó el capitán, terminada que fué esta operacion, ya sabrás que el que tiene la honra de ser recibido en nuestra banda, está obligado á solemnizar su admision con la distribucion de una colambre de buen zumaque entre los individuos que componen la hermandad. Supongo que el dueño de tu cabalgadura y tus armas, tendria la bolsa bien repleta de maravedises de oro, y por tanto, espero que serás liberal con nosotros.

Martin se encontró perplejo con esta exigencia, pues no tenia dinero alguno; pero conociendo que con aquella gente debia mostrarse fanfarron en todos conceptos, contestó:

—Si otro dudara de mi liberalidad, hubiera perdido la lengua antes de manifestar sus dudas. Ni un miserable marco me acompaña; mas, para qué quiero dinero? Pensais voto á todos los santos del cielo y á todos los demonios del infierno, que soy alguno de esos honrados labriegos que solo beben cuando tienen con qué pagarlo?

Todos los bandidos sacaron las bolsas repletas de oro, y exclamaron:

—Hermano, toma dinero que te prestamos hasta que hagamos la primera presa, que entonces nos lo devolverás de la parte que te toque.

—Os lo agradezco, contestó Martin; mas no lo admito porque no lo he menester. Vereis, voto al señor Noé, si traigo vino para emborrachar media Castilla, aunque para haberlo haya menester echar al infierno todos los venteros de diez leguas á la redonda.

Y asi diciendo, dió de espuelas á su caballo, atravesó la espesura, salió al llano y desapareció ligero como el viento con direc-

cion á una venta solitaria que apenas se distinguia en el lejano horizonte, sin hacer caso de las voces que sus nuevos compañeros le daban advirtiéndole el riesgo á que se esponia de caer en poder de una porcion de caballeros SALVADORES que por órden del rey Don Fernando, y á solicitud del conde de Carrion y otros ricos-hombres, vagaban por aquella tierra para proteger á los caminantes de las depredaciones de los bandoleros.

No sabemos cómo se las hubo Martin en la venta, mas sí que no eran pasadas dos horas cuando volvió trayendo atravesada sobre el arzon de la silla de su caballo una colambre de vino que bien contendria seis cántaras de nuestra moderna medida. Gritos de alegría y aplausos ruidosos acogieron su vuelta.

—Es un buen hermano, es la prez de la banda del Raposo.

—Ira de Dios que olorcillo tan grato despidе el zumaque!

—Es de lo trasañejo, lo menos se remonta al reinado de Don Pelayo.

—Aquí os quisiera yo, perros moros. Veríamos si hacíais ascos á esta gracia de Dios.

—No le gastan mejor los monges de Sahagun.

—Rayos y truenos, cómo nos vamos á refocilar con él!

—Moro me vuelva yo, si él no lo es tanto como el mismo Mahoma.

—Hereje debe ser el ventero cuando sin bautizarle le tenía.

—Si, si, moro es el zumaque, moro es!

—Pues cerremos con él. Arma, arma! guerra, guerra!

—Guerra al moro! Sus! Santiago, cierra España!

Tales fueron las palabras que siguieron á la llegada de Martin.

Al proferir estas últimas exclamaciones, los bandidos tomaron sendos vasos sagrados de donde el Raposo habia tomado la cruz con que tomó juramento á Martin, y los sacrílegos los llenaron de vino y los llevaron con ansia á sus impuros labios.

Martin se estremeció en presencia de aquella impía profanacion, y vacilaba sin atreverse ó tomar parte en ella.

Notólo el Raposo, y le dijo:

—Hermano, mal preste harías cuando no osas beber en cáliz. Es porque no tienes órdenes?

—Ira de Lucifer! exclamó Martin poniendo mano á su acero y persuadido de que su perdicion era ciertâ sino la echaba de tremendo. Sabed, D. Raposo ó donbellaco, que sino tengo órdenes, tengo daga, y que si no bebo vino, beberé la sangre del que ose insultarme como vos haceis.

—Ola, soez villano, contestó el Raposo á su vez echando mano á su cuchillo; con tu capitan te atreves? Reniego de mi honrado oficio si mi puñal no te enseña á ser comedido.

Ambos contendientes tenian desnudos los aceros, y se levantaban para herirse; pero todos los bandidos se apresuraron á contenerlos, tratando de persuadir al Raposo de que el recién entrado en la banda, lejos de merecer castigo, merecia alabanza, pues con su audacia, mostraba la que se debia esperar de él cuando fuera necesario tenerla. Estas razones parecieron al Raposo de bastante peso para que depusiera su enojo y alargára la mano á Martin diciéndole:

—Perdona hermano, que he querido probar tus brios, y ya estoy satisfecho de ellos.

—Vos, señor capitan, me habeis de perdonar á mí, contestó el mancebo estrechando la ruda mano del bandido; mas sabed que no puedo tolerar que me calumnien suponiéndome incapaz de hacer lo que mis hermanos hacen. Pensais, voto á Luzbel, que por escrúpulos de conciencia nõ he querido beber en esos vasos? Yo he menester un cántaro de vino para saciar mi sed, y no la cáscara de una avellana como vosotros, hermanos.

Y así diciendo, Martin quitó el yelmo á uno de sus compañeros, echó vino en él, y le desocupó de un trago con aplauso y vocería de todos los bandidos.

Estos repetian sin cesar sus libaciones; la colambre iba quedando pez con pez, y la embriaguez se iba apoderando de los bandoleros incluso su capitan. Sin embargo, Martin conservaba su imaginacion despejada, sea que estuviese muy acostumbrado al vino, ó sea, y es lo mas probable, que aunque acercaba el yelmo á sus labios con mucha frecuencia, apenas bebiese aprovechando la turbacion de la vista de sus compañeros.

Era espantoso el desórden en que estos se hallaban; sus labios

solo proferian blasfemias, palabras asquerosas y obscenas, y frases inconexas y desordenadas, y por último, el sueño se fué apoderando de la mayor parte de ellos. Hasta el vijía habia abandonado su puesto viendo que no le relevaban sus compañeros y queriendo participar de las libaciones y la algazara de estos.

Parecióle á Martin que oia ruido de caballos hácia la calzada, y volviendo la vista hácia aquel lado, gritó:

—Los Salvadores! Sus, hermanos, los Salvadores!

Cuatro ó seis bandidos se alzaron al oir este grito, y siguiendo el ejemplo de Martin, se apresuraron á montar á caballo. Los demás, incluso el Raposo, unos continuaron profundamente dormidos, y otros apenas se incorporaron volvieron á caer al suelo.

El peligro era inminente, la situacion era desesperada: el monte apenas tenia quinientos pasos de un extremo á otro, y por todas partes le rodeaba una estensa y pelada llanura, y solo se podia salir de él á caballo por la senda que conducia á la calzada, porque lo quebrado del terreno y la espesura de los árboles y la maleza le hacian intransitable para las cabalgaduras por cualquier otro sitio. Si Martin y sus compañeros abandonaban sus caballos y se escondian en la espesura, iban á ser muy pronto hallados; si salian á pié al llano, iban á ser alcanzados por los Salvadores que montaban ágiles caballos. ¿Qué partido pues, tomar? Esta pregunta se dirigian los bandoleros, cuando el escuadron de Salvadores apareció á cuarenta pasos de distancia dirigiéndose á ellos con la velocidad que permitia el terreno.

—Hermanos, dijo Martin colocándose á la cabeza de sus compañeros, no nos queda mas remedio que romper acero en mano por medio de los Salvadores para ganar la llanura, y muera el que muera.

—Si, si, adelante! gritaron todos conociendo que Martin habia dado con el único medio de salvacion que les quedaba, y metieron espuelas á los caballos. Como el de Martin era el mejor, el menos cansado y mas ligero, el mancebo se adelantó un corto trecho á sus compañeros, y rompiendo espada en mano por medio de los Salvadores, de cada golpe derribaba uno de estos dejando el paso casi libre á aquellos, que por su parte se defendian y atropellaban

al enemigo, con no menos audacia y prontitud. Al fin lograron salir á la calzada de donde oyeron los gritos que daban los que habían quedado en el bosque, al ser acuchillados por los Salvadores, y huyeron por la llanura tomando la direccion de los montes de Oca.

Martin habia recibido numerosas heridas, aunque ninguna de gravedad, é iba derramando abundante sangre. Al fin llegaron á un cerro cubierto de árboles, y del que se descubria un estenso terreno.

—Hermano, descabalgemos aquí para que vendemos tus heridas, dijeron sus compañeros á Martin.

Descabalaron en efecto, y todos los bandidos abrazaron al mancebo llamándole su libertador.

—Serás nuestro capitan, dijo uno, pues vales mas que cien Raposos.

—Sí, sí, eres nuestro capitan, hermano. Viva nuestro capitan! exclamaron todos con efusion y entusiasmo.

—Os doy las gracias, hermanos, contestó Martin, y yo os juro por el alma de los perros Salvadores que ha mandado mi espada al infierno, que sabré corresponder á la honra que me dispensais. Habeis oido los lastimeros ayes que daban nuestros hermanos acuchillados cobardemente por los Salvadores?

—Sí, sí, los hemos oido! Pobre capitan Raposo!

—Pues bien : á nosotros toca vengarlos... Aun no sabeis el nombre de vuestro nuevo capitan. Me llamo el *Vengador*, hermanos. Que la banda del Vengador sea tan temida como la del Raposo; guerra á muerte á los ricos-homes que aconsejaron al rey la creacion de la hermandad de los Salvadores. Somos débiles, mas pronto seremos fuertes; hoy somos perseguidos, mañana seremos protegidos en todas partes si obedecéis mis órdenes, y os guiais por mis consejos.

—Tus esclavos serémos, hermano capitan; que eres diestro y valiente, que á ti debemos la salvacion y el que nuestros hermanos sean vengados.

—Oid hermanos, continuó Martin, quiero explicaros la conducta que hemos de observar de hoy mas...

—Pero, hermano capitán, le interrumpió uno de los bandidos; deja que te vendemos las heridas, porque te vas á desangrar si no lo hacemos.

—Dejad, voto á Luzbel, que corra mi sangre hasta que salga la ponzoña que ha criado en ella la alevosía de esos cobardes Salvadores.

Esta respuesta del animoso capitán, cautivó mas y mas el corazón de los bandidos, á cuyos ojos afluyeron las lágrimas... las lágrimas que no habían derramado al oír los lamentos del pobre trajinero á quien arrebatában el único caudal con que contaba para mantener á su familia; de los desventurados ancianos, cuya hija iba á ser víctima de su liviandad; de la triste esposa, á quien su acero homicida condenaba á la viudez; de los débiles infantes á quienes dejaban huérfanos y desamparados.

—Oid, hermanos, continuó el Vengador. De hoy mas, guerra á los fuertes y amparo á los débiles. Si nos acercamos al pobre, sea para remediar su miseria con lo que hayamos tomado al poderoso. Teneis hijas ó muger alguno de vosotros?

—Sí, contestó uno de los bandidos, yo tengo una hija que vale mas que las del rey, y por eso la quiero como á las niñas de mis ojos.

—Yo tengo muger, contestó otro, y aunque villana, vale mas que la dama mas noble de Castilla. Por eso la amo como dicen ama el hijo del rico-home de Vivar á la hija del de Gormaz, ese condado.

—Pues bien : si forzaran á tu hija ¿qué harías?

—Ira de Dios! Si hubiera quien tal hiciera, arderían Castilla y Leon, y buscaría mi puñal el pecho del forzador aunque se escondiera en las entrañas de la tierra, aunque huyera al fin del mundo! Hermano capitán, calla por Dios, que solo con pensar eso se me enciende la sangre!

—Y tú, hermano, ¿qué harías si te robasen y deshonrasen tu muger?

El bandido á quien esta pregunta se dirigia, echó mano á su daga por un movimiento instintivo; apretó los labios, se coloraron sus mejillas y sus ojos despidieron fuego.

—Rayo de Dios! exclamó, si tal sucediera, mi daga traspasaría mil corazones y luego traspasaría el mio! Mas... ¿por qué nos preguntas esto, hermano capitán?

—Porque quiero deciros que cuideis, tú de tu muger, y tú, hermano, de tu hija, si las teneis en esta tierra, que hay en ella un conde malvado que deshonra doncellas y casadas, arrebatándolas del lado del padre ó del esposo.

—Quién, quién es ese conde? preguntaron llenos de indignacion todos los bandidos.

—El de Carrion! contestó Martin, reprimiendo con dificultad su alegría al ver cuán bien iba disponiendo á sus compañeros para que le ayudasen en sus proyectos de venganza. El conde de Carrion, continuó, es el mas cruel, el mas traidor y el mas ruin de los hombres, cuando mas contentos vayais á estrechar en vuestros brazos á vuestros hijos ó á vuestras mugeres, os encontrareis con que ese villano conde las ha estrechado ya en los suyos, con que os ha robado el tesoro de hermosura y de amor con que soñais...

—Abrase la tierra y el infierno y trágenos, si consentimos cobardemente que ese hombre viva!... exclamaron los bandidos. Y Martin continuó con nueva exaltacion y nuevo regocijo:

—Sí, sí, hermanos, muera el conde de Carrion si no queremos morir nosotros como el Raposo y la mayor parte de sus compañeros. Ese conde es quien ha sacrificado á nuestros hermanos, porque á él se debe la creacion de la hermandad de los Salvadores.

—Asaltemos su castillo! exclamaron todos, hundamos nuestros aceros en el pecho de ese conde traidor.

—Pero D. Suero, que así se llama, podrá decirnos, hermanos, que si él forza doncellas y casadas, tambien nosotros las forzamos; que si él apalea y arrebatá el sustento á los pobres, lo mismo hacemos nosotros.

—Pero de hoy mas no lo haremos. Juremos todos clavar la daga en el seno de aquel de nosotros que ose cometer tal desafuero, dijo el bandido que tenia una hija.

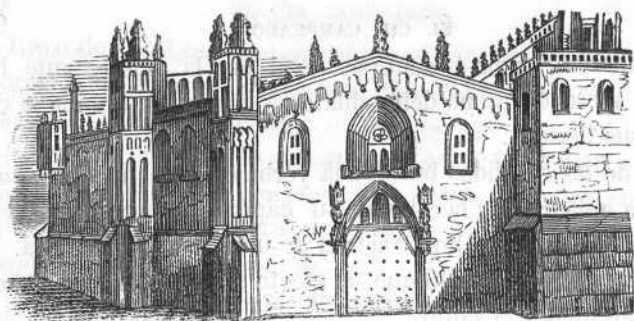
Y en efecto, todos hicieron solemne juramento de no forzar doncellas ni casadas, y de no robar ni maltratar á los pobres y débiles,

Martin comenzaba á sentirse débil por la sangre que habia perdido, y creyó que no debia dilatarse por mas tiempo la curacion de sus heridas.

Uno de los bandidos buscó una yerba que abundaba en aquel pais, y la aplicó á las heridas de su capitan despues de lavarlas con agua que en un yelmo trajeron de una fuente inmediata. Vendáronlas con un pañuelo que al efecto hicieron jirones, y se detuvo enteramente la sangre.

La reducida banda del Vengador descansó bajo aquella sombría arboleda, donde los caballos tenian fresco y abundante pasto, y cuando sonaba el toque de la oracion allá en los lugares diseminados en la llanura, cabalgaron los bandidos, y por dictámen de su capitan continuaron hácia la sierra de Oca.





CAPITULO XI.

De como los de Vivar tuvieron cartas del rey D. Fernando.



pocos dias despues de los sucesos re-
 feridos en los capítulos anteriores,
 estaban sentados á la mesa en el
 castillo de Vivar Diego Lainez y su
 familia, entre cuyos individuos se
 contaba Rodrigo. Todos estaban ale-
 gres, todos comian con escelente
 apetito, escepto este último que en
 vano procuraba tomar parte en la
 comun alegría, porque la sonrisa se
 detenía de repente en sus labios, como si saliese á su encuentro
 una idea desconsoladora que despertaba en el alma del mancebo
 las palabras mas insignificantes para los demas comensales.

Teresa que observaba á su hijo, echó de ver la inquietud y la tristeza de éste, y desde aquel instante participó de ellas, porque los sentimientos del hijo se reflejan en la madre, sobre todo cuando ésta es tan buena como la de Rodrigo.

—Hijo mio, dijo al preocupado jóven, ¿estás triste cuando tal motivo de alegría tenemos todos y particularmente tú que eres quien ha lavado la mancha que empañaba el brillo de nuestra honra? ¿Cuál es la causa de tu tristeza?

—Madre mia, respondió Rodrigo, ¿no habeis oido decir que Casilda, la solitaria del lago de San Vicente, comparte sus tareas con una noble doncella que ha ido á sepultarse con ella en aquella soledad?

—Sí.

—Pues esa noble doncella es Jimena Gomez.

—Deja, hijo mio, que llore en la soledad la pérdida de su padre, deja que consagre algunos dias á Dios, y al cuidado de las pobres enfermas que allí acuden á buscar su salud, porque el dolor busca sus primeros consuelos en Dios y en los que padecen. Si te ama aun, como no te es dado dudarlo, su dolor pasará y quedará su amor, porque el amor verdadero es eterno y pasajero el dolor por muy profundo que sea.

—Creeis, madre mia, que Jimena puede amar al matador de su padre?

—Sí, hijo, porque al matar á su padre, diste una prueba mas de honrado, y la misma Jimena te hubiera aborrecido si te hubiera visto mirar con indiferencia la honra de tu padre mancillada por el suyo.

—No sabeis que antes de abandonar la córte pidió venganza contra mí al rey, suponiendo que maté á tuerto á su padre?

—Sí, dijo Diego Lainez que hasta entonces no habia querido interrumpir el diálogo de su muger y su hijo; y obligacion era esa de toda hija, pero en cuanto al rey, es demasiado sábio y justiciero para que crea tal suposicion, y castigue al que no solo no delinquiró, mas añadió nuevos quilates á su honra.

—Con todo, padre mio, mucho temo que el rey haga enojo de nosotros, porque ventilándose al presente la cuestion de Calahor-

ra, no ha tomado vuestro consejo como siempre ha hecho en tales casos.

Al decir esto Rodrigo, entró un criado anunciando la llegada de un mensajero del rey, de quien traia cartas para Diego Lainez y Rodrigo.

Una viva inquietud se pintó así en el semblante de Diego como en el de su muger y el de su hijo. Un instante despues, el anciano leia un pergamino que le habia sido entregado con el sello del rey y el mancebo leia otro. He aquí el contenido del primero:

«A vos, el muy honrado Diego Lainez, saluda el rey de Leon y Castilla, que os ama como al mejor de sus vasallos. Sabed que os esperamos impacientes en nuestro alcázar, porque es nuestra voluntad, y deseo que empleeis vuestra sabiduría y vuestra prudencia en la crianza de los infantes, nuestros hijos, segun os dijimos no ha mucho ante los caballeros de nuestra córte. Cuidad de vuestra salud hasta que hayais convalecido del quebranto que en ella debieran hacer las heridas en la honra, y puesto que de estas habeis sanado, recibid los parabienes que por ello os damos—
EL REY.»

El segundo pliego, es decir, el dirigido á Rodrigo, estaba concebido en los siguientes términos:

«A vos, Rodrigo Diaz, tan buen hijo como buen caballero, envia el rey sus saludos : sabed que el rey de Aragon nos disputa la posesion de Calahorra, alegando injusticia por parte del rey nuestro padre, que nos la dió de buena voluntad cuando á Dios plugó llamarle á sí. Y como hayamos convenido en fiar la decision de esta querella al valor de dos caballeros, el uno nombrado por nos, y el otro por el de Aragon, es nuestra voluntad que vos seais quien defienda nuestros derechos lidiando con Martin Gonzalez que tiene encargo de mantener los que D. Ramiro supone asistirle. Habeis dado pruebas de honrado y valiente, dando muerte al de Gormaz para vengar agravios hechos á vuestro padre y á vuestra honra, y no dudamos que, como bueno que sois, dareis cima á la empresa que os confiamos—EL REY.»

—Martin Gonzalez!... exclamó Rodrigo trémulo de alegria; Martin Gonzalez es el mantenedor aragonés!... Padre, Calahorra

quedará por D. Fernando, y yo tendré un título mas al amor de Jimena. Dios nos pone frente á frente á Martin Gonzalez y á mí para que mi acero haga morder el polvo al único hombre á quien aborrezco en este mundo, hoy que no existe el de Gormaz, al único hombre á quien tambien aborrece Jimena.

—Sí, hijo mio, respondió Diego participando de la alegría de su hijo, tanto por la honra que uno y otro recibian del rey, como por la que á Rodrigo iba á caber en la empresa que D. Fernando le encomendaba; sí, lidiarás por tu rey y por tu amor y vencerás, no lo dudes, mi Rodrigo. Mañana mismo tornaremos á la corte, donde nos esperan dias mas serenos que los últimos que en ella pasamos.

Y asi diciendo, padres é hijo se confundieron en un abrazo. porque tambien Teresa tomaba parte en el contento de su esposo y en el de su hijo. Ciertó que Rodrigo iba á empeñarse en un combate en que cuando menos debia perder la vida uno de los combatientes, pero Teresa fiaba en el valor de su hijo, y en aquella época la honra era superior á todas las afecciones, á todos los temores, á todos los intereses. Entonces la madre mas amante de su hijo era aquella que mas ardientemente deseaba verle empeñado en una empresa honrosa, aunque las probabilidades de ganar honra fuesen menos que las de perder la vida.

El lector, que sin duda recordará la entrevista de Jimena y Rodrigo en los salones del alcázar de Leon, recordará tambien los temores que ambos abrigaban de que D. Gome diese la mano de su hija á un hombre que no fuese Rodrigo. Veamos si aquellos temores eran ó no fundados.

Antes de la batalla de Atapuerca, y cuando ya empezaban á enemistarse Diego Lainez y D. Gome, pasó este á la corte de Aragon, en realidad, como embajador de D. Fernando, y en su concepto, como desterrado por arterías del de Vivar. Martin Gonzalez que era uno de los ricos-homes mas poderosos de Aragon, le hospedó en su casa y le obsequió espléndidamente, en la apariencia sin mas objeto que el de corresponder á las pruebas de amistad que habia recibido del conde algun tiempo antes en Gormaz, á donde fué con motivo de celebrarse alli un torneo, en el que fué-

ron mantenedores castellanos y aragoneses. Martin vió entonces á Jimena, y quedó prendado de su hermosura y su discrecion; mas no solicitó su mano persuadido de que no la conseguiría, porque era sabedor de que estaba prometida á Rodrigo. Cuando se hospedó D. Gome en su casa, y supo su enemistad con el de Vivar, creyó llegada la ocasion de solicitar lo que tan ardientemente deseaba. Atizó la discordia de Diego Lainez y D. Gome, fortaleciendo por medio de la calumnia la creencia en que este último estaba de que debia su malquistacion y su disfavor en la córte á calumnias del rico-home de Vivar, y cuando hubo preparado á su sabor al conde, le pidió la mano de Jimena que D. Gome le prometió si bien con la salvedad de que su hija habia de dársela sin violencia, porque, como ya en otro lugar dijimos, el de Gormaz, en medio de sus defectos, amaba á su familia, y aunque estaba resuelto á no consentir que Jimena se uniese á Rodrigo, no queria casarla contra su voluntad. Estos infames manejos que eran la causa principal de la division de ambas familias, fueron conocidos por Jimena y por Rodrigo, y hé aquí porque ambos odiaban de muerte á Martin Gonzalez, y hé aquí como aquel ódio era lejítimo y justo.

No abandonaremos el castillo de Vivar sin saber qué es del escudero y las doncellas, á quienes ya conocemos, para lo cual pasaremos á un aposento que debe ser el de Fernan, porque éste se halla en él y se vé su lanzon arrimado á la pared con otros utensilios propios de los de su profesion.

El valiente escudero debe estar muy apenado, porque cuando no lo está habla por cuatro si tiene con quien, ó si está solo entona cantares amorosos ó romances de caballería, y ahora permanece mudo, cabizbajo y como entregado á muy hondas cabilaciones. Mas hé aquí que entra en el aposento otro criado, y sus palabras van á decirnos algo de lo que deseamos saber.

—Pesia mi alma, dice el paje, que así eres tú el que eras, como yo soy obispo. Qué haces ahí cabizbajo y acuitado cuando tan alegres nuevas han llegado á nuestros amos y señores?

—Dirásme qué nuevas son esas, Alvar?

—Dirételas de buen grado y aun sin albricias. Por mi alma que buenas se las han dado nuestros amos al mensagero de D. Fer-

nando, y tan buenas, que si no valen veinte marcos de plata no me valgan á mí santos ni santas á la hora de mi muerte. Oh cuerpo de tal, si mías fueran qué bien habia de regalar el mio!

—Mas no me dirás, maldito charlatan, que tú eres, qué nuevas son las que el mensajero ha traído?

—Sí haré, Fernan, que á eso iba. Mas de qué te sirve comunicar con esa bruja del torrente, si no te ha enseñado la adivinanza que diz sabe á maravilla?

—Voto á Judas Iscariote, que te arroje por esta ventana si no dejas rodeos importunos ó te vas de aquí incontinente.

Alvar dió un paso atrás al ver el gesto amenazador del impaciente escudero, porque sabia que Fernan tenia por costumbre decir y hacer casi en un mismo punto, lo cual podian atestiguar sus costillas molidas mas de una vez por el escudero. Como el lector habrá echado de ver, el paje era uno de esos hombres tan aficionados á los circunloquios, que así van ellos al grano como los gorriones á la paja. Tipo es éste que tambien corresponde á nuestros tiempos, como podrá verse en las asambleas parlamentarias donde con tanta frecuencia resuena la voz de «al grano, al grano» «ó á la cuestion, á la cuestion,» que es lo mismo.

Gracias, pues, á las malas pulgas de Fernan, contó el paje sin mas rodeos las nuevas que habia traído el mensajero de Don Fernando, añadiendo lo que ya sabemos, esto es, que tanto Diego como Rodrigo habian dispuesto salir para la córte al dia siguiente.

—Eso me place, dijo Fernan, porque en Vivar vivo muriendo desde que esa ingrata de Mayorica paga mi amor con arañazos y denuestos, y esa hi de tal de Aldonza me dá con la puerta en los hocicos.

—Aun las amas, Fernan? preguntó el paje admirado.

—Y tengo para mí que las amára aunque me tratáran peor que á moro cautivo.

—Voto á mi abuela, que merece cien azotes quien tal hace, y que son vanos los propósitos de los enamorados! Pues no decias, mal aventurado, que en tu vida volverias á hacer caso de mugeres?

—Qué quieres, Alvar, el hombre propone y la muger dispone. Parióme mi madre con estas debilidades, y tengo para mí que con ellas me han de enterrar.

—Vence esas tus inclinaciones, Fernan.

—Dáme vencer á un escuadron de moros, y eso haré yo antes que vencer las inclinaciones que dices. Con todo, júrote, Alvar amigo, que estoy muy desengañado de mugeres, y hago lo posible por echarlas todas noramala.

—Si tal no hicieres, no digo en un dia ni dos, mas sí poco á poco, dígotte lo que ya te he dicho, es á saber, que merecieras cien azotes.

—Bien se echa de ver, Alvar, que no tienes corazon, que ni has conocido ni conoces lo que son amores.

—Ay! dijo el paje dando un hondo suspiro, demás lo conozco, amigo Fernan. Si lleváramos el corazon en la frente, viérras el mio y moviérate á compasion.

—Voto á Judas Iscariote! Qué me dices, Alvar amigo, enamorado tú!...

—Y no lo estrañes, Fernan, que de piedra era preciso ser para no enamorarse de la tirana y gentil doncella por quien suspiro.

—Dirásme quién es esa soberana hermosura?

—Sí te diré, Fernan. Tú y tu señor la trajisteis á Vivar...

—Por el alma de Belcebú que te esplices pronto... exclamó Fernan montando súbitamente en ira.

—Dígotte, se apresuró á contestar Alvar, temiendo los exabruptos del escudero, que Beatriz, la doncella que tú y D. Rodrigo acorrísteis en la venta, me tiene muerto de amores...

—Voto á Judas Iscariote, que lo serás por mis manos, exclamó el escudero lanzándose al paje y asiéndole del cuello con furia nunca vista. Qué es lo que osas decir, villano, mal nacido? Tú amar á Beatriz! tú osas poner los ojos donde yo pongo los míos!

—Fernan!... Fernan!... suelta pésia mí, que me descoyuntas con esas manos de fierro! Hubiérasme dicho que la amabas, y así pensara yo en ella como en hacerme moro.

Fernan soltó al paje conociendo que en efecto habia puesto

los ojos en Beatriz sin saber que con hacerlo le ofendia.

—Sí, la amo, dijo el escudero, la amo y fuera de mi señor, nadie tiene derecho á disputármela, que mi lanza hizo morder el polvo á los que la llevaban robada, y aunque hasta ahora se ha mostrado insensible á mis ruegos, ella conocerá cuán digno soy de servirla, y me dará sus brazos, donde me desquite de la aspereza de Mayorica.

Duro se le hacia al paje abandonar la conquista de la doncella rescatada de manos de D. Suero, pero se le hacian mas duras las manos de Fernan; así fue que prometió á éste solemnemente no volver á incurrir en su enojo requiriendo de amores á Beatriz, con lo cual quedó satisfecho el tres veces enamorado escudero; y ambos continuaban departiendo pacíficamente, cuando oyeron esclamar en una de las piezas inmediatas:

—Padre mio!

—Hija de mi alma!

A cuyas exclamaciones se siguieron sollozos y besos repetidos.

Paje y escudero acudieron allá, y encontraron á Beatriz abrazada con un labriego de edad algo avanzada.

Era el padre de la doncella á quien ésta habia dado aviso de que se hallaba en el castillo de Vivar, y que no habia acudido antes á estrecharla en sus brazos por lo que sus mismas palabras nos dirán.

—Hija mia, cómo te salvaste del malvado D. Suero? cómo te encuentro aquí? preguntó el anciano á su hija, y ésta se apresuró á referirle cuanto le habia sucedido desde que la arrebataran de su lado.

El pobre labriego se deshacia en lágrimas de gratitud al saber la proteccion que Rodrigo y aun todos los moradores del castillo habian dado á su hija.

—Ah! exclamaba, Dios bendecirá á los que han devuelto á un padre su hija, Dios protegerá al buen caballero que estrenó su espada en defensa de la inocencia oprimida, y en castigo del malvado tirano!...

Mas, como Beatriz estuviese impaciente por saber lo que ha-

bia pasado á todos los que la acompañaban á su vuelta de la romería, y lo ocurrido desde entonces en Carrion, el anciano se dió prisa á sacarla de su incertidumbre y su ansiedad.

El padre de Martin, dijo, murió de una estocada que en aquella horrible lucha recibió de uno de los criados de D. Suero. Martin se abrazó á su cadáver y exclamó llorando:

—«Padre, padre, vuestro hijo os vengará.»

Luego se dirigió á tu madre y á mí, y añadió:

—«Tambien será vengada vuestra hija, yo os lo juro por el amor que siempre la tuve, y por la salvacion de mi padre.»

Y desapareció sin que nadie haya vuelto á saber su paradero.

—Pero estaba herido? preguntó Beatriz con ansiedad.

—No, hija, contestó su padre.

Y la doncella murmuró por lo bajo:

—Gracias, Dios mio! aun soy digna de él, aun fio en su amor.

Estas palabras fueron una puñalada para Fernan, que sin duda creia que el amante de Beatriz habia sucumbido en la lucha, ó que la doncella no se acordaba ya de él. Poco menos fueron para Alvar, que si bien habia prometido al escudero renunciar á sus pretensiones al amor de Beatriz, abrigaba la idea de seguir en ellas procurando recatarse del escudero. Asi fué que ambos se miraron amostazados y con un si es no es de desconsuelo, y dijo Fernan al paje:

—Paréceme, Alvar amigo, que faltamos á la cortesía y buena crianza escuchando conversaciones que no nos atañen.

—Cierto, respondió Alvar.

Y aunque Beatriz y su padre dijeron que de ningun modo eran allí importunos, se retiraron cada uno por diferente lado, murmurando Fernan:

—La hi de tal se acuerda aun de él!... Robáranla veinte condes, y así le diera un ardite al hijo de mi madre como del robo de Elena. Ingratas, ingratas hembras!... Cuanto mejor amador es uno peor le tratais. Mas yo, sándio de mí, tengo la culpa de estas malandanzas que me suceden, que con mi codicia de amores pongo enojo á Mayorica. Cierto que á cada varon tocan dos hembras, y juro por el alma de Belcebú que éste mi cálculo no falla; mas

ya que las hembras son tan sándias que á la razon hacen orejas de mercader ¿por qué no he de resignarme á su sinrazon, y gozar el amor de una, ya que no el de las que me tocan? De hoy mas, á Mayorica he de servir con alma y vida, y vayan noramala esas his de tales que tan en poco tienen este gran tesoro de amor que á Dios plugo dárme... Arisca es Mayorica cuando la desplazco, mas tambien halagüeña y blanda cuando hago su gusto... ¡Oh Mayorica de mis ojos! no tornarás á querellarte de tu amador, que si tu honestidad guardas para él, para tí guardará él la suya.

Y Alvar:

—Pesia mí-que hice el desatino de enamorarme cuando tan mal parado de amores veia á Fernan!... Es recia cosa que siempre ha de llegar uno tarde á enamorar á las hembras, que siempre ha de encontrar el puesto ocupado!... asi Dios me salve, no parece sino que nacen ya provistas de amantes, no de otro modo que de brazos y piernas... ¡Oh señor Dios, que gran merced hubieras hecho á los varones criándolos sin corazon!

El anciano continuó:

—Llegamos á Carrion, y al día siguiente se vió tu madre acometida de una enfermedad en que estuvo á punto de perder la vida. Llamábate en lo mas recio de sus delirios, y no habia consuelo para ella; mas llegó la nueva de tu salvacion, y empezó á cobrar la salud de tal modo que me fué dado separarme de ella para venir á verte.

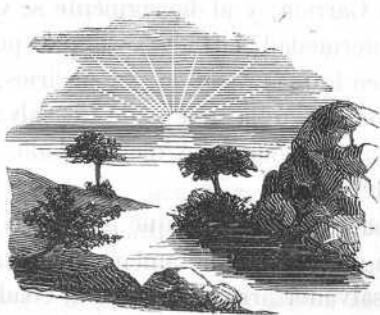
—Partamos, padre, partamos, que ansío volver á los brazos de mi madre!.. Ningun peligro me amenaza en Carrion, puesto que la espada de mi salvador arrancó la vida al conde...

—Su presa le arrancó, hija, pero no la vida, que D. Suero tornó á su castillo al dia siguiente, y se ha restablecido de su herida que se ha dicho recibió combatiendo con una partida de bandoleros.

—Y qué haremos, padre mio, exclamó Beatriz, qué haremos para librarnos vos y mi madre de su ira por habérsele malogrado su criminal empresa, y yo de un nuevo atentado?... Pero, ah! tranquilicémonos, padre mio, id á buscar á mi madre, huyamos de los estados del conde, que la generosa y noble familia á quien

debemos mi salvacion nos dará en sus estados un pedazo de tierra que labrar, y un pobre albergue donde gocemos dias serenos, pudiendo espresar nuestra gratitud y bendecir todos los dias á nuestros bienhechores.

No se engañaba Beatriz al fiar en la generosidad de los señores de Vivar : pocos dias despues, ella y sus padres habitaban contentos y felices una casa de labranza situada no lejos del casti-
llo de aquellos, en medio de unas tierras que Pero Lopez, pues así se llamaba el padre de la doncella, araba con un par de mulas que poco antes pensaban en la caballeriza de Diego Lainez,





CAPITULO XII.

De como Rodrigo Díaz lidió con Martin Gonzalez.



os gallos cantaban en Vivar cuando Diego Lainez y Rodrigo, acompañados de pajes y escuderos, entre los que se contaban Fernan y Alvar, salieron para Calahorra. Todos los caminos estaban cuajados de gentes que se dirigian á aquella villa, deseosas de presenciar el combate de Martin Gonzalez con un caballero castellano ó leonés, porque el mantenedor del rey de Aragon gozaba fama de esforzado, y se creia, no sin fundamento, que para competir con él elegiria D. Fernando el mejor y mas valeroso de sus caballeros. La mañana era deliciosa, la via estaba recién compuesta

por mandado del rey que se habia trasladado tambien á Calahorra y todo contribuia á hacer agradable aquella jornada, tan llena entonces de animacion y vida como triste la mayor parte del año. Asi fue que Diego y Rodrigo llegaron á Calahorra conservando la agradable disposicion que acompañaba á su espíritu desde que recibieron los pliegos del rey. Mas de una vez oyó el animoso mancebo los votos que los transeuntes hacian por el triunfo del mantenedor de D. Fernando, aunque ignoraban quien fuese, y lejos de acobardarle la importancia que se daba á aquella lid le animó mas y mas, porque, tuviese importancia ó no la tuviese, estaba seguro de vencer en ella, á pesar de que aun no tenia completamente cicatrizadas las heridas abiertas en su pecho por el acero de D. Gome.

Diego y su hijo se encaminaron á la posada del rey tan pronto como entraron en Calahorra. D. Fernando los recibió á ambos con los brazos abiertos, y Diego no pudo menos de considerar con gran placer cuánto mas brillaba su honra entonces, que cuando abandonára la corte la última vez.

—Señor, dijo Rodrigo, tan conmovido como su padre: me habeis concedido una honra que aun no merezco y que envidiára el mejor caballero del mundo. Si yo tuviera merecimientos, habriais satisfecho una deuda; pero no teniéndolos, la he contraido y anhelo ver llegado el instante en que pueda satisfacerla.

—Ese instante, Rodrigo, se halla muy cerca: hoy mismo se labrará la tela y arreglarán las condiciones para que mañana al salir el sol dé principio el combate, ya que venís tan apercibido á él. Y vive Dios, Rodrigo, añadió D. Fernando volviendo á echar su brazo al cuello del mancebo, que diera mi corona por tener un hijo tan esforzado y bueno como el de Diego Lainez.

Diego alzó la rugosa y noble frente por un movimiento nacido del orgullo paternal, y en aquel instante no hubiera trocado su dicha por la corona del rey.

—La teneis, señor, contestó Rodrigo lleno de modestia. Don Sancho será un bravo caballero y un príncipe digno de suceder á su padre en el trono de Castilla y Leon. Señor, preguntad á los

pocos moros y cristianos que salvaron la vida en Atapuerca, quién era un rapaz que sembraba el espanto entre las huestes del de Navarra, y ellos os dirán que era un mancebo imberbe, tan apuesto como osado, tan impávido como diestro en el manejo de su acero; ellos os dirán que era D. Sancho, vuestro hijo. Las leyes del duelo autorizan al mantenedor á elegir el padrino que mas de su agrado sea, y yo, usando del derecho que tengo, elijo por mi padrino al infante D. Sancho, si á él y á vos no desplace.

—Honrado se creerá el infante con vuestra eleccion, que yo como padre suyo os agradezco. Id á descansar, Rodrigo, y disponeos hoy para el duelo de mañana. Vos, honrado Diego, de hoy mas tendreis habitacion en mi alcázar, que quiero teneros á mi lado para que me guieis con vuestro consejo, y al de mis hijos, para que á vuestra esperiencia y lealtad deban las buenas prendas que brillan en el vuestro.

—Señor, dijo Diego, dadnos á besar vuestra mano.

—Los brazos y el corazon os daré, que no la mano, contestó el rey, y abrazó con efusion al anciano y al mancebo.

Amaneció el dia siguiente apacible y hermoso como el que le habia precedido, y un movimiento inusitado se notaba en la villa; damas y caballeros, pecheros y villanos, todos, en fin, se encaminaban á la confluencia del Ebro y el Cidacos, donde, en una deliciosa pradera, se habia construido el palenque, en que debian lidiar Rodrigo Diaz y Martin Gonzalez. Las circunstancias que concurrían en ambos mantenedores y la cuestion que se iba á decidir escitaban en alto grado la ansiedad pública: no se trataba de una cuestion de particulares, sino de una cuestion de reyes, en la que se interesaban dos reinos poderosos. Por lo que hace á los caballeros encargados de resolverla, Martin Gonzalez era tenido por una de las mas «bellidas barbas» de aquel tiempo, como se decia entonces de los caballeros esforzados. La muerte dada hacia poco á D. Gome de Gormaz por Rodrigo Diaz, habia dado á este una celebridad extraordinaria, porque el conde Lozano, como vulgarmente se llamaba á aquel, era tenido por invencible, y por consiguiente debia tenerse por tal al que, no

obstante, le habia vencido; ademas, eran públicos los amores de Rodrigo con Jimena y las pretensiones de Martin Gonzalez á la mano de la huérfana, y por lo mismo se creia que el mantenedor castellano iba á lidiar á la vez con el mantenedor del rey de Aragon y con el que habia tratado de arrebatarle el amor de Jimena, el amor que era su gloria, su esperanza, su vida.

Hé aqui como se habia dispuesto el campo: habíase construido una valla cuadrilonga formada de estacas clavadas en el suelo y unidas por un tejido de ramas, cuya verdura le daba el aspecto de un vallado natural. En cada costado se elevaba sobre un tablado un trono con dosel, el uno era para el rey y su familia, y el otro para los jueces del campo; y finalmente, se habian colocado dos tiendas de campaña, una en cada extremo de la tela destinadas á los campeones, padrinos y escuderos.

Acababa de asomar el sol por Oriente: los altos y espesos árboles que por el mismo lado sombrecaban la tela, resguardaban á esta de sus rayos demasiado ardientes á la sazón, como que era la estacion calurosa. La multitud se apiñaba en torno del palenque, y hasta se extendia por los campos circunvecinos como un mar cuyas olas se ajitan incesantemente. El rey ocupó el trono que le estaba dispuesto, teniendo á su lado á la reina Doña Sancha, y á su hijo el infante D. Alonso, y ocuparon tambien su puesto los jueces. Eran estos cuatro, dos de ellos nombrados por D. Fernando y los otros dos por D. Ramiro. Los primeros eran Peransurez y Arias Gonzalo, y en cuanto á los segundos, solo dicen las historias que eran «dos muy nobles é muy complidos caballeros aragoneses.» A su lado estaban de pie sobre el tablado dos farautes con trompetas pendientes del cinto. Dejóse oír un prolongado murmullo entre la multitud: era que se acercaban al palenque los campeones, pues inmediatamente penetraron estos en la tela por los dos lados opuestos. Ambos cabalgaban en soberbios caballos: Rodrigo montaba un alazan de largas crines y de gallarda presencia que le habia regalado el dia anterior el rey D. Fernando, y le acompañaba su padrino el infante D. Sancho, precediéndole Fernán y Alvar, el primero en calidad de escudero, y el segundo en la de paje de lanza. Si Jimena le hubiera visto en aquel instante...

triste doncella, cuán dolorosa hubiera sido la lucha que en su corazon sostenian el amor y la memoria de su padre! Qué gallardo y arrogante estaba el hijo de Diego Lainez con su brillante y fuerte arnés de batalla! Cuántas damas que habian compadecido á la huérfana, envidiaron la suerte de la que era amada por Rodrigo!.. Negro era el caballo que montaba Martin Gonzalez, y mas fogoso aun que el de Rodrigo, aunque no de tanto cuerpo; y acompañaba al campeon aragonés, como padrino, el conde de Carrion, D. Suero, que siendo su amigo y pariente, habia acudido á la córte con aquel objeto á pesar de no hallarse enteramente restablecido de la herida, que segun era público y notorio, habia recibido lidiando con una partida de bandidos hacia muy poco tiempo. Tambien seguian á Martin un escudero y un paje de lanza, y estaba armado de punta en blanco.

Los farautes hicieron resonar las trompetas, y aquel inmenso murmullo que en su progresion ascendente demostraba que iban tambien en la misma las disputas de la multitud sobre la lucha que iba á comenzar, calló como si hubiese resonado la trompeta del juicio final sobrecojiendo de terror á todos los circunstantes. Entonces se echaron pregones prohibiendo á la muchedumbre toda voz y toda via de hecho hasta que se diese por terminada la lid, so pena de perder *los haberes é mas los ojos de la cara* cualquiera que lo contrario hiciese, ya fuese hembra ó ya varon, ya mozo ó ya viejo, ya noble ó ya villano. Terminado el pregon avanzaron por la tela ambos mantenedores casi hasta encontrarse, y Martin Gonzalez gritó por tres veces.

—Calahorra por D. Ramiro!

A cuyo grito respondió Rodrigo Diaz tambien por tres veces seguidas:

—Calahorra por D. Fernando!

Dicho esto, Martín arrojó á la arena un guante que recogió Rodrigo, y este arrojó otro que se apresuró á alzar su adversario, retirándose entonces cada caballero á su tienda respectiva con sus pajes y escuderos, y quedándose solos en la tela los padrinos, á quienes los jueces tomaron juramento de que cumplirian fielmente su deber. Prestado este juramento, D. Sancho y el conde de Car-

rion pasaron sucesivamente á la tienda de Rodrigo y á la de Martin á examinar las armas de los combatientes, y á ratificar las condiciones del duelo. Terminada que fué esta operacion, los combatientes aparecieron de nuevo en la tela, y les fué preguntado por el mas anciano de los jueces:

—¿Jurais lidiar á ley de caballeros, sin usar doblez ni hechicerías, asi en golpes como en armas?

—Si juramos, respondieron á un tiempo Rodrigo Diaz y Martin Gonzalez.

—Si así lo hiciéreis, Dios y los sus santos os ayuden, y sino seais malditos como malos y traidores que sereis, y vayais al infierno con Judas el traidor.

Dicho esto, los campeones que se habian adelantado hasta mitad de la tela, se retiraron á los extremos de esta, y embrazaron sendos escudos y lanzas que los respectivos pajes y escuderos les dieron, poniéndose en actitud de acometer, en tanto que los jueces partian el sol.

—El Ave-maria, el Ave-maria! gritaron los farautes.

Y todos los circunstantes descubrieron la cabeza y rezaron el Ave-maria, terminada la cual sonó un clarin y se acometieron los mantenedores.

Terrible fué la primera acometida; ambas lanzas chocaron simultáneamente en los acerados escudos, y á su empuje vacilaron ambos caballos y ambos caballeros se detuvieron un instante á pesar de su estraordinaria fortaleza. Tornaron á embestirse los lidiadores no bien se repusieron de este primer choque, y la lanza de Rodrigo dió inutilmente en el escudo de Martin, al paso que la de éste, resbalando en el del contrario, desbarató el brazal izquierdo é hirió al mancebo mas arriba de la sangria. El mantenedor castellano aventajaba mucho al aragonés en agilidad y destreza, pero en fuerza le era muy inferior. La sangre de Rodrigo tiñó el paramento de su caballo, y un grito de dolor mezclado con algunos de alegría resonó entre la muchedumbre que presenciaba el combate; pero el de Vivar lejos de desanimarse por aquel percance, se encendió mas y mas en ira, y trató de tomar el desquite arremetiendo á Martin, que paró tambien el golpe con el escudo,

porque Rodrigo no solamente tenia en contra suya la inferioridad de sus fuerzas, sino tambien la de su caballo que vacilaba en el momento del choque. Repitióse varias veces este, aunque sin ventajas de una ni otra parte; mas la lucha no podia prolongarse mucho, porque ambos combatientes lidiaban ya desatentados. Tomaron terreno para una nueva embestida que todos los circunstantes creyeron iba á ser la decisiva, y hundiendo las espuelas en los hijares de los caballos partieron á la carrera y fué tan formidable el choque, que ambas lanzas saltaron hechas astillas, y el caballo de Rodrigo cayó sobre los cuartos traseros. Entonces Martin Gonzalez desnudó la espada y la alzó sobre su inerme enemigo. Un nuevo grito de horror lanzó la multitud á pesar de estarle prohibido bajo severas penas dar ningun género de voces, y todos los ojos dirigieron una mirada compasiva á Diego Lainez que ocupaba con otros caballeros de su bando uno de los muchos tablados construidos en las inmediaciones del palenque para que las damas y caballeros de la nobleza presenciaran la lid. Nadie acusó de traidor y mal caballero al campeón aragonés porque aprovecháse aquella ocasion de herir á su adversario, porque en casos semejantes era lícito hacerlo; pero temblaron todos, no tanto por la pérdida de Calahorra como por la de Rodrigo, que prometia ser uno de los caballeros mas cumplidos de Castilla y Leon.

Cuando Rodrigo vió desnudo sobre su cabeza el acero de Martin, saltó á la arena con nunca vista rapidez, y esquivando asi el golpe de su contrario que hirió al caballo, como si el azar se hubiese encargado de castigar su flojedad, desnudando su espada la sepultó en los pechos del caballo de Martin Gonzalez. Este se vió entonces en la misma posicion en que hacia un instante se habia visto Rodrigo; pero Rodrigo lejos de imitarle, se detuvo y le dijo:

—Alzad y lidiemos á pié firme, que nuestras espadas harán lo que no han podido hacer nuestras lanzas.

Un ruidoso aplauso fué la recompensa que la muchedumbre dió á la generosidad de Rodrigo. Ambos caballeros se pusieron en guardia, y se acometieron con desesperado esfuerzo. En vano trataba Martin de inutilizar la defensa que el escudo prestaba á Ro-

drigo, buscando el costado de éste, porque el paladin de D. Fernando burlaba todos sus golpes valiéndose de su destreza y agilidad del mismo modo que el aragonés se habia valido y valia de la superioridad de sus fuerzas. Rodrigo tomó su espada con ambas manos á pesar del embarazo de su escudo, y fué á descargarla en la cimera de Martin Gonzalez; mas este puso su escudo en posicion casi horizontal. El yelmo quedó sin lesion alguna, pero el escudo saltó hecho pedazos, y Martin quedó por consiguiente sin mas arma defensiva que la cota de malla que vestian ambos combatientes.

Martin Gonzalez se creyó perdido, y todos sus amigos participaron de su temor; pero Rodrigo dió una prueba mas de que no en vano circulaba por sus venas la sangre mas noble de Castilla.

—Lidiemos á pecho descubierto! exclamó.

Y arrojó lejos de sí su escudo.

Si el rostro del caballero aragonés no hubiese estado oculto por la visera, los espectadores de aquella sangrienta escena le hubieran visto coloreado por el carmin de la vergüenza.

La lucha se travó cada vez mas porfiada, mas sangrienta, mas feroz. La ira cegaba á Rodrigo y redundaba en beneficio de su contrario que se conservaba mas sereno. Martin hizo esta observacion y trató de vencer irritando aun mas al jóven caballero, pues segun la Crónica del Cid, le dijo:

—«Mucho vos pesa, Rodrigo, porque entrades conmigo en este lugar, ca vos faré yo que non casedes con Doña Ximena Gomez... que mucho amades, nin tornaredes á Castilla vivo.»

A lo cual contestó Rodrigo, segun la misma Crónica:

—«D. Martin Gonzalez, sodes buen caballero é non son estas palabras para aquí; ca este pleito por las manos lo habremos á lidiar, que non por las palabras vanas.»

—Pues finemos pronto, dijo Martin en voz baja, que Jimena me espera con los sus brazos abiertos...

Aun no habia concluido de decir estas palabras, cuando la espada de Rodrigo se dirigió á su rostro, y haciendo saltar la babera, se introdujo por la boca con tal fuerza que salió por la nuca.

Castigo providencial! El calumniador Martin Gonzalez fué castigado *por do mas pecado habia*.

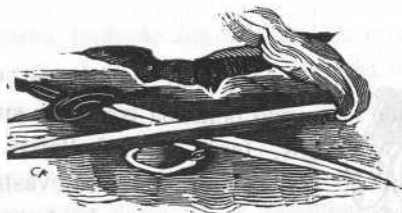
Aplausos frenéticos resonaron por todas partes.

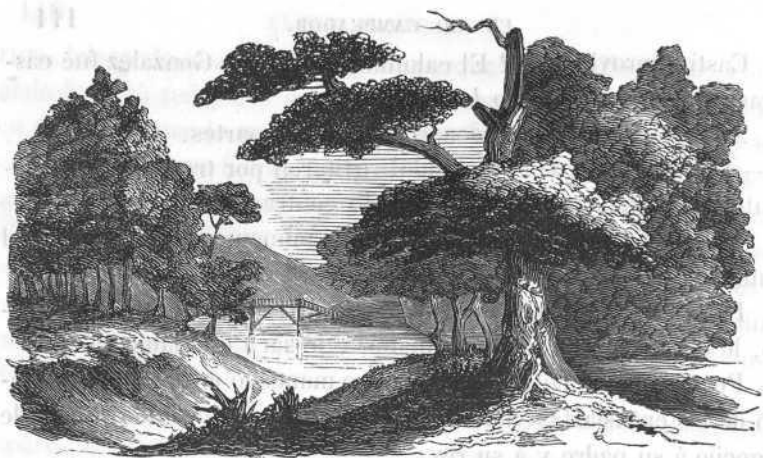
—Calahorra por D. Fernando! gritaron por tres veces los fa-
rautes; pero nadie salió á sostener lo contrario.

Entonces los jueces declararon unánimemente la validez del
combate, y de D. Fernando la villa que se disputaba.

El rey se precipitó inmediatamente á la tela, abrazó á Rodri-
go, le desarmó por su propia mano, y le sacó del palenque.

Poco despues entraba el valeroso mancebo en la villa en me-
dio de los entusiastas videntes de la multitud, y viendo llorar de
rogocijo á su padre y á su rey.





CAPITULO XIII.

De la visita inesperada que tuvo Jimena en su retiro.



LGUN tiempo hacia que el rey D. Fernando pensaba trasladar su córte á Búrgos, tanto para hallarse mas cercano á las fronteras que devastaban continuamente los moros de Aragon y poder asi tener á estos á raya, cuanto para que los castellanos no creyesen que daba al reino de Leon la preferencia sobre Castilla, y determinó poner por obra su proyecto tan luego como terminó la cuestion de Calahorra con el combate singular entre Rodrigo Diaz y Martin Gonzalez. Movióle tambien á apresurar esta traslacion su deseo de ahogar en su nacimiento los dos sangrientos bandos, que creia iban á levantarse en Castilla entre la casa de Gormaz y la de Vivar.

D. Fernando consideró que el mejor medio de cortar la existencia de estos bandos, era unir á Jimena con Rodrigo, lo cual ofrecia sérías dificultades por parte de la doncella; pero se propuso vencerlas, y á ello no solo le impulsaba su deseo de ver tranquilos sus Estados, sino tambien el de ver dichoso á Rodrigo, pues sabia que no podia serlo sin Jimena.

Dejemos á aquel sabio y prudente monarca encaminarse á la capital de Castilla, y sepamos qué es de las solitarias del lago de San Vicente.

Habia creido Jimena que en la soledad, en la oracion, en la penitencia y en el servicio de la humanidad dolorida, olvidaria á Rodrigo y recobraría su espíritu la calma de que tan falto se hallaba; pero se habia engañado completamente, porque cuando el amor ha echado hondas raices en el corazon, resiste todos los esfuerzos, resiste todos los huracanes. ¿Puede morir sin que muera el que le siente, ese amor que nace en la cuna de dos niños, que crece con ellos en el hogar paterno, entre las flores y las mariposas de la pradera, bajo los árboles que sombrean las avenidas del pueblo nativo, entre las caricias maternales? ¿Cómo renunciar ese paraíso que sueñan las almas enamoradas?

En vano habia luchado Jimena con su amor á Rodrigo; en vano habia evocado el sangriento recuerdo de su padre para darle el lugar que en su memoria ocupaba el recuerdo de Rodrigo; en vano habia pedido ayuda á la santa doncella y á la cariñosa y fiel anciana que la acompañaban en aquella soledad, para arrancar de su corazon aquel amor obstinado, profundo, inmenso.... En todas partes hallaba incentivos su amor, todo parecia conjurarse para perpetuar en ella su recuerdo. Hoy llegaba á las riveras del lago una jóven enferma, acompañábala un mancebo que la daba el dulce nombre de esposa, que la rodeaba de solícitos cuidados, que se entristecía cuando la veía triste, que se alegraba cuando la veía alegre, que la embriagaba en una atmósfera de amor exhalado en sus palabras, en sus miradas y en sus acciones.... y Jimena recordaba que así era el amor que ella habia soñado, que así era el esposo que habia visto en Rodrigo.

Ay! entonces sí que le parecía desventurada la muger que no tiene un esposo que proteja su debilidad, que la sostenga cuando se vea abrumada por los dolores físicos ó morales! Otro día se internaba por las sombrías arboledas que circundaban el lago, y recordaba que un tiempo se internó con Rodrigo por las que rodeaban el castillo de Gormaz, y allí donde hallaba una fuente, un arroyuelo ó una pradera sembrada de olorosas y variadas flores, hallaba el recuerdo de otra fuente, de otro arroyuelo ó de otra pradera, al cual estaba unido el recuerdo de Rodrigo.

En esta lucha entre su amor y la sombra ensangrentada de su padre, iba venciendo el primero. Pero, si Rodrigo la amaba como otro tiempo, ¿cómo se resignaba á no verla? ¿cómo no salvaba, por lograrlo, la corta distancia que habia desde Vivar al lago de San Vicente, como otro tiempo salvaba la larga distancia que habia desde Vivar á San Esteban de Gormaz? Todos los proyectos de ódio, de venganza y de olvido, todos los esfuerzos, todas las mortificaciones de Jimena por olvidar al que habia matado á su padre, habian venido á parar á esta pregunta que la doncella se hacia cansada de luchar con su amor, al terminar una noche pasada en el insomnio y la pesadilla. Abandonó su humilde lecho, el lecho en que tantas lágrimas vertia y á tan desconsoladoras reflexiones se entregaba, y se arrodilló ante una imagen de Maria de los Dolores, para elevar al cielo las preces matutinas al compás de los pajaritos que cantaban en los árboles que protegían con sus troncos seculares y sus espesas ramas la rústica ermita.

—Madre de los sin ventura, consuelo de las almas atribuladas! esclamó alzando á la santa imagen sus manos y sus ojos arrasados de lágrimas, consolad y sostened mi alma que sucumbe al peso de la tribulacion! Compadece mis dolores, aplicad el bálsamo de vuestra gracia á las heridas de mi corazon, tened misericordia de mí!.....

Apenas habia terminado Jimena esta corta plegaria, Lambra, que habia salido á la puerta de la ermita para ver si volvía Casilda que habia ido al rayar el alba á consolar y socorrer con algunos alimentos á la familia de un pastor enfermo y necesitado que tenia su miserable cabaña cerca del lago, Lambra, repetimos, se

dirigió precipitadamente á donde estaba su señora y la dijo :

—Mirad, señora, mirad los caballeros que vienen por allá abajo.

Jimena se dejó guiar maquinalmente de Lambra, que la tomó de la mano y la condujo á la puerta de la habitacion. En efecto, como una veintena de lucidos caballeros venian costeando el lago á tomar un camino que conducia á la morada de las solitarias, edificada en la cima de una colina que dominaba parte del valle.

Aquellos caballeros no acompañaban á dama alguna. ¿Quiénes eran pues? ¿A qué se dirigian á la ermita? Tales preguntas se hacia Jimena, cuyo corazon latia apresurado, sin que la doncella supiese por qué. Los caballeros se fueron acercando, y Jimena reconoció con indecible sorpresa al rey D. Fernando que venia el primero. El rey aparentó sorprenderse á su vez al reconocer á Jimena cuando llegaron á la ermita.

—Jimena! exclamó, vos aquí!

Y se apresuró á descabalgar.

—Vos aquí, repitió, cuando yo os creia en vuestro castillo de Gormaz!

—Señor, dijo la jóven, á aquí me condujo el deseo de encontrar la calma que me negaba la córte. Os ofenderé preguntándoos á qué debo la dicha de veros en esta soledad?

—A mi deseo de ver á Casilda, porque ya sabeis, Jimena, que desde que perdí el amor de su padre por merecer el amor de Dios, entre los hombres no tiene mas amparo que el mio. Bendigo el instante en que pensé hacer esta jornada, pues al fin de ella en vez de encontrar un ser amado, encuentro dos.

Los que acompañaban al rey, del mismo modo que Lambra, se habian apartado respetuosamente de los interlocutores de esta escena.

—Cómo no encuentro á vuestro lado á Casilda? añadió Don Fernando.

—Pronto la vereis, señor, contestó la doncella, pues ha ido á ejercer no lejos de aquí su mision de misericordia.

—No solo me place veros por el contento que siempre me causa vuestra presencia, sino tambien porque tengo que daros una nueva, para vos muy agradable, dijo el rey fijando la vista aten-

tamente en Jimena para ver el efecto que en ésta producian sus palabras. Recordais que me pedisteis justicia contra el que habia matado á vuestro padre?

—No lo he olvidado, señor.

—Ya os la he hecho, Jimena!

—Dios mio! exclamó la jóven con ansiedad y terror. Señor, explicadme...

—Rodrigo ha sido castigado cual merecia.

Una palidez mortal se estendió por el rostro de Jimena, la que hubiera caido al suelo si el rey no la hubiera sostenido y hecho sentar en un banco rústico que estaba inmediato á ellos.

—Le empené en un combate singular con Martin Gonzalez, seguro de que le empenaba en una lucha mortal, y no me equivoqué... El acero de Martin Gonzalez se ha teñido en la sangre del que vertió la de vuestro padre.

Jimena lanzó un grito doloroso, y cayó sin sentido contra la pared que servia de respaldo al banco.

—Dueña, dueña! gritó D. Fernando, traed agua, que vuestra señora se ha desmayado al acordarse de su padre.

—Ay Dios mio! vágame la Dolorosa y todos los santos de la córte celestial! exclamó Lambra corriendo á buscar lo que el rey pedia. Vaya, señor, que ya podíais hablar de vivos y no de muertos, cuando veis que mi señora está si se vá ó no se vá con los angelitos!

La dueña trajo á toda prisa una embozada de agua de un manantial que brotaba mas abajo de la ermita, y salpicó con ella el rostro de Jimena. Esta fué volviendo en su acuerdo mientras la dueña decia al rey:

—Por el glorioso San Isidoro, mirad, señor, lo que decis á mi señora, porque en una de estas se nos queda entre las manos como un pajarito. No sabeis, señor, el estrago que en ella ha hecho la muerte de su padre: se conoce que en toda la noche no sueña con otra cosa, porque no cesa de nombrar al que le mató, á ese loco de D. Rodrigo...

—Retiraos, honrada dueña, que ya ha vuelto en sí, dijo Don Fernando á Lambra, y esta se apresuró á obedecerle.

—Ha muerto!... ha muerto Rodrigo!... murmuró Jimena antes de abrir los ojos y recordar que estaba á su lado el rey.

—Jimena! dijo D. Fernando, no ha muerto Rodrigo, quien ha muerto al filo de su acero es Martin Gonzalez.

Jimena no pudo contener el torrente de su alegría, ni quiso ya ocultar sus sentimientos al rey. Y aunque hubiera querido ¿cómo hacerlo si los habia revelado ya, falta de poder para ocultarlos?

—Señor, compadeceos de mí, exclamó, decidme la verdad, ¿es cierto que Rodrigo vive, ó no os atreveis á repetirme que ha muerto, porque no se repita el desvanecimiento que me han causado vuestras palabras?

—Jimena, os juro que Rodrigo vive para amaros eternamente. ¿No quereis que viva? ¿No quereis que os ame?

—Señor, culpádme de liviana, de hija ingrata, de muger indigna de la noble sangre que corre por mis venas; pero su vida es mi vida, y sin su amor no hay esperanza para mí en este mundo. Os pedí justicia contra Rodrigo, y no mentí, señor, porque entonces me parecia que en ella se cifraba mi única dicha; pero luego conocí que me engañaba, que en la justicia que os pedia se cifraba mi mayor desventura. Mi padre me pedia venganza desde el fondo de su sepulcro, y mi amor á Rodrigo me pedia perdon desde el fondo de mi corazon... Ah! señor, solo Dios y yo sabemos la lucha que he tenido que sostener, y los dolores que he tenido que sufrir!...

—Pues bien, Jimena, esa lucha y esos dolores deben cesar de hoy mas: Rodrigo mató á vuestro padre, porque vuestro padre habia quitado la honra al suyo; Rodrigo quiso lidiar á buena ley con el conde de Gormaz, y el conde le insultó; Rodrigo, aun así, no mató alevosamente á vuestro padre, que le mató lidiando brazo á brazo y frente á frente, como buen caballero que es. Esto basta, Jimena, para destruir vuestros escrúpulos, para aquietar vuestra conciencia y para que os unais con Rodrigo...

—Es imposible, señor, porque el vulgo no razona así; porque para el vulgo siempre me habria unido con el matador de mi padre.

—Jimena, á los ojos del vulgo sereis la víctima de una orden tiránica, habreis dado vuestra mano á Rodrigo obedeciendo un mandato mio, y solo vos, Rodrigo y yo, sabremos que se la habeis dado por obedecer los impulsos de vuestro corazon.

—Ah! señor, cómo podremos Rodrigo y yo pagaros la felicidad que os debemos?

—Escojiéndonos á la reina y á mí por padrinos de vuestras bodas, contestó D. Fernando con benévola sonrisa.

Jimena no sabia cómo demostrar al rey su gratitud; arrojóse de hinojos á sus plantas, y exclamó:

—Señor, dejadme besar vuestros pies, dejadme imprimir el lábio en la huella de vuestros pies...

—Alzad, Jimena, pues la que como vos es digna de Rodrigo, solo ante Dios ha de arrodillarse.

En el momento en que el rey alzaba bondadosamente á Jimena, asomó por entre las encinas inmediatas la piadosa Casilda. D. Fernando que la amaba como á una hija, y cuya sensibilidad estaba en aquel momento sobre manera escitada, corrió á su encuentro. Casilda dió un grito de alegría al verle.

—Casilda, la dijo D. Fernando, despues que tanto él como la santa doncella hubieron satisfecho esa necesidad de dar esparcimiento al alma por medio de la palabra que sienten dos seres unidos por un cariño tierno y respetuoso, al verse despues de una larga ausencia, Casilda, os traigo nuevas de vuestro padre.

—De mi padre! exclamó la vírgen con indecible alegría. Y al mismo tiempo brotaron dos lágrimas de sus hermosos y púdicos ojos.

—Sí; vuestro padre me ha confiado los ocultos sentimientos de su corazon, para que os los manifieste. Leed, y sus palabras os dirán mas que las mias.

Y el rey sacó de su escarcela un pliego que entregó á la doncella, una carta que Casilda se apresuró á leer con los ojos arrasados de lágrimas:

«A vos que teneis hijos y los amais como yo á los mios, decia Almenon despues de las saluciones y fórmulas ordinarias, á vos acude un padre sin ventura, seguro de que comprendereis sus

sentimientos y cumplireis sus encargos. Hanme dicho que mi hija no abrazó la ley de los cristianos para vivir en la molicie y el fausto de vuestra corte, sino para vivir en la soledad y la pobreza, y consagrar su vida al servicio de los menesterosos y doloridos. Si antes la maldije, ahora la bendigo en el fondo de mi corazón: si antes la aborrecia, ahora la amo, decídselo así, y decidla también que no aborrezca á su padre creyéndole cruel para con los pobres cautivos, pues solamente lo es porque las creencias del pueblo en que reina, y el deseo de conservar un trono para legársele á su hijo le obligan á ello. Una doncella criada á la sombra de un trono debe padecer mucho y correr graves riesgos en un desierto, en una tierra extranjera, en el seno del dolor y la pobreza; servid de padre á Casilda, protegedla y velad por ella, que yo os juro hacer lo mismo por vuestros hijos si el destino los trajese un día á los dominios de—ALMENON.»

Los sollozos ahogaban á Casilda al terminar la lectura de esta carta; pero sentia su corazón regocijado porque su padre la amaba aun, su padre la bendecía, su padre no lloraba ya por ella!

—Casilda! la dijo D. Fernando afectuosamente, no en vano acude vuestro padre á mi corazón para satisfacer los deseos del suyo. De hoy mas tendreis un padre en mí; y como vuestra ambición es poseer medios de socorrer la desgracia, abierto teneis mi tesoro, acudid á él y que ningún menesteroso llame en vano á vuestra puerta.

.....

Algunos días después de la visita del rey á las solitarias del lago, entraba Jimena en Búrgos acompañada de una lucida comitiva de los caballeros de la corte de D. Fernando que habían salido á su encuentro largo trecho camino de Briviesca.

Unos aldeanos que entraban al mismo tiempo en la ciudad se pararon á ver pasar á la doncella y su lucido acompañamiento, y como ignorasen las novedades de la corte por su alejamiento de ella y no conociesen á Jimena, se acercó uno de ellos á un menestral que trabajaba á la puerta de una casa, y le preguntó:

—Sabeis quién es esa doncella tan guapa? Por mi ánima que parece una reina!

—Qué, no la conocéis? Es Doña Jimena, la hija del conde de Gormaz, que viene á casarse con el hijo del rico-home de Vivar, contestó el interpelado.

—Calla! ¿pues no se dijo que ese mancebo habia matado al conde?...

—Cierto.

—Y se casa con él la hija del difunto! Vaya, que se ven unas cosas en estos tiempos.... Es menester tener ganas de casarse para....

—Calla, villano, y no calumnies á esa doncella que es mas honrada que tú y toda tu casta.

—El que ha de callar es el burgalés, que juro á ños tengo puños y no gusto de oir denuestos....

—Piensa el palurdo que á mí me faltan puños?... Voto á brios que he de romper los cascós al muy soez.

Y al decir esto, el menestral dejó su obra y se arrojó al aldeano; pero los que presenciaban esta escena se pusieron por medio, y el burgalés tornó á su puesto sin haber dado ni recibido mas que un par de puñetazos.

—Pensais los palurdos que los de la ciudad somos de alfeñique? dijo.

—Y por qué los burgaleses nos insultan?

—Por qué te metes á juzgar lo que no entiendes?

—Esplicádmelo y lo entenderé.

—Pues sabed que Doña Jimena lejos de vituperada, debe ser compadecida, porque se casa con D. Rodrigo mal de su grado. Cierto que un tiempo le amó, mas le tomó rencor desde que el mancebo mató al conde, y si ahora se casa con él es en virtud de mandamiento real que asi lo dispone; el rey funda el dicho mandamiento en que el casamiento del de Vivar y la de Gormaz evitará bandos que ensangrentarian el reino, y dice que primero es el bien general que el particular.

—Y tiene razon el rey.

—Vaya si la tiene. Y tanto mas cuanto que D. Rodrigo no

mató á tuerto al padre de Doña Jimena. Ah! ya sabe D. Fernando lo que se hace y no haya miedo que él cometa una sinrazon. Tengo para mí que no ha habido mejor rey en el mundo....

—Sabeis que la doncella vale media Castilla?...

—Sabido se lo tiene el mancebo, que ciertamente en nada desmerece de ella.

—Ya se avendrán en cuanto partan lecho una noche siquiera, dijo el palurdo con maliciosa sonrisa, y añadió brutalmente :

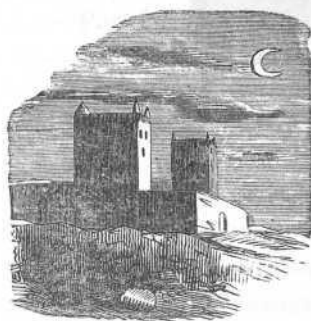
—No tiene cara de uraña la doncella. Ira de Dios si yo la pescara entre los robledales de mi pueblo, que por mí santiguada se me habia de aficionar bien pronto !





CAPITULO XIV.

De como Rodrigo y Jimena se casaron y el diablo puso espanto á los burgaleses.



OMENZABA el mes de setiembre y amaneci6 un domingo apacible y templado como un dia de primavera, pues habian cesado los ardores caniculares y aun no habian sido reemplazados por los aires frios que trae consigo el otoño, particularmente en tierra de Búrgos. Notábase en esta ciudad una animacion inusitada y acudian á ella multitud de gentes de las aldeas comarcanas; pero donde mas se notaba aquella animacion era en las calles inmediatas á la iglesia de Santa Gadea.

El lector habrá adivinado ya cuál era la novedad que alteraba de tal modo la quietud habitual á los habitantes de la capital de Castilla y sus cercanías : ibanse á celebrar aquel dia las bodas de Rodrigo Diaz y Jimena Gomez, de quienes debian ser padrinos el rey D. Fernando y la reina Doña Sancha. En el tránsito del alcázar á la iglesia estaban vistosamente adornados de flores y ricos paños balcones y ventanas; el suelo estaba cubierto de flores y yerbas aromáticas, y se habian levantado de trecho en trecho vistosos arcos de follage. Aquellas bodas llenaban de regocijo, no solo á los parientes y amigos de los novios, sino tambien á todos los buenos castellanos que con ellas perdian el temor de sangrientos bandos. Tanto por esto como por saber que complacian al rey complaciendo á los esclarecidos novios, se habian apresurado los burgaleses á adornar la carrera que aquellos debian llevar, de la manera que hemos dicho.

Acababa de mostrar el sol su luminoso disco en oriente, cuando la multitud que poblaba la carrera, empezó á agitarse y á dirigir la vista hácia el alcázar, porque el repique de las campanas de Santa Gadea anunciaba que novios y padrinos habian salido de aquel, pues es de advertir que D. Fernando queriendo honrar por todos los medios posibles á Rodrigo y á Jimena, los habia hospedado en su palacio. En efecto, pocos instantes despues apareció á los ojos de la ansiosa multitud el lucido cortejo:

¡Qué hermosa estaba Jimena, y qué gallardo Rodrigo! Caminaban en medio del rey y la reina, y junto á ellos iban Diego Lainéz y Teresa Nuña, en cuyos rostros brillaban la alegría y el orgullo paterno, y los acompañaban tambien muchos de sus parientes y las damas y caballeros mas distinguidos de la corte. La muchedumbre se apiñaba á su paso, y apenas bastaba á dejarle libre la guardia del rey que precedia á la comitiva. Al fin llegaron al templo donde los esperaba el obispo D. Jimeno, y entonces la multitud se ocupó aun con mas ahinco que antes en conquistar á fuerza de empujones, el sitio mas á propósito para verlos cuando tornasen de la sagrada ceremonia.

La agitacion y el desórden que por largo rato habian reinado entre la multitud agolpada frente á la iglesia de Santa Gadea, ha-

bia ido cesando poco á poco, y todos departian ya pacíficamente sobre la riqueza de los trages, la hermosura de la novia, la bizarría del novio y los acontecimientos que habian precedido á aquellas famosas bodas.

—Vive Dios, que la tal Jimena vale mas que su condado, y eso que del estado de Gormaz bien tuvieran los moros para hacer cuatro reinos segun lo grande que él es, decia un mancebo, paje segun las trazas, que con otros dos, sus iguales, estaba encaramado en las verjas que resguardaban el átrio de Santa Gadea.

—No valen menos Rodrigo y sus tierras de Vivar, respondió otro de aquellos mancebos.

—Pues dígoos, añadió un tercero, que Rodrigo Diaz va á ser dueño de un imperio con los Estados que junta. No sabeis las donas que el rey D. Fernando ha dado á los novios?

—Yo nada sé, porque mi amo y señor el de Carrion tiene tal enemiga á los de Vivar, que nadie osa mentarlos en su casa.

—Pues habeis de saber que les ha dado por juro de heredad el señorío de Valduerna, el de Belorado y el de Saldaña.

—Ira de Dios qué dadivoso es D. Fernando!

—El rey sabe muy bien lo que hace, que dadivoso debe ser con quien acaba de ganarle á Calahorra, que hubiera perdido á no ser tan esforzado el de Vivar. Y tengo para mí, que D. Rodrigo á de ganar á Castilla mas castillos moros que casas tienen los lugares que D. Fernando le ha dado.

—Cierto que D. Rodrigo es valiente. Oh pesia mí, y cuanto pudiera decir de eso mi amo, y aun dijera el hijo de mi madre si fuera sorda toda esta muchedumbre que bulle y murmura bajo nuestros pies!

—Eso me placiera, Guillen.

—Y á mí otro que tal.

—Pues habeis de quedar con el deseo de saberlo, que no es este lugar de contar aventuras en que tan mal parado quedó mi señor.

Esta negativa de Guillen, como es de suponer, avivó mas la curiosidad de sus compañeros, quienes, como se hallaran el uno á su derecha y el otro á su izquierda, se fueron corriendo asiéndose

á los hierros de la verja, hasta ponerse en contacto con él.

—Cuéntanos esa aventura, Guillen, que barrunto ha de ser digna de ser contada, dijo uno de los interlocutores.

—Contaréosla por no desplaceros; mas sabed que si D. Suero, mi señor, lo supiera, así volviera yo á contar aventuras de nadie como mis compañeros los otros servidores del conde, á quienes horadó el cuero en la venta del Moro la lanza de ese descomunal escudero de D. Rodrigo, por nombre Fernan.

—Acabarás con tus dilaciones, Guillen amigo?

—Eso haré incontinentemente.

Y Guillen contó á sus amigos el rapto de Beatriz, tal como el lector le conoce.

—Y es posible que el de Carrion cometa tamaños desafueros! exclamó uno de los compañeros del narrador.

—De poco te admiras, amigo, contestó Guillen siempre en voz baja, y mirando si escuchaba sus palabras alguno de los que al pié de la verja esperaban que saliesen de la iglesia los novios. Mayor fuera vuestra admiracion, continuó, si supiérais el rapto de otra doncella, á quien robó D. Suero algun tiempo antes que á Beatriz.

Illan y Garcia, que así se llamaban los otros pajes, se acercaron aun mas á Guillen, y le interrogaron estirando el pescuezo y aplicando el oido á sus palabras; pero viendo que el servidor de D. Suero no satisfacía su curiosidad con la prontitud que ellos deseaban, abandonaron el gesto para interrogarle con la palabra:

—Y cómo fué ese otro rapto, Guillen? preguntó Illan, que era el mas curioso de los dos.

—Fué como vais á oir, si no mintieron los que me lo contaron, porque á la sazón aun no servia yo á D. Suero. Habia en el condado de Carrion una doncella, villana sí, pero de las mas garridas que hay en Castilla y Leon. Vínole en mientes á D. Suero quitársela á su padre con intento de gozar de su hermosura, y valiéndose de sutiles trazas, condujo padre é hija al castillo de Carrion, y allí quitó la honra á la doncella, y al villano la vista para que no pudiese topar á su hija, ni tomar venganza del que así habia deshonorado sus canas. La doncella, que era muy honesta, resistióse

algun tiempo á los halagos, mas el conde apeló á la violencia, y Sancha, que así se llamaba la víctima, sucumbió á la liviandad de su verdugo. Pasaron dias y dias, y aun algunos meses, y D. Suero que estaba muy enamorado de la villana, redoblaba sus caricias, porque decia para su sayo: «Si tamaños goces encuentro aborrecido, ¿cuán grandes no los encontraré amado?» Ibase la moza ablandando con sus halagos y sus dádivas, y crecia de dia en dia el amor de D. Suero; mas hé aquí que un dia entró á su aposento una vieja jitana que solia decirle la buenaventura, de lo cual, como de otros muchos caprichos, no queria privarla el conde, y ambas desaparecieron del castillo, dicen que por arte de sortilegio, porque de otro modo no podia ser, y porque aseguran que la jitana era tan diestra en hechicerías como todas las de su raza. Contaros la desesperacion y la ira del conde al saber la fuga de Sancha, fuera cuento de no acabar: baste deciros, que para desfogar su ira tuvo que moler á palos los huesos de todos sus servidores y vasallos, y que pensando olvidar así á la moza fujitiva, estableció en su castillo una especie de serrallo, á donde conducia, y aun conduce, las doncellas mas hermosas del condado.

—Y no se ha sabido el paradero de esa mal aventurada Sancha?...

—No; han sido vanas todas las diligencias que en su busca ha hecho D. Suero.

—Y el de su padre?

—Sí.

—Qué es de él?

—Busca á su hija por todas partes; mas no la encuentra el cuitado, y va de lugar en lugar llorándola al son del laud con que gana su sustento.

—Ira de Dios! Y no te avergüenzas de servir á tan malvado señor?

—Avergüénzome, sí, mas habeis de saber que no puedo apartarme de su casa, porque si viviera lejos del castillo de Carrion, me moriria de pena...

—Por el glorioso San Isidoro que no te entiendo, exclamó Illan.

—Tú, Guillen, quieres confundirnos con tus misterios, añadió Garcia. ¿Acaso faltan á un honrado paje ú escudero señores á quienes servir?

—Echa noramala á ese felon de D. Suero, que mi amo el conde de Cabra ha menester un paje honrado y valiente como tú, y te recibirá á su servicio.

—Digoos que no puedo dejar de servir al conde de Carrion.

—Si el conde fuera dama, tuviéraseis por enamorado.

—Pues sabed que lo estoy, y muy enamorado, amigos míos.

Illan y Garcia soltaron una ruidosa carcajada, no tanto por estas palabras de Guillen, como por el tono sentimental con que fueron dichas.

—Cuerpo de tal, que si os reis de mí, soy capaz de clavaros en las puntas de estos fierros, exclamó Guillen encolerizado por las risas de sus amigos, que eran causa de que la muchedumbre apiñada contra la verja fijara la atencion en ellos.

Illan y Garcia conocieron que era justo el enojo de su amigo y contuvieron la risa.

—No hayas enojo, Guillen, dijo el primero; mas esplicanos...

—Digoos que estoy enamorado, y confiándoos éste mi secreto, que lo és para todos menos para vosotros, quiero probaros lo acendrado de mi amistad.

—Mas, de quién estás enamorado?

Guillen miró á todas partes, y respondió en voz muy baja.

—De Doña Teresa mi señora.

Poco faltó para que Illan y Garcia soltaran otra carcajada; pero se detuvieron viendo el gesto que hizo Guillen al notar sus nuevos síntomas de hilaridad.

—De Doña Teresa, de la hermana del conde, tu señor!... exclamó Illan. Estás loco, Guillen, ó te burlas de nosotros?

—No me burlo de vosotros; mas, sí estoy loco; pero loco de amor, amigos míos!

—Pero eres correspondido?

—Cómo puede serlo quien no ha osado decir su amor á la que es objeto de él?

—Pero no conoces, loco que tú eres, que si la noble Doña

Teresa, la hermana del conde de Carrion, llega á saber que la amas se reirá de tí, si es que no te echa á palos del castillo? ¿No consideras que si lo sabe D. Suero te mandará desollar vivo?

—Nada conozco, amigos, nada sé, sino que la amo con todos mis sentidos y potencias.

—Pero qué derecho tiene un pobre paje para amar á tan gran señora?

—Bien se conoce, amigos, que sois mezquinos y necios como el vulgo de los pajes. Decidme sino, pesia mí, ¿una dama por rica y noble que sea, no es una muger?

—Cierto.

—Un paje, aunque sea pobre y oscuro, no es un hombre?

—Cierto tambien.

—Pues entonces, ¿es estraño que un hombre ame á una muger, y una muger ame á un hombre?

—Nó.

—Mentecatos, si es así, no estrañeis que yo, pobre y oscuro paje, ame á mi señora Doña Teresa, y que mi señora, por rica y noble que sea, me ame el mejor día.

—Discurres, Guillen amigo, como si hubieras cursado en Palencia, mas tengo para mí que no han de discurrir de ese modo ni tu señora ni el conde.

—Si mi señora fuera como el vulgo de las mugeres, y aun como el vulgo de los hombres que piensan como piensan otros, mas no como se debe pensar, cierto que mi amor fuera gran desatino; pero yo bien sé que Doña Teresa antes consulta á la razon que á la rutina. Además, ¿quién os ha dicho á vosotros, mezquinos, que no puedo ser rico y noble el día de mañana si tal desea Doña Teresa á aquel que ha de obtener su mano y su corazon? Mozo soy, vive Dios, y corazon no me falta. Dejad que los moros muevan guerra en la frontera: vereis entonces como tomo una lanza y me las hé de tal modo que torno á Carrion tan caballero como el mismo conde mi amo; vereis como una vez armado caballero revno un centenar de valientes, y me entro por tierra de moros y las conquisto, y me hago señor de vasallos, que á fé á fé no seré el primero que tal ha hecho. No sabeis, amigos, cuán

otro voy siendo conforme acrecen estas mis inclinaciones á la infanta Doña Teresa.

—Plegue á Dios que esas inclinaciones no te lleven á la perdición! dijo Garcia con tono fatídico.

—A la gloria si que me han de llevar, contestó Guillen con entusiasmo. Este amor cuyo logro os parece un imposible, ha de enaltecer al humilde paje que aqui veis. Cuanto mayor es el premio que espera el que se lanza á la palestra, con mas aliento y brazo mas vigoroso lidia. Pensais que Rodrigo Diaz hubiera combatido con tanto esfuerzo si allende el cadáver de Martin Gonzalez no le hubieran esperado los brazos de Jimena?

Illan y Garcia no pudieron menos de conocer que en medio de las quimeras de Guillen habia algunas esperanzas fundadas. Por eso tuvieron por conveniente dejarle en el paraíso de sus ilusiones. Asi como en nuestros tiempos aquel que nada cree, aquel que tiene por nombres vanos la fé de sus mayores, el honor, el valor, la probidad, el amor á la patria, el amor á una muger, es el que tiene mas probabilidades de encumbrarse sobre los demas, asi en los tiempos en que Guillen vivia se hallaba en la mitad del camino de su engrandecimiento el que lo creia todo é inflamado por tales sentimientos obraba conforme á ellos. Ay! qué se hicieron aquellos tiempos en que para ser honrado necesitaba el caballero consagrar su corazon á un Dios, á un rey y á una dama, tres soberanos que tenian su trono el primero en el cielo, el segundo en la tierra, el tercero en el hogar doméstico y todos tres en el corazon del hombre? Si entre los que hoy llevan aquel nombre, el nombre de caballero, hay alguno que no le lleva en vano, guárdese de decir que adora á un Dios, que moriria por el unjido del Señor, y que ama y es fiel á una dama, porque se burlarán de él y le tendrán por insensato, y en vano argüirá que son ídolos falsos y asquerosos los que han usurpado el altar que ocupaban aquéllas tres divinidades.

Nuestros tres interlocutores llegaban en su plática al punto en que los hemos olvidado para exhalar un suspiro por la pérdida de tres creencias que en vano se querrá reemplazar. Las campanas de Santa Gadea anunciaron con un ruidoso repique que la religión

habia santificado la union de los nobles vástagos del árbol de Vivar y del de Gormaz. La multitud empezó á agitarse, á oprimirse, á estrujarse, si asi podemos espresarnos, y al sonido de las campanas se mezclaron gritos de dolor, coléricas interjecciones, amenazas, súplicas, llantos, maldiciones, toda esa Babel, á cuyo compás se mueve la muchedumbre en un recinto donde se apiñan diez mil personas no cabiendo mas que la mitad.

—A hilar, á hilar las hembras!...

—A matar moros los varones!...

—Cristianos matan tus ojos, morena!

—Ji, ji, ji... Dueña, que me hacen cosquillas!

—Es rosa mi faz, villano?

—A rosa huele, juro á ños....

—Quién es la hi de tal que cabalga en mí?

—Ira de Dios en la vieja esta, que no me deja pasar! ¿viene aqui la muy hechicera á hacer mal de ojo á los novios?

—Bruto, que me habeis reventado un pecho de un codazo!

—Ay, madre! ahúpame, que quiero verlo, que quiero ver eso...

—Qué haceis, pesia vos? Pues no pone al rapaz asentado en mi hombro la muy puerca!...

—Caballero, que me arrugais la saya!

—Villano! ¿es cabestrillo de vuestra mano el seno de esa doncella?

—Por San Bartolomé, alzado, zoquete de alcornoque, que me desollais el pié con vuestra maldita pezuña!...

—Ay dueña, que me urgen en el brial!

—Mil leñones de demonios!... Me han hurtado el mocador!

—Paso, paso, ó rompo los cascós al que no se haga á un lado!

—Vive Dios, que voy á romper de un puntapié las asentaderas á esta moza palurda, si torna á darme con ellas.

—Dueña, dueña, abrochad el justillo á vuestra señora, que han faltado los corchetes y se escapan las presas.

—Marido, echad atrás á este villanote, que me araña la cara con las barbas y me descompone la gorguera....

—Por D. Jesucristo, que si pudiera rebullirme, yo racusára con mi espada al D. Villano.

- Que me ahogan!
—Que me estrujan!
—Alce el asno!
—A un lado la dueña de alfeñique!
—Ay mi brial, que se me cae!
—Voto á ños con las fiestas de la córte!....
—Estése el villano en las dehesas de su aldea.
—Reniego del tal D. Rodrigo y de la tal Doña Jimena!...
—Juro á brios que os corto la lengua si volveis á mentar para mal á los novios.
—Ay! ay! ay!
—El diablo lleve las hembras!
—*Por ellas voy, por ellas voy!....*

Este torbellino de exclamaciones, que solo es una débil muestra de las cien mil que se oían por minuto, mudó de fisonomía al resonar la última que hemos apuntado.

—Por ellas voy, por ellas voy!... repitió una voz ronca y aterradoradora que parecia salir de una casa arruinada, medianera á la iglesia de Santa Gadea, y que aun antes de empezar á arruinarse habia estado constantemente deshabitada, porque se decia que cuando el diablo venia á llevarse algun habitante de Búrgos, se hospedaba en ella con dos objetos, á saber: con el de no pasar la noche á la intemperie, porque como Búrgos es tierra fria y el diablo venia de pais muy cálido, se constipaba con el sereno de la noche, y con el de auyentar, con el brillo infernal de sus ojos, las gentes piadosas que solian ir de noche á rezar á una imagen que se veneraba á la puerta de la iglesia contigua.

La multitud lanzó un grito de terror: los niños, y aun algunos que rayaban en mancebos, se refujaron bajo el brial de las mugeres, como los polluelos bajo las alas de la gallina, y las mugeres se abrazaron á los hombres como la vid al olmo. Pero no habia pasado un instante, cuando salió de entre las ruinas una figura espantosa, un ser que puso espanto hasta á los mas osados. Era el diablo, segun decian y segun las trazas; era el diablo en persona! Estaba vestido de color de fuego; tenia un rabo que sacudia á un lado y otro chascando como una fusta, su frente estaba armada

de unos cuernos colosales, y por su espantosa boca arrojaba humo como una chimenea.

—Por ellas voy, por ellas voy! repitió al salir de su posada, y se lanzó hácia la multitud.

—Jesus María y José! fue el grito universal de esta; pero viendo que el diablo no se detenía ante aquella santa invocación, todo el mundo apeló á la fuga en el mas espantoso desórden. Los chicos salieron de sus escondites poniendo á las mugeres los vestidos, así interiores como exteriores, como ponía Virginia su zagalejo para guarecerse con Pablo de la lluvia, y en un instante quedaron libres las avenidas de la iglesia de Santa Gadea, pues ni aun los varones se atrevieron á esperar al diablo, aunque este había dicho que solo quería hembras, en lo cual hubieran conocido aquellas gentes que el que venía era hombre y no diablo si les hubiese tocado vivir en un siglo tan pensador como el nuestro, porque el diablo no se da mal rato por las hembras como los hombres.

Hemos dicho que no quedó nadie en las inmediaciones de Santa Gadea y hemos dicho mal: Illan y Garcia se arrojaron de la verja así que vieron asomar al diablo [y huyeron como todo el mundo; pero Guillen creyó que no debía asustarse del diablo el que no se asustaba del conde de Carrion, y le esperó sin moverse de su sitio.

—Señor diablo, le dijo, viendo que se dirigía á él, dejadme en paz si quereis encontrar un buen amigo en Carrion, cuando vayais por allá.

El diablo miró á todas partes y viendo que nadie los observaba, se arrancó los cuernos y el rabo, el que ponía en movimiento por medio de un sencillo artificio, y se quitó en seguida una espantosa careta en cuya boca había una cavidad llena de estopa encendida de la [que procedía el humo.

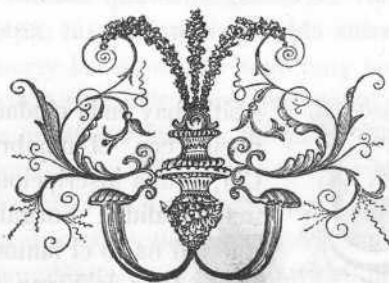
—Pelayo, exclamó Guillen, al ver la cara del supuesto diablo, qué locura te se ha metido en esa cabeza sin seso?

—Por mi ánima, contestó Pelayo, que no juzgo locura el desembarazar el paso al rey, á los novios y sus acompañantes sin necesidad de que las mazas de los guardas reales aplasten veinte cabezas de curiosos en demasía, que de veinte no hubieran bajado á la

vuelta, segun las que vi romper á la venida. Y sino, mira, añadió señalando hácia el átrio de la iglesia, ya sale la procesion; verás con qué desahogo va á subir al alcázar.

En efecto, los novios y su acompañamiento salian de Santa Gadea. Tomaron la vuelta del alcázar y llegaron allá sin que los maceros del rey tuvieran que desembarazar el paso, pues los curiosos se habian subido á las ventanas y balcones, y auná los tejados, dejando las calles casi desembarazadas.

A su llegada al alcázar, preguntaron todos la causa de aquella novedad; y como se averiguara con certeza, llamó D. Fernando á Pelayo, que era uno de sus criados, y segun la tradicion, le dió diez y seis *maravedises* por su peregrina ocurrencia, que celebraron y rieron todos durante el banquete con que el rey obsequió á los desposados.





CAPITULO XV.

De como Rodrigo hubo á Babiaca, y lo que le sucedió cabalgando en el.



N sitio hay en la ciudad de Búrgos conocido con el nombre de solar del Cid, y una inscripcion puesta por la municipalidad burgalesa, manifiesta que allí nació el famoso caballero Rodrigo Diaz de Vivar.

En efecto, uno de los antecesores de Diego Lainez, llamado á gobernar el condado de Castilla y precisado á fijar su residencia en la capital de aquel, habia edificado una modesta casa en Búrgos, y sus sucesores la conservaban y habitaban cuando sus empleos en la córte les obligaban á dejar su solar primitivo de Vivar. En ella vivian Diego Lainez y su muger

Teresa cuando vino al mundo Rodrigo, y la dejaron poco despues para morar constantemente en Vivar; pero habiéndose trasladado á Búrgos la corte de D. Fernando y precisado Diego á residir en ella para atender á la crianza de los infantes, aquella casa por tantos años desierta, volvió á ser habitada por sus nobles dueños, precisamente algunos dias antes del casamiento de Rodrigo.

Hé allí, pues, reunidos á todos los que vimos en el castillo de Vivar, y aun mas; hé allí á Rodrigo, á Jimena, á Diego, á Teresa, á la buena Lambra, á Mayor, á Fernan, á Alvar, todos contentos, todos dichosos contemplando la felicidad de los dos primeros. Ya se realizaron los hermosos sueños de Rodrigo y Jimena, ya se cumplieron aquellas doradas esperanzas tantas veces combatidas y contrariadas, tantas veces muertas para tornar á vivir! ¿Qué hará de hoy mas Rodrigo? Consagrará su vida esclusivamente al amor, á Jimena, á los placeres del hogar doméstico, á los que le ofrecen sus riquezas? No, vive Dios, no! Las almas nobles, los corazones generosos, jamás están exentos de honradas aspiraciones. Rodrigo, el noble descendiente de los jueces de Castilla, de tantos egregios varones que consagraron su vida á la gloria de su Dios y de su patria, no consumirá su vida entregado á los blandos placeres del amor y las riquezas. Sabe muy bien que el hombre ha venido al mundo para algo mas que para pasar por él como una sombra que no deja señal de su paso; sabe muy bien que el pueblo mas justo y mas honrado, y la religion mas santa, tienen enemigos implacables, y necesitan almas generosas y corazones esforzados que salgan á su defensa; sabe que en España, como en todas partes, hay débiles que reclaman el apoyo de los fuertes, que hay opresores y oprimidos. Terminada la lucha que sostuvo con su corazon, va á sostener con su brazo otra no menos ruda y larga, seguro de que el triunfo coronará esta del mismo modo que coronó aquella. Los hijos de Mahoma alzan su impío estandarte en las fronteras castellanas y leonesas, é invaden con frecuencia los dominios del rey D. Fernando. Lidiar con ellos y vencerlos es ahora la ambicion de Rodrigo. ¡Con qué aliento lidiará acordándose de su Jimena, considerando que la aureola de sus triunfos

tambien resplandecerá sobre la frente de Jimena; que al tornar á su solar de Búrgos le recibirá con los brazos abiertos, y con el amor en el corazon y en los ojos y en los labios, aquella hermosa doncella con quien ha soñado por espacio de tantos años, con quien compartió las alegrías y los juegos de su infancia, y las esperanzas y las ilusiones de su adolescencia! Qué gloria será para él el pasar de los brazos de la esposa á los del padre mas amado, y de los de éste á los de la madre mas virtuosa y tierna! Qué recompensado verá su esfuerzo cuando á padres y esposa vea llorar de alegría, estremecerse de orgullo, bendecirle, y bendecir á Dios porque ha recompensado su amor y sus sufrimientos, dándoles tan buen hijo, tan buen esposo! Para las almas mezquinas y vulgares nada valen estos triunfos, estos goces, estos apoteosis, ricos de santidad y de poesia; mas no así para las almas como la de Rodrigo! Dichosa tú, Jimena, que tan buen esposo tienes! Cuántas doncellas habrá en esa honrada Castilla que contemplen envidiosas tu triunfo, que te contemplen con ira porque les has arrebatado el mancebo de sus sueños, el mancebo de alma delicada, de corazon enamorado y ardiente, de apostura hermosa y gallarda, con quien soñaron mil veces, mientras el ángel custodio de las doncellas velaba junto á su lecho bajo la forma de una madre.

Era una mañana de otoño, una mañana hermosa, apacible, benigna, en que el cielo estaba azul, y cantaban los pajaritos equivocándola con las de la primavera. Rodrigo dió un dulce beso á Jimena, recibió de ésta otro mas dulce aun, y dejó su paraíso, acompañado del buen Fernan su escudero. Salieron de Búrgos, ambos á pie, y tomando la orilla del Arlanzon, siguieron rio abajo departiendo, no como señor y criado, sino como cordiales amigos. Muy bellas eran aquellas praderas, pero nunca lo habian parecido tanto á Rodrigo, porque el amor y la felicidad, son un prisma donde todo aparece revestido de brillantes colores. ¿A dónde van á pie y tan de mañana Rodrigo y su escudero? Oigámoslos.

—Señor, dice Fernan, nos vamos alejando mucho de Búrgos para caminar á pie, y mi señora Doña Jimena estará inquieta antes que tornemos, viendo que empleamos medio dia en un paseo

que habrá supuesto de una hora. Además, señor, como no estais acostumbrado á caminar á pie, os vais á cansar.

El lector recordará lo que en otra ocasion dijimos, á saber, que el maula del escudero tenia por costumbre atribuir á los demas las necesidades propias. Estos rasgos de hipocresía deben empero disimularse en gracia de la sinceridad que fuera de esto le caracterizaba. Lo cierto era, que habiendo hecho las paces con Mayor, en celebridad de las bodas de su amo, como mas adelante veremos mas pormenor, la que debia inquietarse por su tardanza, era la doncella de Doña Teresa, á quien habia dicho que volverian dentro de una hora, pues saliendo á pie, creia se trataba de un corto paseo, no lejos de los muros de la poblacion, por cuya razon tambien habia aplazado Fernan su almuerzo para la vuelta; y á quien temia iba á aquejar el cansancio, era á él mismo, que no estaba acostumbrado á andar á pie, y que se cansaba antes que su amo por su excesiva obesidad.

—Cierto, contestó Rodrigo con alegre familiaridad, que ocupado con la hermosura del campo, y nuestras cercanas aventuras con la morisma, no te he dicho á dónde vamos. Ya sabes que entre las donas de mis bodas me ofreció mi padrino D. Peyre dos caballos, los que mas me plugieran entre los muchos que contiene su caballeriza. Pues bien, vamos á escojerlos, para mí uno y el otro para tí.

—Señor, asaz liberal habeis sido conmigo en vuestras bodas...

—Quiero que tengas ese recuerdo mas de ellas. Gallardo era el alazan en que cabalgué para lidiar con Martin Gonzalez, mas no volviera yo á cabalgar nunca si hubiera menester hacerlo en tan floja cabalgadura. No volveré á fiar en caballo por su buena apariencia, como vas á ver en la caballeriza de D. Peyre.

En esta y otras conversaciones continuaron amo y escudero, hasta llegar á las cercanias de una aldea, donde se alzaba una torre almenada, y cerca de ella otro edificio bajo, que segun las trazas, debia ser la caballeriza á donde nuestros interlocutores se dirijian.

Entraron Rodrigo y Fernan en la torre, cuyo morador era en efecto D. Peyre Pringos, y salieron á corto rato con este último,

encaminándose á la caballeriza, con harto pesar de Fernan, que para ello tuvo que dejar parte de un escelente almuerzo, que á una lijera insinuacion suya le habian servido en la cocina de Don Peyre.

La caballeriza estaba dividida en dos departamentos: el mayor servia de establo, y el otro de guadarnés.

—Ahijado, dijo D. Peyre, poneos cabe la puerta del establo, y segun vayan saliendo los caballos que echará fuera un garzon, escojed los que mas os plazcan.

—Fernan, dijo á su vez Rodrigo, ponte tú al otro lado de la puerta, y aquel caballo que mas te agrade puedes como yo elegir.

—Eso haré de buen grado, contestó Fernan, lleno de contento á pesar del enojo que le habia causado el tener que dejar á lo mejor el suculento almuerzo recüestado en la cocina de D. Peyre, porque veia que en la caballeriza habia donde escojer, poco es dos buenos caballos, mas aunque fueran dos docenas.

En efecto, el establerizo hostigó á los caballos, y estos comenzaron á salir al guadarnés. Fernan puso la mano sobre uno overo de mucha alzada y de gallarda presencia, y dijo:

Salva vuestra eleccion, esta es la mia, señor, que caballo grande ande ó no ande, dice el refran, y eso digo yo tambien.

—Vive Dios, exclamó D. Peyre, que el escudero no es lerdo!

—Allá lo verades, que dijo Agrajes, replicó Rodrigo. Buenos son tales caballos para cabalgar en fiestas; mas otro quiero yo para la guerra, como ahora vereis. Y como saliese uno negro, flaco, de poca alzada y de apostura asnal, tocóle con la mano añadiendo segun literal contesto de la Crónica del Cid:

—Este quiero yo.

—«Babieca, mal escojiste» dijo D. Peyre.

—«Este será buen caballo, contestó Rodrigo, é babieca habrá nombre.» Babieca me habeis llamado? *Babieca* ha de llamarse mi caballo para que vos y yo recordemos este pleito. Seguro estoy, padrino D. Peyre, que habeis de variar de opinion tocante á caballos de batalla, no bien el mio se halle en una.

—Dígotе, ahijado, como tú poco há al escudero: allá lo verades,

que dijo Agrajes, contestó D. Peyre, y en seguida mandó al establero enjaezar por completo los caballos elejidos.

Poco despues daban la vuelta á Búrgos Rodrigo y su escudero, este último particularmente lleno de contento con el gallardo Overo que montaba, y que llamaba la atencion de los transeuntes.

Entrado que hubieron en la ciudad, como pasaran junto á la posada del conde de Carrion, vieron á la puerta de ésta una porcion de escuderos, pajes y otros servidores del conde, los cuales tenian del diestro caballos enjaezados, y estaban todos aparejados para partir inmediatamente, hallándose entre ellos nuestro conocido Guillen. Ciertó que la cabalgadura de Rodrigo, á la que en adelante daremos por nombre Babieca, ya que tal se le puso su amo, cierto, repetimos, que Babieca se prestaba á las burlas de los chuscos y holgazanes, pero Rodrigo era asaz respetado y temido en Búrgos, y así, nadie habia osado reir á costa de su cabalgadura, hasta que llegó á la plaza donde estaba la posada de Don Suero. Llegados allí él y Fernan, comenzaron á murmurar los criados de el conde, y á reir con mucho alborozo, de lo cual al principio no hicieron caso los recién llegados; mas pronto tuvieron ocasion de notar la insolencia de los criados del conde.

—Honrado escudero, dijo uno de ellos dirijiéndose á Fernan, ¿podreis decirme si la cabalgadura de ese señor caballero, vuestro amo, pertenece á la raza caballar ó á la asnal?

—Caballo es, contestó Fernan, conteniendo con dificultad su enojo, que si fuera asno, ¿cómo pudieras tú desconocer á tu hermano?

—Pues hermano, os doy las gracias por vuestra cortesia.

—Por el alma de Belcebú, que he de cruzar la faz al Don Bellaco! exclamó Fernan lanzando su caballo sobre el insolente bufon, á quien cruzó la cara con las riendas de aquel.

Todos los criados de D. Suero lanzaron un grito de indignacion y se prepararon á acometer al inerme escudero de Rodrigo aunque Guillen procuraba aquietarlos echándoles en cara su sinrazon. Mas, como Rodrigo, que se habia adelantado buen trecho,

oyera la vocería, tornó la vista, y viendo lo que pasaba, volvió atrás y se dirigió daga en mano á defender á su escudero.

—Teneos, señor, exclamó Fernan, que basto yo para castigar á estos his de tales, que han osado burlarse de vuestro caballo.

Hubierase dicho que Babioca habia entendido las palabras de Fernan, esto es, que la cuestion era porque se habian burlado de él, pues sin que su amo tuviera que tocarle con la espuela, se lanzó de dos saltos sobre los criados del conde, á quienes Rodrigo dispersó en un instante, á pesar de que como no tenia mas arma que su daga, no alcanzó á darles golpe ninguno.

Al oir el ruido de la querella, se asomó D. Suero á una ventana y gritó:

—Quién es el cobarde que así atropella á mis criados?

—Un caballero que perdiera el nombre de tal si no os probara hoy mismo que el cobarde sois vos, contestó Rodrigo, volviéndose con ira hácia D. Suero.

Este se estremeció al ver que aquel á quien habia insultado era Rodrigo, el valeroso mancebo cuya espada habia dejado señales indelebles en su garganta en la venta del Moro; mas como se hallaba fuera del alcance de la daga del de Vivar y en presencia de sus criados, hizo un gran esfuerzo para vencer su pavor, y replicó:

—Mi espada, vive Dios, sí que os probará á vos que sois un villano malnacido.

—Pues dejad que ciña yo la mia, en tanto que vos, conde traidor, os aprestais tambien al combate, que ha de ser en esta plaza, donde podeis esperarme dentro de un instante.

Así diciendo, Rodrigo metió espuelas á Babioca, y se dirigió á su casa seguido de Fernan. Llegados á esta, el animoso caballero vistió la malla, se ciñó la espada, y tomó su lanza y su escudo; el escudero tomó tambien su pesado lanzon, y cabalgando de nuevo uno y otro, tornaron hácia la posada del conde.

Pero la puerta de la posada y la plaza estaban desiertas; acercóse Rodrigo á la primera, y dió en ella un fuerte golpe con el

cuento de su lanza. Mas como nadie respondiese, gritó con voz fuerte y sañuda:

—Ah del conde calumniador, insolente y ladrón de doncellas!

—Señor caballero, le contestó una muger desde una ventana muy alta de una casa inmediata; según las señas que dais, el conde por quien preguntais debe ser el de Carrion.

—El mismo, honrada dueña, contestó Rodrigo.

—Ay, señor caballero, plugiera á Dios que no hubiera puesto pies en Búrgos, que estos mis ojos no estarian ahora hechos dos rios de lágrimas... Hi, hi, hi...

—¿Pero no me direis, dueña, si...

—Perdonad, señor caballero, que á eso voy; pero sabed que yo tenia una hija mas hermosa que una mañana de mayo... Hi, hi, hi!... Hija de mis entrañas!...

—Ira de Dios, con el llanto! exclamó Rodrigo, impaciente por saber del conde.

—Cómo no he de llorar, señor, continuó la vieja con una calma capaz de quitar la paciencia al mismo Job, cómo no he de llorar si ese conde malvado y felón me ha robado mi hija...! Hi, hi, hi!... Cuitada de mí, me moriré de hambre entre cuatro paredes ahora que no tengo quien me gane la vida...!

Rodrigo habia calmado su impaciencia y su enojo para dar cabida á la compasion, y dejaba desahogar á la aflijida anciana; pero Fernán que no tenia el corazón tan blando ante la desgracia, tomó cartas en el asunto exclamando colérico:

—Voto á Judas Iscariote, que si subo arriba he de moler el cuerpo á azotes y á patadas á la vieja bachillera...

El llanto y el trastorno de sus sentidos no dejaron sin duda á la vieja distinguir al escudero de su amo, pues continuó como si hubiese sido este el que la habia increpado tan bruscamente:

—Ay, señor caballero, soy una honrada dueña, como antes me llamásteis, y ahora me llamaís bachillera...! Hi, hi, hi!... Eso me faltaba, despues de haber perdido á mi hija, que era la doncella mas honrada del mundo!... Ay pobre de mí! qué va á ser de mí sin mi Aldonza!...

—Aldonza! exclamó Fernan, dando tal salto que á poco mas pierde la silla, y añadió dirigiéndose á su amo:

—Por el alma de Belcebú, señor, que esa vieja alcahueta se está burlando de vos á maravilla!... Tan honrada como ella es la hi de tal que dice le ha robado el conde...

Rodrigo á quien la paciencia iba faltando ya, con la bachelería y los lamentos de la vieja, acabó de perderla con esta advertencia de su escudero, y dijo á la de la ventana:

—Acabemos, voto á brios, seais honrada ó dejéis de serlo... Dónde está el conde?...

—Pues á eso iba, señor caballero... Poco antes que llamárais á su posada partió muy ligero con todos sus criados...

—Ira de Dios, que confunda á él y á la vieja que nos ha entretenido aquí media hora! exclamó Rodrigo degollando los hijares del pobre Babieca. Sigámosle, aunque sea hasta Carrion!

Y Babieca y el Overo partieron con la velocidad del rayo hácia el camino de Carrion.— Le prometo probarle que es un cobarde decia Rodrigo; y aunque se esconda en su castillo, mi lanza ha de buscar allí su pecho... Vuela, vuela, mi buen Babieca, que tú tambien estás interesado en mi venganza!...

Mas á corta distancia de Búrgos, distinguieron Rodrigo y su escudero, entre Oriente y Mediodia, una espesa columna de humo que parecia elevarse hasta el cielo, y sucesivamente mas lejos distinguieron otra en la misma dirección.

Eran las ahumadas que se hacian en las atalayas, para avisar cuando los moros traspasaban la frontera.

—Los moros han traspasado el Moncayo, exclamó Rodrigo. Antes que vengar mis ofensas, debo vengar las que se hacen á Dios; y al rey y á la pátria... Fernan, tornemos á Búrgos.

—Sí, tornemos, contestó Fernan, y dispongámonos á partir contra la morisma. Vive Dios, que el corazon me quiere romper el pecho saltando de alegría... Hacia ya mucho tiempo que tú, mi querida lanza, no restaurabas tu temple en la sangre de esos perros mahometanos... Ah! qué botes tan bien dados vas á dar, voto á Judas Iscariote! Y vos, señor, qué botin tan rico vais á poner á los pies de mi señora Doña Jimena!

—Fernan, exclamó Rodrigo lleno de entusiasmo, yo necesito un trono para que se siente la mi Jimena, yo necesito reinas moras para que la sirvan...

Y pareando á Babieca con el Overo, alargó la mano á Fernan, y añadió con exaltacion :

—Fernan, esta mano que estrecha la tuya, y este corazon que siento latir aquí en mi pecho, conquistarán ese trono y esas reinas moras!...

Al oir Fernan las palabras de su señor, y al sentir la presion de su mano, sintió que resbalaba una lágrima de regocijo por su tostada y ruda mejilla.





CAPITULO XVI.

De como Rodrigo apellidó la tierra, y dió salto á los moros en montes de Oca.



us, sus, caballeros de Castilla! Vestid la acerada malla, calzad la dorada espuela, ceñid la espada, embrazad el escudo y la lanza, y cabalgad en el brioso corcel que relincha y escarba el pavimento de la caballeriza impaciente por espaciarse en esas estensas llanuras. Volad por ellas y cerrad con los moros hasta que huellen vuestros corceles la enseña mahometana, hasta que á la cruz divina sirva de pedestal la impia media luna!»

«Sus, sus, caballeros de Castilla! Cinco reyes moros han atravesado el Moncayo y recorren con hueste numerosa los dominios

de D. Fernando y talan las campiñas, y entran á saco y abrasan los lugares, y roban los haberes, así en los palacios como en las cabañas, y destruyen los templos y forzan doncellas y casadas, y cautivan y matan los ancianos y los niños, las mugeres y los hombres!»

«Sus, sus, caballeros y escuderos, los que no pechan y los que sí! acudid á Búrgos, donde levanta su enseña verde el honrado caballero Rodrigo Diaz de Vivar, el hijo de Diego Lainez, el que en buen hora nació, el de la fardida lanza, el que lidió en Atapuerca el que mató al conde Lozano, el que venció en combate singular á Martin Gonzalez el aragonés!»

Tal era el grito de guerra que resonaba en Castilla, no bien fué esta invadida por los moros el mismo dia en que vimos á Rodrigo abandonar la persecucion del conde D. Suero para tornar á Búrgos con ánimo de alzar gente con que marchar contra la morisma. Y este grito no resonaba en vano: por todas partes acudia á Búrgos gente de armas, y el de Vivar reunia ya una hueste capaz de poner miedo á los invasores, que á manera de un torrente desencadenado, que en su rápida y espantosa carrera lo arrebató todo, despues de recorrer la ribera derecha del Duero hasta San Esteban de Gormaz, se habian dirigido hácia la cordillera de Oca, atravesándola por la sierra de Urbiad para caer hácia la Bureva que desolaban, sin que á penas encontrasen quien se opusiese á su furia.

Rodrigo ardía en impaciencia por volar al campo; mas como, en él corrian parejas la prudencia y el valor, no queria dejar impune la audacia de los mahometanos, malogrando la campaña por llevar una hueste incapaz por su número de domar las terribles fuerzas enemigas. Mas de doscientos caballeros de su sangre habian acudido á su llamamiento, y hasta se aprestaban á partir sus sobrinos, los hijos de su hermano bastardo D. Fernando, á pesar de que todos eran mas jóvenes aun que Rodrigo.

La hueste estaba completa, y se acercaba el momento de la partida. Rodrigo pidió su bendicion á sus padres, que se la dieron con el corazon y los labios, y dando un estrecho abrazo á Jimena, fué á cabalgar en Babieca, al mismo tiempo que Fernan

salia á cabalgar en su Overo, renegando de la cobardía y menguado corazon de las hembras, pues no habia podido contener los dos raudales de lágrimas que derramaba Mayor al verle partir á la lid, porque es de saber que la doncella le amaba doble desde que habia hecho las paces con ella.

Hizose la seña, y la lucida hueste del de Vivar salió de Búrgos con direccion á la Bureva, hácia donde á la sazón andaba la morisma.

Era la mañana muy templada, y como hacia tiempo que no habia llovido, estaba el camino en buen estado. Merced á esto, merced al deseo que todos tenian de caer sobre el enemigo, y merced sobre todo á haber salido de Búrgos antes que asomase el sol por el Oriente, la hueste del de Vivar llegó á los montes de Oca, antes que el sol se hallase en mitad de su carrera, habiéndose aumentado considerablemente con la gente que se le reunia en el camino. Aun no habia dado vista á la tierra situada allende los montes, cuando salieron al encuentro de Rodrigo los corredores que habia mandado á explorar el campo, los cuales le dijeron que los moros empezaban á subir la falda opuesta con grande algazara y muestra de contento, sin duda por la presa que habian hecho en Nájera, en Santo Domingo y otros pueblos de la Rioja. Al saber que se acercaban al enemigo, todos los que componian la hueste lanzaron un grito de alegria, no siendo el mismo Rodrigo, Fernan y los hijos de Fernando Diaz los que menos se distinguieron en estas señales de entusiasmo y valor.

Iba Rodrigo el primero, y al llegar á la cumbre del monte, descubrió la vanguardia enemiga, á poco mas de tres tiros de ballesta. Y como ya tuviera dadas sus órdenes á sus capitanes sobre la manera de embestir, gritó requiriendo la lanza y el escudo:

—Santiago! Santiago!

—Santiago, cierra España! fué el grito que respondió al suyo, grito universal y tan robusto, que no solo le oyeron los moros, sino que llegó hasta la tierra llana.

Y apenas le dió, cerró con la morisma que se vió rota y desordenada en pocos instantes, siendo tal el espanto que á los moros causó tan inesperada y récia embestida, que los mas valerosos de



entre ellos, solo pensaron en los primeros instantes en buscar la salvacion en la fuga. Empero, Abengalron, el rey de Molina, que era uno de los cinco que capitaneaban á los moros, alzó su voz de trueno, hizo frente el primero á los cristianos, y con su ejemplo contuvo é infundió aliento á sus escuadrones. La pelea se trabó entonces sangrienta y obstinada; pero las huestes castellanas, aunque inferiores en número, eran superiores en valor, y peleaban por su Dios, por su pátria y por sus hermanos, aberrojados y maltratados por la morisma. Asi fué que no tardó ésta en ser desbaratada y arrollada por todas partes, y el campo estuvo muy pronto cubierto de cadáveres moros.

La victoria fué completa : ni un moro pudo salvarse del arrojo de los cristianos, pues la mayor parte fueron muertos en la lid, y los restantes quedaron prisioneros. Todo quedó en poder del de Vivar, así los moros que no cayeron á los golpes del acero castellano, como los cautivos, los ganados y cuanto los bárbaros invasores habian robado en su desoladora correría. Los gritos de alegría de los cautivos rescatados, y los dolorosos ayes de los moribundos, se mezclaban y atronaban el espacio.

Seguido Rodrigo de sus sobrinos y de Fernan, todos cubiertos de sangre enemiga, recorria el campo, cuando la lid estaba casi terminada. Unos lamentos que parecian de un niño ó de una muger llegaron á su oido: dirigióse Rodrigo apresuradamente hácia el lado de donde venian, y el espectáculo que se ofreció á su vista conmovió su corazon, que hasta entonces se habia mostrado de roca, á pesar del estrago que por todas partes se presentaba. Un moro anciano exhalaba sus últimos suspiros, y un niño, moro tambien y de pocos años, le abrazaba dando dolorosos gritos, como si quisiese conservarle con la presion de su delicado cuerpecito el calor vital que le abandonaba. Rodrigo creyó que el anciano estaba ya muerto, é hizo una seña con la mano al niño para que se acercase, pero el moribundo abrió sus apagados ojos, y al ver que el jóven guerrero cristiano mostraba compadecerse de aquel desconsolado infante, hizo el último esfuerzo, y murmuró con voz desfallecida:

—Vos, capitan cristiano, que sois valiente y debeis ser generoso

y bueno, amparareis á esta mísera criatura, única flor del jardín de mis amores. ¡Oh cristiano, tened compasion de mi hijo, amparad al huérfano sin ventura!...

—No podrá llamarse tal, respondió Rodrigo lleno de emocion, que si en vos pierde un padre, en mí tendrá otro.

—Alá envíe un salvador á vuestros hijos, si alguna vez le necesitan, y el Profeta os abra las puertas de su santo paraíso!... exclamó el anciano, y las lágrimas del regocijo se mezclaron en sus ojos con esa lágrima perezosa y cristalina con que el hombre se despide de la vida.

Rodrigo arrancó al desventurado niño del cadáver del moro, y mandó conducirlo á su tienda, prodigándole todos los consuelos y las caricias que requería su situación.

Algunas horas despues, la hueste vencedora tomó la vuelta de Búrgos, conduciendo la gran presa que habia hecho. Los habitantes de los lugares cercanos á la via, se agolpaban á esta, ganosos de saludar al vencedor, y en no pocos sitios habian levantado, como por ensalmo, vistosos arcos de follage, y sembrado flores que embalsamaban el ambiente. Entusiastas víctores resonaban al paso de Rodrigo, y el tañido de los tamboriles y otros instrumentos, alegraba las poblaciones y los campos, mezclándose con las férvidas aclamaciones de los honrados castellanos. ¡Qué día tan feliz aquel para Castilla, para Rodrigo, para cuantos le amaban, para todos bueno!

Delante de la hueste caminaba el jóven caudillo, rodeado de sus parientes y capitanes; la alegría brillaba en su semblante, y el entusiasmo bélico en sus palabras. Lijero caminaba Babieca; pero Rodrigo hubiera querido darle las alas de Pegaso para que... hubiese llegado á Búrgos con la rapidez del relámpago, porque ¡qué valian para el hijo de Diego Lainez aquellos víctores, aquellos arcos triunfales, aquellas aclamaciones, aquellas ovaciones de un pueblo entusiasmado y agradecido, comparados con el triunfo, con la gloria, con el amor que le esperaba en Búrgos, bajo el techo paterno? La felicidad que llenaba su alma, hacia á Rodrigo amar á cuantos le rodeaban. Así era, que hasta Babieca se presentaba á sus ojos bajo un punto de vista por el que

en cualquiera otra ocasion no le hubiera contemplado.

—Ah! esclamaba Rodrigo, hoy no solo es dia de triunfo para nosotros : mi buen Babieca le ha alcanzado tambien, y estoy seguro de que su antiguo amo, mi padrino D. Peyre, le ha de tener en mas estima de hoy mas. Con cuánta inteligencia seguia en el combate la direccion que mi mano le marcaba ! Con cuánto ardor y cuánta lijereza se lanzaba en pos de los enemigos!

Y añadió dando una palmada en el cuello del noble animal, que alzaba la cabeza como si comprendiese los elogios que le prodigaba su amo y le llenasen de orgullo:

—Babieca! si parte has tenido en los esfuerzos que para vencer hemos hecho, parte tendrás tambien en la presa : juro darte el mejor paramento que hayamos cojido. Cuántas veces como hoy has de cerrar con la morisma y ha de mezclarse con tu sudor la sangre de los infieles! Tú seras mi compañero en los campos y en las ciudades, en los caminos y en los combates, y si te falta alimento y abrigo, será que mi lanza no haya podido conquistártelos.

Pero si Rodrigo estaba contento del porte de su caballo en la batalla que acababa de ganar, no así Fernan del suyo á pesar de su constante refran de caballo grande ande ó no ande.

—Voto á Judas Iscariote, decia el bueno de Fernan á otros escuderos, al oir á su señor elojiar á Babieca, que mi amo estudia con el mismo Belcebú, segun el saber que en todo tiene. Asno, que no caballo, parecia el que escojió en la caballeriza de Don Peyre; mas, metiósele en la cabeza que era bueno, y tanto lo es que nunca ha cabalgado caballero ni escudero en caballo mejor. Aquí veis el mio, que parece de emperador, y con todo, poco ha faltado hoy para que me dejára entre las garras de cuatro morazos como cuatro jigantes Goliath.

—Cuéntanos eso, Fernan, dijo uno de los escuderos, que tengo para mí te debió suceder cuando te metiste solo por la cañada tras los que huian del real.

—En pocas palabras lo haré : aguijé mi cabalgadura tras cuatro moros como cuatro castillos, y seguí el alcance largo trecho; ya los tocaba con mi lanza, cuando al saltar un cauce, se pára mi ca-

balgadura; agíjola fuertemente, y dá el salto, mas tan corto, que cayó de ancas en el cauce. Los moros que ven mi cuita, tornan pies atrás gritando : «Aquí morirás, cristiano!» Y ya alzaban sobre mi cabeza sus ponderosas cimitarras, cuando Overo, corrido de su flojedad sin duda, hace un esfuerzo, se alza, y salta del cauce. —Vosotros, grité á mi vez, vosotros sí que morireis, voto al zancarron de Mahoma! Y cerrando con los moros, este quiero este no quiero, dos de ellos fueron traspasados por mi lanza, en tanto que los otros huian sin pararse á acorrerlos.

—Y te quejas de tu caballo?

—Quéjome con razon; y no le despeñé por aquellas quebradas, porque al fin volvió por su honra; mas, si otra me hace, por el alma de Belcebú le juro que tres no me ha de hacer. Es ruin ventura esta que yo tengo con las cabalgaduras!

—Mas tienesla grande con las hembras, aunque todo no es uno; repuso Alvar, y añadió con maliciosa sonrisa: Pasárame yo hasta sin un mal asno teniendo á Mayorica.

Fernan dió un hondo suspiro arrancado por el recuerdo de Mayor, y quién sabe si tambien por el de Beatriz y por el de Aldonza!

—Ha mucho, dijo un escudero, que no veo arañazos en tu faz, Fernan. Por ventura eres fiel á Mayorica?

—Hélo sido siempre, contestó Fernan con mucha formalidad, lo cual hizo reir maliciosamente á sus compañeros.

—Aldonza pudiera atestiguarlo, no es verdad? repuso el curioso escudero.

—Y tambien Beatriz, añadió Alvar.

—Voto á Judas Iscariote, que tú, Alvar, eres el mas consumado bachiller que hombres han visto. Por ventura ha tenido el hijo de mi madre amoríos con Beatriz?

—Cierto, mas no ha sido por falta de voluntad tuya.

—Por el alma de Belcebú, que te he de moler á palos esas costillas asi que descabalgemos!

Alvar, que conocia los humos de Fernan, tuvo por conveniente retractarse de sus bachillerías, con lo cual se apaciguó el escudero de Rodrigo.

Pero otro de los de la profesion escuderyl, llamado Lope, hombre formal, ya entrado en años, que tenia muger é hijos y que hacia tiempo se escandalizaba oyendo hablar de la aficion de Fernan á los amores plurales, aprovechó la ocasion para echar en cara su debilidad y convertir al enamorado escudero.

—Hermano, le dijo, en vano tratarás de persuadirnos que eres hombre sesudo en amores; notorias son tus debilidades en Vivar, en Búrgos, en Leon, en todas partes donde moras algunos dias. Que un garzon imberbe tuviera tan poco seso como tú tienes, bien pudiera tolerarse, mas no que un hombre de tus años. Esa Mayor á quien sirves, y yo apenas conozco, ¿no merece ser de tí servida? si asi fuere déjala, hermano, y no tornes á mirarla á los ojos de la cara, que ella encontrará un tal para cual y tú tambien. Al contrario: ¿merece que tú la sirvas? Entonces, hermano, sírvela con alma y vida; pero no sirvas mas que á ella, que servir dos hembras á un tiempo ni á Dios ni á las hembras place. Sino dime por tu alma: ¿qué hicieras si Mayorica compartiese su amor contigo y otro mancebo?

—Qué hiciera? contestó Fernan iracundo; por el alma de Belcebú, que matára á Mayorica y al hi de tal que hubiera osado poner ojos en ella!

—Pues bien, hermano, Dios ha dicho: «lo que no quieras para tí, no quieras para otro.» Ama fielmente á Mayorica, si merece ser amada, y casa con ella si tus haberes lo permiten, que muger sin haberes con que mantener á ella y á los hijos que Dios fuere servido dar, es tener la condenacion en casa.

—Eso último haréyo, asi que Dios mejore mis horas, lo cual fio no ha de tardar; porque habeis de saber, hermanos, que desde que ha casado mi amo y señor D. Rodrigo me acucia fuertemente el deseo de casarme yo tambien. Mas es brava cosa que tocando dos hembras, que de dos no bajarán, á cada varon, hayamos de contentarnos con una sola. Ademas, ¿pensais, voto á Judas Iscariote, que yo dejó de querer á Mayorica porque quiera á veinte y cinco mas? Maravillome de vuestra gran simplidad, hermanos! La que quiere al infante de la vecina, ¿quiere por eso menos al suyo? Ciertó que desde que quiero á Mayorica he querido á Leonor, y á

Brianda, y á Sol, y á Alfonsa, y á Ivana, y Aldonza y á Beatriz, y á otras veinte; mas hélas querido con los ojos, y á Mayorie a quiero con el corazon que es el solo amor verdadero. A parte de esto, háseme metido en la cabeza, y todos los predicadores no me quitaran de ella una cosa, es á saber: que el varon no peca por servir á la vez á dos hembras, con tal que ellas no lo sepan.

—En mi conciencia, hermano, que eres muy simple ó muy malicioso. Te enseñó eso aquella bruja Mari-Perez á quien visitabas cabe el torrente? Segun tú, si mañana te casas con Mayor, y tu muger, mientras estás en la guerra, hace lado en su lecho á tu vecino, no pecará con tal que tú no lo sepas. ¿Qué respondes á esto, hermano?

Fernan bajó la cabeza y calló ante este argumento de Lope. La conviccion que creia no podrian destruir todos los predicadores acababa de ser pulverizada por un rudo escudero.

—Lope, dijo al fin el de Rodrigo, me has convencido, confíesote que hasta hoy he vivido obcecado, no he sabido en achaques de amor mas que mi cabalgadura. Júroos á todos, que aunque el mismo Belcebú viniera á tentarme so la figura de la doncella mas garrida del mundo, no me haria caer en la tentacion.

—Plegue á Dios, se atrevió á decir Alvar, que la hechicera de Mari-Perez, que tiene poderes de Satanás, no te haga caer en ella presentándote el diablo so la figura de Aldonza.

—No hayas temor que tal suceda, Alvar, que si tal diablo osa parecer ante mis ojos, he de ahuyentarle, no con agua bendita, mas sí con las bridas de mi cabalgadura. Quiero confesar una cosa, ya que de Aldonza hablamos: ya sabeis, hermanos, que la quise un tiempo, tengo para mí que por hechicerías de su madre. Pues bien: toméla aborrecimiento por ciertas caricias que una mañana me hizo, y juré no tornar á mirarla en la vida. Mas corriendo el tiempo comencé á pensar de nuevo en ella, tambien, segun creo, por maleficios de la bruja de su madre, y ya estaba tentado de buscarla cuando ayer supe que D. Suero acababa de llevársela á Carrion ese condado, robada, segun dice Mari-Perez, mal de su grado segun yo creo. Llegóme al alma el hecho del de Carrion, á quien tengo enemiga desde que mi amo y yo lidiamos con él y los suyos

por salvar á Beatriz que llevaba robada, y pensaba buscar á Don Suero para quitarle la moza; pero os juro por el alma de Belcebú, que no haré tal, y que de hoy mas, fuera de Mayorica, para mí estarán demas en el mundo todas las doncellas ó lo que fueren.

—Plegue á Dios que asi sea, dijo Lope; mas el que malas mañanas há.....

El sesudo escudero fue interrumpido por la algazara de algunos de sus compañeros que al ver á la puerta de una casa contigua al camino tres ó cuatro mozas, como otras tantas rosas de Mayo, comenzaron á decirles gentiles donaires, de los cuales ellas reian y se holgaban mucho.

—Voto á Judas Iscariote, exclamó Fernan al verlas, que las doncellas, ó lo que fueren, son capaces de hacer pecar á un santo! Qué ojos, qué colores, qué seno, qué talle, qué donaire!... Récia cosa es, que criando el Señor tales hembras y tocándole á uno por lo menos dos, haya de contentarse con una sola!

Y asi diciendo, Fernan paró su cabalgadura para contemplar á las mozas, y aun quiso encaminarla hácia ellas; pero como sus compañeros, lejos de imitarle, siguieran adelante, riéndose de sus vanos propósitos, corrió á su alcance murmurando algo amostazado, y alzando los ojos al cielo:

—Criad, Señor Dios, criad serafines como los que están á la puerta de esa casa, para quesándios, como estos mis compañeros, pasen á su lado sin bendecir tales maravillas.... ¡Oh qué corazon tan mezquino tienen la mayor parte de los hombres!





CAPITULO XVII

De como la hueste del de Vivar siguió su camino sin descansar como el lector.



A plática de escuderos y pajes continuó tan pronto como Fernan alcanzó á sus compañeros.

—Ya que hablábamos de la hembras á quienes has amado, dijo Alvar, ¿no has vuelto á requerir de amores á Beatriz?

—Héla requerido, mas en vano, con testó Fernan. Siempre que voy al castillo de Vivar, como hay que pasar cabe la granja de Pero, tiéntame el diablo de entrar en ella, y no puedo ver á Beatriz sin quemarme en sus ojos; mas ella, la ingrata, cada vez me pone faz mas esquivia. Y cierto que estraño tal constancia en muger no habiendo tornado á ver

el novio que dejó allá en Carrion, el cual novio tengo para mí que la habrá olvidado ya cuando tan poco cura de venir á verla.

—Pues hála visto, hermano, replicó Alvar, que como el lector recordará, se habia aficionado tambien á Beatriz, y por consecuencia habia procurado no perder de vista á la doncella, y requerrídola aun con mas porfia que Fernan, si bien cuidando no lo supiera éste, pues estaba seguro de recibir de él una de aquellas tollinas á que su compañero solia recurrir para traerle á mandamiento.

—Qué dices, Alvar amigo? exclamó Fernan lleno de curiosidad y aun de enojo.

—Dígote, hermano, que el tal Martin ha estado en Vivar, en casa de Pero; yo mismo le he visto con estos mis ojos, y con estos mis oidos he oido á Beatriz hablar con él; pero sabed, hermano, que el tal mancebo no es un palurdo como pensábamos, sino un caballero armado de punta en blanco.

—Alvar, siempre fuiste simple y acostumbraste á ver visiones. ¿Cuándo viste y oiste eso, habias estado trasegando zumaque á tu estómago en la venta?

—Soliman se me vuelva el primero que beba, si aquella noche habia en mi cuerpo gota de vino.

—Con que fué una noche?

—Una noche; y contaréos como fué. Pláceme mucho andar á la noche por el campo, que cuando el tiempo es bueno, y hace luna, y el dia ha sido caloroso...

—Voto á Judas Iscariote! Acabarás tus rodeos!... exclamó Fernan, comenzando á impacientarse con los circunloquios á que tan aficionado era Alvar.

—Quiero decir, contestó este, que cuando el tiempo es bueno y hace luna, y el dia ha sido caloroso...

—Por el alma de Belcebú, que calorosas te he de poner yo á tí las costillas á puros lápos, sino dejas la paja y vas al grano incontinente. Habrá sándio mas machaca que este hi de tal!...

—Perdona, Fernan amigo, que no volveré á impacientarte. Pues has de saber que vagando yo por las tierras que labra Pero,

sentí pasos de cabalgadura hácia el camino que viene de Carrion; acerquéme al camino, y recatado con un seto, ví venir un caballero armado de todas armas... En mi conciencia que el caballo era alhaja de rey... ¡qué brios, qué estampa!... jurára que era de la casta de la yeguada de D. Suero... Como que para no conocer los caballos del rico-home de Carrion es menester ser ciego y tonto!...

—Ira de Dios! harto lo soy yo que no te muelo á palos por pesado...

—Pues voy al caso, Fernan. Llegó el caballero á la puerta de Pero, y entró en la casa...

—Y qué? preguntó Fernan con impaciente curiosidad.

—Nada mas; no pude oir lo que hablaban dentro.

—Voto á Judas Iscariote, que las nuevas de este sándio son interesantes!...

—No pude oir lo que hablaban dentro; mas estúveme recatado tras el seto cosa de una hora á ver si salia el caballero, y de las palabras de despedida podia coleccionar quien él fuera. Al fin oí abrir la puerta. Beatriz tenia el candil en el portal, y merced á su luz, me fué dado contemplar lo que allí pasó. Pero y su muger abrazaron al caballero, Beatriz lloraba, y á unos y otros oí nombrar á Martin. El forastero cabalgó al fin, y atravesó el umbral de la puerta. La doncella dió el candil á su madre, siguió al caballero algunos pasos fuera de la casa, y le dijo:—«Martin, ya que no quieres abandonar esa venganza, no olvides que si mueres en ella, yo tambien moriré de dolor.—Fia en mi amor, Beatriz, que él sabrá labrar tu dicha» contestó el caballero, y desapareció como un relámpago.

—Y há mucho que pasó eso? preguntó Fernan.

—Me acuerdo como si pasára ayer mismo, porque tengo una memoria venturosa... La memoria es riqueza...

—Alvar!... Sírverte esa memoria para recordar como castigo tus pesadeces. ¿Hace mucho que pasó eso?

—No recuerdo cuanto há; mas sí que fué por el tiempo en que la banda del Vengador se corrió hácia Búrgos...

—Y yá que mentais la banda del Vengador, dijo uno de

los escuderos, ¿no sabéis las nuevas que corren de ella?

Al oír estas palabras, todos procuraron acercar las cabalgaduras al que las pronunciára. Aquella general ansiedad por saber de la banda del Vengador, demostraba que ésta había adquirido una importancia tal, que á la sazón llamaba grandemente la atención en Castilla.

—Y qué nuevas son esas? preguntaron todos con viva curiosidad.

—Habeis de saber que, segun me han contado las gentes de armas venidas de hácia Carrion, el Vengador cuenta con mas de trescientos bandoleros, y con ellos, no solo burla á los Salvadores, sino que les hace frente, y en dos encuentros los ha derrotado. como que el conde de Carrion, viendo amenazado su condado y hasta su mismo castillo, tuvo que salir para allá á mata caballo dejando á Búrgos donde últimamente había fijado su residencia.

—Conforme estoy, replicó Fernan, en que los bandidos movieron al conde á dejar á Búrgos, mas si partió á mata caballo como dices, hermano, fué temeroso de que le alcanzára la lanza de mi amo... Pero, dejando á un lado esto, que no viene al caso, ¿no me direis quién es ese Vengador que tal fama ha adquirido en tan poco tiempo, y tan numerosa banda ha sabido reunir?

—En cuanto al Vengador, nadie sabe quién es, pues cuando se presenta delante de gentes estrañas á su banda, oculta cuidadosamente la faz.

—Tengo para mí, dijo Alvar, que cuando así se recata ha de ser algun rico-home leonés ó castellano que se habrá hecho bandolero para tomar venganza de sus enemigos.

—Mas de creer es que sea pechero, pues cuentan que tiene odio mortal á todo noble, y protege y aun reparte á los villanos lo que á los hijosdalgo roba.

—Pero de qué medio se ha valido para juntar tanta jente como dicen tiene su banda, cuando el Raposo, que infierno haya, despues de vagar tanto tiempo por tierra de Carrion, á lo mas pudo juntar veinte hombres?

—Tóma, como que el Raposo era aborrecido, al paso que el Vengador es amado de los villanos.

—Lléveme el diablo si te comprendo, hermano. Es posible que un capitan de bandoleros sea amado de villanos ni de nobles?

—Posible es, y bien lo prueba lo que al Vengador sucede. El Raposo forzaba doncellas y casadas, mataba desde el niño hasta el anciano, desde el villano hasta el conde, desde el cura hasta el obispo, y así robaba la casa del labriego como la cabaña del pastor, así el templo como el palacio; por lo cual todos le aborrecían, espían sus pasos para delatarle á la hermandad de los Salvadores, y procuraban su perdición por todos los medios. ¿Quién que estuviese contento con su cuero, se habia de alistar en la banda del Raposo, siendo aborrecido y maldito de todos, y perseguido tan sin descanso? El Vengador hace todo lo contrario que el Raposo: su puñal no se tiñe en sangre humana como no sea en propia defensa, ó en la de algun débil oprimido injustamente por el fuerte; el pobre puede dejar abierta la puerta de su morada, el trajinero puede caminar sin cuidado por los lugares mas solitarios, que la banda del Vengador no irá á arrebatárles sus míseros haberes. Preguntad cuántas mugeres ha forzado la banda del Vengador, cuántos templos ha robado, cuántos lugares ha entrado á saco, y os dirán que tales desafueros son desconocidos en la tierra que recorre, desde que los Salvadores destruyeron la banda del Raposo.

—Pues si la banda del Vengador no roba, observó Alvar, digo y me afirmo en que su capitan es algun rico-home, porque un pobre pechero no tendria haberes conque mantenerla.

—Hermano, he dicho que roba; mas no á los pobres. El Vengador asalta las casas de los ricos, y roba cuanto en ellas puede haber á las manos. Con ello mantiene su banda, y cuanto le sobra reparte á los necesitados de la comarca. Ved aquí, porque los villanos le aman y le protegen, y cómo su banda campea por donde quiere, sin riesgo de caer en poder de los Salvadores. Hé aquí, tambien, porque aumenta maravillosamente de dia en dia.

Aun seguian nuestros interlocutores hablando de la banda del Vengador, cuando á Alvar, que á veces gustaba decir gracias,

sabiendo únicamente decir sandeces, le ocurrió una que creyó daría golpe entre sus compañeros.

—Hermanos, dijo á estos con mucho misterio; quiero daros una nueva que creo no lo será para algunos de vosotros.

Todos los escuderos y los pajes alargaron la gaita con suma curiosidad para oír lo que Alvar les iba á revelar.

—Mi ama y señora Doña Jimena, continuó el sándio del paje, goza fama de honrada en toda Castilla, no es cierto?

—Cierto, y con sobrada razon, contestaron todos, y añadió Fernan:

—Y si hubiera algun calumniador que de la honra de mi señora dudase, aquí tengo yo una lanza para convencerle.

—No seré yo quien la calumnie, siguió Alvar en voz baja, y siempre con el mismo misterio; mas quiero deciros, que mi amo y señor D. Rodrigo, aunque ha poco que casó y solo ha tenido amores con Doña Jimena, tiene ya un hijo como un pimpollo.

—Voto á Judas Iscariote, esclamó Fernan requiriendo su lanza y arrojando centellas por los ojos, qué es lo que osas decir bellaco, traidor, hi de tal? Calumniar esa tu lengua de escorpion á tu ama y señora, á la dama mas honrada, poco es de España, sino del universo entero? Por el alma de Belcebú, que agradeces el pan que comes! Aquí morirás, traidor!

Y al decir esto, Fernan tiró á Alvar una lanzada capaz de horadar un muro; pero la misma ira que cegaba al escudero, le hizo errar el golpe, á lo que tambien contribuyó un rápido movimiento que el paje hizo, echándose sobre el arzon de la silla al ir á dar el bote Fernan.

Todos los que el suceso presenciaban, se apresuraron á aquietar al irritado escudero, quienes con palabras, quienes sugetándole el brazo desde sus cabalgaduras.

—Dejadme, dejadme, decia Fernan, pugnando por apuntar de nuevo la lanza contra Alvar, que apenas tenia aliento para disculparse. Al fin se aquietó un poco, y dijo con acento amenazador al paje.

—Habla, traidor, mal nacido, y retracta las calumnias que has osado proferir contra la mas honrada de las mugeres. Y cuida que

sino lo haces, he de ensartarte en mi lanza como á lechon en asador.

—Calma tu enojo, Fernan, murmuró al fin el paje, que no fué mi ánimo mancillar á nuestros amos, antes quise loar la compasion de D. Rodrigo.

—Sándio y bachiller que Dios confunda, pues no te he dicho cien veces que tus rodeos para narrar la mas simple cosa han de traerte alguna mala ventura? dijo Fernan, comprendiendo al fin á donde habia querido ir á parar el paje con su ambigüo y desatinado exordio. Habla, necio, y dí qué hijo es ese que nuestro amo tiene.

—El morillo que recojió en la batalla, cuando tú nos dejaste por correr tras los cuatro morazos hácia el cauce donde cayó tu cabalgadura. De ese iba á hablaros; mas queria solazarme un rato con vosotros, primero escitando vuestra curiosidad, y luego haciéndome rogar antes de satisfacerla.

—Júrote, Alvar, dijo Fernan, blandiendo su lanza, que tales solaces han de costarte caros, si es que te aficionas á ellos. Bien puede solazarse un honrado paje ó escudero sin tocar á la honra de nadie, y menos á la de las damas, que cuanto mas pura es mas se ha de temer que pueda empañarse.

—Yo te juro á mi vez, contestó Alvar, que de hoy mas, antes de mentar el nombre de nuestros amos, pondré tiento en mi lengua. Ganárasme en discrecion para narrar, pero no en aficion á las honradas gentes á quienes ambos servimos. Mas, volviendo al morillo que ha prohiado nuestro amo, qué es de él, que no le vemos?

—Entre los cautivos viene, contestó Fernan, y á fé mia que no podrán quejarse él ni los reyes moros que han quedado prisioneros, porque vienen en sendas literas, como si fueran á entrar vencedores en su córte.

—Así Dios me salve, exclamó Alvar, tiene cosas nuestro amo que moro me vuelva yo si las comprendo. Los cristianos, unos desollándose las posaderas y otros los pies en esta calzada mas dura que las del purgatorio, y los moros muy repantigados en sus literas...

—Por el alma de Belcebú, que así dejarás tú de ser bachiller y sándio, como yo de tener tentaciones de molerte los huesos á pálos. Necio, y cien veces necio, ¿quién te dá á tí autoridad para censurar lo que nuestro amo hace? le interrumpió Fernán. Nuestro amo es tan buen vasallo, que basta que tengan nombre de reyes esos moros, para que los respete, aunque sean mas moros que el mismo Mahoma.

—Pero si antes de vencidos eran reyes, replicó Alvar, ahora ya no lo son.

—Los buenos caballeros, como nuestro amo, tienen en mas al enemigo vencido, que al por vencer. Cierto que esos reyes han entrado por nuestras tierras robando y matando, mas créianse con derecho á hacerlo, como nosotros nos creemos cuando entramos por las suyas. En cuanto al niño moro, querrias tú sin duda que caminara entre los pies de nuestros caballos, pero nuestro amo que tiene tan blando el corazón para con los débiles, como duro para con los fuertes, ha pensado y hecho de otro modo. Harto desventurado es ese cuitado infante que ha visto morir á su padre, y quedado en tierra estrangera á merced de enemigos. En vista de su llanto y su desconsuelo, ha mandado Don Rodrigo que sea conducido en la litera de uno de los reyes, porque le sea mas grata la compañía de los de su raza que la de los estraños. Verás tú como le consuelan en llegando á Búrgos nuestras amas Doña Teresa y Doña Jimena, con aquellas benditas palabras que una y otra tienen siempre á mano para alegrar á los tristes y consolar á los apenados.

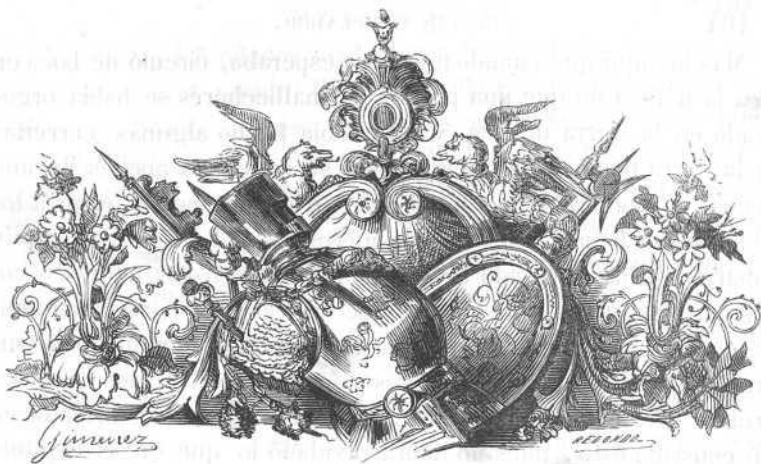
En estas y otras pláticas iba la gente escuderil, cuando Rodrigo y los que le acompañaban pararon en un llano poco distante de Búrgos, y del que partian varios caminos en distintas direcciones. Segun llegaba la hueste, fuese parando en aquel sitio, y cuando estuvo toda reunida, convocó Rodrigo á todos los capitanes para proceder al reparto de la presa, con arreglo á lo que se usaba en tales casos.

Como la presa era numerosa y rica, á todos cupo buena parte, lo cual, unido á la equidad en el reparto, contribuyó á que todos los partícipes se mostráran satisfechos y alegres, con lo que se

deshizo la hueste, marchando cada capitan con los suyos á donde mas le plugo, despidiéndose todos de Rodrigo con vítores y aclamaciones sin cuento.

Ocioso es añadir que si á los gefes parciales de la banda tocó rico botín, mucho mas rico aun tocaria á su caudillo Rodrigo. Este, pues, se encaminó á Búrgos con lo que le habia tocado, llevando entre los cautivos los cinco reyes moros, los que, segun las Crónicas, «en llegando á Búrgos, ficiéron la medida bien homildosos á Teresa é á Ximena, las cuales hobieron déllo gran placer é contentamiento, é loaban al señor Dios, llorando de los sus ojos por las buenas haciendas que facie D. Rodrigo.»





CAPITULO XVIII.

De como el Vengador y Rai-Venablos, magister que bandidos, pensaban como caballeros.



ASARON algunos dias sin que en tierra de Carrion se contáran nuevos desafueros de bandidos, desde que aquellos honrados y pacíficos habitantes tuvieron noticia de la destruccion de la banda del Raposo por la hermandad de los Salvadores. Nadie dudaba que la terrible banda habia sido totalmente estermi-
 da, puesto que hasta su gefe, que tantas veces se habia salvado, pereciendo todos sus compañeros, habia muerto en la sorpresa de que tienen noticia nuestros lectores. Fácil es, pues, calcular el regocijo de que se hallaban poseidos los moradores de aquella tierra y los que por ella tenian que transitar.

Mas hé aqui que cuando menos se esperaba, circuló de boca en boca la noticia de que una partida de malhechores se habia organizado en la sierra de Oca y aun habia hecho algunas correrías por la tierra llana. Esta nueva banda se componia apenas de una docena de hombres, mas no por eso inspiraba menos terror á los habitantes del pais. Poco mas numerosa era la del Raposo, y sin embargo, habia esparcido el luto y la desolacion por aquellas comarcas. Mas sucedió que el terror de los villanos, lejos de aumentar, empezó á disminuir, conforme los bandidos menudeaban sus correrías por los lugares habitados y los caminos, al paso que crecia el de los ricos-homes del pais. No necesitamos decir al lector en qué consistia esto, pues no habrá olvidado lo que en el capítulo anterior oyó decir á uno de los escuderos que iban en la hueste de Rodrigo, respecto á la banda del Vengador. Las noticias que al escudero habian dado eran ciertas. En efecto, la banda del Vengador era ya numerosa: hacia frente á la hermandad de los Salvadores, y aun la habia derrotado en diferentes encuentros provocados, segun se decia, por los mismos bandidos con objeto de vengar al Raposo y la mayor parte de los suyos, muertos por aquellos en el montecillo cabe el camino de Leon. El Vengador, protejiendo, lejos de ofender, á los villanos, y robando y talando los ganados y las mieses, y aun asaltando, saqueando é incendiando las casas de los ricos-homes, se habia hecho querer de los primeros que aborrecian á los segundos. Asi era que la banda, protegida á su vez, querida y campeando impunemente por donde mas le placia, aumentaba de un dia para otro maravillosamente con los descontentos, los aventureros, los criminales y los holgazanes que se apresuraban á ir á alistarse en ella.

D. Suero tuvo noticia de las tropelias que el Vengador cometia en tierra de Carrion, y hasta supo que aquella terrible banda acababa de robarle la famosa yeguada que poseia, lo que le movió á dejar á Búrgos para acudir á la defensa de sus bienes, como que su castillo situado en el centro del condado, es decir, en la villa que á este daba nombre, se veia amenazado por los bandidos pues otros poco menos fuertes que él habian sido ya asaltados, saqueados y entregados á las llamas.

Y no eran infundados los temores del conde de Carrion, como vamos á ver muy pronto. El mismo día en que D. Suero apresuró su partida de Búrgos, hostigado, como decia Fernan, por la lanza de Rodrigo, se hallaba reunida la banda del Vengador en una arboleda distante una jornada de Carrion. Aquella gente no parecia una horda de bandidos, ni por el número, ni por las armas, ni por la manera con que estaba ordenada y rejida; mas bien parecia un ejército regular y ordenado, una hueste que hubiera envidiado el mejor capitán al partir contra los moros. Los bandidos estaban provistos de buenas armas ofensivas y defensivas, tenian buenos caballos, y obedecian como los mejores soldados las órdenes de su gefe. Este, es decir, el Vengador, ó si se quiere Martin, conservaba el mando supremo de la banda, y habia confiado cargos inferiores á aquellos de entre los suyos á quienes habia considerado mas aptos para desempeñarlos, y á los que daba el nombre de capitanes, denominándose él gefe. Los llamados capitanes eran dos, ambos ejercitados y entendidos en armas, como que habian egrecido muchos años el oficio de ellas, sirviendo á sueldo á varios señores, ya en las guerras con los moros, ó ya en las contiendas civiles, que por desgracia eran entonces har-to frecuentes entre los ricos-homes de Castilla y Leon. Llamaban á uno de ellos Bellido Dolfos, y al otro Rui-Venablos: el primero era temible por vengativo y astuto, y el segundo por sus fuerzas colosales, su audacia y su serenidad en los mayores peligros.

El sitio donde estaba la banda tenia todo el aspecto de un campamento formal, pues hasta se alzaban aquí y allí diferentes tiendas, sobre las que campeaban trofeos militares. El Vengador habia llamado á la suya á los capitanes, y departia con ellos con mucha animacion.

—Heos llamado, les decia, porque quiero oir vuestro consejo. ¿Creeis que contamos con fuerzas bastantes para asaltar el castillo de Carrion?

—Sí, contestó Rui-Venablos, yo os respondo del buen término de la empresa. ¿Qué valen los cincuenta ballesteros que el conde tiene para guarnecer su castillo, comparados con los trescientos leones que componen nuestra banda? Gracias al diablo que os

veo decidido á atacar á ese conde traidor, porque habeis de saber que nuestra gente empezaba á murmurar de vos, pues atizábais su odio al conde, y al mismo tiempo la prohibíais ir á reducir á cenizas su castillo.

—He esperado el momento oportuno para acometer esa empresa de modo que fuera completa la venganza. El conde no estaba en su castillo desde que fué á Calahorra con motivo del combate de el de Vivar con Martín Gonzalez, pues desde allí siguió con la corte á Búrgos. Hubiéramos hallado en el castillo de Carrion dos rapaces de ocho ó diez años, y una dama que tiene tanto de buena, como de malo su hermano el conde, y la banda del Vengador, no ejerce su venganza en unos séres tan débiles. ¿Qué hubiéramos adelantado, pues, con asaltar el castillo? Robarle é incendiarle? Ese es mezquino castigo para el que merece D. Suero. Si el conde fuera alguno de esos hidalguillos que en quemándoles su casa necesitan dormir en la posada de la Estrella, porque no tienen con qué reedificarla, el golpe seria algo duro; mas no así siendo el de Carrion uno de los señores mas ricos de España. Para algo mas que para asustar á una dama y dos rapaces, para entrar á saco una casa bien amueblada, y para calentarse al amor de un torreón encendido, ha de esponer el cuero en Carrion la banda del Vengador.

—Lléveme el diablo si os entiendo, dijeron Bellido y Rui-Venablos. Si esa os parece poca venganza, añadió el último, ¿cuál es la que esperais tomar?

—La venganza que yo anhelo, la que desean nuestras gentes, y la que piden la maldad del conde, y la carniceria que en la banda del Raposo hicieron los Salvadores instituidos principalmente por D. Suero, es la muerte del mismo conde.

—Cierto, cierto, esa es la venganza que debemos tomar, dijo Rui-Venablos. Mas ¿cómo será si el conde está en Búrgos?

—El Conde, contestó Martín, está ya en Carrion, y hé aqui porque creo llegado el momento oportuno de asaltar su castillo.

—No perdamos tiempo, exclamó Rui-Venablos alborozado, lancémonos á la guarida de ese conde malvado, derribemos sus puer-

tas con nuestras hachas, y traspasen nuestros aceros el corazon del cobarde apaleador de villanos y ladron de doncellas.

—Venganza debemos tomar del de Carrion, mas no del modo que pensais, dijo Bellido, que hasta entonces habia estado casi en completo silencio, y como ocupado de algun importante proyecto. El castillo de Carrion está bien fortificado, y para su guarda tiene buena gente de armas. ¿Pensais que es prudente presentar nuestro pecho descubierto á las flechas y los proyectiles, en tanto que los que nos los arrojen guarezcan el suyo con las almenas y los muros del castillo? Hacerlo así estaria bien cuando no tuviéramos otro medio mas seguro y menos arriesgado que ese.

—Y cuál es el medio que decis? preguntaron á un tiempo el Vengador y Rui-Venablos.

—Vedle aquí, contestó Bellido. El conde debe temer que el dia menos pensado demos un golpe de mano á su castillo, y por lo mismo no perderá ocasion de reforzar la gente de armas que le guarnece. Pues bien: yo me presentaré á D. Suero como un soldado que solicita entrar á su servicio, y no dudo que seré bien acogido. Una vez introducido yo en el castillo de Carrion, se acercará la banda á la fortaleza de noche, y con el sigilo posible. A una señal, de antemano convenida, abriré por ejemplo la poterna del castillo, se introducirá por ella la banda, sorprenderemos la guarnicion y los moradores, y sin riesgo ninguno seremos dueños en breves instantes de la fortaleza, y cuanto en sí encierra, incluso el mismo conde.

Si Bellido hubiera reparado, así en el semblante del Vengador como en el de Rui-Venablos, hubiera adivinado la acogida que iba á tener su proposicion. La indignacion y el desprecio se retrataban en el rostro del gefe y en el del capitan, al formular Bellido Dolfos la última cláusula de su proyecto.

—Hermano, le preguntó Martin con irónica sonrisa, decis eso formalmente, ó quereis probar si somos tan cobardes como el mismo conde á quien se trata de atacar, porque aun mas cobardes y traidores que D. Suero seriamos, si hiciésemos lo que proponéis?

—Sí, dijo Rui-Venablos, esplicaos, que si aquí tenemos co-

bardes y traidores, no necesitamos ir á buscarlos á Carrion.

Bellido no pudo contener su enojo al oir estas palabras, aunque era maestro consumado en el arte de disimular para mejor conseguir sus fines.

—Trágueme el infierno sino castigo vuestros insultos! exclamó poniendo mano á su daga.

Pero el Vengador y Rui-Venablos desnudaron las suyas, y se las colocaron al pecho.

—Traidor, dijo el primero, si mueves pié ó mano eres muerto.

Bellido recobró muy pronto el dominio que sobre sí mismo ejercia casi siempre, y dijo sonriéndose, al parecer franca y naturalmente:

—Bien sabia yo que no aprobaríais mi proposicion, porque sois leales y valientes como yo quiero los hombres. Hermanos, no me condeneis sin oirme. Si os dijese que mi proposicion ha sido para probar vuestro ánimo, mentiria, lo que yo nunca acostumbro. Hé-la hecho formalmente, no porque á mí me plazca atacar con la traicion, aunque traidores sean los atacados, mas sí porque temo que nuestras fuerzas se estrellen en los muros del castillo de Carrion, y porque amo tanto á esos bravos que fian en nuestra prudencia, que quisiera derramar toda mi sangre antes que una gota de la suya. Pudiérais tenerme por cobarde, si os propusiera una empresa libre para mí de todo trabajo y peligro; mas decidme: ¿quién los corriera mayores, de intentar la que os he propuesto? ¿Pensais que no me espondria en ella mas que ninguno de los nuestros, á ser ahorcado en las almenas del castillo de Carrion?

Las disculpas de Bellido no eran de mucho peso, á decir verdad: sus razones eran las del que no sabe qué decir, y dice algo porque tiene necesidad de decirlo; pero bastaron para que el Vengador y Rui-Venablos depusieran su enojo, pues aunque estos ejercian la poco honrosa profesion de bandidos, estaban dotados de cierta buena fé, y por otra parte conocian que no era aquella la ocasion mas á propósito para suscitar divisiones en la banda. Asi fué que Martin contestó:

—Hermano, olvidemos esta cuestion, que por mi parte ya no

dudo de tus buenas intenciones. Mas no estrañes que de nosotros se hayan apoderado la indignacion y la ira al ver que se nos proponia una empresa indigna de hombres que tienen corazon y armas, y que nos haria aparecer á los ojos del mundo entero tan cobardes y tan traidores como el mismo conde de Carrion. Hay quien dice que para un traidor, un traidor; mas yo digo, y como yo todos los que no tienen una alma ruin y cobarde, que para un traidor, un leal. Si temeis presentar el pecho á los dardos que afilan para nosotros los ballesteros de D. Suero, dueño sois de abandornarnos en esta empresa; mas si no es así, preparad vuestras armas, alentad á nuestros leones, como nosotros vamos á hacer, que mañana á la noche hemos de caer sobre Carrion, y el conde ha de morir, y arder su castillo, ó nosotros hemos de perder la vida en la demanda.

—Ira de Dios! exclamó Bellido. Si otro fuera quien duda de mi valor, ya hubiera probado la punta de mi daga! Con vosotros quiero vencer ó morir, hermanos!

—Bien, hermano, bien! dijeron Martin y Rui-Venablos, y alargaron la mano á Bellido Dolfos que la estrechó, con fuerza sí, mas no diremos si con sinceridad, porque Bellido era mas traidor que Judas, y tarde ó temprano se vengaba cobardemente de aquel de quien creia haber recibido alguna ofensa. ¿Olvidaria que el Vengador y Rui-Venablos le habian apellidado cobarde y traidor y puéstole la daga al pecho? El tiempo y los sucesos nos lo dirán.

Pocos instantes despues de despedirse de aquellos, paseaba muy pensativo por un lugar solitario poco apartado del campo y de cuando en cuando se heria la frente con la mano, y pronunciaba una blasfemia, al parecer enojado por la esterilidad de su imaginacion; pero de repente se paró, meditó un instante aun mas profundamente que antes, y la alegria brilló en sus ojos y en su sonrisa cuando exclamó:

—Escelente pensamiento, ni uno se salvará!.. Oh! mi invencion bien vale los doscientos marcos de oro! Ya comienza á anochecer; veremos de hacer una escapatoria á Carrion.

En seguida pasó á la tienda del Vengador, y dijo á este:

—Camino de Búrgos vive una muger á quien amo, y quisiera verla por si muero en el asalto de mañana.

—Id si os place, hermano, contestó Martin.

—Eso haré muy pronto, puesto que lo permitís, dijo Bellido.

Y se encaminó á su tienda, alegre y satisfecho, como debió encaminarse á Búrgos Rodrigo Diaz, despues de lidiar en los montes de Oca.

Asi que la noche fue bien entrada, montó en su caballo y caminó hácia Carrion, si bien al separarse del campo tomó direccion distinta.





CAPÍTULO XIX.

De como pintan los solteros la vida de los casados.



TERESA. Heredó Gonzalo el condado y falleció también á poco tiempo, sucediéndole Suero, á quien debia seguir en la herencia Teresa y á esta dos hijos de corta edad, llamados el uno Diego y el otro Fernando que dejó Gonzalo el menor á su fallecimiento.

ALGUNAS horas despues que pasaba en el campo de los bandidos lo dicho en el capítulo precedente, tenian lugar en el castillo de Carrion las escenas que vamos á describir.

Diez años antes de la época en que dá principio esta historia falleció D. Gonzalo conde de Carrion, dejando dos hijos, llamado el mayor Gonzalo y el otro Suero, y una hija llamada

Los herederos presuntos, hasta cierto grado de parentesco, llevaban el nombre de infantes, y hé aquí porqué en las Crónicas aparecen con el nombre de tales Teresa y sus sobrinos Diego y Fernando.

Teresa contaba apenas diez y ocho años, en la época á que nos referimos. Dios habia dotado su alma de todas las perfecciones y todas las virtudes que pudiera desear el justo que abandonase el cielo para buscar entre las mugeres una eterna compañera, al paso que habia negado á su rostro casi todas esas perfecciones que son el único encanto de los hombres que solo buscan un ente material en la muger. Teresa pues, era el reverso de la medalla de su hermano, física y moralmente considerada. Su alma era toda compasion, toda amor, toda melancolía. Su tez era blanca y delicada como su alma; sus ojos azules, pero tristes como su corazon, y todo su ser era lánguido y enfermizo, lo cual oscurecia las gracias físicas que recibiera de la naturaleza. Aquella dulce y cándida paloma parecia siempre dispuesta á desplegar sus alas para remontarse al cielo. Si Dios hubiera puesto una lira en las manos de Teresa, su alma se hubiera ido exhalando en santas é inmortales armonías. Pero ay! la dulce paloma vivia siempre temblando, amenazada por el cruel milano, y aquel espíritu angélico se ahogaba entre los pardos muros del castillo de Carrion.

Tenia este una angosta ventana, desde la que se descubria un dilatado paisaje sembrado de pueblecillos cuya situacion designaban otros tantos campanarios. Teresa gustaba asomarse á aquella ventana para contemplar el azul de los cielos y la verdura de los campos, y respirar el ambiente embalsamado con el aroma de las campiñas. Mas no eran estos los únicos encantos que la llevaban á aquella ventana: dulcísimos recuerdos de la infancia la arrastraban á ella. Allá á lo lejos, en la falda de una colina, descubria Teresa una risueña aldea; al verla, se acordaba de su madre, y una lágrima brotaba de sus ojos de cielo; pero á este recuerdo, al recuerdo de la pérdida de su madre, iba unido el de la felicidad que habia gozado á su lado, recordaba las deliciosas tardes de primavera ó de otoño en que su madre y ella abando-

naban solas el castillo y se internaban por aquellos campos, por que entonces el amor de sus vasallos era para los señores de Carrion el ala del ángel custodio que protege la frente del justo, del mismo modo que desde que Suero heredó el condado, el odio de sus vasallos era la espada del arcángel que amenaza constantemente la cabeza de Luzbel. Teresa y su madre iban pues á aquella aldea que se descubria desde la ventana del castillo; visitaban una por una las casas de sus vasallos, para consolar á los tristes y socorrer á los necesitados; y cuando el sol se hundia allá trás las montañas de occidente, dejaban la aldea coronadas de bendiciones y refresco su corazon con las lágrimas del regocijo y la gratitud, para tornar al castillo donde las esperaban la tranquilidad del justo y un padre ó un esposo tan amante como honrado. Los pobres villanos las acompañaban solícitos y contentos hasta cerca del castillo, y alli, en la cumbre de una colina coronada de encinas y sembrada de tomillo y manzanillas, desde donde abarcaba la vista una dilatada estension, se sentaban madre é hija, para contemplar la llanura iluminada con los primeros rayos de la luna, para escuchar los cantares del pastor que conducia al aprisco su rebaño, ó los del aldeano que con sus yuntas y sus aperos abandonaba los campos, regados con el fecundo sudor de su frente, y se dirigia á la aldea donde le esperaba impaciente la tierna esposa, ó la enamorada doncella, que pretestando á su madre ir á la fuente, salia á su encuentro hasta la arboleda donde brotaba el manantial que servia de espejo á las aldeanas; para oir el toque de la oracion en todos aquellos campanarios que se descubrian desde el castillo, para prestar atento oido á todos esos misteriosos y confusos rumores que se alzan en los campos asi que los hombres y los pájaros callan.

En aquella ventana estaba Teresa entregada á sus recuerdos, cuando oyó á su espalda los dolorosos ladridos de un perro que se dirigió á ella como implorando su compasion, y las risas de dos niños de ocho á diez años que le seguian con mucha algazara.

—Pobre Leal, qué tienes? dijo Teresa, dirigiéndose al perro, que continuaba dando dolorosos ladridos. Y al ir á acariciar al pobre animal, retiró la mano, sintiendo en ella una sensacion dolorosa.

Al mismo tiempo llegaron los niños.
—Tia, dijo uno de ellos, dadnos alfileres para clavárselos á Leal en la otra oreja.

Teresa comprendió entonces los lamentos del perro, y conoció la causa del dolor que habia experimentado en la mano al ir á acariciarle. Los niños habian clavado alfileres en la oreja de Leal.

—Cruelles, dijo á los niños, qué daño os ha hecho Leal para que asi le atormentéis?

—Toma, respondió Diego, el mayor de aquellos, es para que cante.

—Tia, dijo Fernando, que asi se llamaba el otro niño, dadnos alfileres para ponérselos en la otra oreja, y vereis como canta y baila.

Teresa dió un suspiro al ver la crueldad de aquellos niños y se apresuró á arrancar los alfileres de la oreja del perro, que dejó de quejarse y le demostró su gratitud, acariciándola mucho y lamiéndole la mano que aun brotaba sangre de la herida hecha por los alfileres.

Al mismo tiempo se oyó la campana de la villa que tocaba á la oracion. Los niños seguian celebrando con mucha algazara lo que habian hecho con el perro.

—Callad! les dijo Teresa con voz severa; arrodillaos y rezad por vuestra madre.

—Si no lo oye! replicó Diego. Dice nuestro tio que en muriéndose uno, es lo mismo que cuando se muera Leal!..

—Sí, tia, añadió Fernando, eso dice nuestro tio, y ya veis como él no reza.

Asi diciendo, ambos niños salieron de la habitacion continuando en la misma algazara con que habian entrado.

—Ay! exclamó Teresa con doloroso acento, cruelles é impios á la vez!... Y añadió alzando los ojos al cielo: Dios mio! tened piedad de la casa de Carrion!!.

En seguida dobló la rodilla, y dirijiendo la vista al cielo azul y estrellado que se descubria por la ventana, oró fervorosamente é inundó el pavimento con sus lágrimas.

—Ay! murmuró poco despues acercándose de nuevo á la ventana; mi corazon está muy triste!.. Temo y deseo sin saber qué!... Qué noches tan tristes y tan largas, Dios mio!... Dónde estará Guillen, que no viene esta noche como acostumbra, á hacer mas llevadera con su conversacion esta soledad que me rodea? El es el único que me compadece, él es el único que me comprende, porque en el castillo su alma es la única generosa y buena. Qué sentimientos tan elevados los suyos!... Con qué entusiasmo habla de todo lo generoso y noble! Qué ambiciones tan dignas de un caballero le animan!... Hijo de un pobre pechero, tiene el alma tan noble como el mejor de los ricos-homes de Castilla!... Dichosa la doncella que de él sea amada!...

Teresa interrumpió sus consideraciones porque una voz dulce y respetuosa demandaba permiso para comparecer en su presencia. Otorgóle de buen grado la doncella, y Guillen entró en la habitacion.

—Creí que no veníais esta noche, Guillen, pues habeis tardado mucho, le dijo Teresa en tono de dulce reconvencion.

—Perdonadme, señora, contestó el paje con estrema mansedumbre; vuestro hermano, mi señor, me ha ocupado hasta ahora...

—Pues bien, le interrumpió la melancólica doncella con una de sus tristes sonrisas, en castigo de vuestra tardanza, quiero que os senteis en ese sillon, y aquí junto á la ventana, á la luz de la luna, converseis conmigo un rato y me conteis las nuevas de Búrgos, que aun no me habeis contado.

—Ah! exclamó Guillen conmovido por la bondad de Teresa, cuán generosa é indulgente sois conmigo, señora!...

Y tomó asiento frente á la doncella, junto al hueco de la ventana; pero reparando en el rostro de Teresa, vió una lágrima detenida aun en la pálida mejilla de la infanta, una lágrima que brillaba con la luz de la luna, como brilla la gota de rocío suspendida en la hoja de la flor con la luz del sol naciente, Guillen se estremeció dolorosamente y exclamó:

—Señora, habeis llorado? quién os ha ofendido? Decídmelo, decídmelo, que yo, humilde paje, hijo de un pobre pechero, tengo

brazo y corazon para castigar al que á mis señores ofenda...

Y Guillen se detuvo temeroso de que su corazon le arrastrára mas allá de los límites que su humilde condicion le señalaba.

—Nadie me ha ofendido, Guillen, contestó Teresa conmovida, pero agradezco el interés que por mí os tomáis, porque sois generoso y bueno. Me he acordado de mi madre, y hé aquí porque veis húmedos mis ojos.

El paje se tranquilizó con estas palabras.

—No me direis las nuevas de Búrgos? continuó la doncella. Desde que se trasladó allá la corte, debe haber muchas y dignas de ser contadas. Hánme dicho que en Búrgos se han celebrado lucidas fiestas con motivo del casamiento del hijo de Diego Lainez y la hija del conde de Gormaz.

—Ese, señora, ha sido el suceso mas notable durante nuestra permanencia en Búrgos, respondió Guillen en voz baja; mas no me atrevo á hablaros de él, porque ya sabeis que vuestro hermano, mi señor, tiene prohibido hasta mentar el nombre de los de Vivar en su casa.

—Cierto, dijo Teresa, pero no temais que aquí nos oiga el conde. ¿Hánse casado el de Vivar y la de Gormaz por amor, ó por mandado del rey que quiso cortar bandos con la union de las dos casas, segun dicen? No estrañeis mi curiosidad, Guillen, que siendo la hija de D. Gome y el hijo de Diego Lainez, honrados y buenos, su felicidad me interesa.

—Oh, cuán cumplida la gozan, señora! exclamó el paje. Sabed que D. Rodrigo y Doña Jimena se aman desde niños, y escuso decir os cuán grande será su felicidad al verse unidos para siempre!.. Guirnalda de flores debe ser el lazo del matrimonio cuando sugeta dos corazones de antemano hermanados por el amor.

Un suspiro involuntario se escapó del pecho de Teresa al pronunciar estas palabras Guillen. Teresa habia contemplado en sus padres la felicidad que el paje encarecia, y aun sin aquel ejemplo, su propio corazon le revelaba aquella felicidad. ¿Podia esperarla ella? Ah! no: lo único que Teresa podia esperar, era que un dia le dijera su hermano: «Cumple á mi voluntad y al interés de nuestra casa, tu union con este ó aquel noble; disponte á ir al altar.»

Y, pobre y resignada víctima, tendria que ir al ara á donde la tiranía fraternal la condujera. Y dado caso que tuviese valor para desplegar sus labios, inútil seria que dijese á su hermano: «El sacrificio á que me conduces es el mas bárbaro de los sacrificios; ni aun conozco al hombre con quien van á unirme con eternos lazos; los lazos que de hoy mas van á pesar sobre mí, son los del interes, son los de la vanidad, son los de la ambicion mezquina cuya tiranía hace que el alma se revele y mire con horror sus deberes mas sagrados. La bendicion nupcial solo debe ser la sancion de un convenio celebrado anticipadamente entre dos corazones. Deja que el mio se una con otro que lata por él, y entonces seré buena esposa y buena madre, y bendeciré al hermano que me dejó francas las puertas del paraíso.» Sí, inútil será que esto diga á su hermano, porque aquel hombre sin Dios, sin ley, sin compasion, pondrá una mordaza en su boca antes que acabe de exhalar sus quejas, y la arrostrará muda é inerme al altar del cruento sacrificio! ¿Cómo ha de comprender D. Suero las aspiraciones de una alma delicada y amante y compasiva como la de su hermana? ¿Cómo la ha de comprender él que no conoce el amor ni la compasion, él que solo en la violencia vé el único medio de triunfar de las mugeres, él que cree haber poseido á una muger cuando la poseyó materialmente?

Todas estas amargas consideraciones se agolparon á la imaginacion de Teresa cuando el paje hizo aquel bello panejirico del matrimonio contraido por amor. Ambos jóvenes guardaron silencio por algunos instantes; la meditacion de Guillen no era menos dolorosa que la de Teresa: primero consideró cuánta dicha seria la suya si Teresa le amase y le fuese dado unirse con ella, y este sueño le arrulló un momento; despertó de él, y pensó cuán difícil, sino imposible, era su realizacion, ¿Quién era él para llegar á ser esposo de la noble hermana del conde de Carrion, de la infanta doña Teresa, con cuya mano se creeria honrado el mas noble de los señores castellanos? Y si Teresa, para quien la bondad del alma valia mas que la del nacimiento, llegára á amarle, ¿era la infanta dueña de disponer de su mano? ¿Podia consentir el conde, lleno de ambicion, de orgullo y de odio á los pecheros, que

su hermana diese su mano á un pobre paje, al hijo de un humilde pechero? Pero al fin un rayo de esperanza brilló en su mente, que la esperanza y las doradas ilusiones son el patrimonio de las almas entusiastas y enamoradas, y generosas y buenas. Se dijo así mismo lo que habia dicho en Búrgos á sus amigos el día en que Rodrigo y Jimena se unian ante los altares: «Mozo soy, y corazon no me falta; tomaré una lanza y cerraré con la morisma; seré armado caballero y entonces me seguirán un centenar de valientes; entraré por tierra de moros, la conquistaré y seré señor de vasallos, y entonces D. Suero no me negará la mano de su hermana.» Estas locas esperanzas, estas vanas ilusiones fortalecieron de nuevo su corazon.

—Hermosa es la idea que de ese lazo habeis formado, Guillen! dijo Teresa abandonando sus tristes reflexiones.

—Señora, es la idea que habeis formado vos misma, contestó el paje.

—Holgárame infinito que me explicárais la vuestra por saber si está conforme con la mia. Son tan pesadas y tan tristes las veladas del castillo, que es menester entretenerlas con cualquier cosa.

—Eso haré, señora, por complaceros, contestó Guillen con alegría, porque Teresa le proporcionaba un medio de desahogar su corazon, de decirla indirectamente como la amaria, y cuál seria la dicha de ambos si un día llegasen á unirse.

—Señora, continuó el paje, qué dicha tan grande seria poder mostrar el alma en la palma de la mano, como se muestra un objeto material! Si así fuera, yo os diria: «Ved mi pensamiento, ved mi alma, examinad sus mas profundos arcanos.» Y vos la examinaríais de una sola mirada, la conoceríais tal cual es, y comprenderíais la idea que deseais os explique mi labio. En la vida de dos esposos unidos por el amor, se confunden y hacen comunes la alegría y la tristeza, los goces y las penas, el dolor y el placer; todos los sentimientos, todas las sensaciones son dobles, porque el que siente, siente por sí y por otro. La doncella y el mancebo que han ambicionado largo tiempo la posesion recíproca, la posesion del cuerpo y del alma, considerándola como la felicidad suprema

en el mundo, que han ido examinando día por día, año por año, su porvenir desde el feliz instante en que el ministro de Dios los una, hasta aquel en que la muerte los separe, que el uno al otro se han dicho : «En los primeros días de nuestra union gozaremos á la vez en las ilusiones de los amantes y en la posesion absoluta de los esposos, y nuestras esperanzas serán aun mas dulces que ahora, porque tendremos mas confianza en su realizacion; nuevos vínculos vendrán luego á estrechar nuestra union mas y mas, y esos vínculos serán hermosas criaturas á quienes amaremos como á una parte de nuestro ser, y de quienes seremos amados, no solo por la vida que les hayamos infundido, sino tambien por los solícitos cuidados y el amor que les hayamos prodigado; no sentiremos que nuestra vida camine al sepulcro, porque las plantas que brotaron al sol de nuestro amor, quedarán hermosas y lozanas sobre la losa que cubra nuestras cenizas como la reproduccion de nuestro ser;» la doncella y el mancebo que tal ambicion han tenido, que tal han calculado y que tal han dicho, ¿no se considerarán felices, no creerán haber alcanzado la felicidad suprema el dia en que sus esperanzas comienzan á realizarse, el dia en que se poseen por completo? Ved, señora, de qué manera contemplo yo la dicha de los esposos unidos por el amor: no quiero suponerlos ricos y cercados de comodidades, aunque en ese caso el cuadro seria mas encantador aun, porque la miseria y el trabajo exacerban el alma; quiero suponerlos míseros labradores, que solo por instinto tienen el alma delicada y afecta á los sentimientos íntimos y elevados, porque la educacion y la inteligencia no han perfeccionado y desarrollado su sensibilidad. Viven en una rústica choza; los jardines que la rodean han sido formados por la naturaleza, y la naturaleza es quien cuida de ellos. En ellos brotan la clavellina, la siempreviva, el tomillo, el espliego, la manzanilla, la salvia y otras mil flores y plantas, cuyo aroma compite con el de los jardines creados y cuidados por la mano del hombre; alli no hay árboles que por su alineacion formen vistosas calles, ni fuentes de mármol cuyas aguas formen armónicos juegos; mas, crecen aquí y allí confusos y desordenados, el cerezo, el peral, el manzano, la higuera, el avellano, el nogal y la parra, cuyas sabrosas frutas

esparcen ricos olores, recrean la vista y son rico manjar para los sobríos campesinos; y cerca de aquella pobre morada, brota de entre las peñas una fuente que fertiliza los campos y mitiga la sed de aquellos pacíficos moradores. No despiertan á los labradores músicas acordadas, ni el ruido y el tumulto incesantes en las ciudades, mas sí el canto del gallo, ó mas tarde el de los pajaritos que saludan la alborada desde las ramas de los árboles, entre los que blanquea la humilde morada como una alba paloma medio escondida entre las ramas de un arbusto. Entonces el labrador deja su lecho, en el que ha dormido en los brazos del amor y arrullado por la tranquilidad del alma, y despidiéndose de la esposa con una dulce caricia, é imprimiendo el labio en la sonrosada mejilla del niño que duerme soñando, unas veces con su madre y otras con los ángeles que, segun esta le ha dicho, bajan todas las noches á velar su sueño, se dirige al campo vecino, cuando el Oriente empieza á teñirse de oro y de púrpura para anunciar la salida del sol. Mientras trabaja, oye allá en su morada unos cantares que regocijan su corazon; canta la esposa mientras se entrega á las faenas domésticas, y sus cantares suenan á los oidos del esposo tan gratos como la música mas acordada, porque son los mismos con que la labradora en su doncellez encarecia y celebraba su amor. El sol abrasa y el trabajo es rudo, pero el labrador no desmaya, porque le anima la esperanza: en aquel campo que riega con su sudor, brotarán doradas espigas que enriquecerán su troje. Llega la noche, y entonces se realiza otra de las dulces esperanzas que le animan; deja el campo, y torna á su morada donde le recibe llena de ternura y de alegría la esposa que ha esperado aquel instante como una liberal compensacion de sus faenas de todo el dia. ¡Qué cuadro tan bello el que entonces presenta aquella familia reunida en torno del hogar! Señora, mis palabras son pobres para pintárosle, vuestro corazon le adivinará.»

Oh sí! el corazon de Teresa adivinaba lo que el paje no acertaba á esplicar, y comprendia el cuadro que Guillen bosquejaba imperfectamente.

—Guillen, dijo Teresa sintiendo latir apresuradamente su co-

razon, teniais razon al decir que la idea que teniais de los vínculos nupciales estrechados por el amor, era semejante á la que yo habia formado. Ay! por qué no fueron mis padres unos pobres labradores!.

—Por qué no fueron condes los mios! exclamó el paje. Y como asustado de sus propias palabras y temeroso de revelar á aquella noble doncella el amor que abrasaba su corazon, se levantó de su asiento y dijo:

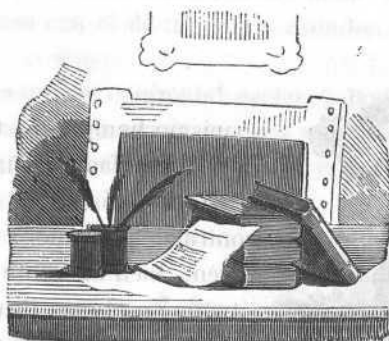
—Permitid, señora, que me retire, que el conde mi señor estará esperándome, y ya sabeis cuánta exactitud quiere en sus servidores.

Teresa no se opuso á que el paje se retirára.

¿Era esto indiferencia?

Pero asi que Guillen se separó de su lado se sintió triste y desconsolada, sintió en su corazon un profundo vacío.

¿Era esto amor?





CAPITULO XX.

De como el conde de Carrion no ganaba para sustos.



Al mismo tiempo que Guillen manifestaba á la infanta Doña Teresa la idea que tenia formada del matrimonio contraido por amor, tenía lugar una escena bien diferente en un aposento situado en el piso bajo del castillo, en el mismo que habia ocupado y nuevamente ocupaba Sancha, la villana á cuyo padre habia privado de la vista

D. Suero, pues ya supondrá el lector quién era la moza que el conde habia llevado de Búrgos, la que habia tomado el nombre de Aldonza al huir con Mari-Perez.

La moza se hallaba de pie junto á una ventana enverjada que daba al campo, pues el castillo de Carrion era una torre cuadrada con almenas y aspilleras, sin fortificacion exterior. A su lado estaba D. Suero dirijiéndola amargas reconvenciones que ella escuchaba con aparente desdén, mirando indiferentemente al campo, iluminado por una clarísima luna.

—Ingrata, decia el conde, el amor que yo te tenia merecia que huyeras de mi lado como hiciste? ¿No eras la única muger á quien el altivo conde de Carrion se habia humillado? ¿Qué te faltaba en mi castillo?

—Faltábame la libertad y esa fui á buscar, y faltábame un padre de quien vos! cruel! me privásteis, y á quien no he tornado á ver.

—¿Y no eran llevaderas esas privaciones estando recompensadas con las comodidades y la opulencia que disfrutabas en mi casa, y mas que todo con el amor del noble conde de Carrion?

La jóven se echó á reir, y contestó desdeñosamente:

—Mas gratos que las comodidades y la opulencia de vuestra casa, han sido para mí los groseros trages, la pobre mesa, y la misera habitacion de Mari-Perez, porque me recordaban los que tuve en mi niñez, y en cuanto al amor del noble conde de Carrion, héme holgado mas con el de un pobre escudero del rico-home de Vivar.

—Ira de Dios que te confunda! exclamó D. Suero balbuciente de cólera, porque aquella era la primera vez que una muger osaba mofarse de él, y que los celos torturaban su pérfido corazon. Con lágrimas de sangre llorarás tu ingratitud, y ni á tu padre tornarás á ver, ni gozarás esa libertad que tanto anhelas, ni te holgarás con otro amor que el mio.

La moza contestó con otra carcajada á las amenazas del conde. La ira de este llegó entonces á su colmo; D. Suero echó mano á su puñal, pero la jóven se lanzó á su cuello trocando de repente su sarcásticas palabras y su desdeñosa sonrisa en la sonrisa y las palabras mas dulces y cariñosas que puede inventar muger para desarmar la cólera de un hombre.

—Así os quiero yo, amor mio, exclamó Sancha, así os quiero

yo, porque me pareceis el mas hermoso de los hombres cuando la cólera anima vuestro semblante.

Las palabras y las caricias de Sancha, tornaron de repente al tigre en manso cordero; aquella muger era hermosa, mas se hallaba dotada de una hermosura brutal y salvaje, si así podemos espresarnos; por eso sin duda ejercia tan omnímodo poder sobre el alma del conde, para quien nada valian esas hermosuras delicadas, que son la delicia de las almas generosas y buenas. Entre el alma de D. Suero y la de Sancha, habia una afinidad maravillosa, del mismo modo que la habia entre la de Guillen y la de Teresa.

—Sancha!... Sancha!... murmuró D. Suero ébrio de placer, correspondiendo á las caricias de la artificiosa villana. ¿Por qué te huelgas en mostrarme alternativamente un infierno y un cielo?...

—Para que el cielo os parezca mas hermoso despues de contemplar el infierno, contestó Sancha redoblando sus caricias. Oh amor mio! cuánta felicidad nos espera en el castillo de Carrion, sino me obligais á huir de él!...

—Huir!... exclamó el conde casi aterrorizado; no, no, porque entonces este puñal traspasaria mi corazon.

—Sea vuestro corazon absolutamente mio, y entonces os amaré mas que á mí misma, y nunca me separaré de vuestro lado... Ingrata me habeis llamado poco há!... Cuán injusto sois, amor mio! Sabed que no huí de vos por buscar la libertad ni por buscar á mi padre: huí porque dabais á otras el amor que á mí me correspondia... ¿Me jurais enmendar vuestros yerros, no poner los ojos en ninguna muger mas que en mí?...

—Sí, Sancha, yo te lo juro!...

—Si así lo haceis, oh dulce amor mio, cuánto os amaré! Mas sino... odio eterno, desprecio constante tendré para vos...

Pocos instantes despues salia D. Suero de la habitacion de Sancha, y no faltó quien le oyera murmurar:—Este, este es el cielo... Necios los que le buscan mas allá de la vida!...

Casi al mismo tiempo se oyó una voz que dijo.

—Ah del castillo!

Oyóla el conde, y como la conociera, se apresuró á mandar que franqueasen la entrada al forastero, pintándose en su rostro y en sus palabras la impaciencia y la incertidumbre. El recién llegado fué introducido en seguida á su presencia en uno de los aposentos mas escondidos del castillo.

—Seais bien venido, le dijo D. Suero; os esperaba con impaciencia. ¿Qué nuevas traeis?

—Malas, contestó Bellido, que no era otro aquel hombre.

—Ira de Dios que confunda á los bandidos! exclamó el conde. ¿Con que seguirán burlándose impunemente de las leyes? ¿Con que no habrá medio de esterminarlos?

—Calmad vuestra impaciencia, señor, que aun no debeis perder la esperanza que mi buen deseo de servirlos os hizo concebir. Héles propuesto lo que habíamos acordado, y no han querido aceptar mi proposición, antes bien, ha faltado poco para que me hiciesen pagar con la vida el haberlos creído capaces de cometer una traición, que por tal tienen ellos el penetrar en el castillo sin combatir.

D. Suero prorumpió en una ruidosa carcajada.

—Desde cuándo acá, dijo, son tan honrados los bandidos? ¿Acaso os han convertido también á vos, Bellido? Peor para vos, que vuestra honradez os costará los doscientos marcos de oro que os prometí si traíais al Vengador y su banda á una celada en que todos pereziesen.

—Quién os ha dicho, replicó Bellido, que he desistido de ganar los doscientos marcos? Pensais que Bellido Dolfos, cuando acomete una empresa, la abandona al primer contratiempo? ¿Es tan poco el haber ido á alistarme en la banda del Vengador, el haber sufrido hambre y frio y cansancio, el haber sido uno de los primeros á la cabeza de la banda al asaltar veinte castillos de otros tantos ricos-homes á fin de ganar la confianza del Vengador, para que renuncie á cojer el fruto de tales trabajos porque nuestros planes hayan corrido un ligero contratiempo?... Mal me conoceis, conde.

—Perdonad, Bellido, dijo Don Suero recobrando la esperanza que habia perdido completamente. Es tan menguada mi

suerte que creí no nos quedaba ya esperanza ninguna.

—Esperanzas nos quedan aun.

—Y me direis cuáles son?

—Eso haré si me escuchais sin impacientaros.

—Hablad, que á complaceros estoy dispuesto.

—Cierto que el Vengador ha desechado mi proposicion; mas hay otro medio de asegurar la destruccion de la banda. Hemos convenido en que el ataque se dará mañana á la noche; consistirá en forzar la poterna, y apoderarse la banda de los soldados que guarnecen el castillo, lo cual será facil, pues el Vengador cuenta con trescientos hombres, al paso que la guarnicion se compone de cincuenta ballesteros. Pues bien: he discurrido un medio muy fácil y seguro de aplastar á los bandidos; falseareis la poterna, de modo que sean menester pocos golpes para franquearla; hareis lo mismo con los arranques de las bóvedas que cubren el primer aposento entrando la poterna, de manera, que arrojando encima de la bóveda violentamente una gran piedra ú otro objeto de mucho peso, se hunda en el momento oportuno, y por último, asegurareis bien la puerta que dá ingreso del primer aposento al segundo. Asi que esté franca la poterna, se precipitará á dentro la banda, y cuando se halle ocupada en derribar la segunda puerta, se hundirá la bóveda sobre los bandidos, y todos ó casi todos quedarán aplastados bajo la pesada techumbre, á cuyo estrago se unirá el que cause el peso que haya determinado el hundimiento.

—Bellido, exclamó el conde lleno de entusiasmo, alargando la mano al traidor, os doy la enhorabuena y me la doy por vuestro proyecto, que me parece excelente! ¡Oh bien haya el dia en que acudí á vos para esterminar esa banda infernal que es mi eterna pesadilla! No doscientos marcos de oro os daré, sino trescientos, como vuestro proyecto tenga el buen resultado que ambos deseamos.

—Yo os fio que le tendrá si cumplís exactamente las instrucciones que os he dado. ¿No olvidéis que mañana á la noche será el ataque.

—No lo olvidaré, Bellido, ni tampoco el tener contados los trescientos marcos de oro. Cuidad de no pasar la poterna á la ca-

beza de la banda, que fuera yo muy ingrato si os quisiera mal sirviéndome tan bien.

—No hayais temor que tal haga; quedaré fuera, y si la puerta ha sido abierta y no derribada, haré por cerrarla para que ninguno de los de la banda pueda salir al rechinar la bóveda para desplomarse.

Pocos instantes despues, tornaba Bellido Dolfos al campo del Vengador.

Asi que hubo despedido al traidor y cuando casi todos dormian en el castillo, D. Suero llamó á uno de sus criados que ejercia el oficio de alarife cuando habia que hacer reparos en el edificio, y le instruyó acerca de la operacion que era preciso practicar en la bóveda que debia servir de losa funeraria á los bandidos. Durante lo que restaba de noche, oyéronse golpes hácia el lado de la poterna, y al amanecer estaba ya todo dispuesto del modo que Bellido habia mandado; habíanse falseado los arranques de la bóveda, suspendido sobre esta dos enormes piedras por medio de dos garruchas puestas en el techo, y falseado tambien la poterna de modo que se abriera sin mucho esfuerzo, pues no estaba cerrada por medio de rastrillo como era lo mas comun en otras fortalezas, sino por una hoja ferrada que jiraba sobre su quicio.

A pesar de la seguridad que el conde tenia de esterminar á los bandidos por medio del ingenioso artificio ideado por Bellido, estaba inquieto recordando el agravio que habia hecho á Rodrigo Diaz apellidándole cobarde, y no dudaba que el de Vivar procuraria tomar venganza de aquella ofensa que ya pesaba al conde, por las fatales consecuencias que podia tener.

Se hallaba pensando en este asunto, cuando fué avisado de que acababan de llegar al castillo cuatro caballeros burgaleses que traian para él cierto mensaje. El mas profundo terror se apoderó de D. Suero al recibir este aviso, y como no contestara al criado que esperaba su respuesta, este se atrevió á decirle:

—Señor, ¿qué respuesta he de dar á esos mensajeros?

El abatimiento del conde se trocó repentinamente en la mas violenta cólera.

—Trágueme el infierno!... exclamó D. Suero dando furiosas pa-

tadas en el suelo. Quisiera tener el género humano en mi poder para destrozarle entre mis manos!

Y así diciendo, buscó la daga en su cinto, y como no la encontrára, tomó un leño de los que habia junto al hogar donde el conde se calentaba á la sazón, y dió de palos al infeliz servidor, que los sufrió resignado persuadido de que la sumisión era el mejor partido que se podía tomar cuando el conde estaba irritado.

No bien hubo maltratado tan injustamente á su servidor, se sentó á orilla del fuego y permaneció algunos instantes pensativo, pero exclamó de repente:

—No, no haré campo con él, que Martin Gonzalez era mas fuerte y mas diestro que yo... que Lucifer protege al de Vivar.

Al decir esto, alzó la cabeza, y viendo al criado que esperaba sumiso sus órdenes, añadió:

—Estabas ahí, traidor!...

Y quiso tomar de nuevo el palo con que le habia molido las espaldas; pero abandonando de repente su actitud amenazadora, dijo:

—Perdona, Gonzalo, te he apaleado sin saber lo que me hacia: introduce á mi presencia á esos caballeros ó lo que fueren:

El criado obedeció, y un instante despues estaban en presencia de D. Suero Antolin Antolinez «el burgalés de pró,» como le llaman los cronistas del Cid, Alvar Fañez Minaya, y otros dos caballeros tambien burgaleses.

—A vos, D. Suero Gonzalez, conde de Carrion, dijo Antolin, nos envia D. Rodrigo Diaz de Vivar, á quien calumniasteis en Búrgos apellidándole cobarde y mal nacido...

D. Suero interrumpió á Antolin Antolinez diciéndole humildemente:

—Cierto, que cobarde le apellidé; mas no conocí que fuera él al denostarle, porque me cegaba la ira viendo maltratados á mis servidores...

—D. Suero, esas satisfacciones habeis de dar al ofendido en el campo, que no aquí, replicó Antolinez.

—Para empeñarse dos caballeros en sangrienta lucha, contestó el conde siempre con humildad, menester es que se ódien, y yo

no tengo rencor al de Vivar, ni por cobarde ni mal nacido le tengo; antes bien, confieso que es uno de los caballeros mas animosos y honrados de Castilla.

—Pues si eso creéis, dijo Antolin Antolinez, echad pregones haciéndolo público en todas partes. Solo así, ya que no lidiando frente á frente, podeis satisfacer al ofendido. Ved que la honra del de Vivar es de mucha estima para que no la defienda con teson su dueño.

—¿Creéis que á un buen caballero, que yo soy, cumple la humillacion que me proponéis?...

—¿Y creéis vos, conde, que á un buen caballero, que es D. Rodrigo, cumple dejar que impunemente le apelliden cobarde? No, no, vive Dios! Si Rodrigo Diaz no bastára á vengar la ofensa que le hicisteis, mil caballeros hay en Castilla que empuñarian el acero en su defensa. Oid, conde mezquino y calumniador: D. Rodrigo Diaz de Vivar os reta á singular combate, y os dice, que sino admitís el reto, pondrá carteles en Castilla y Leon, denunciando á la execracion pública vuestra ruindad y vuestra cobardia.

—Callad, callad y no me obligueis á añadir nuevos ultrajes al que en Búrgos hice al de Vivar, exclamó D. Suero abandonando el tono sumiso que hasta entonces habia empleado.

—En suma, ¿qué respondeis al que á vos nos envía?

D. Suero se irguió con altivez, y respondió con soberano desdén:

—Decid al de Vivar... decidle que vaya noramala, decidle que al conde de Carrion no place salir al campo con tan ruin caballero.

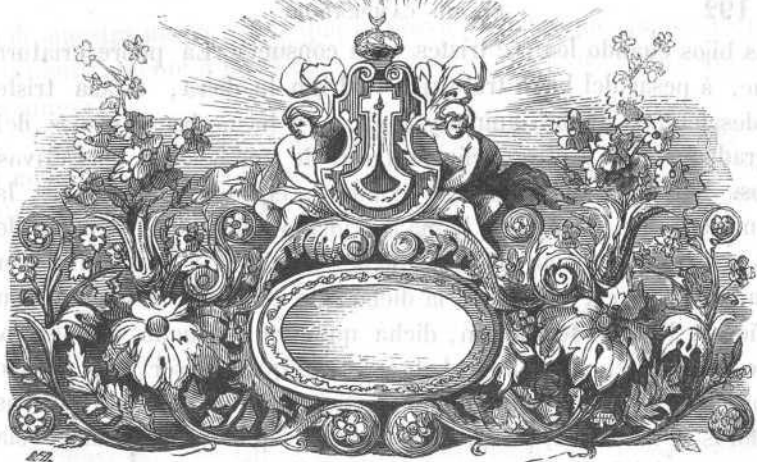
—El mensaje de D. Rodrigo hemos cumplido, y el vuestro tambien cumpliremos, contestó Antolin Antolinez, é inmediatamente tomaron la vuelta de Búrgos él y sus compañeros.

Apenas salieron del castillo, D. Suero meditó la contestacion que acababa de dar, consideró la mancha de cobarde que sobre sí acababa de echar, y prorumpió en furiosas imprecaciones, y maltrató inhumanamente á los primeros criados que se presentaron á su vista. Luego la ira se trocó en abatimiento y terror, y el conde lloró como la mas cobarde muger... Pero la esperanza de

acabar aquella misma noche con los bandidos, reanimó su espíritu, y entretenido con ella, no volvió á pensar en el reto de Rodrigo.

Dos dias despues, Rodrigo Diaz puso carteles en Castilla y Leon, publicando la cobardia de D. Suero y devolviéndole con creces y sobrada justicia, los insultos que de él habia recibido; dos dias despues, el conde de Carrion, que de muchos era antes odiado, era odiado de todos; dos dias despues, los villanos cantaban los romances que componian los juglares, comentando, en descrédito de D. Suero, la cuestion habida entre este y Rodrigo Diaz de Vivar.





CAPITULO XXI

De como un moro quedô y cinco se fueron.



RAN pasados pocos dias despues de aquel en que Rodrigo entró en Búrgos con la presa que habia hecho en los montes de Oca, y se solazaban Teresa Nuña, Jimena, Lambra y Mayor conversando y acariciando al niño moro, recogido por el compasivo caudillo castellano en el campo de batalla. Era el niño muy hermoso y hablaba romance con bastante facilidad, pues le habia aprendido de los cautivos cristianos que siempre habia conocido al servicio de la casa de sus padres. Aquellas compasivas mugeres le habian acogido como Fernan habia vaticinado, prodigándole todas las caricias que tiene una tierna madre para

sus hijos cuando los vé tristes y sin consuelo. La pobre criatura que, á pesar del buen trato que Rodrigo le diera, estaba triste y desalentada, cobró ánimo y alegría, y hasta las lágrimas del agradecimiento y el regocijo brotaron de sus bellos y espresivos ojos. Lambra estaba loca de contento con el cuitado niño; la honrada y leal dueña que habia envidiado mil veces la dicha de las madreš que tenian hijos á quienes acariciar y de quienes ser acariciadas, veia anticipada la dicha que esperaba desde que su señora y Ridrigo se unieron, dicha que era su sueño dorado, y que consistia en tener á su lado niños á quienes servir en cierto modo de madre. Hasta Mayor participaba del contento de sus señoras y la dueña, porque sin duda en aquel hermoso niño veia el retrato del fruto de sus amores con Fernan.

Ciertamente conmueve y consuela el alma la tierna simpatía que une á los niños y las mugeres, ya sean estas madres ó no hayan sentido los dolores y los goces de la maternidad. Un pobre niño sin amparo acude en vano al corazón del hombre, pero jamás al de la muger. Cuando cubierto de harapos, tiritando de frio y estenuado de hambre implora la caridad pública en una calle ó á la orilla de un camino, contemos los hombres y las mugeres que se acercan á socorrerle, y veremos que el número de los primeros es mucho menor que el de las segundas. ¡Qué palabras tan dulces se escapan entonces del labio de la muger!

—No tienes madre?

—Pobre hijo del alma!

—Angelito de Dios!

—Ay de las madres que paren hijos para verlos así!

Tales son las palabras que el labio femenino hace resonar en torno del niño desamparado!

Volvamos la vista á los serenos dias de nuestra niñez, recordemos qué sexo enjugaba nuestras lágrimas, sellaba nuestra mejilla con sus labios, nos arrullaba con sus cantares, yelaba nuestro sueño, tomaba parte en nuestros juegos, adivinaba nuestros deseos para satisfacerlos, lloraba en nuestras dolencias y celebraba con profundo regocijo nuestra salud y nuestra alegría. El nombre de una muger irá siempre unido á estos recuerdos, sea ó no

el de nuestra madre. Dios que lo previene todo, que jamás abandona enteramente á los débiles, ha dado al niño una madre en cada muger!

Vayamos por esas calles, recorramos esas aldeas, entremos en la morada del rico, pasemos luego á la del pobre, y aunque Dios nos haya dado una alma vulgar y un corazon de piedra, encontraremos la esencia de la poesía y el sentimiento en la multitud de nombres conque en todas partes espresan las mugeres su ternura á los niños.

—Amor mio!

—Sol mio!

—Embeleso mio!

—Gloria mia! esclaman besando con delirio la rosada mejilla de un ángel. Y estos nombres, no estudiados, sino salidos espontáneamente del corazon, y emanados del mas puro de los sentimientos, ¿no valen tanto como todas las frases amorosas que pueden inventar los poetas?

El sentimiento que los niños inspiran á la muger, arranca á esta de la esfera vulgar, sublima su espíritu en alas del fuego sácro de la poesía. Cuando veamos á la muger mas vulgar en el colmo de ese sentimiento, preguntémosla, por ejemplo, por qué quiere á los niños, y nos contestará estas palabras ú otras semejantes:

—Porque busco ángeles en la tierra, y solo los encuentro en ellos.

Si por otros sentimientos, si por otras virtudes, si por otros encantos no mereciesen las mugeres el amor y el respeto de todas las almas sensibles y generosas y buenas, los merecieran por esa santa simpatía que encuentran los niños en su corazon.

¡Benditos y amados sean los que comprenden y experimentan el sentimiento que movió el labio del divino Nazareno, cuando dijo: «Dejad que los niños se acerquen á mí!»

—Ismael, dijo Jimena al niño mahometano, no has conocido á tu madre?

—Sí, generosa cristiana, y era hermosa y buena y me quería

como vos; pero Alá se la llevó al paraíso al concluir el último ramadan.

—Hijo del alma! exclamó Teresa Nuña. Y la querías mucho?

—Ah! sí, contestó el niño, y eso que no quiso llevarme consigo!

Sus ojos se arrasaron de lágrimas y continuó:

—Cuando el santo Alá la llamó al paraíso, mi padre y yo lloramos mucho. Poco despues, el rey levantaba gente para la guerra, y mi padre me preguntó:—¿Quieres ir á ver á tu madre, hijo mio?—Sí, sí, le contesté. Aquel mismo día cabalgué en ancas de su caballo, y partimos para la frontera de Castilla:—Vamos á la guerra, hijo mio, me decia mi padre en el camino; ojalá muramos en ella, porque entonces volaremos al paraíso, y ya nunca nos volveremos á separar de tu madre que está allí!..

El niño interrumpió su relato un instante, prorumpiendo en llanto, y añadió luego:

—Mi padre se fué al paraíso á ver á mi madre... y tampoco quiso llevarme consigo!...

—Inocente criatura! exclamaron las sensibles mugeres que rodeaban á Ismael, acariciándole y procurando consolarle, tan conmovidas como él.

—Cuitado niño! dijo Lambra, lo que querria él es tornar á su tierra!

—Quieres volver á tu tierra, hijo mio? preguntó Teresa á Ismael. ¿Quieres volver á Molina?

—Ya no están allí mis padres!... contestó el niño con desconsuelo... Quiero quedarme con vosotras que sois buenas y cariñosas como mi madre!

—Pues bien, quédate con nosotras, que te querremos como tu madre, hijo mio!

—Qué buenas sois las cristianas, qué buenas! exclamó el niño sin saber cómo mostrar su agradecimiento á las que así le consolaban y compadecian.

—Y quieres tú ser cristiano? le preguntó Nuña.

—Si vosotras habeis de ser madres mias, adoraré al profeta que adoreis... Mi madre me decia que los niños deben adorar al

Dios que adora su madre. ¿Y quiere á los niños el Nazareno, vuestro profeta?

—Sí, hijo mio, los niños son el primer objeto de su amor: gusta conversar con ellos, reprende á los que los riñen y no los dejan acercársele, y les deja siempre francas las puertas de su paraíso.

—Oh qué bueno es vuestro profeta, qué bueno! yo quiero adorar al Nazareno! exclamó el niño con entusiasmo.

Teresa Nuña y Jimena se separaron de él por algunos instantes, persuadidas de que Lambra y Mayor no le dejarían echar de menos su presencia.

Poco despues llegó Fernan en ocasion de que la dueña y la doncella seguían haciendo preguntas al niño acerca de su país y de sus padres, á las que el niño contestaba con visible emocion.

—Por el alma de Belcebú, exclamó el escudero, que es mucha sandez el atormentar á ese pobre infante con el recuerdo de bienes perdidos, que es el mas triste de los recuerdos! Asi entienden siempre el cariño las hembras, besan con tanto ahinco que muerden. Yo diré á mis señoras Doña Teresa y Doña Jimena, que dejen á mi cuenta la crianza de este morillo que vale mas que toda la morería junta, y verán, voto á Judas Iscariote, como le sako maestro en cabalgar y dar cada bote de lanza que valga un tesoro de rey.

El tono de Fernan era bastante brusco, y duras eran tambien sus palabras; pero el rostro y las maneras del escudero respiraban tanta franqueza y tanta bondad de corazon, que Ismael, lejos de asustarse, corrió al encuentro de Fernan y se abrazó á sus piernas cariñosamente.

—Moro me torne yo, dijo el escudero enternecido, si este rapaz no vale mas que toda la presa que hicimos en montes de Oca! Cada vez me acucia mas el deseo de moler los huesos á palos á ese sándio de Alvar desde que osó murmurar de mi señor Don Rodrigo porque traía en las literas á este pimpollo de oro!

Y Fernan alzó en sus hercúleos brazos á Ismael, y le besó con entusiasmo diciendo:

—Dírate mil besos sino temiera raspar esa tu cara de rosa con las mis barbas; mas yo las rasuraré, y entonces tomaré desquite. Te placen las armas y las cabalgaduras, rapaz?

—Oh! sí, contestó el niño saltando de alegría, ¿teneis armas y caballo?

—Sí tengo, contestó el escudero. Mañana hemos de ir á la caballeriza, y allí te he de enseñar á cabalgar y á manejar la lanza y la espada. Juro por el alma de Belcebú, que antes que seas mozo has de ir con mi señor D. Rodrigo y yo á la guerra, y has de lidiar como Bernardo en Roncesvalles.

—Llevadme ahora mismo á la caballeriza, dijo el niño, para que me enseñeis vuestro caballo y vuestras armas.

—Ola rapaz, que exigente eres! Mas he de darte gusto por quien soy, que me place tu viveza de génio.

Y así diciendo, Fernan tomó de la mano al morillo que saltaba de contento y de impaciencia por ir á la caballeriza.

—No llesves el niño, Fernan, dijo Mayor, que si mis señoras preguntan por él, habrán enojo de que Lambra y yo no le hayamos guardado.

Y fué á coger á Ismael de la mano que este tenia libre, para quitársele á Fernan; pero el escudero la separó de un empuellon, y desapareció con el niño, diciendo:

—Este rapaz irá donde á mí me plazca, y todas las hembras del mundo no podrán quitármele. Por el alma de Belcebú que es buen modo de criar los infantes, siempre so el brial de las hembras! Así crían las gallinas sus hijuelos y gallinas salen ellos.

Llegados el escudero y el niño á la caballeriza, Fernan fué enseñando los caballos á Ismael, que se empeñaba en montar en todos ellos. Al fin le complació el bondadoso Fernan, colocándole sobre Overo que desarrendó, y el que con una paciencia comparable á la de su amo, se prestó á todos los caprichos del niño, unas veces aligerando el paso, otras acortándole, ora jirando á la derecha, ora á la izquierda. Pasaron luego al guadarnés, y Fernan se dispuso á dar á Ismael su primera leccion de ejercicios de lanza. Hízole montar en una silla de armas, puso en sus manos, á guisa de lanza, un palo como de seis palmos, puso un blanco en un

poste frontero, y una cuerda bastante larga atada al arzon delantero de la silla; dióle por escudo un caldero pequeño destinado á llevar agua á los caballos, y cuya asa debia servir de brazal, y cuando le hubo así armado, le aleccionó acerca del modo de tener las armas ofensivas y defensivas. En seguida, el buen Fernan le mandó prepararse para acometer, y encojer los pies para que no se lastimase; hizolo el niño, y asiendo el escudero la cuerda, tiró de ella y arrastró la silla y al que cabalgaba en ella, con suma rapidez. El niño precipitó demasiado el golpe, y no hirió el blanco.

—Voto á Judas Iscariote, exclamó el escudero, que el rapaz este ha de malograr los mejores botes por su atolondramiento.

—Si corria poco el caballo! replicó el niño.

—Vamos, dijo Fernan, prepárate á la segunda embestida, y cuida no errar el golpe.

—Ya vereis, ya vereis como hiero el blanco esta vez.

El morillo se preparó de nuevo, Fernan tiró de la cuerda aun con mas velocidad que antes; pero Ismael quiso dar el bote antes de tiempo, y aun se separó mas del blanco.

—Por el alma de Belcebú, gritó el escudero dando una fuerte patada, que esto es para desesperar al santo Job. Si pensará este hi de tal que por apresurar los botes se dan mejor!

—Pues ya no embisto mas! dijo el niño, enojado de su poca destreza mas bien que de la severidad de Fernan. Y arrojando el caldero y el palo, echó á correr para volver á las habitaciones de donde le habia sacado el escudero.

—Torna acá, hijo, torna acá, le gritaba este; pero en vano, porque Ismael estaba ya cerca de Lambra y Mayor.

—Pesia mi poca paciencia! exclamó Fernan, dándose una manotada en la cabeza. Qué ha de hacer el cuitado sino huir, si le trato peor que á esclavo!

Encaminóse en seguida en busca del morillo, y poco despues estaban juntos jugando como si ambos fueran niños.

En tanto que Fernan se entretenia así con Ismael, otra escena no menos interesante tenia lugar en un salon donde solia reunirse la familia de los de Vivar. Rodrigo contaba á sus pa-

dres y á su esposa los innumerables rasgos de valor de sus soldados en la batalla de Oca, callando los suyos, porque aquel noble caballero era tan modesto como valiente. Tampoco relegaba al silencio los del enemigo; quien era tan justo y tan honrado, ¿cómo no habia de glorificar el mérito donde quiera que le hallase?

—La hueste enemiga, decia, era numerosa; mas habia en ella mucha gente que no defendia mas causa que la del pillage, y esa fue la que primero volvió espaldas á nuestras lanzas y venablos. Con valor lidiaron los soldados castellanos; pero el triunfo no se hubiera decidido tan pronto si los enemigos hubieran contado con algunos centenares de hombres de armas tan esforzados como sus caudillos. Esos reyes moros que trage prisioneros para que prestáran homenaje á mis padres y á la mi Jimena, porque unos y otros sois dignos de tales acatamientos, esos reyes, digo, y particularmente Abengalvon el de Molina, lidiaron como los mas cumplidos caballeros del mundo.

—Oh cuán desgraciados son y cuán dignos de ser bien tratados! exclamaron á un mismo tiempo Teresa y Jimena, cuya alma siempre estaba dispuesta á la compasion.

—Por eso, dijo Rodrigo, los he tratado, no como á miserables cautivos á quienes se suele cargar de cadenas, sino como á reyes, á quienes el que los recibe en su casa destina los mejores aposentos, creyéndose muy honrado teniéndolos bajo su techo; por eso voy á darles libertad hoy mismo, si vosotros, padres mios, y tú, Jimena, aprobais esta mi determinacion.

—Sí, Rodrigo, sí, exclamaron todos con muestras de alegria. Tristes cautivos! añadió Teresa. Allá en su tierra tendrán quizá esposa, hijos, y acaso padres, que llorarán su ausencia creyéndolos muertos ó perdidos para siempre.

—Hijo mio! dijo el anciano Diego dando su temblorosa mano á Rodrigo, visiblemente conmovido. Ese corazon es digno de un caballero; no en vano te di el ser, no en vano corre por tus venas mi sangre, no en vano descienes del solar mas noble de Castilla. Oh si Lain Calvo, tu abuelo, alzara la noble frente del sepulcro!.... Durante mi larga vida he trabajado constantemente por el

engrandecimiento de Castilla, por la honra de nuestra casa y por el triunfo de la fé; pero bien ha recompensado Dios mis trabajos dándome un hijo tan bueno como tú eres! Mis fuerzas desfallecen, mi aliento se apaga, mi cuerpo se inclina á la huesa; mas qué importa la muerte á un caballero cuando muere tan honrado como yo, y cuando deja un sucesor tan bueno como tú? En buenhora des libertad á esos reales cautivos, que para tu padre y para todos los buenos esa generosidad será uno de tus mas bellos triunfos.

Sí, razon tenia Diego: aquel dia alcanzaba uno de sus mas bellos triunfos Rodrigo, porque para él, el mas tierno de los hijos y el mas amante de los esposos, eran la gloria mayor las palabras que oia de sus padres y de su esposa y la alegría que esta y aquellos experimentaban!

—Padres míos, Jimena! dijo el generoso y esforzado caballero, tan conmovido como sus padres y su esposa, vamos á dar libertad á los cautivos. Si quieren reconocernos vasallage, hánganlo en buenhora, sino... libres serán igualmente.

Y Rodrigo y su familia se encaminaron á la prision de los reyes moros. A la prision hemos dicho? No, el aposento que ocupaban Abengalvon y sus compañeros no merecia nombre de tal: estaba situada en el piso bajo del edificio, tenia salida á unos bellos jardines, y seguramente era digno de reyes en todos conceptos. Rodrigo y su familia bajaron á él por una escalera que ponía en comunicacion los dos pisos habitables de que constaba el edificio y tuvieron la atencion de pedir á los reyes moros su consentimiento para presentarse á ellos. Los reales cautivos salieron al encuentro con señales de respeto y temor, y quisieron postrarse á los pies de Rodrigo; mas este se lo estorbó con palabras benévolas que llenaron de confianza y de gratitud el corazon de los mahometanos.

—La ley de la guerra, les dijo, puso en mis manos vuestro destino y por lo tanto soy dueño de disponer de él. ¿Reconoceis mi derecho?

—Vuestros esclavos somos! contestó humildemente Abengalvon, el mas versado en el habla castellana, y el mas jóven de los cinco

reyes moros, como que apenas contaba veinte y cinco años.

—Pues bien, continuó Rodrigo: enemigos míos érais cuando os vencí en campal batalla, pero lidiásteis con valor y llevábais el nombre de reyes, y por eso os traté, no como á esclavos, sino como á amigos.

—Oh quién pudiera envanecerse con ese nombre! exclamó Abengalvon.

—Mi ambicion es serlo vuestro, dijo Rodrigo. Sabed, continuó, que me tengo por tan buen vasallo, que amo y venero tanto á todo el que lleva ó ha llevado el nombre de rey, que me tendria por deshonorado si tuviese reyes en prisiones, aunque fuesen moros enemigos de Dios y de mi patria. Tornad, pues, á la vuestra, y sed lo que vuestro corazon os dicte, mis amigos ó mis enemigos, que yo cumplo con lo que pide el mio y el de mis padres y mi muger, que aqui veis.

—Oh santo Alá! exclamaron los moros alzando al cielo sus ojos arrasados de lágrimas. Los votos de nuestros hijos y nuestras esposas han llegado á tí y has compadecido el llanto del amor y el infortunio! Nosotros te glorificaremos en el seno de nuestras familias, y al par que á tí, al noble cristiano que hoy nos enseña á ser generosos y buenos!

Y Abengalvon continuó dirigiéndose á Rodrigo:

—No, no seremos vuestros enemigos; queremos ser vuestros vasallos para respetaros y rendiros parias como tales, y vuestros amigos para amaros! Dadnos vuestras manos á besar.

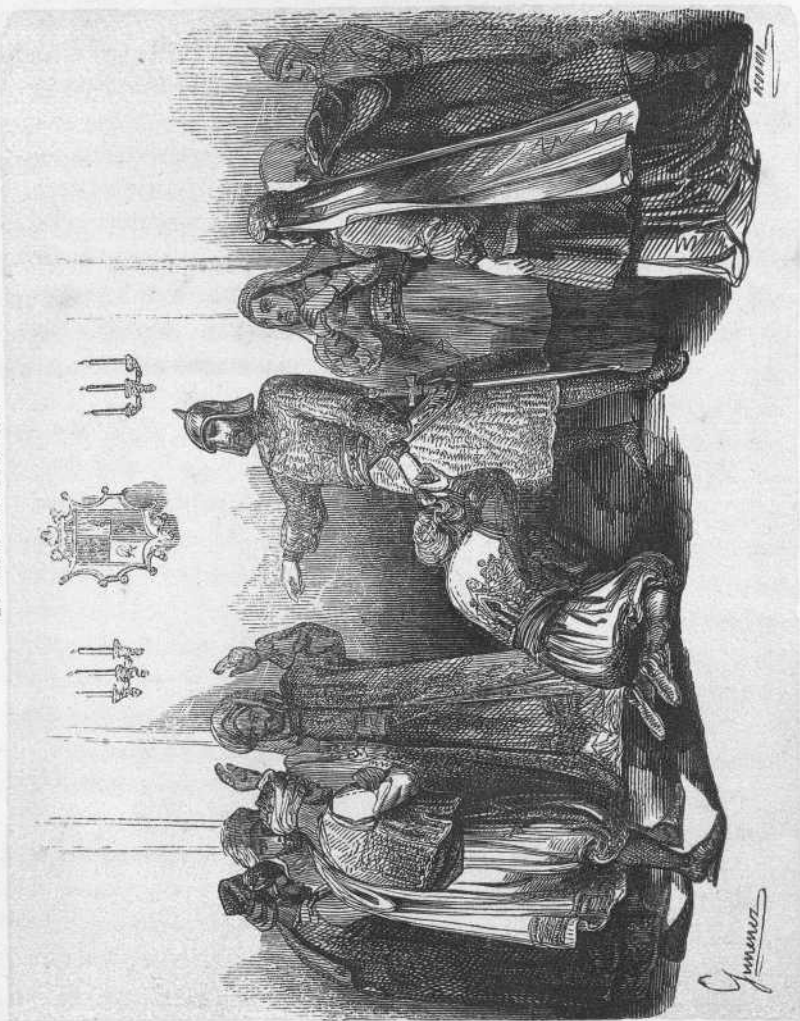
—Venid á mis brazos si me creéis digno de los vuestros, exclamó Rodrigo tan conmovido como los musulmanes.

Y estos le abrazaron llorando de regocijo, como tambien al honrado viejo Diego Lainez que contemplaba esta escena lleno de emocion, en la que le acompañaban Teresa y Jimena, á quienes los moros besaron en seguida las manos, manifestando á cuánta honra tenian el hacerlo.

Madre, Jimena! dijo Rodrigo un instante despues, abrid las puertas de su prision á los que han sido nuestros cautivos, y de hoy mas serán nuestros amigos.

Teresa y Jimena se dirigieron á una puerta que daba salida

EL CID CAMPEADOR.

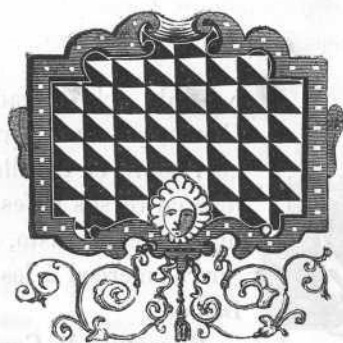


á la calle y abrieron de par en par las dos hojas de que se componia.

—Franca está la puerta de vuestra prision, dijo Rodrigo á los moros; tornad á vuestra tierra, llevad el consuelo á vuestras mugeres y vuestros hijos, y Dios sea con vosotros, amigos mios! A la puerta teneis sendos caballos en que cabalgar y escuderos que os acompañen hasta la frontera, llevando mi enseña verde para que ni villanos ni nobles osen ofenderos.

—Vuestros vasallos somos, y cada año recibireis nuestras parias! dijo Abengalvon.

Y él y sus compañeros abandonaron el palacio de los de Vivar con los ojos anublados por las lágrimas y bendiciendo á Rodrigo, á Diego, á Teresa y á Jimena, con toda la efusion de que sus almas eran capaces.





CAPITULO XXII.

De como la banda del Vengador atacó el castillo de Carrion.



A banda del Vengador se encaminó á Carrion asi que cerró la noche, para caer sobre el castillo á la hora convenida entre sus gefes, y de la que, como ya hemos visto, tenia noticia Don Suero, merced á los buenos oficios de Bellido.

El castillo de Carrion estaba situado en una altura inmediata á la villa, llamada en el dia la Atalaya camino de Villasirga. Antes de llegar á él habia una arboleda muy espesa. La noche estaba oscura y por esta circunstancia pudo llegar la banda á aquella arboleda sin ser vista por los centinelas del castillo. Martin y sus capitanes Bellido y Rui-Venablos mandaron hacer alto á su gente con objeto de prepararse alli al ataque sin

ser visto aunque las espesas nubes que velaban el cielo se disipasen y apareciese la luna.

Los bandidos, todos ellos peones, iban provistos de aceradas hachas, mazas de fierro y picos con que franquear la entrada en la fortaleza. Martin tenia dadas órdenes á todos para que no hiriesen al conde D. Suero, pues se reservaba para sí la consumacion de la venganza que tanto anhelaba; quería clavar su puñal en el corazon del asesino de su padre. La banda se dividió en dos cuerpos bien ordenados : el uno debia lanzarse á forzar la poterna del castillo, y mientras esta operacion se practicaba, debia el otro cuerpo protegerla, disparando sus dardos contra las saeteras y las almenas de la fortaleza, á fin de que los ballesteros que las guardaban fuesen heridos, ó no pudiendo descubrir el cuerpo, hiciesen al azar sus disparos. Rui-Venablos, para quien el puesto mas arriesgado era el mejor, pidió colocarse á la cabeza de la primera mitad, en cuyo puesto se colocó tambien Martin, y Bellido se puso al frente de la segunda.

En esta disposicion salieron los bandidos de la arboleda, é inmediatamente se dió la voz de alarma en el castillo, y se trabó el combate.

Algunos bandidos cayeron al suelo traspassados por las primeras flechas disparadas desde la fortaleza, cuya circunstancia aumentó el corage de la banda. Como la oscuridad era bastante densa, y estaba cubierto de maleza el terreno detrás del castillo, es decir, por el lado de la poterna, Bellido Dolfos consiguió separarse de la mitad que mandaba, escurriéndose por entre unos matorrales, donde estuvo hasta que aquella se adelantó por su lado hasta dejarle detrás, disparando una nube de dardos contra el castillo. Rui-Venablos, Martin y los suyos, penetraron al fin hasta la poterna. Cerraba esta una puerta forrada con dobles chapas de fierro, sobre la que los bandidos empezaron á descargar terribles golpes con sus ferradas mazas; no necesitaron empero descargar muchos, porque la puerta se abrió con fracaso, rotos al parecer los cerrojos que la sugetaban. Entonces, la banda entera se precipitó á dentro, dando horribles gritos de furor y de salvaje alegría. Pero faltaba franquear otra puerta para pasar del primer aposento al

interior del castillo, y aquella puerta era mas fuerte aun que la de la poterna. Martin ruijó de furor al tropezar con este nuevo obstáculo cuando ya creia llegado el momento de hundir su acero en el corazon del conde.

—Romped, romped pronto esta puerta, gritó á los que iban provistos de mazas. Y estos comenzaron á descargar furiosos golpes sobre la puerta que no cedia lo mas mínimo, porque tambien estaba fuertemente forrada de hierro y asegurada interiormente con gruesas barras del mismo metal. Un infierno era la impaciencia en el corazon del Vengador, el que tomando la maza de uno de los bandidos, empezó á descargarla por sí mismo sobre la puerta con una fuerza de titan. En aquel instante sonó un golpe espantoso sobre la bóveda de aquella estancia, un golpe que hizo temblar el edificio, un golpe tan terrible como si la parte superior del castillo se hubiese desplomado sobre la bóveda, un golpe que hizo rechinar á esta como si fuera á desplomarse. Todos los bandidos lanzaron un grito de espanto, escepto Martin, que seguia hiriendo la puerta, porque solo oia la voz de la venganza que le mandaba apresurar el momento de ejecutar aquella tan terrible que D. Suero espiase en ella los innumerables crímenes que sobre su conciencia pesaban.

—Fuera, fuera, que se hunde la bóveda! gritaron todos los bandidos precipitándose, en espantoso desórden hácia la poterna, porque en efecto, la bóveda rechinaba, falseados como estaban los arranques, y conmovida por el golpe de dos enormes piedras que una tras otra se habian arrojado con violencia sobre ella. Pero al mismo tiempo, una mano de hierro cerró desde la parte de afuera la puerta, y la sugetaba como si estuviese clavada al cerco; en aquel instante cedió la segunda puerta á los golpes de Martin, y este y Rui-Venablos, y medio centenar de bandidos se precipitaron al interior del castillo. Quisieron imitarlos los que se habian agolpado á la poterna, mas al apartarse de esta, se desplomó la bóveda con espantoso ruido, y todos aquellos desventurados quedaron hechos pedazos entre sus escombros. Una satánica carcajada resonó entonces en los pisos altos del castillo, y un rostro que respiraba bárbara satisfaccion, se asomó á contemplar aquel horri-

ble estrago al agujero que se habia abierto en la bóveda del piso principal para suspender los pesados sillares que debian caer sobre la del piso bajo.

Aquella carcajada la habia dado D. Suero, y el rostro de este era aquel rostro infernal.

El conde y el traidor que le habia ayudado en su obra de esterminio, ignoraban que aun quedaban ilesos muchos de los bandoleros, como tambien que la segunda puerta hubiese sido derribada y dado paso á aquellos; mas pronto sacaron de su ignorancia á D. Suero, los gritos y el tumulto que oyó en los aposentos altos, gritos y tumulto que parecian acercarse hácia donde él estaba. En efecto, el Vengador, Rui-Venablos y los suyos, y casi toda la gente de armas que guarnecia el castillo, peleaban con encarnizamiento en los pasillos que conducian á las habitaciones ordinariamente ocupadas por D. Suero. Entonces el mas profundo terror se apoderó del conde, porque aquel hombre era tan cobarde como tirano, cruel y desalmado, y corriendo á una escalera secreta, bajó á los subterráneos del castillo, y huyó de éste ganando el campo por una salida oculta.

La lid era sangrienta y obstinada entre los bandidos, y los defensores del castillo; colocados estos en uno de los pasillos que conducian á las habitaciones de los señores de Carrion, resistian el ataque con un valor solo comparable al de los bandidos; pero el Vengador y Rui-Venablos, llenos de furor por la pérdida de sus compañeros y por aquella resistencia, quisieron hacer el último esfuerzo, el último esfuerzo, sí, porque querian pasar adelante por medio de él ó morir. Lanzáronse por medio de sus enemigos derribando á cuantos encontraban á su paso, y sus compañeros los siguieron imitando su ejemplo. Muchos quedaron tendidos en el suelo en esta audáz embestida, pero los demas rompieron el muro que sus contrarios formaban y se lanzaron como leones hambrientos á los aposentos donde pensaban encontrar su presa. Como no diesen con esta, lanzaban furiosas imprecaciones y gritos de furor que aterraban á los mismos soldados encargados de la defensa del castillo, quienes, heridos ó acobardados ya, habian dejado caer las armas de la mano, y solo procura-

ban buscar la salvacion en la fuga. Nada les quedaba que registrar en la habitacion del conde; abandonáronla creyendo que este se habria refugiado en otros aposentos, y tropezaron con una puerta cerrada. Era la de la estancia de Teresa: quisieron abrirla, y como encontráran resistencia, el Vengador descargó sobre ella tan terrible golpe, que cayó al suelo hecha astillas. Una jóven, la infanta Doña Teresa, estaba en un rincon casi muerta de espanto, y delante de ella estaba Guillen, con una espada en la mano, en actitud de defender á la doncella.

—Deteneos, gritó el paje á los bandidos, deteneos, que solo llegareis á esta dama cuando algunos de vosotros hayan probado el filo de este acero, cuando no defienda á mi señora otro escudo que mi cadáver!

Martin y Rui-Venablos se detuvieron; sus compañeros hicieron ademán de lanzarse sobre Guillen, pero el Vengador se lo impidió diciéndoles:

—Aquel de vosotros que dé un paso para ofender á ese mancebo ó á esa doncella, caerá muerto á mis pies; que no debemos ejercer nuestra venganza en una débil muger ni en el que la defiende.

Y al mismo tiempo se oyó una gran vocería hácia el lado de la villa; abrió el Vengador la ventana, de que ya el lector tiene noticia, y á la luz de la luna que acababa de desembarazarse de las nubes que hasta entonces la habian ocultado, vió multitud de gente que se acercaba al castillo: y al mismo tiempo se oyó la voz de D. Suero que gritaba viendo luz en la ventana:

—Ah de mis ballesteros, defendeos, que vais á ser socorridos!

El conde habia ido á buscar refuerzo á la villa, y sus vasallos se habian apresurado á dársele como les dijera que la vida de la infanta peligraba sino. Mas de doscientos hombres de todas edades venian con él armados con los instrumentos que habian hallado mas á mano. Los bandidos estaban rendidos de cansancio y su número era ya tan escaso que á penas llegarían á veinte. El Vengador conoció que él y sus compañeros eran perdidos si no abandonaban inmediatamente el castillo; poco le importaba morir

si su padre estuviera vengado, pero no estándolo la vida era para él de mucho precio.

—Huyamos, gritó, ó el conde logra al fin nuestro completo es-terminio, y nuestros compañeros no serán jamás vengados. ¿Oís esas voces? El conde ha logrado huir del castillo y vuelve con fuerzas tan numerosas que su triunfo es seguro. Muchos de nuestros compañeros que yacen heridos en los ánditos que hemos recorrido hasta llegar aquí, van á quedar en poder del conde, porque no nos queda tiempo para recojerlos y llevarlos con nosotros. Serán sacrificados por el bárbaro D. Suero, si no tomamos represalias. Tengamos en nuestro poder esa doncella, y el conde respetará la vida de nuestros compañeros para que nosotros respetemos la de su hermana.

—La hermana del conde de Carrion, dijo Guillen, siguiendo en su actitud amenazadora, no quedará espuesta á vuestros ultrages mientras á mí me quede vida.

—Yo os juro que será respetada, contestó el Vengador; mas es preciso que responda de la vida de nuestros compañeros. Envainad el acero que teneis desnudo y venid con ella y con nosotros, que si os empeñais en defender aqui á vuestra señora, morireis, y no os tendrá á su lado para cuidar que se cumpla la promesa que os hacemos de no ultrajarla.

Guillen conoció que debia seguir el consejo del gefe de los bandidos, que Teresa necesitaba tener á su lado quien la alentase cuando desfalleciera, quien la consolase cuando llorara, quien velase cuando durmiese, quien defendiese su honra cuando se viese amenazada, y envainó el acero que habia tomado para defenderla, y sosteniendo el vacilante paso de su señora partió con los bandidos.

Unos y otros salieron del castillo y se internaron en la arboleda inmediata, cuando D. Suero y sus vasallos penetraban en la fortaleza que acababa de ser teatro de tan sangrientas escenas. Caminaron durante algunas horas por sitios ásperos y despoblados pues los bandidos, demasiado débiles para hacer frente á los Salvadores, temian tropezar con estos, y al fin hicieron alto en el robledal, que pocas horas antes habia abandonado la banda llena

de fuerza, de esperanza y de valor. Durante aquella penosa jornada muchas veces habian faltado enteramente las fuerzas á la desventurada Teresa, y Guillen habia tenido que conducirla largos trechos en sus brazos, hallando fuerzas en su amor para sostener aquella preciosa carga, á la verdad no tan pesada como lo hubiera sido la de otra muger cualquiera, porque la infanta era un ser consumido por la tristeza y el dolor.

Aun permanecian alli las tiendas y los efectos que, al partir para Carrion, habian dejado los bandidos al cuidado de algunos de sus compañeros imposibilitados de seguirlos. El Vengador destinó una de ellas esclusivamente á Teresa y al leal mancebo que la acompañaba y él y sus compañeros cayeron en las otras medio muertos de cansancio y de dolorosa desesperacion, despues de haber colocado centinelas en los puntos mas á propósito, porque temian les hubiese seguido la pista la gente de D. Suero.

Todos los bandidos dormian profundamente escepto Martin y Rui-Venablos, en quienes la fatiga y el dolor parecian obrar el efecto contrario que en sus compañeros.

—Ah! pobre Bellido! decia el primero, tambien ha hallado sepultura en el castillo de Carrion! Necios nosotros que no seguimos su consejo..... que quisimos hacer de caballeros olvidando que éramos miserables bandidos y que íbamos á habérnoslas con el traidor mas ruin y mas desalmado que ha nacido de muger!..... Nosotros sí que debimos morir en el castillo, y no nuestros leales y valientes compañeros que han sido inocentes víctimas de nuestra necesidad!... ¿Qué hemos de hacer ahora? ¡Llorar nuestro error y ladesventura de nuestros compañeros!

—Ira de Dios! exclamó Rui-Venablos, indignado del desaliento de Martin. El Vengador desmaya y vierte cobardes lágrimas cuando es llegado el momento de obrar con mas constancia, con mas valor, y mas sin piedad que nunca? Podeis vengar á nuestros hermanos con llanto que sienta tan bien en las hembras, como mal en los hombres; yo matando al conde he de vengar á nuestros hermanos y á alguien mas....

—A nuestros hermanos y á alguien mas he de vengar tambien, reduciendo á cenizas el castillo de Carrion y clavando mi pu-

fial en el corazon del conde, dijo Martin exaltado por las palabras de Rui-Venablos.

—Así quiero yo á mi gefe! exclamó Rui lleno de feroz alegría.

—No me deis ese nombre, hermano, dijo Martin estrechando la mano de su compañero, llamadme hermano, que de hoy mas reorganizaremos juntos la banda, y sus gefes seremos ambos. Para probaros cuán ardiente es la sed de venganza que me abrasa y mi amistad, quíeroos confiar un secreto: sabed que no me uní á la banda del Raposo por ejercer el oficio de bandido, ni he seguido esta vida ni tomado el nombre de Vengador para vengar á mis compañeros, acuchillados cuando el Raposo, sino para vengar la muerte de mi padre vilmente asesinado por el conde.

Y Martin contó á Rui-Venablos todo lo ocurrido al tornar de la romería cuando el rapto de Beatriz, añadiendo:

—He ocultado este secreto á mis compañeros, para que no desconfiasen de mí, sabiendo que defendía una causa distinta de la suya, que solo trataba de vengar una ofensa que á mí solamente atañía.

—Por la misma razon, dijo Rui-Venablos alborozado, he ocultado yo la verdadera causa de mi rencor á D. Suero. Habeis de saber, hermano, que tampoco abracé la vida de bandolero por aficion á ella, que otro oficio mas honrado he tenido siempre. He sido soldado desde que me apuntó el bozo, he lidiado siempre como bueno en defensa de la fé, de la pátria y de los oprimidos, y nunca vendí mi brazo á quien no mereciera ser servido de gentes honradas. Hallándome últimamente al servicio de D. Ordoño de Lara, un dia llegóse á mí un anciano, un desventurado ciego, y me dijo:

—«Há mucho que busco un hombre de alma generosa y fuerte brazo que compadezca y vengue á un padre sin ventura, á quien el conde de Carrion ha privado de la vista y de la honra.» Y me contó con lágrimas capaces de ablandar las piedras, que D. Suero le habia robado una hija que era toda su dicha en el mundo, privándole al mismo tiempo de la vista, para que no pudiera buscarla ni vengar tan inícuca ofensa.

—«Hanme dicho, añadió, que jamás demandaron vuestra ayuda los oprimidos por los fuertes, sin que vuestro brazo se la diera, y por eso vengo á vos lleno de confianza.»

Conmoviéronme sus palabras, compadecí su llanto y su desventura, me indignó la felonía y la crueldad del conde, á quien ya tenia por enemigo por otras hazañas del mismo género que de él me habian contado, y juré solemnemente al pobre ciego vengarle de D. Suero, con lo cuál se despidió de mí lleno de contento y de esperanza para ir á buscar por el mundo su sustento, llorando al son de su laud. Entonces me puse á discurrir el medio de cumplir mi promesa; consideré que nada conseguiria con retar al conde, pues despreciaria el reto como acostumbra, no digo siendo el retador un oscuro y pobre soldado, mas aunque sea el caballero mas noble de Castilla y León. ¿Debia acometerle do quiera que le encontrase y obligarle á lidiar conmigo? Esto seria inútil tambien, porque D. Suero lleva siempre á su lado gente que lidie por él, y mi muerte hubiera sido un sacrificio estéril. Yo necesitaba quien me acompañase para asaltar el castillo de Carrion y dar muerte al conde, y como al mismo tiempo tuviera noticias de vuestra banda, parecióme que ella era el mejor instrumento de la venganza que apetecia, por lo cual vine á buscaros y procuré adquirir vuestra confianza.

—Hermano, dijo Martín lleno de alegría por poder nombrar de aquel modo á un hombre animado de sentimientos idénticos á los suyos y que no hubiese abrazado la vida de bandolero solo por vivir del latrocinio, iguales sentimientos nos animan, igual es el fin á que nos dirigimos; sean iguales nuestros esfuerzos para hacer frente á los contratiempos que experimentamos, y para recuperar las fuerzas que esta noche hemos perdido. Ah! quién sabe si Bellido Dolfos traeria á la banda la misma ambicion que nosotros, si obraria animado por un sentimiento noble...

—Hermano, dijo Rui-Venablos, sois demasiado cándido ó muy poco observador, cuando pensais que en Bellido pudieran caber sentimientos nobles. Bellido ha muerto y bien muerto está. Huélgome pocas veces en infamar la memoria de los muertos, pero os digo que Bellido Dolfos estaba muy lejos de ser un hombre hon-

rado. ¿No reparásteis nunca en su crueldad al asaltar algun castillo? Nuestros ataques siempre se han dirigido á los ricos-hombres tiranos y malvados; mas ¡qué diferencia entre vuestro porte y el mio para con los vencidos, y el porte de Bellido Dolfos!

—Teneis razon, hermano, contestó Martin. Bellido ha muerto, y sin embargo, es mas digno de nuestra compasion otro ser que llora en este instante cerca de nosotros. Os hablo de la infanta, de esa desventurada doncella en quien hemos tomado rehenes. Su hermano y ella han ocupado siempre la posicion inversa de san Miguel y el diablo: el diablo tenia bajo sus pies al ángel... Sí, al ángel, porque la infanta es tan buena y tan pura como los ángeles del cielo. Ese valeroso y leal mancebo que no ha querido abandonarla, velará por ella; mas tambien debemos velar nosotros, sí, debemos velar por la inocente paloma á quien hemos arrebatado de las garras del milano, y sin embargo, llora viéndose libre de ellas. Muchos de nuestros compañeros yacen cubiertos de heridas en Carrion, y era justo que asegurásemos sus vidas, porque basta que estén heridos y hayan compartido los peligros con nosotros, para que los compadezcamos... Hemos amenazado al conde con quitar la vida á su hermana, sino conserva la de nuestros compañeros y aun les dá libertad; pero si es tan bárbaro que osa sacrificarlos... la infanta tornará ilesa á Carrion.

—Eso os iba yo á aconsejar, hermano, dijo Rui-Venablos. Vive Dios, que si todos los hombres fueran tan generosos y buenos como vos, no andaria el mundo como anda!.. ¿Qué culpa tiene, en efecto, esa pobre niña, de las maldades de su hermano? En el mundo, y sobre todo en la guerra, suelen pagar justos por pecadores; pero nosotros debemos desechar ley tan inicua. Cierto que el bandido, si ha de comer, necesita quitar el pan al prójimo; pero bastantes prójimos hay que merecen morir de hambre.... A esos, á esos quitaremos el pan y se le dejaremos á los buenos.

—Sí, contestó Martín, y de ese modo aunque se nos dé el nombre de bandidos, nuestra conciencia nos dará otro nombre, nuestra conciencia nos dirá que precisados á elejir entre dos caminos malos, hemos escogido el mejor.

—Y creéis, hermano, que nos conviene permanecer aquí? Es-

tamos harto cerca de Carrion, y D. Suero procurará sacar provecho de nuestra debilidad.

—Cierto, mas viviremos alerta, y no trasladaremos el campo á otro sitio mas seguro, hasta que tornen los que han quedado con vida en el castillo.

Comenzaba á rayar el alba. Martin y Rui-Venablos conocieron que necesitaban reponer sus fuerzas agotadas con la fatiga y las emociones de aquella sangrienta noche, y se tendieron en el suelo, cuidando poner á mano sus armas. Pocos instantes despues, dormian profundamente, y solo interrumpian el silencio que reinaba en el campo de los bandidos algunas palabras mezcladas con sollozos que se oian en la tienda ocupada por Teresa y Guillen.





CAPITULO XXIII.

Donde se prueba que el frio y el amor son compatibles.



RA la noche siguiente, y por cierto bien entrada, pues los bandidos se hallaban ya entregados al sueño. La mermada banda del Vengador continuaba en el mismo campo, y la infanta y el paje en la misma tienda.

La noche estaba oscura y fria, pues habia llovido por la tarde y sucedido á la lluvia una espesa neblina, con la cual habia terminado el dia. Teresa y Guillen velaban á la orilla de algunos tizones medio encendidos, cuyo fuego en vano trataba de reanimar el paje, porque le amortiguaba la humedad del suelo y la de la niebla que penetraba la lona de la tienda á manera de un glacial fluido.

Teresa tiritaba de frio y una palidez mortal cubria su rostro;

únicamente se estendia una aureola encarnada alrededor de sus dulces ojos, indicio de que habia llorado mucho la desventurada jóven. Tambien las lágrimas habian asomado á los ojos del mancebo por mas que este habia procurado contenerlas. ¡Quién hubiera dicho un tiempo al enamorado paje, tan varonil, tan valiente, tan animoso, que un dia habia de mezclar sus lágrimas con las de una débil muger!! Qué espectáculo tan tierno el de aquella pobre niña, de cuerpo tan delicado y tan enfermo como su alma, acostumbrada á las comodidades de un palacio, muriéndose de frio y de dolor moral casi á la intempérie, sentada en una piedra helada, con los pies apoyados en el lodo, empapados en lluvia sus vestidos, y sin fuerzas apenas para acercar sus ateridas manos á la lumbre medio apagada, y aquel generoso mancebo de cuerpo robusto, de corazon animoso, apasionado á las armas y á los trabajos viriles, animándola con sus palabras, abrigándola con su propia ropa, calentando tímidamente las manos de la doncella entre las suyas, avivando la lumbre que se apagaba, que se apagaba por momentos, y por último, sintiendo sus ojos arrasados de lágrimas al ver que toda su ternura, que todo su amor, que todos sus cuidados no bastaban á calmar el malestar de aquella delicada niña!!

—¿Teneis mucho frio, no es verdad? preguntó Guillen á Teresa con toda la ternura y el ánsia y el amor con que un padre pudiera interrogar á su hija moribunda. Ah! veros morir de frio, yo que quisiera veros sentada en un trono! Teneis frio?

—Si, Guillen, respondió la infanta temblando, tengo mucho frio!...

El paje que habia abrigado ya á Teresa con su manto, se despojó de una especie de tabardo que vestia y fue á abrirla tambien con él.

—No, no, exclamó la infanta, no os quiteis el tabardo que vais á moriros de frio!

—No temais por mí, dijo el paje procurando sonreir placenteramente, que yo soy robusto y estoy acostumbrado á la intempérie. Si tengo frio, me le volveré á vestir, asi que hayais entrado un poco en calor.

Teresa se dejó abrigar con el tabardo.

Entonces los cuidados de Guillen se encaminaron á reanimar la lumbre. ¿Mas cómo conseguirlo? El paje no sabia cómo, pero sabia que necesitaba reanimarla, porque tal vez dependia de ello la vida de Teresa, es decir su vida, pues no esperaba ni queria vivir si su señora sucumbia.

—Voy á traer leña, esperad un instante, dijo á la doncella, y salió de la tienda andando con dificultad, pues el frio paralizaba la sangre en sus venas. Dió algunos pasos sin saber á donde se dirijia y tropezó con un cuerpo poco sólido para ser una piedra ó una cepa. Examinóle á tientas, y conoció ser una silla de caballo, con cuyo hallazgo volvió loco de contento á la tienda.

—Alegraos, señora, dijo al entrar, que traigo con qué hacer una hoguera capaz de tornar el calor á un muerto.

—Oh qué bueno sois, Guillen!... siempre llegais á tiempo para salvarme, exclamó Teresa con acento débil y algo sobresaltada, si bien el mancebo no notó esto último.

El paje hizo pedazos la silla: el cuero de que estaba cubierta habia impedido á la lluvia penetrar en la paja y la madera de la armazon. Gracias á la primera, logró Guillen encender una buena lumbre, aunque economizando el combustible, porque era escaso y la noche larga.

El calor de la lumbre fue reanimando los ateridos miembros de la infanta, en cuyas mejillas fue apareciendo poco á poco un matiz sonrosado que Guillen consideraba como la reaparicion de la vida. ¡Hubiérase visto la alegría que brillaba en los negros y rasgados ojos del paje, y se hubiera creido que aquellos eran los momentos mas dulces de su vida!

—Ah! dijo Teresa queriendo sonreir, si supiérais, Guillen, cuánto miedo he tenido durante los cortos instantes que habeis estado fuera de la tienda en busca de leña!

—Miedo!... de quién, señora?

—Cuando pasásteis esta tarde á la tienda del Vengador, se acercó á la nuestra un bandido, me miró con mucha atencion, y se alejó diciendo unas palabras cuya significacion me era descono-

cida. Pues bien, un momento antes de vuestra vuelta con la leña, me pareció ver asomar el rostro de aquel mismo bandido allí, á la entrada de la tienda; quise gritar, pero sentí vuestros pasos y el rostro del bandido acaba de desaparecer.

—Nada temais, señora, dijo el paje con tono jovial, que el Vengador me ha prometido colgar de un árbol al primero que ose ofenderos, y además tengo una espada para ahorrarme muerte tan afrentosa al que tal audacia tuviese. Estad tranquila, recostaos un poco contra.... ¡Ni siquiera hay aquí dónde podáis reclinar la cabeza! exclamó el paje con desconuelo, y en seguida añadió con voz balbuciente y tímida:—Perdonadme, señora... si gustais.... apoyar la cabeza en mi hombro...

—Gracias, Guillen, respondió Teresa con benévolo acento, no tengo sueño aun, pero en cuanto le tenga descansaré un rato del modo que decís.

El paje se llevó la mano á los ojos para sofocar una lágrima y tuvo impulsos de arrodillarse á los pies de su señora para darle gracias por la dicha que le prometía...

Al mismo tiempo una mano ruda alzó bruscamente el lienzo que cubría la entrada á la tienda y penetró en esta un bandido de rostro feróz y maneras brutales. Teresa exhaló un grito de terror, pues veía el rostro que había creído ver poco antes. Guillen asió la espada que tenía desnuda á su lado, y preguntó con tono amenazador al bandido:

—Qué buscáis aquí?

—Sabeis, gentil mancebo, que sois poco cortés con los que tratan de servirlos? contestó el bandido con mucha calma y sonriéndose irónicamente.

—Salid de la tienda!.. le intimó el paje.

—Si vengo para pasar en ella lo que falta de la noche!

—Ira de Dios! Decid á qué venís aquí.

—A relevaros, contestó el bandido siguiendo en su siniestra calma.

—No os comprendo...

—Pues es simple cosa, gentil mancebo: como habeis hecho centinela largo rato á esta doncella ó lo que sea, considero

que estareis ya fatigado y vengo á relevaros siquiera por una hora....

—Atrás, villano, atrás, si no queréis salir muerto de esta tienda, exclamó Guillen preparándose á hacer uso de su espada; pero el bandido replicó, siempre con la misma calma:

—No haré tal, gentil mancebo, que me place estar de centinela al lado de las hembras, aunque sean descoloridas como la que nos está oyendo. Vereis como han salido á esta los colores á la faz para cuando torneis acá....

—Traidor! dijo Guillen, y tiró una estocada al bandido, no pudiendo contener ya su indignacion; pero este dió un salto hácia atrás y esquivó el golpe, y sacando su puñal, seguía burlando con sus agilísimos saltos los esfuerzos que el mancebo hacia para herirle, hasta que aprovechando un movimiento falso que Guillen hizo á causa de la humedad del suelo, se lanzó sobre el paje y logró herirle en la mano con que empuñaba la espada. Teresa dió un agudo y doloroso grito al ver que el bandido habia herido á Guillen, pero este, lejos de acobardarse al sentir la punta del puñal en la mano, se arrojó furiosamente hácia el bandido y le alcanzó por dos veces con su espada, si bien heriéndole de poca gravedad. Cuando mas desesperadamente peleaban, aparecieron en la tienda el Vengador y Rui-Venablos; y este asió al bandido por el cuello con la fuerza de un gigante y le arrastró fuera de la tienda diciendo:

—Traidor, pagarás con la vida tu audacia. Pensabas que solo ese mancebo velaba por la infanta?

El paje se acercó en seguida á la doncella.

—Estáis herido, Guillen...! exclamó Teresa, apenas su terror la permitió desplegar los labios.

—No tengais cuidado, señora, contestó el paje, procurando ocultar la mano herida, es un ligero arañazo que apenas siento...

—No, no, Guillen! dejad que os vende la mano con este pañizuelo.... Ah! mi vida es poco para pagar vuestros sacrificios.

Y al mismo tiempo Teresa asió de la mano izquierda al paje y

le obligó á dejarse vendar la derecha, lo que la infanta hizo con un pañuelo empapado en sus lágrimas.

El paje bendijo en el fondo de su corazon el puñal del bandido que le habia proporcionado la dicha de recibir tales cuidados de la infanta, cuyos ojos derramaban lágrimas por él, por el humilde servidor á cuya sangre ningun valor hubiera dado su señora, si esta no hubiese sido Teresa.

—Guillen!... Guillen, cuántos sacrificios os debo, cuán bueno sois, cuán generoso! exclamó la noble doncella, alzando al mancebo sus apacibles y húmedos ojos con tal espresion de gratitud y de amor, que el paje se estremeció de placer, y no sin mucha dificultad pudo balbucear algunas palabras.

—Nada me debeis, dijo; valé mas que mi vida la menor de las bondades que me habeis dispensado, señora...

—Mirad, Guillen, le interrumpió Teresa con tono cariñoso y casi infantil, no me llameis señora, porque... yo no sé, pero no quisiera que me diéseis ese nombre.... ¿Cómo he de ser señora vuestra, si sois mi único amparo, mi salvador, mi ángel custodio?... No sé esplicarlo, Guillen, pero siento en mi corazon un vacío inmenso cuando me nombráis así! Hace mucho que veo en vos, no un servidor, sino un amigo leal y cariñoso, y aun ahora me parece triste y frío é ingrato el nombre de amigo... Si el nombre de hermano no me hiciera estremecer, si no fuera para mí tan odioso, ese nombre es el que yo os diera, Guillen, porque él espresaria el sentimiento que vuestro cariño, vuestra abnegacion y vuestros cuidados me inspiran... Ah! Guillen, no me llameis señora vuestra, llamadme Teresa solamente....

El paje se arrojó á los pies de la infanta trastornado, loco, llorando de gratitud y de alegría y de amor.

—Pues bien, dijo, os llamaré Teresa, os llamaré la mas santa y la mas bondadosa de las mugeres!... Tambien yo tengo necesidad de daros un nombre que espese lo que siente este corazon lleno de gratitud, y de dicha y de...

El paje se detuvo, porque la palabra amor se iba á escapar de sus labios, y ¿quién era él para hacer una confesion amorosa á la infanta, á la noble heredera del condado de Carrion? ¿Un pobre

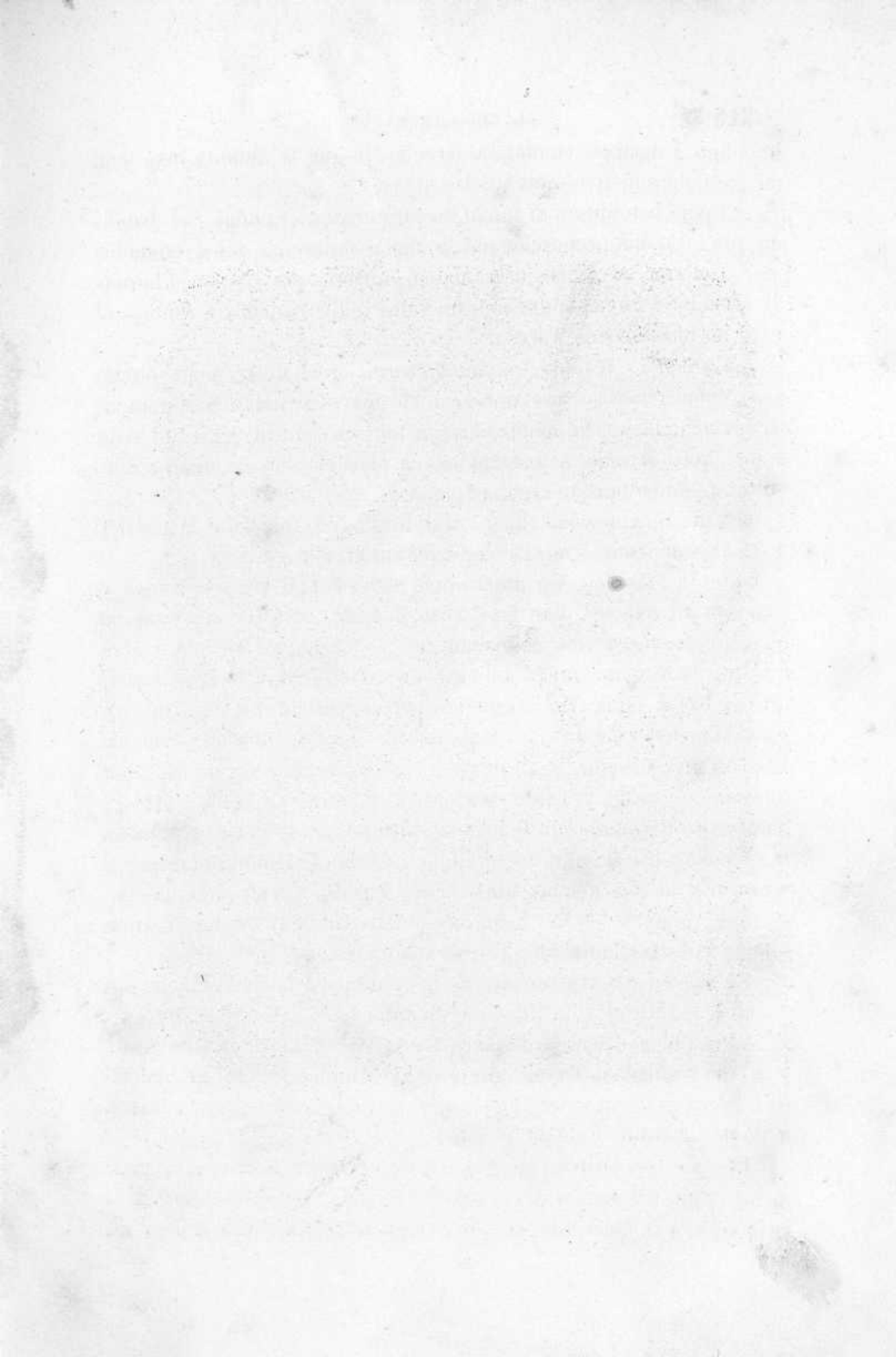
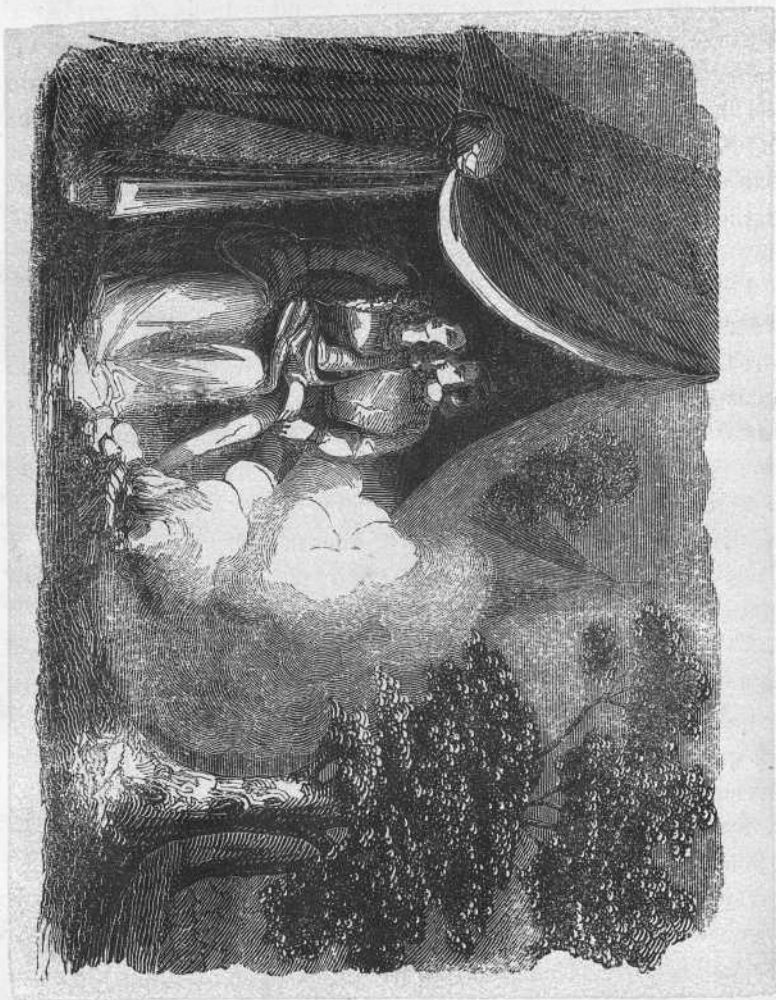


PLATE XXXIII.



paje tenia bastantes titulos al amor de una de las doncellas mas nobles de Castilla y Leon, por haberla entretenido conversando con ella durante algunas horas en el castillo, por haberla acompañado al campo de los bandidos despues de dejarla arrebatada por estos, por haber pasado junto á ella veinte y cuatro horas en aquella tienda sin tener siquiera la dicha de haberla preservado de la lluvia, y por haber derramado algunas gotas de sangre por ella? Si aquellos servicios merecian ser recompensados ¿no lo estaban sobradamente con las bondades de la infanta, quien las llevaba hasta el extremo de permitir al mísero paje, al hijo de un pobre pechero, tratarla de igual á igual?

Estas consideraciones sellaron el labio de Guillen para que no revelase el intenso amor que en su corazon ardía.

—Teresa! dijo despues de un momento de silencio queriendo mudar de conversacion para ocultar aquel sentimiento, es ya tarde y teneis necesidad de descansar, de dormir siquiera una hora; ¿quién sabe si mañana pasaremos el dia caminando hácia los montes de Océ!...

—Es verdad, Guillen, costestó la infanta; pero cuidais de mí y de vos mismo no os acordais... ¿Acaso no teneis tanta necesidad como yo de descansar?.

—Tambien dormiré mientras vos lo hagais, pues nada debemos temer, porque, ya lo sabeis, los gefes de los bandidos velan por nosotros, dijo el paje sentándose al lado de la infanta como para que esta reclinase la cabeza sobre su hombro segun habian convenido.

Teresa comprendió la intencion del paje y apoyó la cabeza en su hombro...

Lo que Guillen sintió en aquel instante, se comprende, mas no se explica, porque no se puede explicar ni hay necesidad de hacerlo. Se comprende identificándose uno con su amor y con su situacion, se comprende no teniendo el alma de hielo y el corazon de roca, se comprende sobre todo habiendo ocultado mucho tiempo en el fondo del pecho un amor tan puro como ardiente, tan distante del triunfo como de la desesperacion.

Muy pronto se apoderó de Teresa un sueño profundo y

tranquilo, porque las conciencias puras y las almas buenas tienen en la paz de su sueño de la noche la compensación de sus dolores y sus inquietudes del día.

Cuando la infanta dormía reclinada su frente sobre el hombro del paje, este no hubiera trocado su dicha por la del mas poderoso de los condes de Castilla, por la de Rodrigo Diaz, por la corona de D. Fernando. Sentir sobre su hombro la cabeza de la infanta, respirar su aliento, poder aplicar tímidamente el labio sobre su cabello, sentir las pulsaciones de su corazón... Oh! el imperio del mundo hubiera sido para Guillen dicha mezquina comparada con la que experimentaba en aquellos instantes...

La lumbre había ido apagándose, pues el paje no había podido avivarla, temeroso de despertar á Teresa al hacer el menor movimiento. El frío de la mañana que se acercaba, despertó al fin á la doncella. Creyendo esta que Guillen dormía, separó poco á poco su cabeza del hombro del paje, y dijo al ver que Guillen estaba despierto:

—Ay Guillen, cuán apaciblemente he dormido reclinada mi frente en vos!... He soñado que esta tienda era la choza del labrador que noches pasadas me pintásteis, y que yo no era infanta de Carrion sino una pobre y sencilla villana.

—Ah! pluguiese á Dios que lo fuérais!... exclamó Guillen lleno de entusiasmo y sin saber lo que se decía.

—Pues recuerdo, que no há mucho deseábais verme sentada en un trono, repuso Teresa con una benévola y jovial sonrisa.

—Ah! perdonad, señora... perdonad, Teresa, si mi natural rudeza me ha hecho decir una necedad... exclamó Guillen. He querido decir que acaso seríais mas dichosa siendo realidad ese sueño... Y yo tambien fuera mas dichoso entonces, añadió con timidez.

El amor del paje era tan grande, que apenas cabía en su corazón. La vida que la infanta le recordaba, aquella vida rica de paz y de amor, que él mismo había bosquejado... bosquejado solamente, pues aunque la concebía en toda su belleza, carecía de arte para pintarla por completo; aquella vida, repetimos, se

presentó á sus ojos, y el enamorado mancebo se sintió sin fuerzas para ocultar por mas tiempo su amor.

—Y por qué, Guillen? le preguntó la infanta; ¿por qué seriais mas dichoso si yo fuera una pobre villana?

—Porque entonces os llamariais simplemente Teresa, y yo podria amaros como ningun hombre ha amado en el mundo, contestó el paje con exaltacion.

—Guillen!... dijo la infanta con voz temblorosa de alegria y de emocion, al mismo tiempo que sus pálidas megillas se coloraban y sus ojos de cielo adquirian un brillo inusitado. Guillen!... Ya os lo he dicho, para vos no soy mas que Teresa.

—Dios mio! exclamó el paje cayendo de rodillas á los pies de la infanta, y alzando sus ojos preñados de lágrimas. Dios mio, soy el mas venturoso de los hombres!!

Y luego añadió dirigiéndose á la infanta:

—Pues bien: amaré á Teresa ahora que soy un pobre villano, y á la infanta de Carrion cuando sea digno de ella...

—¿Y por qué no la habeis de amar ahora, Guillen? ¿Es delito en un pechero amar á la hija de un conde?

—Ante Dios, no lo es; pero ante los hombres, sí, Teresa, respondió Guillen.

—Pues bien: repuso la infanta, hagamos lo que Dios no reprobaba, y despreciemos la injusticia y las falsas leyes de los hombres. Yo, débil y cobarde hasta hoy, me creo ya bastante fuerte y animosa para resistir todas las violencias del que debiera ser mi escudo y es mi verdugo...

—Qué dicha, Dios mio! qué dicha puede ser comparada con la mia! exclamó Guillen, loco, delirante de felicidad. Yo tambien débil y cobarde y humilde hasta aqui, me considero ya fuerte y audaz y tocando las nubes con mi frente... Teresa! vos sois mi ángel bueno, vos llenais mi corazon de nobles ambiciones, y me impulsais hácia todo lo generoso y bello...

—Guillen, yo no soy mas que una muger sin ventura, que cuando desesperaba de encontrar corazones nobles en el mundo, ha encontrado en vos uno, y le ha amado como ama el cautivo la mano que quebranta sus cadenas.

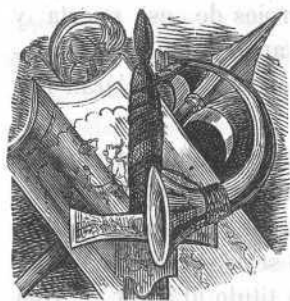
La luz del día penetraba en la tienda, la mañana estaba muy fría, y la lumbre casi apagada por falta de combustible. Guillen salió de la tienda casi llorando de alegría, y se encaminó hácia unos árboles inmediatos, donde esperaba encontrar leña. Al llegar á ellos alzó la vista á las ramas de un roble y vió colgado de ellas el cadáver del bandido que pocas horas antes habia herido su mano.





CAPITULO XXIV.

De como trataban de hacer fortuna dos mugeres; de como se divertian dos niños, y de como urdian traicion dos hombres.



IFICIL seria pintar la desesperacion y la cólera de D. Suero cuando al penetrar en el castillo con fuerzas que creia mas que suficientes para acabar con los bandidos, pues calculaba que eran pocos los que no habian perecido bajo la bóveda desplomada, supo que aquellos habian huido llevando consigo á Teresa. Al recibir la noticia del rapto de su hermana, se acordó de Sancha y preguntó con terror y viva ansiedad qué habia sido de ella; como no le supiesen contestar categóricamente, pues la confusion y el terror que reinaba en el castillo al abandonarle los bandidos, no habia permitido á los que á estos franquearon la salida enterarse

si llevaban mas personas que á la infanta, corrió lleno de temor y de inquietud á la habitacion que dijimos ocupaba Sancha en el piso bajo del castillo. La puerta estaba cerrada; empujó-la D. Suero con violencia y viendo que no cedia empezó á gritar.

—Sancha! Sancha! abrid que los bandidos han huido ya!

D. Suero oyó descorrer cerrojos y retirar muebles con que sin duda habia sido reforzada la puerta, y esta se abrió de par en par. Allí estaba Sancha, temblorosa, pálida como un cadáver. El conde dió un grito de alegría al verla, y la jóven se lanzó á sus brazos murmurando con dificultad:

—Ah! señor!... ¿puedo dar crédito á mis ojos?... ¿Será cierto que los bandidos no han teñido en vuestra sangre su puñal, que conservais una vida para mí mas cara que la mia? Durante la sangrienta pelea que acaba de tener lugar, he aplicado el oido á estas paredes con ánsia de oir vuestra voz... La oí al principio, y de repente dejé de oirla... Entonces creí que érais muerto y busqué un cuchillo, un instrumento cualquiera con que traspasar mi corazon y exhalar el último suspiro casi al mismo tiempo que vos; pero no le encontré, no hallé medió de poner término á mi vida. Las voces de «fuego, fuego al castillo,» llegaron en aquel instante á mi oido, y creí que en efecto el castillo de Carrion iba á ser reducido á cenizas, y corrí los cerrojos de esa puerta y amontoné contra ella los muebles de este aposento para que nadie pudiera penetrar á salvarme de las llamas, y se mezcláran mis cenizas con las vuestras...

Sancha habia asegurado la puerta de su habitacion para librarse de la saña de los bandidos, y el terror habia demudado su semblante; pero aquella muger habia aprendido á sacar partido de todas las situaciones de la vida, y como se le presentase escelente ocasion de engalanarse con un nuevo título al amor de Don Suero, quiso aprovecharla. Estaba persuadida de que el conde la amaba, y como desde el dia en que por primera vez entró en el castillo de Carrion habia tenido sobradas ocasiones de estudiar á los amantes, sabia que estos son crédulos en proporcion al amor que los domina y los ciega. «El conde, habia dicho, me creerá

loca de amor, si le hago ver que sin él en nada tengo la vida.

Y Sancha no se habia equivocado; porque D. Suero la interrumpió, estrechándola contra su pecho y exclamando con acento apasionado:

—Sancha! Sancha mia!... Qué necio he sido cien veces dudando de tu amor! Tu esclavo seré mientras viva, y si la muerte te arrebatára de mi lado... entonces, Sancha, yo tambien dejaria de existir...

La moza abandonó el tono y las maneras respetuosas con que habia recibido al conde, y dijo, suspendiéndose de su cuello y haciendo uso de sus mas eficaces caricias:

—Oh amor mio! mi dulce embeleso, *mi Dios, mi todo!*... Si ha de llegar un dia en que me arrojes de tus brazos, en que me lances de tu corazon, clava tu puñal en mi pecho, y asi será mi muerte menos dolorosa...

—Arrojarte de mis brazos!... lanzarte de mi corazon!... jamás, Sancha, jamás... Nos sugetan lazos que ni la muerte puede romper....

—Ay! exclamó la jóven con triste acento y como si á sus brazos, que seguian ciñendo el cuello de D. Suero, hubiese faltado de repente todo su vigor, pues los dejó caer como si se viese acometida de un desmayo; los lazos del amor nos unen, es verdad y ellos son los únicos que establecen la union entre el hombre y la muger en la vida privada; pero ¿se puede vivir siempre en el fondo de un castillo ó de una misera cabaña? ¿Quiénes serán, amor mio, el hombre y la muger que no participen de la vida pública? A los ojos del vulgo solo les es dado presentarse con un nombre... con el de esposos. Habrá justas y otras fiestas, á que vos tengais que acudir, asistireis á la corte y frecuentareis sus saraos, y en vano tratareis de escusaros de ello. ¿Me tendreis entonces á vuestro lado, y podré yo satisfacer este deseo, esta necesidad imperiosa de oir constantemente vuestro acento, de abrasarme en el fuego de vuestros ojos?

D. Suero estaba fascinado por su amor y las palabras de aquella astuta y ambiciosa villana, pero no tanto que se despojase de repente de sus hábitos nobiliarios, de su orgullo aristocrático, porque

D. Suero, á pesar de ser el mas villano de los hombres, se creia el caballero mas noble de España, sin considerar que alli donde falta la nobleza del corazon falta la del nacimiento. ¿Quién era Sancha para que el conde de Carrion le diese su mano? Esta pregunta se hizo el conde antes de responder á la de Sancha, y sin duda se contestó: «Es una oscura villana, es la hija de un villano á quien habrán apaleado mas de una vez, poco es ricos-homes como yo, sino miserables hidalguillos de gotera, es la pupila de Mari-Perez, es una muger á quien amo porque es hermosa.» Si, de este modo debió contestarse el conde, pues respondió á Sancha con marcado desden:

—¿En tan poco tienes el amor del noble conde de Carrion que aun ambicionas mas? ¿No te consideras bastante honrada y feliz con él? Sancha! si quieres que mi amor no se trueque en odio, si quieres ser la dueña de mis riquezas y de mi corazon, si deseas, como dices, no apartarte jamás de mi lado, conténtate con ser lo que eres.

—Con ser lo que soy está satisfecha mi ambicion, contestó Sancha, y añadió volviendo á aprisionar al conde entre sus brazos: —Perdonadme, dulce amor mio, que el amor me hizo olvidar un instante mi pobre cuna y la honra que os debo; pregunté á la creencia vulgar que vínculos eran los que mas garantizaban á una muger la posesion de un hombre, y me dijo que los del matrimonio; mi imaginacion estaba ofuscada con el placer de veros ileso á mi lado, y me guié por la opinion del vulgo.

El conde se aquietó con esta explicacion. Sancha habia aprendido mucho al lado de Mari-Perez, y conocia que por entonces no debia insistir mas en sus pretensiones. El primer paso estaba dado, tiempo tenia de continuar su jornada y le convenia caminar en tiempo oportuno. Necesitaba astucia y perseverancia porque se trataba — ¡ahi es nada la diferencia! — de ser condesa de Carrion ó de ser una ruin villana! Al dia siguiente se acercó al castillo una anciana cubierta de arapos, con el rostro vendado como si tuviera llagas en él y encorbada sobre un báculo, implorando la caridad de los transeuntes, «la cual vieja, dice la Crónica, alegóse cabe una finiestra que habie la estancia do moraba la moza é

fablando e plañendo á gran duelo demandó por amor del Criador é santa María le quisieran dar limosna. E como la cató la moza erió á la finiestra é fablaron amas en poridad.» Mas afortunados nosotros que el autor de las líneas que preceden, hemos sabido, á fuerza de diligencia, lo que Sancha y la mendiga hablaron en secreto.

La moza salió en efecto á la ventana apenas sintió á la vieja, y le dijo en voz baja:

—El conde está loco de amor por mí.

—Eso necesitamos, hija, contestó la vieja con alegría, que si te ama y aprovechas mis lecciones, conseguirás lo que deseamos, y no tendremos que vivir de tacaños escuderos que quisieran ser halagados y servidos por su buena cara. ¡Oh hija, qué inquieta me ha tenido lo que anoche pasó en el castillo hasta que en la villa me han contado que solo á la infanta llevaron los bandidos!

—Idos, madre Mari-Perez, dijo la moza, que si os vieran hablar conmigo y os conociese el conde, quizá perderíamos lo ganado.

—Eso haré, hija, respondió Mari-Perez, pues ya sabemos que era ella. Plegue á Dios que cuando torne á verte seas muger de D. Suero.

—Así lo espero, madre.

Y la vieja se alejó del castillo encomendando á Dios y todos los santos á la dama de quien suponía haber recibido una buena limosna.

Pero volvamos á D. Suero. El lector calculará cuán enamorado estaba de Sancha al verle entretenido con ella por espacio de algunos minutos, precisamente en la ocasion menos á propósito para ocuparse de amores. Sabe Dios el tiempo que hubiera permanecido al lado de la villana, completamente olvidado de cuanto acababa de pasar, si sus sobrinos Diego y Fernando no hubieran ido á recordárselo.

Los dos niños andaban buscándole por las inmediaciones del aposento de Sancha, llamándole á grandes voces. Oyólos D. Suero y salió inmediatamente á su encuentro.

—Ay tío, dijo Diego al verle, cuánto muerto hay arriba y en estos ánditos. Si vierais qué miedo hemos tenido cuando habia tanto ruido en todo el castillo! Fernando y yo estábamos acostados, y cuando entraron unos hombres en nuestro cuarto nos hicimos los dormidos. Decid, es verdad que se han llevado á nuestra tia?

—Si, hijos míos! contestó D. Suero que queria mucho á los infantes por lo mismo que se le parecian en malas inclinaciones.

—Me alegro, dijo Fernando, que siempre nos estaba riñendo porque no rezábamos y poníamos alfileres al perro y al gato y porque cortábamos una pata á las gallinas para ver como andaban á la paticoja.

D. Suero se arrepintió casi de su obra, es decir, de la mala educacion que habia dado á sus sobrinos, cuando los oyó hablar asi de la infanta, porque queria á Teresa, si bien su cariño era ese cariño bárbaro y tirano que lastima cuando acaricia.

—Callad y no hableis mal de vuestra tia, dijo el conde. Volved á vuestro lecho.'

—Toma, queremos ver los muertos y los heridos, replicó Diego. Si viérais cuánta sangre echan los heridos!... Y hacen tantos gestos!

—A mí me dá mucho gusto ver eso, dijo Fernando.

—Y á mí tambien, añadió su hermano.

D. Suero no oyó estas crueles palabras de los niños, porque se encaminaba precipitadamente hácia los pasillos donde habia sido mas encarnizada la pelea.

Los aldeanos sus vasallos que habian venido con él, se ocupaban en prestar socorro á los heridos de uno y otro bando.

—Ira de Dios! qué haceis, villanos? exclamó el conde, viendo que sus vasallos socorrian á los bandidos. Matad á todos los de la banda, que esa es la cura mas pronta.

—Señor, ved lo que mandais, le contestaron de todas partes, que el Vengador ha mandado deciros que la infanta Doña Teresa responde de la vida y la libertad de los que quedan aqui de su banda, y aun responderá Guillen que no ha querido apartarse de vuestra hermana.

—Oh! exclamó D. Suero rugiendo de furor y dando fuertes patadas en el suelo; por qué no se abre la tierra y traga el castillo y sus moradores! Mueran esos bandidos, aunque muera tambien mi hermana!... Mi hermana!... pobre Teresa! No, no... Curadlos y cuidad de ellos... Que no muera ninguno, porque esos bárbaros, que Dios confunda, matarán sin compasion á mi hermana!...

El conde dió enseguida sus disposiciones para que cerrasen bien las entradas al castillo, y despidió á sus vasallos escepto á un corto número que reservó para que velasen en las almenas con los pocos ballesteros que se habian salvado del furor de la pelea.

Cuando los villanos salian del castillo, penetró en él Bellido Dolfos y se encaminó á la cámara del conde que se preparaba á entregarse al descanso. Estaba cubierto de sangre que manaba aun de una ancha herida que tenia en la parte anterior de la cabeza; su rostro se hallaba pálido y desencajado, y sus piernas y su voz flaqueaban á cada instante.

Bellido creia tener bastante derecho á tratar con familiaridad á D. Suero fundándole en el servicio que acababa de prestarle y en el lastimoso estado en que por servir al conde se hallaba; puesto que sin previo consentimiento penetró en la cámara y antes de ser visto se dejó caer en un sillón. Crujió este con el peso de Bellido y entonces volvió la cara D. Suero, y al ver al herido, á quien no conoció, sin duda por la sangre que cubria su rostro, dió un paso atrás y exclamó:

—Voto á Luzbel que confunda al que osa entrar asi en mi cámara! Fuera de aqui, villano, quier seas de los mios, quier de la banda de ese malvado Vengador! Bástame haber mandado curar á los heridos; no quieran que yo mismo los cure!

—No me conoceis, señor conde? dijo Bellido con voz débil, ¿No conoceis á vuestro leal servidor Bellido Dolfos?

—Bellido!... exclamó D. Suero acercándose con interés al traidor. Estais herido, os estais desangrando.... Quién os ha puesto asi, decidme.... Pero no, no: antes es menester restañar vuestra sangre.

El conde llamó á sus criados, y mandó venir inmediatamente á un vecino de la villa que ejercia el arte de curar, y que á la sazón estaba en el castillo prestando sus auxilios á los heridos. Un instante despues llegó el empírico y curó al herido en la misma cámara de D. Suero.

Bellido, cuya herida no era peligrosa segun el dictámen del que le curó, se sintió muy aliviado, y el conde y él quedaron solos en la cámara.

—Oh cuán inquieto me ha tenido vuestra suerte, que ignoraba, Bellido! dijo D. Suero. Bien me anunciaba el corazon que os habia sucedido alguna malaventura!

—La que mas siento, contestó Bellido, es que el Vengador y Rui-Venablos hayan escapado de la celada, y aun escapado con presa.

—Pero, dejando eso para despues, ¿no me direis dónde fuísteis herido y dónde habeis estado desde que empezó el ataque hasta que habeis venido aqui?

—Diréoslo todo en pocas palabras, que no está para muchas mi cabeza. Os juro que la he de perder por completo ó he de terminar al Vengador y los suyos.... Pero oid como recibí esta maldita herida. Penetró por la poterna toda la banda y me quedé fuera, valido del tumulto y la oscuridad, y de los matorrales que cercan por aquel lado el castillo. Asi que todos estuvieron dentro, me acerqué á la poterna y acabando de cerrar la puerta que habian dejado entornada, me puse á sujetarla, asiéndome á los clavos de cabeza saliente que tiene por la parte exterior para que rechacen los golpes asestados desde fuera. Cuando la bóveda cruja, próxima á desplomarse, muchos de los bandidos se lanzaron á la poterna para huir; yo sujetaba la puerta con todas mis fuerzas, y sin embargo, los bandidos empezaron á arrastrarme con ella hacia adentro; de repente vino abajo la bóveda, y sin duda la piedra que habia determinado el hundimiento rodó hacia la poterna y chocando violentamente con la puerta, la cerró de golpe, y yo le recibí tan grande en la cabeza que fuí arrojado á cuatro pasos de distancia falto de sentido, y no sé cómo los clavos no me deshicieron el cráneo. Asi que volví en mi acuerdo, me encon-

tré nadando en sangre y en extremo dolorido; me levanté, pero volví á caer al suelo, y allí permanecí largo rato, hasta que haciendo un nuevo esfuerzo, pude venir á aqui, habiendo oido salir á los de la banda, y á los villanos que tornaban á sus casas contar entre sí cuanto ha pasado.

—Bien recompensado sereis, si mucho os ha costado servirme, dijo D. Suero alargando su mano á Bellido. Trescientos marcos de oro os prometí si el Vengador y los suyos eran esterminados, y los trescientos sin faltar uno os daré, que si toda la banda no ha sido aplastada por la bóveda, débese á mi malaventura y no á vos. Pero vos que estais mas enterado que yo de cuanto atañe á la banda, ¿creeis que el Vengador recobrará las fuerzas que ha perdido?

—Yo os juro que no las recobraré, ni aun conservará las que le han quedado, contestó Bellido con una seguridad que sorprendió agradablemente el conde.

—¿Y quién se opondrá á ello si la hermandad de los Salvadores, en quien tanto fiábamos todos los ricos-homes del pais, no ha conseguido ni conseguirá probablemente tener á raya á los bandideros?

—Yo solo.

—Vos!...

—Sí. ¿Pensais, voto á Lucifer, que Bellido Dolfos se acobarda porque dé un tropezon al comenzar la jornada? Creeis que solo el oro de vuestras arcas puede moverme á acabar con el Vengador y su cuadrilla? Si asi pensais y asi creeis, mal me conoceis, conde. En la alma del temple de la mia no cabe el desaliento ni el olvido de los agravios. El Vengador y Rui-Venablos osaron apellidarme traidor y poner su daga en mi pecho... Perdiera yo cien vidas antes de dejar sin castigo tal au lacia.

—Estais herido y debilitado por la falta de sangre... Antes que podais oponeros al Vengador pasará tiempo, y la banda se habrá reorganizado.

—La herida que tengo ha de favorecer mis proyectos.

—No os comprendo, Bellido.

—Pues fácil cosa es comprenderme, señor conde... Tan pronto

como pueda ponerme en camino, que será antes que pasen muchos días, iré á reunirme con el Vengador. En concepto de los bandidos habré recibido esta herida en el estrago causado por el hundimiento de la bóveda, del que, les diré, me salvé milagrosamente. Les contaré una larga historia de padecimientos sufridos hasta reunirme con ellos, y no dudeis que si antes se veía en mí un individuo de la banda, ahora se verá un individuo de la banda y una víctima de mi adhesión á ella y de la crueldad del conde de Carrion... En este instante no puedo deciros á punto fijo los resortes que he de poner en juego para acabar con los bandidos, porque mi cabeza está para pocas cavilaciones, pero ya lo sabreis y quedaran cumplidos vuestros deseos y los míos.

—Oh Bellido, amigo mío! dijo el conde alargando nuevamente su mano á aquel traidor. Todo el oro del mundo no bastaría á premiar vuestro talento y los servicios que me prestais.

En seguida abrió una arca y tomó de ella una porción de dinero, que presentó á Bellido diciéndole:

—Tomad los trescientos marcos que tan bien habeis ganado.

Los ojos de Bellido brillaban como el oro que el conde ponía en las manos del traidor.

—Mirad, añadió el conde designando el interior del arca, que ciertamente contenía un tesoro, mirad cuánto oro tengo aquí para premiar vuestros servicios si acabamos con los bandidos.

Los ojos de Bellido brillaron como ascuas y parecían querer atraer como el imán al acero, el oro que devoraban.

—Tornareis, dijo D. Suero, al campo de los bandidos tan pronto como podais y... contad con mi agradecimiento. Allí está mi hermana, y temo que los bandoleros abusen indignamente de su debilidad. Velad por ella, Bellido; que la noble familia de los señores de Carrion no tenga que lamentar un nuevo crimen de la banda del Vengador.

—Fiad en mí, contestó Bellido. Permitid ahora que me retire á descansar entre los bandoleros heridos para que sea tenido por uno de tantos é informen bien de mí, si pensais dejarlos marchar á

reunirse con sus compañeros conforme se vayan hallando en estado de hacerlo.

—Ese es mi ánimo, dijo D. Suero, y deseo que vayan cuanto antes, porque el Vengador no dará libertad á mi hermana hasta que no llegue el último de los suyos.

—Con frecuencia me oiréis protestar de vuestro mal trato á los heridos, y aun amenazaros con la venganza de la banda. Finjíd que os enojan mis denuestos, pero toleradlos, que han de redundar en vuestro servicio.

—Así haré, Bellido.

D. Suero y Bellido Dolfos se separaron, ambos contentos, el primero con nuevas esperanzas de acabar con los bandidos, y el segundo con la de vengarse y al mismo tiempo hacerse acreedor á nuevas liberalidades del conde.





CAPITULO XXV.

De lo que á Rodrigo pasó camino de Compostela.



OTABASE en el palacio de los señores de Vivar, en Búrgos, un gran movimiento de caballeros, escuderos y pajes, como si se hiciesen los preparativos de un viaje que debía verificarse inmediatamente. A la puerta del palacio habia muchos caballos completamente enjaezados, los que aumentaban á cada instante con los de los caballeros que iban llegando, descabalgaban y entraban á los aposentos habitados por aquella noble familia. Entre los escuderos que tenian del diestro las cabalgaduras, estaban Fernan y Alvar, que sujetaban á Babieca, cuyos saltos y relinchos introducian frecuentemente el desórden entre los demas caballos. Aquel noble animal parecia alborozarse con los aprestos

campales que veía. Ya no era el miserable rocin que Rodrigo había elegido en la caballeriza de D. Peyre, y que escitaba las bur-las de los transeuntes: sus ancas se habían redondeado, su pelo había cambiado y adquirido brillantéz, su cabeza se erguía gallardamente, y su apostura y sus movimientos eran nobles y desem-barados.

—Por el alma de Belcebú, decía Fernan, este Babieca piensa que vamos á cerrar con la morisma y no le cabe el gozo en el cuerpo! En todo es afortunado mi amo y señor. Si el hijo de mi madre topára un caballo como este, no se le trocará por su Orelia al rey D. Rodrigo. Y añadía pasando la mano por las ancas del inteligente animal:—Oh buen Babieca, cómo te luce lo que comes! No cebada te diera yo si mio fueras, sino pan á manteles.

El Overo, que también estaba allí enjaezado, acercó su cabeza á Fernan acariciándole, como envidioso de los halagos que su amo prodigaba á Babieca. El escudero se volvió á él, y dijo acariciándole también con la mano:

—Hola, Overo, tienes envidia, hijo? Fueras tú tan valiente como Babieca, y yo te acariciára y regalára á maravilla... Mas no te apenen mis halagos á Babieca, que estas tus ancas dicen si te doy buen trato. Flojo eres á no dudar; mas cada uno es como Dios le hizo, y no es bien castigar faltas que sacó del vientre de su madre. Ahí están nuestros amos que á Alvar tratan como al mejor de sus servidores, aunque es mas flojo que tú, mi Overo.

—Por tu alma, Fernan, replicó Alvar amostazado, que dejes símiles de ese linage!...

—Fueras tú mas valiente y yo te comparára con Babieca...

—Pesia mi malaventura, que este bellaco de escudero siempre ha de estar burlando conmigo!... murmuró el paje encolerizado, mas sin atreverse á apostrofar á Fernan. Maravíllome, añadió dirigiéndose á este, la enemiga que há dias me tienes. ¿Por ventura te he ofendido, Fernan?

—¿Y osas preguntármelo, cuando las riendas de Overo lo dijeron ayer á tus costillas? Por el alma de Belcebú te juro, Alvar, que no he de dejarte hueso por moler si al niño moro no tratas como al niño de la bola.

—Cierto que suelo reñirle, mas es porque apura mi paciencia su travesura, que tú ries y aun aplaudes.

—Apláudola porque de aplaudir es la travesura en rapaces. Travieso es Ismael, digo Gil, como le han puesto sus padrinos, nuestros amos y señores; mas por eso mismo creo que ha de ser mozo galan y lidiador esperto y osado. Héle dado hasta una docena de lecciones de cabalgar y hacer armas, y así me salve Dios como él va saliendo mas diestro que yo mismo en los tales oficios.

Aquí llegaban el escudero y el paje cuando suspendieron su conversacion sintiendo bajar á los caballeros.

En efecto, Rodrigo Diaz iba á hacer un largo viaje y debian ir con él sus sobrinos y otros caballeros burgaleses que se habian ofrecido gustosos á acompañarle, teniendo á mucha honra el hacerlo; queria ir á Compostela á visitar al apóstol Santiago para darle gracias por la victoria de montes de Oca y para cumplir con la costumbre que los buenos caballeros tenian de ir siquiera una vez en su vida á postrarse ante el santo Patron, con cuya ayuda contaban en todos los hechos de armas. Al mismo tiempo queria Rodrigo visitar al rey D. Fernando, que á la sazón asistia personalmente á la reedificacion de Zamora, desde donde le habia mandado sus cartas felicitándole por el triunfo de Oca y manifestándole sus vivos deseos de verle. Zamora la bella, como la llaman nuestros romanceros, habia sido destruida por los moros en tiempo de D. Bermudo III, último rey de Leon, á quien D. Fernando habia derrotado en una batalla dada en la márgen del rio Carrion, en la que D. Bermudo perdió la vida, con cuyo motivo el rey de Castilla reunió ambas coronas. D. Fernando pensaba dejarla en herencia á su hija Urraca, y hé aquí porqué asistia en persona á su reedificacion procurando con mucho afan que la joya que labraba para su hija mayor fuese digna de la que la habia de poseer.

Rodrigo Diaz y los caballeros, escuderos y pajes de su comitiva cabalgaron á la puerta del palacio, y despidiéndose de los que al efecto se habian asomado á las ventanas, salieron de Burgos tomando la via de Zamora todos sobre manera alegres, aun-

que á Rodrigo parecia dejar el alma donde dejaba á Jimena y á sus padres, y á Fernan donde quedaba Mayor, á quien habia jurado servir á ella sola aunque se moviese guerra y muriese tanta gente que tocasen cuatro hembras á cada varon.

El nombre de Rodrigo Diaz resonaba en todas partes; el hijo del rico-home de Vivar era objeto de amor y de admiracion para castellanos y leoneses, porque á oidos de todos habian llegado sus hazañas. Así era que las gentes acudian á su paso en todos los lugares por donde transitaban Rodrigo y su lucida comitiva, y alli donde hacian noche se orijinaban acaloradas porfias y rivalidades entre los moradores sobre quien se habia de honrar hospedándolos en su casa, á lo cual Rodrigo se mostraba agradecido, si bien para no desairar á ninguno, se alojaban él y los suyos en las posadas públicas, que no faltaban en aquella via.

Caminaban bien entrada la noche cerca de Medina de Rioseco; habia llovido aquel dia por lo cual estaban los caminos poco menos que intransitables, hacia frio y la oscuridad era completa, Atravesaban nuestros caballeros un espeso tremedal, cuando les pareció oir unos quejidos muy lastimeros que salian de la espesura inmediata al camino, y como detuvieran las cabalgaduras para escuchar mejor, oyeron una débil voz que decia:

—Acorredme, caminantes, quien quiera que seais, que sino voy á morir en esta espesura!... Ay de mí, que no tengo vista ni puedo valerme de pies ni manos!

—Esperad, contestó Rodrigo con voz fuerte, que al punto se-reis acorrido. Y añadió dirijiéndose á sus compañeros:—Será el cuitado algun mendigo que ha perdido la via con la oscuridad y los espesos matorrales de este sitio. Vayamos allá y llevémosle con nosotros á Medina, ese lugar cercano donde vamos á posar.

Y enderezó á Babieca hácia el lado donde se oyeron los lamentos; pero el terreno era tan quebrado y la espesura tal, que los caballos apenas pudieron dar una docena de pasos. Entonces Rodrigo descabalgó y dando las riendas de Babieca á Fernan, se metió por la espesura con tanta prontitud que no dió lugar á que le acompañase ninguno de los de la cabalgada. Guiado por la

voz del estraviado, llegó á donde este se hallaba y encontró un anciano tendido en el suelo, cubierto de lodo, calado de agua y paralizados sus miembros, no solo por el frio sino tambien porque aquel infeliz era gafo. Alzóle del suelo lleno de compasion, procurando animarle y consolarle, y como le preguntára la causa de hallarse en aquel sitio, el anciano le contestó:

—Perdí la via al anocheecer, y bregué largo rato por recobrarla sin que lo pudiera conseguir, pues cuanto mas la buscaba, mas me perdía en la espesura, hasta que faltó de fuerzas y transido de frio caí en el sitio donde me habeis hallado. En vano pedí socorro á los transeuntes porque no me oyeron ó no quisieron dármele, y ya me habia resignado á morir y ser pasto de animales carnivoros en esta espesura, cuando os sentí y saqué fuerzas de flaqueza para llamaros. Dios protegerá al que levantó al caído y guió al ciego!...

Rodrigo probó si el gafo podia salir del tremedal por su pie, mas pronto se convenció de que le era imposible dar un paso, y entonces hallando fuerzas mas bien en su compasivo corazon que en sus hombros, le tomó en estos y através de mil obstáculos, tornó con él al camino pasado un corto rato. El anciano lloraba de gratitud y de alegria; Fernan quiso colocarle en su cabalgadura y caminar él á pie hasta Medina, puesto que no consideraba bastante fuerte á Overo para sustentar doble carga, con tanto mas motivo cuanto que el camino estaba muy malo. Pero Rodrigo no quiso compartir con nadie la gloria de salvar por completo á aquel anciano sin ventura.

—Babieca, dijo, es capaz de llevar dos hombres, no digo á Medina sino aunque fuera á Zamora. Vereis, asi me salve Dios, qué lijero y ufano continúa su camino.

Y asi diciendo, cabalgó en Babieca, y con ayuda de Fernan, colocó en la silla como mejor pudo al gafo, y aguijaron todos para Medina, á donde llegaron media hora despues.

La mesa estaba dispuesta y caballeros y escuderos se aparejaron á cenar; Rodrigo hizo sentar á su lado al anciano y quiso que cenára de su misma escudilla, á pesar de que esta determinacion desplacia á los demas caballeros, á quienes daban asco la miseria

y las llagas del mendigo. Comenzó la cena y como el pobre gafo tenia impedidas las manos, dejaba caer la vianda al llevarla á la boca, lo cual solo inspiraba compasion á Rodrigo. Los otros caballeros apenas cenaban por la repugnancia que el anciano les causaba, y al fin se levantaron de la mesa diciendo que no podian resistir mas tiempo aquel espectáculo. Reprendiéndolos agriamente Rodrigo y obligó al anciano á continuar cenando, pues el infeliz queria, no solo apartarse de la mesa, sino tambien del aposento para ahorrar disgusto á los compañeros de su generoso bienhechor.

Terminada la cena, cuando el gafo hubo recobrado algun tanto sus fuerzas, cuando el calor del hogar hubo desentumecido sus miembros, cuando su corazon, en fin, se hubo consolado con la bondad de Rodrigo, este se puso á departir familiarmente con aquel desventurado y poco á poco volvieron los caballeros que se habian retirado á cenar en otro aposento, ganosos de oir algunas historias que no dudaban contaria el ciego.

—Ah señor caballero, dijo este á Rodrigo, cuánto me holgára de poderos pagar vuestras bondades!... Mas qué me queda en el mundo? Nada mas que un corazon para agradecer y ese instrumento con que ganar la miserable subsistencia, añadió señalando con la mano el laud que tenia á su lado.

Uno de los sobrinos de Rodrigo, el mas jóven y de carácter mas alegre, dijo, al oir estas palabras, al ciego:

—Si á vos, tio y señor, placeria y á él tambien, ese anciano pudiera solazarnos un rato tocando su laud y cantando á su son algun romance de los muchos que sabrá.

—Eso haré con mucho gusto, contestó el ciego.

Y como conociese que Rodrigo aceptaba el ofrecimiento, tomó el laud y comenzó á tocarle, lo cual hacia con bastante destreza á pesar de la parálisis de sus miembros. De repente dejó de tocar y dijo:

—Oid, caballeros y escuderos, oid el verdadero romance del villano á quien un conde traidor robó su hija para deshonorarla y quitó la vista para que no pudiera tomar venganza,

Y cantó al son del instrumento:

«Caballeros leoneses,
caballeros castellanos,
con los fuertes arrogantes
y con los débiles mansos,
por Leon y por Castilla
vaga un miserable anciano
llorando ofensas de un conde,
conde sí, pero malvado.
No puede tomar venganza,
porque le agovian los años
y ojos solamente al triste
para llorar le han quedado.
En tan lastimosa cuita,
acorred al pobre anciano,
caballeros leoneses,
caballeros castellanos.

Robóle el conde una hija
como una rosa de Mayo,
y en un encierro le tuyo
y allí le cegó el tirano.
Triste viejo sin ventura!
¿quién enjugará su llanto?
¿quién le tornará su hija?
¿quién vengará sus agravios?
Caballeros, si sois tales,
retad al conde malvado,
al que roba las doncellas,
al que ciega á los ancianos,
que á los buenos eso cumple,
que eso cumple á los hidalgos,
caballeros leoneses,
caballeros castellanos!»

El anciano suspendió su canto porque le ahogaban los sollozos y las lágrimas. Todos los que le oían estaban también con-

movidos y llegaba á tal punto su indignacion contra el conde, á quien se referia el romance, aunque no sabian quien fuese, que si en aquel instante hubiese aparecido á su presencia, se hubieran lanzado á él todos con los aceros desnudos.

—Decís que ese romance es verdadero? preguntó Rodrigo al anciano.

—Sí, contestó este, verdadero es, por mi mal, señor caballero.

—Por vuestro mal! Asi Dios me salve, exclamó Rodrigo recordando la aventura que á él y á Fernan contó Beatriz, ese conde es el de Carrion y el viejo á quien quitó hija y vista sois vos.

—Ay! cierto es, señor caballero!

—Voto á Judas Iscariote! que diera yo de buen grado diez años de mi vida por meter siquiera diez dedos de mi lanza en el pecho á ese conde felon! exclamó Fernan, dando riendas á su indignacion, que no pudo contener á pesar de que conocia ser descortés mezclarse en conversacion ajena.

—Y no sabeis de vuestra hija? dijo Rodrigo al ciego.

—No sé, señor caballero, que es de ella, mas tengo para mí que el conde la tendrá bien guardada en su castillo, que sino ella hubiera buscado á su desventurado padre, á quien tanto queria y aun querrá si vive.

El pobre anciano, como vemos, estaba bien distante de presumir cuán otra era su hija desde que el conde de Carrion la despojara de la túnica de la inocencia.

—Y no habeis hallado un caballero que tome á su cargo la venganza que apeteceis? dijo Rodrigo.

—Hála tomado, contestó el gafo, un soldado tan valiente como generoso; mas nada ha podido conseguir aun.

—Pues nosotros le ayudaremos en su empresa, y vive Dios que no le ha de valer encerrarse en su castillo y hacer oídos de mercader á todo reto, como acostumbra, dijo Rodrigo.

—Si, si exclamaron todos los circunstantes, es menester castigar á ese conde malvado que deshonra á la nobleza leonesa y castellana.

—Ah! dijo el desventurado anciano lleno de alegría Dios os protegerá en vuestra noble empresa! No ha sido vana mi venida á Medina, que si no he encontrado al esforzado y noble caballero á quien buscaba, he dado con otro no menos generoso y compasivo.

—Quién era el caballero á quien buscabais? preguntó Rodrigo.

—D. Rodrigo Díaz de Vivar, el cual me dijeron posaria aqui esta noche, contestó el anciano.

Rodrigo se sonrió y dijo alargando la mano al ciego:

—Pues aqui teneis á quien buscábais.

—Dios mio! exclamó el anciano casi sin poder hablar á causa de su sorpresa, y besando la mano que Rodrigo le habia alargado: Será posible que el que me ha tenido en sus hombros y me ha sentado en su mesa sea D. Rodrigo Díaz de Vivar, el vencedor en montes de Oca, el hijo de Diego Lainez, el descendiente de los jueces de Castilla, el caballero mas noble, mas honrado, mas rico y poderoso y mas valiente de España?

—Rodrigo Díaz es el que os tomó en sus hombros y os sentó á su mesa y va á compartir con vos su lecho, contestó el hijo de Diego Lainez.

—Ah! señor, exclamó el ciego sin saber como espresar su gratitud, hartas bondades habeis tenido conmigo!... Compartir conmigo vuestro lecho!... con un mendigo lleno de miseria y hediondez!! No, no, no hagais tal, señor!

—Decís que soy noble, honrado y poderoso... Quiénes sino los poderosos, los honrados y nobles han de consolar y amparar á los laceriados, tristes y sin amparo? Vamos pues á reposar, que harta necesidad tenemos todos de hacerlo, y particularmente vos, cuitado anciano.

Rodrigo, sus compañeros y el gafó se retiraron á descansar, y en efecto el primero compartió su lecho con el mendigo. ¡Divinos rasgos de caridad que hubieran ornado la noble frente del caballero con la aureola de los santos si sus hechos de armas no la hubieran ornado con la corona de laurel de los héroes, porque la caridad se esconde modestamente y el heroismo marcial no puede hacerlo!

¿Cómo explicar la gratitud del desvalido anciano al separarse á la mañana siguiente del piadoso caballero? ¿Cómo enumerar sus lágrimas y pintar el acento de inspiracion con que le dijo:

—Señor! paréceme que Dios me manda daros una dichosa nueva... Sois amado de Dios, vencereis en todas las lides; vuestra honra y vuestra hacienda crecerán; sereis temido de los malos y amado de los buenos, y morireis dichoso, bendito por Dios y por los hombres! »

Rodrigo tomó por una divina profecía estas palabras. Tal era el acento con que fueron pronunciadas!

Al salir el sol, ese sol claro y hermoso que sigue á la tempestad, salieron Rodrigo y sus compañeros de Medina de Rioseco, con ánimo de entrar aquel día en Zamora, como así sucedió.

Allí donde poco antes se veían montones de escombros entre los cuales brotaba la ortiga y la zarza y silvaban los reptiles, allí donde hubiera podido decirse « aquí fue Zamora » parodiando lo que se dijo del sitio que ocupó la ciudad destruida por Eneas, allí, repetimos, comenzaban á alzarse magníficos templos con altísimos chapiteles, soberbios palacios y fuertes murallas, y el ruido y la animacion habían sucedido al silencio y la soledad que poco antes reinaban.

Iba á sentarse á la mesa el rey D. Fernando, cuando supo que Rodrigo había llegado á la ciudad. La alegría del sabio y virtuoso monarca fue estremada; parecíale á D. Fernando que el caballero á quien tornaba á ver no era uno de sus vasallos sino el mas querido de sus amigos, mas aun, uno de sus hijos. Hasta la casualidad de hallarse separado de su familia, que permanecía en Búrgos y de la que tan amante era, le hacia desear con mas vivas ansias la llegada de Rodrigo, porque habían pasado muchos días sin que su corazon se ensanchara en los dulces goces de la familia, deseaba tener á su lado alguien con quien le uniesen lazos mas estrechos y mas suaves que los que comunmente unen al señor y al vasallo, para satisfacer la necesidad mas imperiosa de su alma, la de vivir en el seno de la amistad. No bien supo que Rodrigo había tras-

pasado los umbrales del palacio, salió á su encuentro, como el padre que sale á recibir al hijo que tras una larga ausencia vuelve á la casa paterna. El valeroso y noble caballero quiso postrarse á los pies de su rey, como buen vasallo que era; pero el rey no le dió lugar á ello, porque abrió los brazos y le estrechó en ellos con la efusion de un cariño y una estimacion casi paternales, diciéndole:

—Bien vengais, Rodrigo, prez de Castilla y la mas fuerte columna de mi trono!

—Ah! señor! exclamó Rodrigo conmovido por tan lisongero recibimiento, la mas fuerte columna de vuestro trono es vuestra sabiduria, es vuestra bondad, es el amor que inspirais á vuestros vasallos. Uno de ellos soy, y sin embargo no trocaria mi condicion por la vuestra, que vale mas que un trono la honra que me dispensais.

—Os amo, Rodrigo, como al mejor de mis vasallos, y sin embargo, no hago mas que pagar mezquinamente vuestros merecimientos. No admiro y respeto en vos solamente al nieto de Lain Calvo, al hijo de Diego Lainez, al esforzado mancebo que supo vengar el ultrage hecho á su honra, al que venció al mas valiente de los caballeros aragoneses, y al que últimamente ha alcanzado uno de los triunfos mas gloriosos sobre la morisma, sino al magnánimo y generoso caballero que ha dado libertad á Abengalvon y sus compañeros de infortunio. ¡Cuánta lealtad no debe esperar el rey de Castilla y Leon de quien respeta despues de vencidos hasta á los enemigos de su Dios y de su patria, porque han llevado el nombre de reyes!

Todos los caballeros que acompañaban á D. Fernando se holgaron tambien mucho con la llegada de Rodrigo, y le felicitaron por el triunfo de Oca, y poco despues se hallaba Rodrigo sentado á la mesa del rey, de cuya honra disfrutó durante algunos dias que le fue preciso permanecer en Zamora, pues D. Fernando sentia que se apartase de su lado, y solo consintió en ello atendido el santo objeto de su viaje.

Por fin llegó el dia en que este habia de continuar. Todo estaba preparado al efecto, cuando se sintió un gran movimiento en-

tre las gentes de la ciudad que se agolpaban hácia las avenidas del real alcázar. Asomáronse á un balcon el rey y Rodrigo y los cortesanos, y quedaron sorprendidos por un extraño espectáculo: multitud de moros, ricamente vestidos, conducian mas de cien caballos vistosamente enjaezados, y gran número de acémilas cargadas.

Así que llegaron los moros á las puertas del alcázar, pidieron permiso á Rodrigo para comparecer en su presencia. Rodrigo se le concedió con el beneplácito del rey, y penetraron en la estancia donde les esperaba el noble caballero sentado junto al rey que le dispensaba aquella honra para que los mahometanos vieses en cuánta estima le tenia.

—*Cid*, dijo á Rodrigo el que parecia hacer cabeza de los mensajeros, Abengalvon rey de Molina, Mahomad rey de Huesca, Ali rey de Zaragoza, Osmin rey de Teruel y Hamet rey de Calatayud, á quienes cautivásteis en los montes de Oca y generosamente dísteis libertad, os mandan sus parias y os prestan homenaje como vasallos vuestros que se reconocen gustosos. Además os envian, en señal de amistad y agradecimiento treinta caballos alazanes, treinta de color morcillo, veinte blancos y otros veinte rucios rodados, mas tocados y ricas joyas para vuestra esposa y muchas telas y armas para vos y vuestros caballeros.

—Habeis errado el mensaje, contestó Rodrigo con humildad y modestia; habeisme llamado *Cid*, que en vuestra lengua significa señor de vasallos, y yo no soy señor donde está mi rey, y sí solo el menor de sus vasallos. Aquí veis á mi rey y á él debeis prestar homenaje y ofrecer los tributos y los gajes de amistad que Abengalvon y sus amigos os han confiado.

—Decid á vuestros amos, le interrumpió el rey en estremo agradecido á su humildad y dirigiéndose á los moros, que aunque su señor no es rey, está sentado al lado del de Castilla y Leon; añadidle que á él debo una buena parte de las tierras que poseo y que tengo en mas el que él sea mi vasallo que el ser yo rey. Ya que *Cid* le habeis llamado, quiero que de hoy mas lleve ese nombre.

Rodrigo admitió al fin los tributos y regalos que los reyes moros le enviaban y les escribió sendas cartas mostrándoles su agra-

decimiento y protestando corresponder á su lealtad y su amistad.

Los mensajeros recibieron de la mano de Rodrigo dones de mucho precio, y se despidieron repitiendo el nombre de *Cid* que desde entonces empezó á llevar el hijo de Diego Lainez, al cual se unió muy pronto el de *Campeador* que moros y cristianos le dieron á causa de sus constantes y gloriosos triunfos en los campos de batalla.

Pocas horas despues de recibir aquel honroso mensaje, salian de Zamora Rodrigo y los deudos y amigos que en su peregrinacion le acompañaban, todos gozosos, todos con deseos de llegar á Compostela para cumplir sus deberes de caballeros cristianos ante el altar del santo Apóstol, y luego cumplirlos en los campos frecuentemente invadidos por la morisma.





CAPITULO XXVI.

De como el Vengador y Rui-Venablos reformaron su opinion respecto á Bellido.



RES dias despues del malhadado ataque de los bandidos al castillo de Carrion, permanecian los restos de la banda del Vengador en el campo donde los dejamos en el capítulo XXIII.

Era la caída de la tarde, y el tiempo, frio y lluvioso el dia anterior, se habia vuelto templado y sereno. El Vengador y Rui-Venablos conversaban paseando por el campo, donde se veian cuatro tiendas destinadas, una á los gefes, otra á la infanta, que aun seguia cautiva, otra á los heridos que iban llegando de Carrion, y otra á los demas individuos de la banda.

Cerca del campo habia una alturita, desde cuya cima se descubrian todas las avenidas y particularmente el camino de Carrion hasta una larga distancia; los bandidos tenian alli un vijía con órdenes de dar aviso siempre que viese alguna persona que se encaminase al campo, lo cual probaba que el Vengador habia perdido la ciega confianza que tenia en sus fuerzas y en su suerte, pues ni aun cuando solo le acompañaban una docena de hombres y tenia por enemigos no solo á la hermandad de los Salvadores, sino tambien á todos los habitantes del pais, habia tomado tales precauciones. Por mucho valor que tuvieran el Vengador y Rui-Venablos, ¿cómo no desmayar en vista del terrible golpe que la banda acababa de recibir? El dolor y la desesperacion les habian dado vigor y aliento al principio, pero luego habian llegado la calma, el recuerdo de los que habian quedado sepultados bajo la bóveda del castillo, y la comparacion entre lo que la banda habia sido y lo que á la sazón era, y la confianza y la enerjía se habian trocado en desaliento y tibieza.

—Vida bien triste es la que llevamos aqui, decia Rui-Venablos. La ociosidad no solo aumenta nuestras cabilaciones sino tambien nos espone á un golpe de mano de nuestros enemigos, y nos roba un tiempo precioso que debiéramos aprovechar en reponer nuestras fuerzas de la enorme pérdida que han sufrido.

—Cierto, contestó el Vengador, que nos conviene mover de aqui, salir de esta imaccion que en todos conceptos enerva nuestras fuerzas; pero, ¿cómo hacerlo hasta que hayan regresado todos nuestros compañeros detenidos en Carrion y podamos en su consecuencia dar libertad á la infanta? En partiendo de aqui sabe Dios á donde iremos á parar.... Nuestros compañeros llegarian con la esperanza de encontrarnos, y despues de haber hecho una jornada, que en su situacion debe ser muy penosa, se verian desamparados y obligados á seguir en nuestra busca por esos mundos, probablemente para desmayar antes de dar con nosotros....

Martin bajó la voz y continuó:

—Vos Rui-Venablos y yo, solo en la apariencia somos bandidos,

y siéndolo en realidad nuestros compañeros, parece que no debiéramos compadecerlos y guardarles lealtad; pero hacemos lo que debemos hacer: todo hombre honrado debe ser leal y compasivo con los que participan de sus trabajos y sus bienandanzas, sean honrados ó dejen de serlo. Verdaderamente nuestros compañeros son tan honrados como nosotros, pues si se examina el fondo de su corazon y su conducta, habrá que colocarlos, no en la categoría de bandidos, sino en la de hombres á quienes el hambre y la tiranía han precisado á adoptar una profesion vergonzosa y sin embargo la ejercen lo mas honradamente que pueden; porque ya sabéis, Rui, que si en la banda habia muchos hombres dispuestos al robo y al asesinato mas bien por inclinacion que por necesidad, hemos ido ennobleciendo los instintos de unos, ora con la persuasion, ora con el castigo, y deshaciéndonos de los otros. Acaso aquellos mismos que parecen menos dignos de compasion son los que mas la merecen. Qué somos vos y yo á los ojos del vulgo sino unos gefes de bandoleros dignos de ser descuartizados y puestos á la vergüenza pública en los caminos? Y sin embargo, arrostramos la muerte y la ignominia por una de las causas mas nobles que han defendido caballeros. ¡Oh cuán distante está el vulgo de pensar que Rui-Venablos y el Vengador, temibles bandoleros que asaltan las casas de los ricos-homes y las roban y las entregan á las llamas, no tienen mas ambicion que la de vengar el asesinato de un padre, la tortura de otro, la deshonra de una doncella y las tropelías y las maldades que ejercen unos cuantos mal llamados nobles en los débiles y desamparados!

—Muy cierto es eso, hermano, contestó Rui-Venablos. Y ejemplo de ello es Bellido, de quien ambos, y yo el primero, desconfiamos. Quién sabe si Bellido se habrá alistado en la banda con un fin tan noble como el nuestro? He reformado mi opinion respecto á él de tal modo, que si el conde le guardase en su castillo... Ira de Dios! Rui-Venablos perderia cien vidas por libertarle! Y quién no le ama y desea que torne á nuestro lado despues de oir lo que de él cuentan los heridos que van llegando al campo? Mirad que merece alabanza y amor un hombre que, herido gravemente en la cabeza, olvida su malestar, se dedica á servir y consolar á los que

acaso padecen menos que él, protesta con ánimo valiente de la inhumanidad del conde á quien amenaza, arrostrando su ira, y no quiere abandonar el castillo, hasta que haya salido el último de sus compañeros, diciendo que hallándose él revestido del carácter de gefe, es su deber morir antes que abandonar á sus compañeros!... Fuera de esto, la circunstancia de ser Bellido el único que se ha salvado de los que quedaron envueltos en los escombros de la bóveda, es un motivo mas para que veamos en él un hermano digno de nuestro amor.

—Si, dijo Martin, Bellido será de hoy mas nuestro igual; entre vos, él y yo, no habrá ya primero ni segundo, los tres seremos uno, los tres capitanearemos la banda, los tres seremos iguales. Y á fé que Bellido es mas previsor que nosotros. Mirad como el tiempo vino á justificar sus temores de que pereciera la mitad de la banda, asaltando á viva fuerza el castillo de Carrion. Nos indignó el medio que nos proponia de llevar á cabo nuestra empresa, pero, aunque nunca le aprobáramos, quizá nuestro enojo hubiera sido menor y nuestras palabras menos duras, si hubiéramos previsto el peligro que él preveia. Ahora que sabemos cuánto duele á Bellido el mal de sus compañeros, no debemos estrañar que por salvarnos de una muerte casi cierta, aventurase una proposicion con la que aventuraba su crédito de leal.

Aquí llegaban de su conversacion Martin y Rui-Venablos, cuando el vijía hizo seña de que venia gente por el camino de Carrion. Los mismos gefes de la banda se adelantaron á reconocerla, y ¡cuál fué su sorpresa y su alegria cuando vieron que los que venian eran Bellido Dolfos, y los únicos bandoleros heridos que quedaban en poder de D. Suero!

Martin y Rui-Venablos corrieron á su encuentro, y abrazaron con efusion á Bellido, cuyo semblante, descolorido y demacrado, espresó la satisfaccion.

—Bien venido, hermano! esclamaron ambos, bien venidos todos!

—Con cuánta ánsia os esperábamos! dijo Martin.

—No era menos la que yo tenia de tornar á vuestro lado, contestó Bellido.

—Hermano, dijo Rui-Venablos, hemos sabido cuán leal ha sido vuestra conducta en Carrion para con nuestros cuitados hermanos, y nosotros y todos nuestros compañeros, te tendremos de hoy mas por el mejor de los individuos de la banda.

—Ah! me dispensais una honra que no merezco, replicó Bellido aparentando modestia y emocion. Como todos nuestros compañeros son tan buenos y agradecidos, os habrán hablado de mí los que han venido antes que nosotros, exagerando lo poco que por ellos he hecho.

—Oh qué golpe tan desgraciado, Bellido!... Bien decíais vos, que la mitad de la banda iba á perecer atacando á viva fuerza el castillo, dijo Martin.

—No hablemos ya de eso, contestó Bellido, como si su modestia se resintiese con el recuerdo de su prevision. Olvidemos todo lo pasado, y ocupémonos solamente en recobrar el terreno perdido. Trabajemos de consuno, con abinco, con una constancia superior á todos los contratiempos, hasta adquirir las fuerzas perdidas, y con las suficientes para alcanzar el triunfo, volvamos á Carrion á vengar á nuestros pobres hermanos cobardemente muertos por el conde, porque habeis de saber que la bóveda que se hundió sobre nosotros, estaba preparada de antemano para aplastarnos á todos, y las muertes consumadas por medio de tan ruin artificio deben reputarse viles asesinatos.

—Y cómo pudisteis salvaros de aquel estrago?

—Por un milagro solamente.

—Cuéntanos eso, hermano, cuéntanos cuanto te ha pasado en Carrion, dijo Martin á tiempo que llegaban ya á las tiendas.

Los bandoleros heridos entraron en la que los gefes de la banda habian dispuesto del mejor modo posible, y el Vengador y sus dos compañeros entraron en la suya. Martin y Rui no sabian qué hacer con Bellido, á fin de proporcionarle comodidad y alivio. ¡Con qué cariño, con qué solicitud le preparaban sitio donde pudiera sentarse cómodamente, le preguntaban si queria alimentos, y se informaban del estado de su herida! Aquella solicitud y aquel cariño, hubieran recordado á cualquiera los que un padre ó una madre prodigan al hijo lastimado ó sin consuelo.

—No os molesteis, hermanos, en proporcionarme comodidades, que yo á vuestro lado de cualquiera modo estoy bien... y os aseguro que esta maldita herida que en todo el camino ha venido haciéndome sufrir las penas del infierno, ha tenido á bien dejarme en paz así que os he visto. Cualquiera diria que teneis mano de santo, añadió Bellido con una jovial sonrisa, porque apenas me habeis tocado, me he sentido enteramente bueno. Pero oid mis cuitas en Carrion.

Martin y Rui-Venablos se sentaron al lado de Bellido, dispuestos á escucharle atentamente.

—Cuando resonó aquel terrible golpe sobre la bóveda, adiviné el peligro que nos amenazaba, y me lancé á la poterna para facilitar la salida á mis hermanos, abriendo la puerta que acababa de cerrarse á impulso de la violenta sacudida que estremeció el edificio; pero sin duda la puerta habia arrastrado al cerrarse alguno de los escombros que caian ya de la bóveda, y se habia colocado aquel cuerpo entre ella y el marco, pues mis esfuerzos para abrirla eran inútiles. Sin embargo, empezábamos á conseguirlo, cuando la bóveda se desplomó, y recibí tan fuerte golpe en la cabeza, que perdí casi instantáneamente el sentido. Ignoro el tiempo que permanecí enterrado entre escombros y cadáveres. Al tornar á mí acuerdo, penetraba la claridad de la luna por la poterna que estaba medio abierta, en el mismo estado en que la habíamos puesto en el instante de consumarse el hundimiento. Fué terrible el espectáculo que entonces se presentó á mis ojos : arroyos de sangre salían de entre los escombros, y por todas partes asomaban cadáveres horriblemente mutilados y aplastados; pero ni una voz, ni un lamento, ni un suspiro se oía en mí derredor, lo cual probaba que yo era el único que conservaba un resto de vida entre los que no habíamos podido escapar del hundimiento. Aparté mis ojos de aquel sangriento espectáculo y pensé en mí, porque la sangre que no cesaba de correr de mi cabeza iba debilitando mis fuerzas, y conocí que sino procuraba atajarla, pronto tornaria á perder el conocimiento, y el conde encontraria un cadáver mas entre los escombros de la bóveda. Salí al campo, lavé mi herida en el torrente que se despeña al pié del castillo, la vendé lo mejor que pude, y

así pude conseguir estancar la sangre. Dí algunos pasos para tomar el camino que conduce aquí; pero me detuve oyendo que alguien se acercaba; me escondí entre unas matas, y así pude escuchar la conversacion de unos villanos que salian del castillo con direccion á la villa, contándose mutuamente cuanto acababa de pasar. Por ellos supe que en el castillo se hallaban algunos de mis hermanos heridos, y en peligro de ser enteramente sacrificados por el malvado conde, y entonces tuve por una cobardia el no seguir su suerte. Así, pues, entré en el castillo valido del desórden que aun reinaba en él, y me encontré á pocos instantes entre mis hermanos... Lo demas lo sabeis ya, y solo me resta añadir que el conde no toma ninguna precaucion para poner el castillo á cubierto de un nuevo ataque, porque nos cree demasiado débiles para renovar nuestra empresa, y por lo mismo debemos rehacer nuestras fuerzas y dar un nuevo golpe que de seguro ha de tener mejores resultados que el anterior, hallándose D. Suero desprevenido.

—Así lo haremos, hermano, exclamaron á un tiempo Martín y Rui estrechando sucesivamente la mano de Bellido.

Los tres siguieron conversando amigablemente algunos instantes mas acerca de los medios de que se debian valer para que la banda recobrase las fuerzas que habia perdido, y una hora despues no se oia en el campo mas ruido que el de los pasos de dos ó tres vijias colocados en las avenidas, y que paseaban para aumentar el frio que de otro modo hubiera helado la sangre en sus venas. Empero, no todos los que ocupaban las tiendas estaban entregados al sueño. Teresa y Guillen velaban sentados al amor de la lumbre, donde pocos dias antes los vimos. No era ya la infanta aquella jóven consumida de tristeza, á quien durante mucho tiempo habian compadecido las pocas almas generosas que se acercaban á ella en el castillo de Carrion: una franca y alegre sonrisa vagaba constantemente en sus labios; sus mejillas, poco antes pálidas como las de un cadáver, comenzaban á teñirse del color de la rosa, y sus dulces ojos, antes apagados y tristes, brillaban llenos de alegría y animacion. Teresa habia nacido para amar, el amor era el único elemento en que podia vivir, y desde que su alma habia comenzado á satisfacer aquella necesidad imperiosa,

casi puede decirse que la doncella habia tornado á la vida; porque las satisfacciones del alma son fuentes de salud para el cuerpo. ¡Qué rápido pasaba el tiempo para Teresa y Guillen, en aquella desmantelada tienda, donde portodas partes penetraba la humedad y el frio, donde ni un rústico banquillo tenian para sentarse, donde se veian precisados á reposar en el suelo, húmedo y desigual, donde carecian de ropa con que abrigarse, donde se alimentaban de groseras y escasas viandas, y donde finalmente se hallaban á merced de una cuadrilla de bandidos! ¡Cuán cierto es que el amor todo lo embellece, y todo lo hace llevadero y aun dulce! Todas aquellas privaciones valian muy poco para ellos, porque ¿no estaban suficientemente compensados con el placer de verse continuamente, de prestarse recíprocos cuidados, y de formar juntos hermosos castillos en el aire?

—Teresa, decia Guillen con una amorosa sonrisa, harto hemos pintado el porvenir de color de rosa, harto hemos olvidado el mundo real para recrearnos en el imaginario. ¿No nos estará bien pensar ahora algunos momentos en los obstáculos con que nuestro amor tendrá que luchar desde el momento en que tornemos al castillo? Triste es despertar de un sueño tan delicioso como el nuestro para tocar una realidad tan amarga como la que nos espera!

—Pensemos en esa realidad, Guillen, contestó la infanta procurando tambien sonreirse, pero realmente entristeciéndose ante la desconsoladora idea que Guillen acababa de evocar.

—Ved aqui, dijo el enamorado paje, cuál debe ser el sistema de vida que adoptemos asi que lleguemos á Carrion: nos veremos lo menos que nos sea posible, y en presencia de vuestro hermano me mandareis con aspereza y altanería, á fin de que el conde no sospeche nuestro amor.

—Y creéis, Guillen, que me será dado vivir sin veros continuamente, que podré hablaros con aspereza?

—Tambien á mí me será doloroso pasar una sola hora sin veros; pero debemos aceptar tan duro sacrificio, porque.... ¿qué seria de vos y qué de mí si vuestro hermano llegase á saber que entre vos y yo median otros lazos que los que unen al siervo y su señor?

—Guillen! Os lo repito, yo antes débil y cobarde muger, me siento ahora fuerte y animosa, tanto, que no tendria inconveniente en confesar á mi hermano y al mundo entero que os amo.

—Confesarlo á vuestro hermano, Teresa! ah! no, no lo hareis porque el conde os mataria, porque vuestro hermano juzgaria un crimen digno de ser castigado con la muerte el amor de la infanta de Carrion al oscuro paje, que solo debe besar el polvo donde sus señores ponen la planta! Ocultemos nuestro amor hasta el dia en que no tengais que avengonzaros de amarme.

—Avengonzarme de amaros, Guillen!... No, no me avergüenzo de ello, porque ¡qué blasones pudiérais ostentar mas nobles, que el alma generosa que os anima?

—Ya sé, Teresa, que para vos ese blason es bastante; pero no para vuestro hermano, no para el mundo. Ocultemos, os repito, el amor que nos une mientras yo permanezco en Carrion, que será hasta que el infiel haga la primera de sus frecuentes incursiones á Castilla ó Leon. Entonces me uniré á los primeros soldados que partan contra el enemigo, y la primera lid en que me encuentre me valdrá el primero de los títulos que he de hacer valer para que el conde me dé vuestra mano.

—Ay Guillen, qué pruebas tan amargas esperan á nuestro amor aunque solo consistan en la larga separacion que hemos de experimentar! exclamó, Teresa considerando cuán ilusorias eran las esperanzas del paje, en cuán débiles cimientos fundaba este sus esperanzas de felicidad!

—Teresa, dijo el paje sonriendo para animar á la infanta, ¿no nos creemos ambos fuertes, ambos animosos? Pues fiemos en Dios y en nuestro amor, que tras algunos dias de tempestad gozaremos muchos de calma.

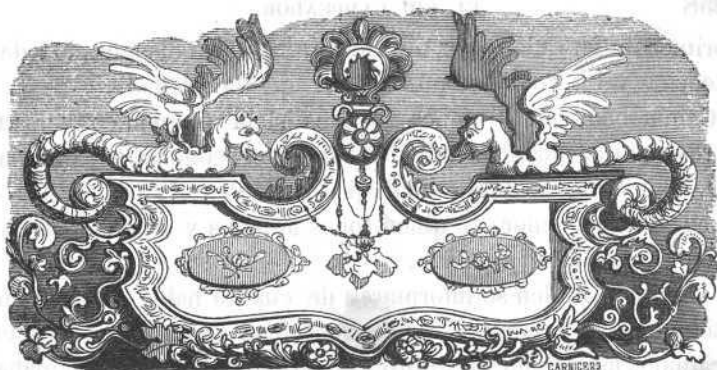
Mientras ambos amantes conversaban así, sin curarse de los que se hallaban á su alrededor, sin bajar siquiera la voz, temerosos de ser oídos y cuando menos escarnecidos de los bandoleros, que hubieran hallado en el amor de la infanta y el paje harta materia de diversion y chacota, habia salido con precaucion un hombre de la tienda de los gefes de la banda, y acercándose á la de Teresa. Aquel hombre aplicaba atentamente su oído á la lona de la

tienda, ávido de enterarse de la conversacion de los amantes, y cuando esta cesó ó al menos hubo tomado diferente jiro, aquel hombre tornó á la tienda de donde habia salido. Si la oscuridad no hubiese sido tan completa, hubiérasele visto sonreir de satisfaccion.

Aquel hombre era Bellido Dolfos que, sorprendiendo los amores de Doña Teresa y el paje, iba á ganar algunos marcos de oro á trueque de... ¡quién sabe si de la vida de dos criaturas de alma generosa y buena!

Todas las épocas tienen traidores; pero tan viles, tan ruines, tan inicuos como Bellido, ninguna.





CAPITULO XXVII.

De como Teresa y Guillen creyeron que Dios habia tocado el corazon de D. Suero.



El siguiente dia, no bien el sol empezó á templar el intenso frio de la mañana, abandonaron Teresa y Guillen el campo de los bandidos con el asentimiento de estos, que obtuvieron no bien acabaron de llegar con Bellido la noche precedente los últimos individuos de la banda que quedaban en poder de D. Suero. Como la jornada era bastante larga y los caminos de suyo malos y mas malos aun entonces á causa de las lluvias, el Vengador se compadeció de la debilidad de la infanta y la dió un fuerte troton, en el cual pudieran cabalgar el paje y ella, como así lo hicieron en extremo agradecidos á la generosidad de los bandidos y sobre todo á la de

su primer gefe, quien, por otra parte, les habia dispensado toda la proteccion y los cuidados posibles en aquella soledad.

Caminaban, pues, ambos jóvenes hacia Carrion conversando amorosamente, cuando á mitad del camino encontraron á un criado de D. Suero, que al verlos se dirigió á ellos lleno de alegría por ver en libertad á su señora, á quien todos amaban y respetaban en el castillo, y aun en el condado.

Teresa y Guillen se informaron de cuanto habia ocurrido en el castillo durante su ausencia, y cuando iban á continuar cada cual su camino, la infanta preguntó á Gonzalo, que así se llamaba el criado, á donde se dirigia.

—Señora, respondió este, me envia mi señor con cartas suyas al conde de Cabra.

—¿Y no sabeis, dijo Teresa, si se teme que alguna nueva banda ataque el castillo, y mi hermano pide ayuda á ese conde su amigo?

—Señora, solo puedo deciros que mi señor tuvo ayer nuevas de Zamora y le causaron gran enojo, tanto que me molió á palos se encerró en su aposento, y no quiso comunicar con nadie hasta esta mañana que me llamó para encargarme que llevase sin pérdida de tiempo las cartas de que soy portador.

—Ah! no sabeis, buen Gonzalo, cuánto temor me inspiran los bandidos ahora que sabemos hasta dónde llega su audacia! dijo la infanta, á fin de que el criado no sospechase otra cosa de sus preguntas. Id, buen Gonzalo, continuó, id á donde vuestro señor os envia, que nosotros queremos llegar pronto al castillo para descansar y calmar la inquietud con que debe esperarnos mi hermano.

Y en efecto, Gonzalo continuó camino de Búrgos, y Teresa y Guillen siguieron hacia Carrion.

—Guillen, dijo Teresa, esas cartas que mi hermano envia al conde de Cabra, me hacen presentir sucesos que han de alterar la tranquilidad de mi familia. El conde de Cabra es el instrumento de que comunmente se valen los ricos-homes leoneses y castellanos hace muchos años, para urdir traiciones y preparar ruines venganzas; porque D. García es maestro consumado en el arte de

conspirar; todo lo que tiene de cobarde, tiene de artero. Estar en tratos con él, equivale á estar urdiendo traiciones. Desde que huyó de su condado, no teniendo valor para defenderle, aunque contaba con gente de armas de sobra para resistir á la morisma, y se vino á Castilla, vive de los haberes que le dan los que acuden á él para que dirija sus tramas.

—Y yo apostára cien contra uno, contestó Guillen, á que vuestro hermano trata de armar alguna celada al de Vivar, porque le tiene gran enemiga, sobre todo, desde que D. Rodrigo le retó y viendo que no aceptaba el reto, puso carteles en toda Castilla y Leon, denunciando su cobardía á la execracion pública, y llamándole mal caballero, felon, alevé y otras lindezas que vuestro hermano no habrá olvidado. Además, el engrandecimiento del de Vivar, debe tener envidioso á mi señor, que querrá cortar las alas al que tanto ha remontado su vuelo de poco tiempo á esta parte.

—Plegue á Dios que todos no tengamos que llorar con lágrimas de sangre la ambicion, la injusticia y el carácter díscolo y desatinado de mi hermano! La casa de Carrion, antes respetada de todos, de todos querida, está ya rodeada de enemigos; ¿quién no aborrece á mi hermano? ¿quién le trata desinteresadamente? ¿quién desnudará la espada en su defensa el día que sus numerosos enemigos rompan las hostilidades contra él? Ciertó que es poderoso, que sus vasallos bastan por sí solos para formar una hueste capaz de hacer temblar al mismo rey de Castilla y Leon, pero bien débil es el poder que no tiene el amor por cimiento.

En esta y otras conversaciones dieron vista nuestros viajeros al castillo de Carrion. Teresa recordó la alegría con que en otros tiempos daba vista á aquellos pardos muros al tornar con sus padres de alguna de sus frecuentes correrías que iban siempre acompañadas de las ovaciones de sus vasallos, cerca de los cuales eran una segunda providencia los señores de Carrion; recordó lo que en aquellos muros habia sufrido desde que perdió á sus padres, y calculó lo que tendria aun que sufrir, y la comparacion de aquellas dos épocas tan distintas una de otra, llenó su corazón de tristeza. Casi lamentó la infanta su vuelta al castillo donde habia nacido;

casi la pesó verse lejos del campo de los bandidos, porque al fin, cautiva del Vengador, estaba Guillen continuamente á su lado, podia gozar libremente del dulce y ardiente amor que dominaba su alma, y solo Dios sabia lo que la esperaba en el castillo, solo Dios sabia si alli veria á Guillen á su lado!

Al fin penetraron en el castillo. D. Suero salió á su encuentro, y casi por primera vez de su vida abrazó á Teresa, y alargó la mano á Guillen.

—Bien venida seas hermana, dijo á la infanta. Si la natural aspereza de mi carácter, que contrasta con la dulzura del tuyo, te habia hecho desconfiar de mi cariño, esa desconfianza habrá cesado ya. Considera, Teresa, cuánto te amaré, cuando por no atraer sobre tí la venganza de los bandidos, he renunciado á ejercer la mia en los malvados que estaban en mi poder. Tú, que sabes cuán indignos de compasion son esos bandoleros que tantos y tan crueles estragos han hecho en el condado de Carrion, que tan alevemente habian atacado el castillo, tú que sabes el terrible castigo que acostumbro imponer á los que me ofenden, tú, hermana mia, comprenderás el duro sacrificio que he hecho á tu seguridad. Si no te hubieses hallado entre los bandidos, mis gentes de armas hubieran seguido la pista á los miserables restos de la banda del Vengador, y los hubieran alcanzado y hubieran conseguido su exterminio; pero, ¿cómo perseguirlos si estabas tú entre ellos, y al disparar mi hueste la primer saeta, esos desalmados hubieran hundido sus puñales en tu corazon?

—Ah! gracias, gracias, hermano mio! contestó Teresa enternecida y olvidando la brutal tiranía que su hermano habia hecho pesar sobre ella largo tiempo; porque el corazon de Teresa estaba siempre dispuesto al agradecimiento y al amor, y para la pobre niña, que siempre habia visto el ceño y la severidad en el rostro de su hermano, una benévola sonrisa de este tenia un valor inestimable.

—Yo te las doy á mi vez á tí, buen Guillen, dijo D. Suero al paje, porque con tanta lealtad seguiste y has protegido á tu señora. Siempre te he distinguido entre todos mis servidores, y de hoy mas, serás un amigo mas bien que un criado del conde de

Carrión, pues sé que cada vez serás mas digno de mi estima.

—Señor... contestó Guillen con voz balbuciente, vuestra bondad es superior á mis merecimientos... ¿No era deber mio defender y proteger á mi señora cuanto alcanzasen mis fuerzas?

El honrado paje se acusó en aquel instante de desleal á su señor; su conciencia era tan recta, su alma era tan noble y tan delicada, que Guillen no pudo menos de pensar: «Estoy engañando vilmente á mi señor; Teresa es la prenda de mas valor que mi señor guarda en su casa, y yo se la he robado como un criado desleal; mis labios dicen una cosa, y mi corazón siente otra.» Hé aquí el pensamiento que hizo turbar al paje, que coloreó sus mejillas.

Si dulces fueron para Teresa las palabras que su hermano la dirigió, fueron mas dulces aun las que el conde dirigió á Guillen. ¡Oh qué bien habia sonado á su oído el nombre de amigo que D. Suero habia dado al paje!

La infanta entró á su aposento llena de alegría y de consuelo con la esperanza de alcanzar dias mas felices allí donde tan tristes y tan largos los habia pasado; no tanto fundaba su esperanza en la favorable disposición en que hallaba á su hermano, como en la certidumbre de que desde entonces habria en el castillo un ser que la amase tierna y desinteresadamente. «Todos los dias, decia, veré á Guillen, porque encareceré á mi hermano los sacrificios que me ha hecho, los cuidados que me ha prodigado, su dolor al verme falta de lo mas necesario para prolongar la existencia; y así atribuiré solo al sentimiento de la gratitud mis preferencias, mi cariño y mi deseo de tenerle continuamente á mi lado.»

Estas consideraciones, estas esperanzas llenaron de felicidad á Teresa; aquella estancia le parecia ya menos solitaria, menos triste, menos lóbrega, menos reducida; no se consideraba ya sola en el mundo, respiraba con libertad, veia sonrosado y azul el horizonte de su vida. Asomóse á aquella angosta ventana que tantas veces habia regado con sus lágrimas, y dirigió la vista á la estensa campiña. El sol acababa de desaparecer trás la montaña y en la campiña resonaban los cantos de pastores y labriegos, y el toque de la oración en la multitud de campanarios que se alza-

ban en la llanura. Aquel espectáculo que hacia tiempo entristecia su alma, que difundia en ella una melancolía invencible y profunda, obró entonces en la infanta un efecto enteramente contrario; los cantares de los aldeanos, el toque de las campanas, todo le pareció que celebraba su felicidad y se la anunciaba.

Muchas horas pasó inmóvil á la ventana, entregada á sus risueñas esperanzas, bendiciendo á Dios que habia dulcificado las amarguras de su vida, y dando gracias á su madre, á quien creia deber parte de su felicidad, porque su madre, que en otro tiempo la amaba y la compadecia y la consolaba, habia impetrado la misericordia de Dios en favor suyo, en favor de la triste huérfana aislada en el mundo y oprimida por su propio hermano, por el mismo que debia amarla y compadecerla y consolarla á falta de su madre!

Cuando mas embebida estaba Teresa en estas dulces consideraciones, sintió pasos en su habitacion y casi al mismo tiempo oyó la voz de su hermano que la llamaba cariñosamente.

—Teresa, hermana mia, la dijo D. Suero penetrando en la estancia, no he podido acostarme sin verte antes, sin estrecharte en mis brazos, sin ver si falta algo á tu comodidad, sin pedirte que olvides para siempre mi dureza para contigo, porque de hoy mas no seré un tirano para tí como hasta aquí lo he sido, seré... seré un hermano, ¡oh mi pobre y buena Teresa!

Y al decir esto, D. Suero abrió sus brazos y estrechó contra su pecho á la infanta con una ternura que enloqueció de placer á la dulce niña.

Teresa quiso hablar, pero no pudo, que el llanto del regocijo ahogaba su voz. Si en aquel instante hubiera asomado Guillen á la puerta de la estancia, hubiera bendecido á Dios que le concedia la dicha de ser amado de aquel ángel cuyo corazon tanto amor encerraba! Porque la noble doncella que tanto amor tenia para su verdugo, ¡cuánto no tendria para el generoso mancebo que la habia amado, que la habia adorado con el amor mas puro y la adoracion mas reverente con que se pueda amar y adorar á la criatura humana!

Teresa no podia espresar á su hermano por medio de la palabra la gratitud, el cariño y la alegría que henchian su corazon; pero sus labios que imprimia con ardiente frenesí en el rostro de D. Suero reemplazaban á la palabra.

—Hermana mia, dijo el conde siempre con cariñoso acento, hasta que no te he visto en peligro, hasta que no has estado lejos de mí, no he conocido lo que te amaba ó mas bien no te he amado. Hasta que se pierde el bien no se conoce su valor; mientras tu amoroso acento, tú mansedumbre y tus solícitos cuidados dulcificaban mis penas, y me hacian mas llevadera esta vida, atormentada siempre yo no sé por qué, no sé si por un fatal destino que trastorna todos mis planes, que contraría siempre mi voluntad, que me hace odioso á los ojos de los mas dispuestos á la indulgencia y el amor; mientras he gozado ese bien, no he sabido apreciarle; pero así que de él carecí, comprendí su valor y lloré constantemente su pérdida..... No sabes, hermana mia, cuán larga se me ha hecho tu ausencia, cuánto he anhelado tu vuelta, cuántos temores han auyentado mi sueño mientras has permanecido entre los bandoleros..... A cada instante creia verlos clavar su puñal en tu corazon ó manchar torpes y desapiadados la pureza del ángel cuya custodia me fió al volar al cielo la mas tierna y la mas santa de las mugeres....

—Ah! Dios te bendiga, hermano! exclamó Teresa consiguiendo al fin recobrar el uso de la palabra como si Dios hubiese acudido en su ayuda al querer glorificar á su madre, Dios te bendiga hermano, pues ensalza tu labio á la que nos dió el ser y reverencias su memoria! Con cuánto regocijo contemplará nuestra madre desde el cielo el amor que me prodigas! Recuerdas sus últimas palabras, hermano mio, las recuerdas? «Amaos mutuamente, nos dijo; tú, hijo mio, añadió, dirigiéndose á tí, vela por tu hermana, se su apoyo, su guia, su escudo, pues es débil y fuera de tí no tiene en el mundo quien la proteja.» Y ambos nos arrodillamos al pie de su lecho y las últimas palabras que oyó, fue el juramento que ambos le hicimos de seguir sus consejos y de cumplir su voluntad.

—Sí, hermana mia, recuerdo las últimas palabras de nuestra

madre; quizá las he olvidado durante algun tiempo; pero me arrepiento de ese olvido, y quiero espiar mi falta y remunerarte del amor que te he negado, amándote y sacrificando si es preciso mi vida á tu felicidad.

—Oh hermano! exclamó la infanta, cómo podré yo pagarte la que me proporcionan tus palabras!

—Con tu cariño, Teresa, con tu cariño y con el olvido de mi crueldad hasta aqui. De hoy mas tú serás en el castillo absoluta señora, y hasta yo mismo me someteré gustoso á tus órdenes. Dime las dueñas y las doncellas que quieres que te sirvan, los criados que deseas tener á tu mandato, y desde esta noche estarán dispuestos á obedecerte.

—Me bastan, hermano mio, los que hasta aqui me han servido.

Teresa creyó llegada la ocasion de hablar á su hermano de Guillen, de justificar á sus ojos la preferencia que pensaba darle, de acrecer la que D. Suero le daba ya; pero sus megillas se cubrieron de carmin, porque la enamorada jóven nunca habia disimulado sus sentimientos y se veia obligada á disimularlos, y porque temia que sus palabras se los revelasen á su hermano; sin embargo, se atrevió á añadir, procurando ocultar su turbacion:

—La buena Elvira basta para servirme; pero como los años la han privado en gran parte del oido, no puedo entretener, conversando con ella, las largas veladas del invierno, y quisiera que Guillen me hiciese compañía algunos ratos; porque ya sabeis cuán grata es comunmente su conversacion, siempre amenizada con historias que su natural ingenio ha ido atesorando y sabe embellecer.

—Bien, hermana mia; aunque yo eche á Guillen muy de menos á mi lado, le tendrás siempre que quieras al tuyo, porque en efecto, ese mancebo es, no solo el mas discreto de nuestros servidores, sino tambien el mas leal y de corazon mas noble.

—Ah! si supieras, hermano mio, las pruebas de adhesion y lealtad que me ha dado durante mi permanencia entre los bandidos! Si supieras de cuántos cuidados me ha rodeado, con cuánta constancia ha velado mi sueño, con cuánta solicitud ha procurado

aminorar mis privaciones, y sobre todo con cuánta abnegacion, con cuánto valor, con cuánto heroismo, en fin, ha vertido su sangre por librarme de las tropelías de los bandidos! Ah! hermano mio, Guillen es hijo de un pechero, pero un corazon de caballero late en su seno.

Teresa se detuvo, segura de que si continuaba haciendo el elogio del paje, iba á llevarle mas allá de lo que la prudencia la aconsejaba.

—Dices, Teresa, que Guillen ha vertido su sangre por tí? preguntó D. Suero admirado.

—Sí; una noche velábamos ambos en la desmantelada tienda donde nos habian alojado los bandidos, y uno de aquellos hombres se apareció ordenando á Guillen que le dejase solo conmigo; pero el leal servidor respondió que antes que tal hiciera, perderia la vida á mi lado. Y una lucha terrible se travó entre Guillen y el bandido, y yo me salvé; pero la punta del puñal de nuestro perseguidor hirió la mano que me defendia.

—Ah! gracias, gracias, mi buen paje, mi buen amigo, pues ese nombre te daré de hoy mas! exclamó D. Suero con una ternura y un entusiasmo que acabaron de colmar de felicidad á Teresa.

—Hermana mia, añadió el conde, ambos necesitamos descansar y es cerca de media noche. Há muchas que no has dormido y lo mismo puedo decir de mí, pues el recuerdo del peligro que te amenazaba, auyentaba de mí el sueño.

Y el conde salió de la habitacion de la infanta despues de abrazar cariñosamente á esta. Dirigióse á donde Guillen esperaba sus órdenes, y alargando al paje su mano, le dijo:

—Guillen, amigo mio, gracias por vuestra lealtad, gracias! Mi hermana me acaba de decir cuanto por ella habeis hecho, y yo sabré recompensaros cumplidamente. De hoy mas quiero que esteis continuamente á las órdenes de la infanta. Id á su aposento antes de entregaros al descanso que bien habeis menester, por si necesita daros sus órdenes.

El paje creyó volverse loco de alegria; no encontró palabras con qué contestar á su señor, porque todas le parecian pobres

para espresar su gratitud, y se encaminó al aposento de Teresa alborozado, loco, trastornados por el placer sus sentidos.

A no ser por la costumbre que tenia de pronunciar respetuosamente el nombre de la infanta al acercarse á la cámara de esta, se hubiera dejado llevar de la alegría que le embriagaba, de la especie de locura de que se hallaba poseído, se hubiera acercado á Teresa prodigándola los nombres mas amorosamente familiares que contiene el vocabulario del amor, pues conforme se encaminaba hácia la cámara, saltaba y triscaba como salta y trisca el niño á quien su madre da permiso para ir á jugar en la plaza ó en la pradera con los niños de su edad.

—Señora, dijo al entrar en la cámara, el conde mi señor me envia á recibir vuestras órdenes.

Pero como Teresa le hiciese una seña familiar para que se acercase, Guillen dejó su gravedad, y en efecto se apresuró á acercarse á la doncella y á decirle:

—Ah! qué dichoso soy, Teresa, qué dichoso soy!... Siempre á vuestro lado... os veré á todas horas...

—Si, Guillen, sí, le interrumpió la infanta... El dedo de Dios ha tocado el corazon de mi hermano... Qué dichosos somos, qué dichosos, Guillen!... Y añadió con la sonrisa de la niña que conversa y se divierte con otras niñas:—Contentémonos esta noche con la dicha que hemos gozado, que tiempo nos queda para gozar la que por todas partes nos sonrie.

—Si, Teresa, si, ángel mio, murmuró el paje en voz baja, descansenos, durmamos, que cuando el corazon está lleno de amor, tambien hay dicha en el sueño. Descansad, dormid, amor mio, arrullada por la felicidad que arrullará mi sueño tambien.

Y los venturosos amantes se separaron.

Teresa no quiso llamar á Elvira para que la desnudára, segun tenia por costumbre, porque queria estar sola, enteramente sola, para entregarse con entera libertad á los trasportes de su dicha. Arrodillóse ante su reclinatorio y oró, dando gracias á Dios por la dicha que la embriagaba, con el fervor y la efusion con que lo hubiese hecho la santa á quien una divina aparicion hubiese mostrado las puertas del cielo abiertas á su paso.

Pocos instantes despues se acostó y quedó profundamente dormida.

Tambien el conde dormia... Pero no nos acerquemos á su lecho, porque en él no reposa el ángel de la castidad, porque está manchado por el amor de una impura meretriz. Acerquémonos al de Guillen ó al de Teresa, acerquémonos solo al de esta última, porque el immaculado amor que sueña en el uno, sueña tambien en el otro.

Teresa soñaba con Guillen.

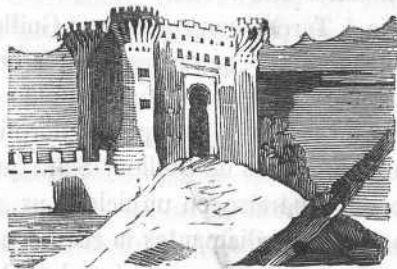
Guillen soñaba con Teresa.

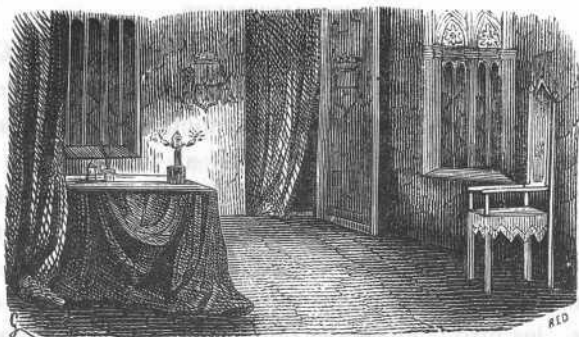
Apenas hay en el mundo quien alguna vez no haya soñado que los lazos del amor le unian á un ser que hasta entonces le habia sido indiferente, y al despertar, y aun durante cierto tiempo, no haya pensado con deleite en aquel ser, y allí donde antes solo veia un individuo vulgar que ninguna sensacion despertaba en su alma, no haya visto un ser rodeado de encanto y de poesia. Cuántos amores constantes, ardientes, fecundos en goces ó en dolores, han nacido en un sueño!

Pues bien : si el ser que nos ha sido siempre indiferente y á quien no debemos sacrificios ni amor, aparece en sueños rodeado de encantos, de idealidad y de poesia, ¡cuánto no aparecerá aquel á quien anticipadamente amábamos, aquel que nos ama con delirio, aquel que ha espuesto su vida por salvarnos, aquel que es nuestra única esperanza en este mundo, aquel que fisica y moralmente reunemas títulos á nuestro amor, y aparece á nuestros ojos rodeado de mas encantos entre todos los que nuestros ojos han visto, como sucedia á Teresa con respecto á Guillen!

¡Qué hermoso, qué dulce, qué celeste, si es lícito emplear este adjetivo para encarecer cierta dicha, fué el sueño que arrulló á la infanta de Carrion tan pronto como quedó dormida, saboreando las últimas amorosas palabras de Guillen! Soñó que se hallaba en un pais encantado, en un paraiso, en un cielo. Luz, flores, perfumes, armonías, palacios de oro y diamantes la rodeaban; allí los hombres y las mugeres tenian el cuerpo de ángel, y de ángel tambien el alma; allí no habia señores ni esclavos, ni oprimidos ni opresores, porque la voluntad de un individuo era la de todos, porque

habia una alma comun como es el ambiente comun á todos los séres; allí el cielo era siempre azul y sereno, y el sol no dejaba nunca de alumbrar; allí eran eternas la verdura de los campos y la frescura y el color y el aroma de las flores; allí cantaban siempre los pájaros, pero su música era siempre dulce y acorde como la de las arpas pulsadas por los serafines; allí no silvaba el reptil ni bramaba la fiera en la espesura; allí no herian la planta del viajero los abrojos y las espinas; allí no soplaban los huracanes, ni abra-saba el sol, ni aterian las escarchas y las nieves y los cierzos in-vernales; allí no estaban los montes y los valles erizados de abis-mos y ásperas rocas; allí los árboles estaban siempre cargados de olorosos frutos y flores; y allí, en medio de aquel pais encantado, de aquel paraíso, de aquel cielo, moraban ella y él, la amada y el amado, Guillen, y Teresa y su amor era tan grande y su dicha tan inmensa, que temian escitar la envidia de los moradores de aquel paraíso, todos felices, todos enamorados, todos embriagados de deleites sin número y sin fin. Y este dulcísimo sueño, maravi-llosamente parecido al que al mismo tiempo arrullaba á Guillen, arrulló á Teresa hasta que vinieron á arrancarla de él los cantos de los pájaros que resonaban en los árboles que crecian al pié del castillo, y la luz del alba al penetrar por la ventana que la ena-morada doncella no se habia acordado de cerrar ocupada de su dicha.





CAPITULO XXVIII.

De como el conde de Cabra cantó un romance al conde de Carrion.



uy pocas conspiraciones se tramaban en Castilla y Leon sin que D. Garcia, conde de Cabra, no tuviese parte en ellas como director principal, porque para desempeñar este cargo, el conde, como suele decirse, se pintaba solo.

D. Garcia poseia un rico señorío en Andalucía, segun lo indica su título.

Como que el condado de Cabra era muy codiciado de los moros, como que estos se hallaban cerca, y por consiguiente eran de temer sus ataques, y como que el conde era cobarde y poderoso, el condado de Cabra estaba defendido por buenas fortalezas y numerosa gente de armas, cuya circunstancia habia sido causa de

que la morisma no le hubiese atacado aun desde que D. Garcia era suposeedor por muerte de su padre, que con un puñado de soldados y con débiles fortalezas habia burlado repetidas veces los ataques de los moros sus vecinos. Creyendo estos al hijo heredero del valor del padre, y viendo que contaba con mas medios de defensa que el anterior conde, habian creido inútil repetir sus ataques, pero la molicie en que D. Garcia vivia y la circunstancia de no verle nunca en los combates, como veian á todos los demas caballeros cristianos, les hizo comprender que D. Garcia solo habia heredado de su padre el nombre y los Estados; por lo cual juntaron una hueste bastante numerosa, y entraron por el señorío de Cabra.

Los vasallos de D. Garcia y los soldados que guarnecian los castillos fronteros se defendieron valerosamente; pero como el conde no les mandase auxilio, pues tenia reconcentradas en la villa, cabeza del señorío, sus principales fuerzas y temia por su seguridad personal si las desmembraba, fueron cediendo mas bien que á su impotencia para seguir defendiéndose, á la desesperacion y al enojo que la conducta del conde les causaba, y los moros penetraron hasta la villa de Cabra.

La villa estaba perfectamente murada, tenia un fortísimo castillo, y bastimentos para resistir un largo sitio; pero D. Garcia la abandonó precipitadamente con su familia sin disparar un dardo.

Vino á Castilla, y estableció su casa en Búrgos, donde tenia algunas haciendas; pero acostumbrado al fausto y la opulencia, no tardó en vender aquellas, y al cabo de poco tiempo se encontró, sino en la miseria, al menos rodeado de privaciones que nunca habia experimentado, y que le eran insoportables. Otro caballero de mas corazon que el conde, hubiera reunido cierto número de soldados aventureros que abundaban en aquella época, hubiera acometido á cualquiera de las provincias dominadas por los moros, hubiera peleado, y hubiera restaurado así su patrimonio; pero D. Garcia hubiera consentido morir en la miseria antes que luchar cara á cara y brazo á brazo con moros ó cristianos.

Esperaba enlazar á su hijo Nuño Garciez con alguna doncella principal de Castilla ó Leon, y mientras esta esperanza se realizaba, subsistia de la recompensa que daban muchos ricos-homes á

su esclarecido talento y á su astucia para hurdir y dirijir conspiraciones, pues esta habia llegado á ser la constante ocupacion de D. Garcia.

Su hijo Nuño era ya mozo en la época á que nuestra historia llega; pero de tan afeminado corazon como su padre. Al fin este, sino tenia corazon, tenia ingenio para la intriga; pero Nuño hasta de esta cualidad carecia : era un imbécil, era un maniquí que su padre manejaba á su antojo, que no tenia voluntad propia, y á quien miraban con desprecio todos los nobles.

D. Garcia habia solicitado para su hijo la mano de la infanta de Carrion, pero D. Suero se la habia negado, no por las desventajas personales de Nuño, porque para el conde de Carrion tales desventajas eran de poca monta, sino porque siendo la avaricia el sentimiento que dominaba á D. Suero, ¿cómo enlazar á su hermana con el hijo del conde de Cabra, que ni de una teja ni de un pie de terreno era poseedor?

D. Suero habia pensado varias veces acudir á D. Garcia para que le ayudase á conspirar contra sus enemigos, y particularmente contra Rodrigo Diaz ; pero siempre habia desistido de su propósito ante la consideracion de que el conde de Cabra le exijiria como precisa condicion, la mano de su hermana en recompensa de sus servicios.

Pero el engrandecimiento del de Vivar era tal y de tal modo se habia ido enemistando Rodrigo con D. Suero, que este creyó llegado el momento de tomar un partido decisivo, á fin de cortar las alas al que tanto remontaba su vuelo, como decia Guillen, pues de otro modo, su perdicion, la perdicion de D. Suero, era inevitable.

A las veinte y cuatro horas de salir de Carrion el mensajero del conde con cartas para D. Garcia, llegó este á las puertas del castillo acompañado del mismo Gonzalo y de algunos criados bien armados, de quienes no se separaba nunca, y á quienes pagaba bien para que le guardasen las espaldas, pues eran hombres de armas tomar, y D. Garcia no ignoraba su necesidad de estar bien guardado.

D. Suero se hallaba al lado de Teresa con quien conversaba

cariñosamente, cuando le pasaron aviso de la llegada de D. Garcia. La alegría del conde fué tan grande como el terror de la infanta. Esta ignoraba que D. Garcia hubiese solicitado su mano para Nuño, pero esto no obstaba para que la presencia del conde de Cabra en el castillo la llenase de sobresalto y temor, pues, como el lector ha tenido ya ocasion de coleccionar de sus palabras, tenia noticias de él, y sabia que nada bueno indicaban los tratos con el conde.

D. Suero se apresuró á recibir á D. Garcia tanto mas satisfecho, cuanto que dudaba que acudiese á su llamamiento resentido como se hallaba de que se hubiese negado á su hijo la mano de la infanta, y un momento despues de dejar el aposento de Teresa se hallaban juntos D. Garcia y él, en sitio donde no pudieran ser oidos de nadie.

—Gracias os doy, D. Garcia, porque de tal modo os habeis apresurado á honrar mi casa con vuestra presencia, decia Don Suero procurando atraerse la simpatía del de Cabra con la benevolencia y la dulzura de su acento.

—Yo soy el honrado, respondió D. Garcia, y no dudareis de que honrado me creo acercándome á vos, si recordais cuánto he deseado que nos unieran, no solo los lazos de la amistad, sino tambien los de la sangre...

D. Suero conoció que el conde no habia abandonado sus antiguas pretensiones; pero como solo pensaba acceder á ellas cuando no pudiese pasar por otro punto, creyó conveniente desentenderse de aquella alusion de D. Garcia, y dijo:

—¿Qué nuevas habeis recibido de Zamora?

—Corren en Búrgos muy satisfactorias para los amigos del de Vivar, á quien no solo ha honrado mucho D. Fernando, sino han mandado ricos tributos Abengalvon y los otros cuatro reyes moros apresados por él en el salto de montes de Oca. Y os aseguro, que estas nuevas me han apenado no poco, que siendo enemigo vuestro el de Vivar, su engrandecimiento debe contrariaros, y á fuer de amigo vuestro deploro el triunfo de vuestros enemigos.

—Agradecido os estoy, D. Garcia, por vuestra adhesión y buena amistad; pero ¿sentis el engrandecimiento de Rodrigo solo

porque redundaba en contra mia? ¿No teneis ningun motivo mas para odiarle?

—Qué otro pudiera tener?

—Estraño, señor conde, que en este asunto seais tan poco previsior quando en todos los demás lo sois tanto. ¿No perteneceis á la nobleza mas esclarecida de Castilla?

—Esa cualidad me honra mucho para que la olvide un solo instante.

—Pues bien: pronto los ricos-homes mas nobles y poderosos de Castilla y Leon serán al lado del de Vivar lo que vuestro escudero á vuestro lado; pronto el de Vivar considerará vasallos á los que hoy valen mas que él; pronto el mismo rey D. Fernando se verá dominado por ese audaz y soberbio soldado, á quien tantas mercedes dispensa sin considerar que cria el cuervo que le ha de sacar los ojos. ¿Y no os creéis, D. Garcia, obligado, como todo noble, á atajar en su carrera á ese corcel desbocado que amenaza atropellarlos como á uno de tantos? ¿Creeis que el de Vivar, para quien el mismo rey será pequeño segun el orgullo y la ambicion que le dominan, se considerará menor que vos y por consiguiente tolerará que no os humilleis á sus pies?

—El de Vivar, si no es mi amigo, tampoco es mi enemigo, contestó D. Garcia, sin que las palabras de D. Suero alterasen en lo mas mínimo la calma que le era habitual; y añadió con una sonrisa un poco sarcástica:—¿Os parece que cumple á un caballero honrado, que yo soy, envidiar el engrandecimiento de otro caballero y mucho menos contrariar á aquel que nunca le ha ofendido? Eso se queda para vos, buen conde, eso de oponerse á los planes del de Vivar se queda para vos que sois su enemigo mortal, que habeis recibido de él ofensas que nunca olvidan los que de caballeros blasonan. Yo, lejos de estrañar la enemiga que á D. Rodrigo teneis y vuestro propósito de oponeros á su engrandecimiento, los aplaudo sinceramente. Si yo me hallára en vuestro caso, haria al de Vivar una guerra sin tregua, sacrificaria á la venganza de mi honor mi reposo, mi hacienda, mi vida... porque preciso es confesar que habeis sido cruelmente ultrajado por Rodrigo Diaz. ¿Quién

no recuerda en Castilla y Leon sus carteles poniéndoos de cobarde, de felon y de aleve que no habia por donde tomaros? Salid de vuestro condado, id por esos campos y esas aldeas de Castilla, y á los villanos oiréis do quier entonar gentiles romances donde el pueblo repite los carteles del de Vivar...

—Callad, D. Garcia, callad, que arde en mi pecho el fuego del infierno!... exclamó D. Suero dando una patada que hizo retemblar el pavimento.

—Perdonad, continuó D. Garcia, pero á fuer de amigo vuestro debo deciros la opinion que en Castilla se tiene de vos, porque encerrado casi siempre en vuestro castillo ignorais quien os agravia y dejais sin castigo á los maldicientes... Si conmigo hubiérais hecho la jornada de Búrgos á aqui, hubiérais oido á los villanos los romances que os digo... Oid, oid, para que sepais la malicia de los rústicos de Castilla, oid lo que he oido cantar á los villanos desde que salí de Búrgos.

Y el conde cantó en ese tono monótono y melancólico con que las mugeres de Castilla arrullan á los niños:

« En Carrion ese castillo,
asentado á su yantare
estaba el conde D. Suero,
ese conde desleale;
la su copa le servian
pajecicos muy galanes,
y en la su copa polida
vino para emborrachare,
que el conde cura de vino,
de vino, que no de sangre...

—Infierno!... infierno! ábrete y sepúltame en tu seno!... exclamó D. Suero ajitándose como si sufriera el tormento de los réprobos. Callad, D. Garcia, que me arrojárá por esa ventana ó clavára un puñal en mi corazon, si no necesitára vivir para clavarle en los que asi me calumnian y me escarnecen.

—Asi os quiero yo, airado cuando ofendido, respondió el conde.

de Cabra estrechando la mano de D. Suero, cuyas arterias latian con tal violencia que parecian próximas á estallar y cuyos ojos estaban inyectados de sangre y cuya boca arrojaba espuma como la de la fiera rabiosa; así os quiero yo, indignado y no resignado.

Y D. Garcia continuó:

« Mensajeros de Rodrigo,
el castellano leale,
el que en buenhora nació,
el que no ha pavor de nadie,
le dan su mensajería,
bien oireis como diráen:

—Caballero, el caballero,

D. Rodrigo de Vivare

por calumniador vos reta,
que le llamásteis cobarde;
y si al campo no saliéreis,

caballero, no sois tale,

ni debeis calzar espuela,

ni en caballo cabalgare,

ni comer pan á manteles

ni con las dueñas folgare.

—Digades, los mensajeros,

al vuestro señor digades,

que se vaya noramala,

que ir al campo no me place.

Tal dijo el conde D. Suero,

ese conde desleale,

y la su copa polida

tornó á pedir á sus pajes,

que el conde cura de vino,

de vino, que no de sangre. »

—Ah! que no curo de sangre dicen!... La de los villanos haré correr á torrentes... gritó el conde de Carrion loco, desatentado

de cólera. Decidme quiénes son los que osan escarnecerme con esos ruines cantares...

—Todos los villanos de Castilla cantan el romance que habeis escuchado. Juzgad si lo habré oído repetir, cuando le ha retenido mi memoria, que para eso es la peor que hombre puede tener.... Pero no son los villanos los que os calumnian y os denuestan; castigar á los villanos seria tan injusto y difícil como castigar al eco que repite las palabras del calumniador... Devolved injuria por injuria al de Vivar, humilladle como él os ha humillado, y vereis como para esos mismos villanos mañana sois vos

el castellano leale,

el que en buenhora nació,

el que no ha pavor de nadie.

—Si, si, teneis razon, el rayo de mi venganza debe caer sobre el de Vivar, que él es mi único enemigo, mi perseguidor, mi fatalidad, mi ángel malo... Pero cómo podré vencerle? cómo podré humillarle? cómo podré devolverle á la faz el oprobio de que ha cubierto la mia?...

—Pues qué, no ceñís espada, no late en vuestro pecho el corazon de un caballero? Lidia con él como los bandidos á quienes en la venta del Moro quitó una doncella que llevaban robada, como D. Gome de Gormaz, como Martin Gonzalez el aragonés....

D. Suero se estremeció ante este recuerdo del valor de Rodrigo, lo cual echó de ver D. Garcia con mucho contento, y replicó interrumpiendo al conde de Cabra:

—Eso hiciera yo, si á Dios pluguiera dar á mi brazo la fortaleza que ha dado á mi corazon; pero las dolencias que han abrumado constantemente mi juventud y aun me abruman, no me han dejado ejercitarme en las armas ni me permiten blandirlas como el de Vivar, que gracias, no á su corazon, sino á su robustez y destreza, de un bote de su lanza arranca de la silla á su enemigo.

El conde de Cabra se sonrió, no tanto de la pueril excusa de D. Suero como de satisfaccion al ver cuán llano iba poniendo el camino que al logro de su deseo conducía.

—Cierto, respondió, que el de Vivar, lidiando en el campo con vos tendria esa ventaja; mas hay otra lid mas segura y licita al caballero á quien se ha agraviado prevaleiéndose de su natural impotencia para vengar su honor con la lanza ó la espada. Donde no alcanza la espada alcanza la astucia, buen conde.

—Os comprendo, D. Garcia, os comprendo, y estoy resuelto á seguir vuestro parecer; mas creéis que en esa lucha alcanzaré el triunfo?

—Si como diestro os las habeis, no lo dudo.

—Pero con qué destreza puedo conspirar si esa lucha tambien es nueva para mí, si carezco de amigos que me ayuden y el de Vivar tiene muchos?

—Decís que careceis de amigos?

—El único á quien puedo dar ese nombre sois vos, D. Garcia... y me habeis negado vuestra ayuda repetidas veces que os la he pedido para emprender la lucha que ahora me aconsejais.

—Nunca os negué mi ayuda, D. Suero; lo único que hice fue pedir os prenda que respondiese de vuestro silencio en caso de abortar nuestros planes; y si quereis que ahora os ayude, me habeis de dar esa prenda....

—D. Garcia, cupiera mucha honra á mi casa enlazándola con la vuestra, porque noble sois á par del rey, bien que poco afortunado; pero mi hermana es aun niña por la edad y por su natural afeminacion... Y á parte de esto, casarla, tanto vale como matarla, porque quiere vivir y morir á mi lado ó en un monasterio. Si supiérais, D. Garcia, cuánto la amo, cuán dura me seria sin ella la vida, aplaudierais mi propósito de no violentar su alvedrío. Aun no me habia apuntado el bozo cuando ambos quedamos huérfanos, y desde entonces ella es mi único consuelo y yo soy el suyo.

—Cuando la infanta sea esposa de mi hijo, cesará su horfandad y la vuestra, porque en mí y en mi esposa Doña Elvira tendreis Doña Teresa y vos unos padres tan cariñosos y tan buenos como los que perdisteis...

—Yo agradezco, como debo, el deseo que os anima, señor

conde, pero.... respetad los caprichos de esa pobre niña, har-
to desventurada por su carácter triste y su constitucion enfer-
miza....

—Calculad por el amor que teneis á vuestra hermana el que
tengo á mi hijo, y no estrañareis mi deseo de proporcionar á Nuño
la tranquilidad del alma que perdió desde el dia que vió á
la infanta y oyó á caballeros y á villanos ensalzar sus virtudes y
su discrecion.

—No puedo menos de loar el sentimiento que os mueve á so-
licitar para vuestro hijo la mano de mi hermana, dijo D. Suero
desesperando ya de obtener la ayuda del conde de Cabra á otro
precio que al de la mano de Teresa; pero me es imposible com-
placeros.

—Y á mí tambien me es imposible proporcionaros un excelente
medio para libraros del de Vivar....

—Decidme, D. Garcia, cuál es ese medio, y en cambio pedid-
me mis tesoros, pedidme...

—La mano de vuestra hermana, nada mas quiero, nada mas
necesito.

—Oh suerte desventurada la mia!... No he de dar un paso sin
perder un pedazo de mi corazon?... Venga el de Vivar, vengan
todos mis enemigos y arránquenme la vida, que asi cesarán estos
tormentos que sufro....

—Sí, el de Vivar vendrá, vendrán vuestros enemigos, mas os
dejarán la vida para que la paseis deshonorado, fujitivo, sin un
palmo de terreno en que posar vuestros pies, sin una cabaña en
que guareceros, sin un pedazo de pan que llevar á vuestros labios.
Y entonces vuestra hermana, esa delicada doncella á quien tanto
amais, morirá de pena, de desnudez y de hambre, ó casará con
un villano para prolongar asi su existencia... ¿Acaso os creéis bas-
tante fuerte para seguir despreciando al de Vivar?... Fuertes y
ricos y altivos eran el conde de Gormaz y Martin Gonzalez,
y murieron á sus pies... y eso que entonces Rodrigo no era
tan diestro ni tan fuerte como ahora, ni tenia reyes por va-
sallos...

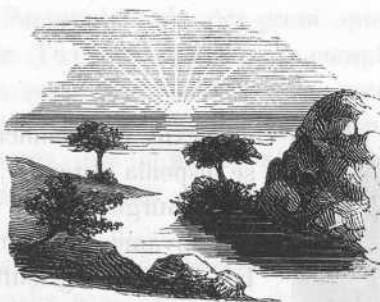
—Pues bien, D. Garcia, interrumpió á este D. Suero, mi her-

mana será esposa de vuestro hijo si Rodrigo Diaz muere ó al menos es desterrado de Castilla y Leon.

—Morirá, morirá, no lo dudeis, D. Suero, exclamó el conde de Cabra abrazando lleno de alegría al de Carrion, y añadió: —Pero fiais que vuestra hermana consentirá unirse con mi hijo?

—Mi hermana, contestó D. Suero, hará mi voluntad y sino.. ¡desventurada!...

Y mientras la dulce Teresa, la pobre y enamorada niña, estaba en su aposento con Guillen soñando un paraíso de amor, aquellos dos cobardes, de alma de cieno y corazón de roca, siguieron concertando su cautiverio y el plan de asesinar vilmente á Rodrigo, al caballero mas cumplido de Castilla, «al bueno, al conquistador, al que en buenhora nació, al que en buenhora ciñó espada!





CAPITULO XXIX.

De como el rey y Rodrigo, después de hacer buenas oraciones, dieron buenas cuchilladas.



ERIFICADA la reedificación de Zamorá, se disponia el rey D. Fernando á volver á Búrgos, donde pensaba dedicarse esclusivamente al perfeccionamiento de las leyes, la agricultura y las artes, aprovechando la quietud que disfrutaban sus reinos, y deseoso de tener él la que reclamaban sus dolencias, que hacia algun tiempo se iban agravando.

Antes de tornar á Búrgos quiso pasar á Compostela con objeto de visitar al santo Apóstol; y como lo supiera Rodrigo cuando se disponia á dejar esta última ciudad, terminados ya sus piadosos ejercicios, determinó esperarle alli para acompañarle á la vuelta.

En efecto, D. Fernando llegó á Compostela y se entregó durante algunos dias á los actos piadosos con mucho fervor, porque aquel monarca era tan buen cristiano como valeroso guerrero. Solazábase con la idea de volver al seno de su familia; mas hé aqui que los moros de Portugal quebrantaron inopinadamente la paz que tenían ajustada con D. Fernando, entrando por los pueblos cristianos fronterizos cometiendo todo género de estragos.

D. Fernando creyó que debía sacrificar su particular quietud á la de sus vasallos y al castigo de los infieles, quienes de otro modo cobrarían nuevos bríos y llevarían aun mas allá sus depredaciones. Pidió consejo á Rodrigo Diaz y otros caballeros, y todos, y muy señaladamente el primero, opinaron por la guerra.

Asi pues, el rey y Rodrigo Diaz reunieron en pocos dias un ejército bastante numeroso, y caminaron á Portugal con ánimo de atacar el primer castillo moro que encontrasen á su paso, para lo cual iban provistos de buenos materiales de guerra.

Cerca de Monzao alcanzaron una hueste infiel que se apresuraba á tornar á Portugal con la rica presa que acababa de hacer en la comarca de Tuy, y la destrozaron completamente, quitándole todo el botin que D. Fernando repartió entre los suyos con lo cual el ejército cristiano tomó nuevos bríos y siguió al alcance de los pocos moros, que al mando de su caudillo el alcaide de Cea, escaparon de la matanza y lograron refugiarse en este último castillo.

Era muy fuerte el castillo de Cea y estaba bien guarnecido y provisto de vitualla para resistir un largo sitio, por cuya circunstancia creia D. Fernando que seria perder tiempo y soldados el embestirle; mas como los obstáculos eran incentivos al valor del Cid, pues tal nombre se daba ya á Rodrigo Diaz, éste creyó que el ejército cristiano no debía pasar adelante sin hacer un nuevo alarde de su poder destruyendo aquel primer baluarte de los mahometanos.

—Señor, dijo Rodrigo al rey, quiero pedirós una merced que ño me habeis de otorgar.

—Hablad, Rodrigo, contestó D. Fernando, que ya sabeis cuánto me huelgo en complaceros.

—La merced que me habeis de hacer, señor, es que hoy mismo planten mis manos la enseña cristiana en el castillo de Cea.

—Oh buen Cid, quién no os ha de amar como al mejor caballero del mundo! exclamó D. Fernando estrechando contra su seno á Rodrigo. Con un centenar de caballeros como vos, echára yo los moros no solo de Portugal sino de toda España! No en vano os apellida el pueblo el que en buenhora nació! Aplaudo vuestro valor, Rodrigo; mi corazon se dilata y se alboriza al oiros; pero ved que la empresa que quereis acometer es difícil....

—Señor, en las empresas útiles y difíciles está la gloria. En ese castillo se han refugiado los que acaban de robar é incendiar una parte de vuestros Estados, y no deben quedar sin castigo. Perdonad, si faltó á la moderacion con que debo hablar á mi rey y señor, pero Rodrigo Diaz quisiera mas hacer pedazos su espada, que estar á diez tiros de ballesta de los moros y no cerrar con ellos. Vean los infieles que no reparamos si son fuertes ó débiles los muros que los protegen, y el miedo que cobrarán nos servirá tanto como nuestros aceros. Mi mesnada abunda en este parecer, y desea ser la primera que pruebe á los infieles que no hay muros capaces de resistir á las armas castellanas.

—Bien, Rodrigo, contestó D. Fernando lleno de esperanza y de gozo, ataquemos esa fortaleza, sigamos luego á Viseo y otras plazas, y no tornemos á Castilla hasta dejar á Portugal libre del yugo mahometano.

E inmediatamente se dispuso el asedio del castillo; pocas horas despues era este atacado y defendido con obstinacion nunca vista. Los moros lanzaban nubes de proyectiles desde los muros haciendo terrible estrago en los sitiadores. Los arietes que estos hacian jugar sin descanso, no arrancaban una piedra porque los muros de Cea eran sólidos en extremo. El Cid y los suyos que combatian en el punto mas avanzado, ardian en impaciencia viendo que se dilataba el instante de lanzarse á la plaza.

AT OLD CAMPANBOT.

